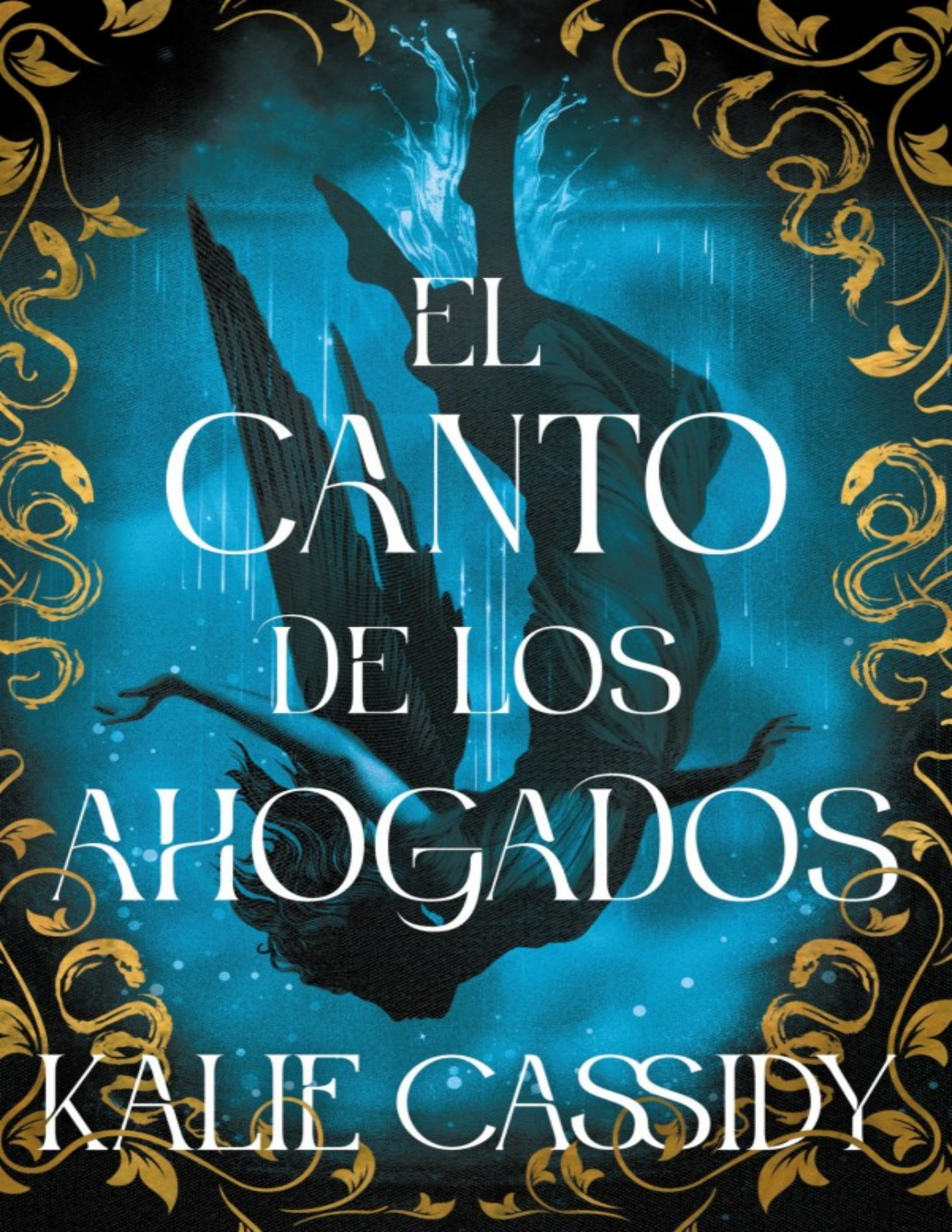

EL
CANTO
DE LOS
AHOGADOS
KALIE CASSIDY

EL CANTO DE LOS AHOGADOS

LA MAGA Y LA SIRENA: 1

KALIE CASSIDY

FAERIS

Para quienes buscan un hogar.
Espero que, cuando por fin lo encontréis, sea acogedor y duradero

NOTA DE LA AUTORA

El canto de los ahogados trata sobre el sentimiento de pertenencia, el amor y la identidad. Aunque la novela se centra en la cara más amable de dichos temas, también incluye escenas truculentas de abuso y *body horror* que podrían herir la sensibilidad de algunos lectores. Encontrarás una lista completa con todos los avisos de contenido en mi página web.



Oculta en las profundidades, aguarda.
Despierto y desaparece. Duermo y resurge.
Un poder ancestral corre prisionero
por las venas de su cuerpo decrépito.
Es la garra que peina las olas.
El puño que me rodea las entrañas.
Moradora de las aguas. Moradora de mis sueños.
Es la encarnación del deseo, y yo ya la conozco bien.



PARTE I

LA MONTAÑA



I

Casi podía saborear el aroma cada vez más intenso del mar en el ambiente. Serpenteaba por el caluroso salón del trono como un tentáculo.

Despertaba en mí una abrumadora sensación de pavor.

Por las puertas que comunicaban con el vestíbulo no dejaban de pasar invitados cuyas risas y conversaciones reverberaban en el mármol de la estancia, pero yo me aseguré de permanecer refugiada en los márgenes, pegada a las paredes blancas como la nieve. Hasta ese momento me las había arreglado para mantener las distancias. Sin embargo, tras pasar toda una vida ignorando su llamada, el mar había terminado por colarse en la fortaleza Linum aferrado a las ropas de seda y lana fina de los huéspedes que de tan lejos habían llegado burlando sus defensas como un polizón astuto.

—¿Imogen?

Agatha se detuvo a mi lado y me estudió con una mirada atenta y preocupada. Apenas había cambiado nada desde que se había convertido en mi institutriz siendo ella una adolescente y yo una

niñita de seis años. Su piel imposiblemente tersa era de un cálido color marrón y sus rizos oscuros brillaban como la tinta. No tenía ni una sola línea de expresión en los pómulos, pero imaginaba que para eso había que sonreír con frecuencia.

—¿Qué te ocurre? Te veo algo pálida.

—Es por este maldito vestido. —Me llevé una mano al esternón, donde había empezado a notar una profunda agitación—. Me aprieta demasiado. ¿Podrías aflojármelo un poco?

La frustración endureció las facciones de Agatha.

—Las cintas son demasiado cortas. No entiendo por qué has accedido a ponerte esta cosa tan horrenda. —Me colocó uno de los volantes del hombro mientras negaba con la cabeza—. Y no me hagas hablar sobre que estés dispuesta a casarte con un hombre que se dedica a cazar y a matar a…

—Ahora no es buen momento, Agatha —dije sin dejar de analizar cada detalle de la estancia, con sus mesas abarrotadas de comida, sus velas rutilantes y sus copas llenas de vino—. Por favor.

—¿Y cuándo lo será? La boda es dentro de dos días.

—Lo sé. —Cuando encontré su mirada, la desesperación que vi me retorció las entrañas—. Ya sabes que no he tenido otra opción.

Agatha escudriñó la sala del trono manteniendo una actitud tensa y se acercó más a mí para susurrar:

—¿Y si nos marchamos? Deberíamos haber dejado este lugar hace años. Puede que haya una manera de…

La cogí de la mano y tiré de ella para rodear la mesa principal y llevarla a un rincón más discreto.

—Ya basta. —Agatha escudriñó mi rostro con los ojos dilatados, resplandecientes como la madera pulida—. Por favor. Te ruego que dejes de juzgarme por hacer de tripas corazón dadas las circunstancias. Hasta ahora he conseguido mantenerme a salvo, ¿no? Eso es lo que pienso seguir haciendo. No me queda otra opción.

Dejó caer los hombros, decepcionada, pero su voz adquirió un tono cortante:

—Si este matrimonio y el sufrimiento que traerá consigo no te hacen abrir los ojos y entender que este no es tu lugar…, me temo

que nada lo hará.

Me hubiera gustado levantar bien la barbilla para demostrarle seguridad. Para que viera que era tan valiente y fuerte como ella. Pero la realidad era muy distinta.

—Estás siendo muy injusta conmigo. —Sonaba agotada—. ¿A dónde iría?

—Supongo que ya nunca lo sabremos, ¿no crees? —respondió levantando las manos como muestra de exasperación.

Un desagradable vacío se me abrió en la boca del estómago. Todavía quedaba toda la tarde por delante; el banquete para celebrar mi compromiso no daría comienzo oficialmente hasta pasadas unas horas. Recorrí la estancia con la mirada en busca de mi prometido, pero no había ni rastro de él. Tampoco del rey Nemea. El flujo lento pero constante de invitados indiscretos que cruzaban las puertas del enorme salón del trono trajo consigo una nueva oleada de aire salado. Se me aceleró la respiración.

—Vuelvo enseguida.

—Lo siento. —Agatha me detuvo agarrándome con firmeza de la mano—. Solo quiero que…

Yo negué con la cabeza.

—Lo sé. Estoy bien, pero necesito tomar un poco el aire.

—Te acompaño.

Ni siquiera la escasa iluminación pudo disimular la evidente tensión que atenazaba el cuerpecillo de mi disgustada amiga, así que el agujero que se me había abierto en el estómago creció un poco más. Me sentía impotente por muchos motivos, pero lo que más me dolía era saber que mis carencias afectaban también, en gran medida, a Agatha.

—No. —Le devolví el apretón—. Invéntate una excusa si alguien repara en mi ausencia. No tardaré mucho.

Me alejé de ella antes de que pudiera volver a protestar y me sumergí en la marea de visitantes. No recordaba haber visto nunca la fortaleza Linum tan abarrotada. Tras cruzar las altas puertas de roble, continué abriéndome camino con el hombro entre los invitados para llegar al patio de armas y recorrer el sendero estrecho

y sinuoso que conducía a lo alto de la muralla. Por suerte, el aire soplaba fresco y limpio. Sin rastro de sal marina.

La agitación que sentía en el pecho cesó de inmediato.

Seguí adelante sin detenerme siquiera cuando la enorme falda que llevaba perdió un par de abalorios por rozarla con los muros. Mi lugar favorito en todo Linum era un discreto torreón que se encontraba en un extremo de la fortaleza y que tenía las mejores vistas al mar. Llegué sin aliento a lo alto de la empinada escalera que conducía a mi escondrijo.

Estudié la estrecha playa de arena gris que se extendía al norte mientras me tiraba del cuerpo del vestido para tratar de respirar un poco mejor. En los mapas, la isla de Seraf recordaba a unas fauces monstruosas emergiendo de las aguas de Leucosia, toda cumbres escarpadas y valles voraces. El rey Nemea había construido su fortaleza en la montaña más alta; le había dado la vida a la fuerza al tallarla en la mismísima roca y dejarla encajada entre los dientes torcidos de la isla como si de un pedacito de ternilla se tratara.

Traté de dejar de prestarle atención a mis preocupaciones con una exhalación, pero lo único que conseguí fue que me ardieran los ojos. No lograba entender que el matrimonio me asustara y me ilusionara tanto al mismo tiempo. ¿Cómo era posible que temiera sus consecuencias y que, a la vez, esperara que mejorara mi situación? Estampé la mano contra el muro.

—Malditos dioses.

—Entiendo que la fiesta ya ha comenzado —dijo una voz grave y ronca.

Me volví sobresaltada y reparé en que había un hombre imponente, alto y con el cabello oscuro, apoyado en el extremo opuesto del torreón. Llevaba una pulcra camisa blanca remetida en los pantalones y unas botas negras con un brillo exagerado. Sin duda, debía de ser uno de los muchos invitados exultantes que abarrotaban la fortaleza. Muchos se habían desplazado allí para aprovechar la oportunidad insólita de husmear en los dominios del rey Nemea, de ver la evolución que la isla de Seraf y su detestable y esquivo monarca habían experimentado en las últimas décadas.

Me coloqué la falda y fulminé al desconocido con la mirada.

—Ha sido muy poco caballeroso por vuestra parte no haberme alertado de vuestra presencia.

El hombre me dio la razón asintiendo con la cabeza y estudió, con el ceño fruncido, los exagerados volantes de seda roja de mi enorme escote, así como las numerosas cuentas de vidrio del color de la sangre —representativo del rey— que decoraban el cuerpo del vestido. Era una prenda estridente y de mal gusto; una sonrisilla burlona se formó en sus labios mientras la contemplaba.

—Por increíble que parezca, me ha costado reparar en vuestra presencia.

Mi paciencia había alcanzado su límite. Nada me habría gustado más que borrarle aquella sonrisa petulante de la cara, así que dejé escapar un sonido exasperado.

—¿Cómo os atrevéis a reíros de mí?

—No era mi intención… —se defendió indignado.

—Ahorraos las excusas. Mi intención era disfrutar de un momento a solas, pero ya veo que hoy hasta el último rincón de esta fortaleza está plagado de maleducados. Incluido este torreón.

Abrió la boca para responder, pero pareció pensárselo mejor y volvió a cerrarla. Por un momento, se limitó a mirarme estupefacto.

—Bueno… —se acercó a mí con mala cara—, dado que ambos hemos subido aquí buscando un pequeño respiro, tal vez podamos compartirlo. Aunque no os veo muy por la labor.

Le sostuve la mirada. La piel del hombre, dorada por el sol, y sus ojos del color verde oscuro de las hojas me recordaban al verano. El viento le revolvió el cabello y le colocó un mechón negro como la tinta sobre el ceño fruncido. La postura imponente y erguida de su cuerpo musculoso y elegante era digna de un rey, pero lo que delataba que procedía de alta cuna era la forma en que me miraba por encima de la punta de la nariz, ligeramente torcida. Aunque saber que no estaba acostumbrado a obtener un no por respuesta hacía que me muriera de ganas por llevarle la contraria, algo en mí me obligó a reprimir ese impulso.

—Está bien —dije al final—, pero solo si me prometéis que no volveréis a reíros de este ridículo vestido.

Un latido. Dos. Luego, su ceño se transformó en una amplia sonrisa, y en la mejilla izquierda le apareció un hoyuelo.

—No sé si podré pagar un precio tan alto por vuestra compañía. —Me quedé boquiabierta, entre divertida e indignada, así que él levantó las manos y se puso serio de nuevo—. Os ruego que me disculpéis, pero me alivia saber que sois consciente de lo… llamativo que es.

—¿Cómo no iba a serlo? —Sacudí la falda para mostrar mi desaprobación—. Es imposible no fijarse en él.

Volvió a sacar a relucir su hoyuelo con una sonrisa, apoyó los codos sobre las almenas y contempló el paisaje.

Se hizo un largo silencio.

—¿Por qué buscabais alejaros de la fiesta? —pregunté—. Resulta extraño que hayáis venido aquí solo para acabar escondiéndoos.

El hombre apretó los dientes.

—Esta fortaleza no es… un lugar agradable. —Su voz grave había adquirido un tono sombrío, incómodo. Se obligó a esbozar una sonrisa tensa—. Además, el vino está asqueroso. ¿Qué hay de vos?

Estudié las angulosas líneas de su perfil. Había algo en él que me transmitía confianza, que me empujaba a hablar con sinceridad.

—Yo también huyo del vino —dije pese a todo—. Como bebáis más de la cuenta, tened por seguro que mañana amaneceréis con ardor de estómago y un buen dolor de cabeza.

—No lo probaré ni por todo el oro del mundo.

Nos quedamos uno al lado del otro mientras contemplábamos las cumbres montañosas, los viejos cipreses con el tronco retorcido y la resplandeciente franja marina del horizonte.

—Menudas vistas —murmuró.

—Desde luego. —El paisaje era tan vasto que me hacía sentir inconmensurablemente pequeña—. Aunque no creo que esa sea la razón por la que Nemea decidió construir su fortaleza a tanta altura.

Un ruidito contrariado escapó de las profundidades de su pecho ante la mención del rey Nemea. Apoyó la espalda en el muro del torreón en una repentina actitud taciturna.

—No os cae muy bien, ¿verdad? —pregunté, consciente de que poca era la gente que apreciaba al rey.

Me lanzó una fugaz mirada de reojo.

—Las malas lenguas dicen que lo que buscaba era lanzar a sus enemigos por la ventana sin tener que preocuparse por que sobrevivieran a la caída.

Proferí una carcajada sombría y jadeé en busca de aire al ser incapaz de respirar hondo. Lanzar a sus súbditos por las ventanas de la fortaleza era una práctica demasiado burda para lo creativa que era la crueldad de Nemea.

—Un rumor de lo más jugoso. ¿Vos os lo creéis?

La forma en que me miró me dejó inmóvil. Me observó como si estuviera catalogando mis rasgos, como si buscara algo. Al final, habló con una voz que retumbó por su pecho como una tormenta al descargar sus aguas sobre un valle:

—Creo que solo alguien con miedo o con algo que esconder escogería vivir en un lugar tan alto y apartado del mundo.

Se me entrecortó la respiración. Desvié la mirada de nuevo hacia el mar y parpadeé para aliviar la comezón que había vuelto a adueñarse de mis ojos. Me sentía vulnerable ante sus palabras.

—Ah.

—¿Os he molestado?

—En absoluto. —Me agarré la falda y me dispuse a regresar por donde había venido—. Disculpadme, por favor.

—Esperad. —Dio un rígido paso hacia mí y me ofreció una mano en gesto conciliador—. Permitidme que os ayude a bajar.

Me entraron ganas de escupir ante la formalidad de su expresión.

—¿Parezco necesitarla?

—Pues sí —dijo en tono autoritario y sin demostrar reacción alguna ante mi repentino cambio de humor—. Se os han llenado los ojos de lágrimas.

Volvió a posar esa mirada tan penetrante en mí, como si yo estuviera hecha de agua y él viera con claridad a través de mí. Abrí la boca sin saber muy bien qué pensaba decir, pero él se me adelantó.

—El vestíbulo y los pasillos de la fortaleza están abarrotados de invitados chismosos y creo que ha quedado más que claro que ese vestido —su mirada descendió por mi cuerpo en un abrir y cerrar de

ojos— no os hace… pasar desapercibida que digamos. Lo más sensato sería que esperarais un poco antes de regresar.

Su escrupulosa cautela me dejó estupefacta. Había algo en él que me instaba a ceder ante sus palabras. Tal vez fuera porque no percibía ni rastro de malicia en su actitud, tampoco de impaciencia. Transmitía una templanza arraigada e inamovible que me hacía querer permanecer un poco más a su lado. Nos quedamos allí, en lo alto de las escaleras, con la mirada clavada en la del otro.

Una fuerte ráfaga de viento azotó las almenas, aulló en torno a la fortaleza y me alborotó el cabello. Di un paso atrás.

—Ha sido un placer charlar con vos —dije cortante—. Disfrutad de los horrores de Seraf, mi señor. —Desvié la vista hacia la escalera—. Por aquí abundan tanto como el vino peleón.

Entre la música animada, la cantidad ingente de invitados y ese aire salobre tan ajeno a las montañas, cuando regresé al salón del trono la estancia parecía estar a punto de desbordarse.

Agatha permaneció a mi lado y, tras entrelazar un brazo con el mío, inspiró hondo y se estremeció.

—Supongo que para ti es una ventaja no poder respirar.

Respondí con un resoplido molesto. La conversación que había mantenido con el hombre del torreón no dejaba de repetírseme en la cabeza y, por si fuera poco, esa extraña agitación que me había atenazado el pecho antes de salir había regresado.

—Necesito una copa de vino.

—Sabe peor que de costumbre —me advirtió antes de dar un sorbo de su copa medio vacía y hacer un gesto de desagrado.

—Será mejor que me lo beba rápido entonces.

Nos abrimos camino entre los grupos de invitados que cuchicheaban a nuestro alrededor y, nada más llegar a la mesa de las bebidas, me serví una copa y me la acabé de un trago. Luego,

intenté respirar hondo otra vez, por lo que me gané una mirada de desaprobación por parte de Agatha.

—Sabes que Nemea encargó el vestido así de ajustado a propósito, ¿verdad?

Su estado de ánimo no había mejorado nada de nada en mi ausencia.

—Sí, lo sé —dije después de otro trago de vino.

Daba por hecho que había sido voluntad del rey que el vestido de su protegida fuera tan pesado e incómodo como un grillete. Que fuera ostentoso y llamativo para que los visitantes se fijaran en mí y me estudiaran con atención, de manera que yo tuviera que ocultar mi malestar. Nemea quería dejarme claro que seguiría manejando las riendas de mi vida incluso cuando estuviera casada.

—Espero que encuentres a alguien con quien bailar. —Intenté cambiar de tema con delicadeza—. Sé lo mucho que disfrutas de la música y mis circunstancias no deberían arruinarte el momento.

—Tu situación es difícil de ignorar.

Seguí con la mirada los giros de las primeras parejas que se animaron a salir a la pista y dejé que las vibraciones del tambor y el laúd acallaran la inquietud de mi pecho.

—¿Qué tal la cena de anoche con tu devoto capitán y futuro marido? —preguntó Agatha con la voz cargada de sorna—. ¿Ha cumplido tus expectativas?

Las dos pensábamos que sería un hombre aburrido y arisco, pero, para mi sorpresa, no podríamos haber estado más equivocadas. Era ingenioso, educado y tenía dotes para la conversación. Cuando nos despedimos, me agarró con firmeza de la barbilla y me dio un beso de lo más dulce.

—Estuvo bien. Fue amable conmigo.

Me lanzó una mirada comparable a un mazazo en las rodillas.

—«Amable».

Se me cerró la garganta.

—Lo… lo que quería decir es que… Solo lo decía porque no me dio miedo.

Una mujer jadeó a mi lado y señaló las imponentes puertas de roble de la sala del trono. No era la primera en hacerlo. A muchas

jóvenes damas les habían flaqueado las piernas y habían tenido que apoyarse en sus amigos o carabinas al ver el ala de la sirena, que tanto contrastaba con el blanco de la pared donde se exhibía. Estaba completamente extendida y unos tornillos le atravesaban los huesos para anclarla a la placa de madera sobre la que estaba expuesta. La luz tenue y dorada de las velas no le hacía justicia, pues opacaba la explosión de color que ocultaban sus amplias plumas negras, pero yo podría haber pintado de memoria los iridiscentes destellos azules y verdes de su base, así como los tonos morados que adquiría en sus extremos irregulares. Bajé la mirada a la inscripción en mármol que la acompañaba.

NO HAY PIEDAD PARA LOS MONSTRUOS

Ese lema conformaba los retorcidos cimientos de la crueldad de Nemea y era la razón por la que el resto de los monarcas del archipiélago lo aborrecían. La razón por la que los presentes se habían embarcado en una travesía de varios días por las traicioneras aguas del mar para visitar aquella roca árida y triste a la que hacían llamar «isla». El rey Nemea había dedicado décadas a la tan atroz tarea de dar caza a las sirenas, criaturas divinas, y, en consecuencia, había dinamitado las buenas relaciones que Seraf una vez había tenido con otros reinos.

Tiré de Agatha para alejarnos de un grupo de muchachas jóvenes que se habían fijado en mí y me estudiaban con condescendencia. Nemea me había convertido en todo un espectáculo. Nos colocamos cerca de la tarima del trono, donde el monarca charlaba con la soberana de los reinos anexionados de Della y Gos. El rey era un hombre alto y fornido y tenía una mata de pelo negro alborotado y canoso que contrastaba con su piel clara. En ese momento sonreía, y su rostro estrecho y por lo general adusto adquiría una apariencia, cuando menos, extraña. Movió las manos en actitud orgullosa y se dio unos golpecitos en el pecho. La casaca de color rojo oscuro engalanada con botones de rubí que llevaba era tan elegante que chocaba con su tosca apariencia.

—Parece estar en su salsa —comentó Agatha arrastrando las palabras. Lo contemplaba con el ceño fruncido y la mirada cargada de odio.

—No entiendo cómo puedes ser capaz de expresar tu desagrado tan abiertamente. —Volví a tirarme del cuerpo del vestido y dejé escapar un quedo gimoteo de incomodidad—. ¿No te da miedo que se fije en cómo lo miras?

—Soy incapaz de hacerlo de otra manera. Mi rostro se niega a poner cualquier otra cara. —Intentó ofrecerme una sonrisa torcida, pero no le sirvió de mucho—. Ahora mismo vuelvo. Voy a servirme otra copa de ese vino tan asqueroso con el que Nemea nos agasaja.

Me pegué al borde de la tarima, iluminada por la rutilante luz de un puñado de candelabros. Los invitados, envueltos por ropas de intensos colores, bebían, bailaban y reían alborozados, libres de toda preocupación. Daba la sensación de que ninguno de ellos había reparado en que los mejores soldados del rey Nemea deambulaban por la estancia, como si fueran la mismísima Muerte, ataviados con su armadura negra como la noche. Estudié a cada uno de ellos mientras me preguntaba dónde estaría su capitán, mi prometido. A la luz de las velas, la voluminosa gema del anillo que me había regalado parecía contener una llama entre sus facetas.

Era una espinela gris, oscura como el mar durante una tormenta. No era una gema típica del archipiélago leucosiano y solo se encontraba en el continente norteño de Obelia. Imaginaba que había sido Nemea quien se la había cedido, porque ningún capitán podría haberse permitido semejante despilfarro.

Le di vueltas al anillo con el pulgar. No era más que un grillete opulento y poco común. Quedaría atrapada de por vida, sí, pero lo más importante era que estaría a salvo. En la montaña de Seraf, mi mente no tendía a sumirme en sus recovecos más oscuros ni trataba de seducirme con imágenes de piel desgarrada, aguas oscuras y riachuelos de sangre. Aunque embotada, vivía en paz y haría todo cuanto hiciera falta por seguir así.

El rey Nemea se subió a la tarima. La mesa que habían dispuesto sobre ella estaba repleta de obsequios traídos por los invitados desde los reinos vecinos. Entre ellos había un retazo de seda roja

decorado con bordados de anguilas negras. Imaginé que era un regalo de Della y Gos, pues eran famosos por sus gusanos de seda. También había arreglos florales rojos como la sangre que debían de proceder de Varya. Nemea sostenía un cáliz plateado con rubíes engastados.

—No te quedes ahí apartada, Imogen —dijo sin mirarme—. Sube aquí.

Subí los escalones con cuidado de no pisarme la falda y me coloqué a su lado. El rey me cogió las manos y me levantó los brazos para estudiar los detalles del vestido con sus impasibles ojos grises. También admiró las horquillas que me decoraban el cabello y los pesados rubíes que pendían de los delicados lóbulos de mis orejas.

—Te queda como un guante —dijo con tono malicioso.

—Gracias, majestad. —Le ofrecí una sonrisa débil.

—¿Y qué es esto? —preguntó tirando del rizo oscuro que descansaba sobre mi hombro en una actitud muy poco elegante.

—¿Os referís al mechón de pelo, majestad?

—Deberías llevarlo todo recogido como te pedí.

Su mirada, ya de por sí fría, se volvió glacial. Aunque no me había indicado cómo debía peinarme en ningún momento, hice una profunda reverencia.

—Por supuesto. Iré a…

Negó bruscamente con la cabeza, demostrando una sorprendente mezcla de desprecio e indiferencia.

—No te molestes. —Recorrió el resplandeciente salón del trono lleno de invitados con la mirada—. Está siendo una velada fantástica, ¿no te parece?

—Desde luego.

—Y tú… —Me tocó la mejilla con delicadeza y yo me quedé inmóvil. Nunca había llegado a levantarme la mano, pero se le habían crispado los dedos como si ansiara hacerlo en más de una ocasión. Sabía lo mucho que podía llegar a alzar esa voz tan suave, lo fácil que le resultaría encerrarme en mis aposentos durante una semana entera—. ¿Estás contenta?

Hice una pausa ante la extraña pregunta.

—Claro, ¿cómo no iba a estarlo?

—Por eso mismo te lo pregunto. El vestido, el banquete… Te estoy dando mucho más de lo que mereces.

—Lo sé, majestad.

El rey cruzó la mirada con alguien al otro lado de la estancia y pareció que lo hubiera alcanzado un rayo. Me agarró de la muñeca y me bajó de la tarima de un tirón.

—Imagino que no sueles pensar con frecuencia en los deberes de un rey, ¿no?

—Me temo que no, majestad. —Apenas era capaz de seguirle el ritmo mientras se abría paso entre la multitud—. Pero sí que he reflexionado sobre ello en alguna ocasión.

—¿Y qué opinas?

La música se intensificó. El ritmo del laúd y del tambor inundó mis oídos como los latidos de un corazón. Los invitados se agruparon en el centro de la estancia, donde tendría lugar el próximo baile.

—¿Qué opinas del deber? —insistió—. ¿Crees que un rey debe moldearse dejando atrás pedacitos de su propio ser o crecer y prepararse para cuando llegue el momento de cumplir con su cometido?

—No estoy segura de entender vuestra pregunta, majestad. Me inclinaría por una combinación de ambos escenarios.

Nos detuvimos de golpe ante un muro de soldados que llevaban una armadura dorada. Eran seis. Musculosos, inmóviles, con enredaderas en flor talladas en la coraza y los brazales.

—Theodore Ariti —ladró el rey.

—Hola, Nemea —respondió una voz malhumorada tras los soldados.

Era ronca y grave y la reconocí de inmediato. Los guardias se separaron para abrirle paso al hombre del torreón. Estaba mucho más arrebatador que antes. Iba vestido con una hermosa casaca de color verde oscuro y tenía el rostro retorcido en un ceño perfectamente fruncido. Sobre el cabello, oscuro y ondulado, llevaba una corona dorada de laurel. Al desviar la mirada hacia mí, no pudo disimular su asombro.

Me apresuré a clavar la mirada en el suelo mientras un calorcillo se adueñaba de mis mejillas y hacía una profunda reverencia ante el rey de Varya.



2

Me temblaban las piernas al levantarme.

Sabía que el rey Theodore tenía veintisiete años, y que era un año mayor que yo. Nemea llevaba sumido en una espiral de odio obsesiva desde que el monarca variano había ascendido al trono, hacía siete años. El «niño rey», como todavía lo llamaba, era demasiado orgulloso, demasiado compasivo, demasiado querido y honrado como para ser digno del respeto de Nemea.

—Vengo a presentaros a la novia. —Su voz sonaba fría y cortante —. Esta es lady Imogen Nel, mi protegida. Justo ahora estábamos hablando del deber de un rey, y estoy seguro de que le encantará oír vuestra opinión al respecto mientras compartís un baile.

El rey Theodore me miró con mala cara un instante, pero luego desvió su atención hacia el otro monarca.

—¿Que quiere hablar de los deberes reales, decís? Muy bien. Si el baile se alarga lo suficiente, podremos reflexionar sobre vuestra absoluta falta de responsabilidad en ese aspecto.

Ahogué una exclamación ante su valentía. A diferencia del resto de la corte, a diferencia de mí misma, no se había molestado en medir sus palabras ante la fragilidad de Nemea. Antes de que el monarca serafí tuviera oportunidad de responder, el rey Theodore me ofreció una mano y yo la acepté abochornada. Aunque tenía los dedos encallecidos, su contacto resultaba cálido y agradable. Recordé con agitación la conversación que habíamos mantenido en lo alto del torreón. Había estado fuera de mí. Había sido una maleducada. Mientras el rey Theodore me conducía al centro de la estancia, Nemea me lanzó una mirada cargada de significado que se enterró en mi pecho como una espada. Sabía muy bien qué quería que hiciera. Encandilarlo. Apaciguarlo.

—Os ruego que me perdonéis, majestad —dije con voz queda—. No os había reconocido. No se me habría pasado por la cabeza tomarme tales confianzas de haber sabido que…

—¿Dónde está vuestro prometido, mi señora? —preguntó haciendo caso omiso a mi disculpa.

—Pues… —Tragué saliva para tratar de encontrar la voz—. No estoy segura. Es posible que el capitán se lo haya pensado mejor y esté por ahí escondido, preparándose para suplicarle a su majestad que lo libere del compromiso.

—¿Es acaso el capitán un idiota además de un asesino?

Me estremecí ante sus palabras sin saber muy bien si debería sentirme halagada o avergonzada. Nos hicimos un hueco en la pista de baile en un silencio tenso y, aunque él no me quitó el ojo de encima, yo mantuve la mirada clavada en la pared que había a su espalda, en el ala de sirena desmembrada que allí colgaba.

Una alegre melodía de cuerda inundó la estancia. Pensar en lo interminable que se me iba a hacer aquel baile me obligó a esbozar una sonrisa forzada. Decidí hacerme oír por encima de la música en un nuevo intento por mostrarme entusiasmada.

—Me siento muy honrada de estar en vuestra presencia, majestad. Soy consciente de que venís desde muy lejos.

El monarca apoyó una mano en mi cintura y comenzamos a movernos con rapidez.

—No podía dejar pasar la oportunidad de disfrutar de los horrores de Seraf, ¿no es así? —Me observó con interés y yo me mordí la lengua—. Conozco a vuestra doncella —dijo señalando el otro extremo de la estancia con la cabeza, donde Agatha fulminaba con la mirada la marea de invitados y sujetaba su cáliz con fuerza—. Este era el último lugar en el mundo donde esperaba encontrarla.

La dureza con la que aquellas palabras escaparon de entre sus dientes apretados evidenciaba el claro desprecio que sentía por el reino de Nemea.

—No lo sabía —apunté. A veces me costaba recordar que Agatha había tenido una vida antes de entrar en la mía—. ¿De qué la conocéis?

—Fue mi institutriz durante un tiempo.

—En mi caso también. —Debía de haber vivido en Varya justo antes de trasladarse a Seraf—. ¿A vos también os regañaba cuando os torcíais al escribir?

—No —respondió con severidad—. Yo nunca me torcía.

—Ah. —Para mi sorpresa, echaba de menos la amabilidad y calidez que había desprendido en el torreón—. Ya veo.

Los siguientes pasos eran rápidos y complicados. Tenía que pasar por debajo del brazo de él, saltar y dar una vuelta, pero el vestido me constreñía las costillas como si de un puño se tratara y apenas me dejaba respirar. Di un paso atrás y, cuando lo agarré de las manos, se negó a cerrar los dedos en torno a los míos y nos hizo parar en seco.

—¿Hay algún problema, majestad? —pregunté con una mueca de dolor al notar una punzada en el costado.

—Sí, que no podéis respirar —señaló. Su mirada era tensa, y su expresión, seria.

—Por favor, no os detengáis. —Miré alrededor con el pecho agitado, preocupada por dar que hablar y hacer enfadar a Nemea—. Me encuentro bien, os lo prometo.

—Jadeáis como un pobre perrillo.

Me resultaba imposible adivinar si estaba molesto o preo-cupado.

—Por favor —supliqué—, no quiero importunar a las otras parejas. Agradezco vuestra caballerosidad, pero estoy bien.

Me estudió durante un instante más, entrecerró los ojos y retomó el baile, aunque más despacio que antes. Me guio entre los bailarines consiguiendo mantenernos al ritmo de la música, si bien un paso por detrás del resto de los invitados. Nos movíamos tan pegados al cuerpo del otro como mi falda lo permitía.

—¿Qué estáis haciendo? —susurré.

—Daros un momento para recuperar el aliento.

—Os he dicho que estoy bien. —El miedo coloreaba mis palabras.

Por el rabillo del ojo, vi que Nemea nos observaba con un color iracundo en las mejillas.

—¿Os ha obligado él a poneros este vestido tan ridículo?

La voz del rey Theodore era grave pero dulce y me puso la carne de gallina.

—Ha sido un regalo —dije con voz tensa al tiempo que bajaba la vista al cuerpo del vestido—. Su majestad quería que la velada fuera perfecta, así que lo mandó confeccionar para la ocasión.

—Es fascinante.

—¿El qué?

—Que la crueldad de Nemea se manifieste también en sus regalos.

Compás a compás, la música empezó a transformarse en un zumbido. Las carcajadas de los bailarines entre los que nos movíamos eran como chirridos para mis oídos. El ritmo lento que el rey Theodore había decidido seguir me estaba sacando de quicio, pero adopté una expresión agradable y mantuve la vista clavada en un punto por encima de su hombro.

Entonces se echó un poco hacia atrás y ladeó la cabeza.

—Me resultáis familiar. —Había una pregunta oculta en sus palabras.

—¿Sí? A lo mejor os estáis confundiendo por la charla de antes.

Él negó con la cabeza.

—No, no es por eso.

Siguió evaluándome con la misma atención que había mostrado en el torreón.

—Os aseguro que nunca nos hemos visto antes. Nací aquí y nunca he salido de Seraf. Cuando me quedé huérfana, el rey Nemea

tuvo la inmensa amabilidad de acogerme como su protegida.

—¿Por qué haría algo así? —Rio amargamente.

Apreté los labios, pues no estaba dispuesta a decirle la verdad: que provenía de una familia adinerada y que mi herencia era lo que había mantenido el reino a flote.

—Eso tendréis que preguntárselo a él.

—Preferiría no tener que hablar con ese hombre, así que voy a tratar de adivinar su respuesta. —Pese a que ya había recuperado el aliento, el rey Theodore siguió moviéndose a un ritmo tan lento que resultaba exasperante—. Sois una hoja de menta en una boca apestosa. El bálsamo que alivia a quienes se enfrentan al azote de su crueldad. ¿Por qué habría de engalanaros con más de la mitad de las reservas de gemas disponibles en el archipiélago sino para aparentar que tanto sus arcas como su benevolencia son ilimitadas? En la cabeza de Nemea no cabe que los demás lo vean como el ser despreciable que es en realidad después de haber sido capaz de criar a alguien tan encantador como vos.

No pude reprimir una mueca de dolor. Aquello no había sido un cumplido. De hecho, sus palabras estaban cargadas de una amarga aversión. Me las arreglé para ofrecerle una sonrisa dulce de oreja a oreja a pesar del vuelco que me había dado el estómago.

—Y es evidente que vos, majestad, sois demasiado inteligente como para caer en su intrincado ardid. —Lo miré con descaro—. Mis encantos no han surtido efecto en absoluto.

Cuando nuestros ojos se encontraron, se detuvo en seco y me observó atónito, con la boca abierta. Me soltó la mano y la cintura.

—Os conozco.

—¿Qué? —Recorrí la estancia rápidamente con la mirada—. Por favor, estáis dando un espectáculo.

Él negó con la cabeza de manera casi imperceptible, pero estudió mis facciones con más atención si cabe. Su aguda mirada trazó la silueta de mis cejas, se deslizó por el puente de mi nariz y siguió bajando, pasando por el arco de mis labios, hasta mi mentón anguloso.

—¿Qué estáis haciendo? —Levanté las manos a la espera de que retomara el baile. El rey Nemea se había acercado al borde de la

pista con la barbilla hacia el techo como muestra de recelo—. Por favor, majestad, nos están mirando.

El rey Theodore se alejó de mí y una joven se chocó con su espalda al dar un giro, pero ni siquiera ese golpe consiguió que apartara la vista de mí. Cuando la melodía llegó a su fin, se acercó a sus guardias y me dejó sola en medio de la multitud.

Alguien me clavó los dedos en el brazo y tiró de mí hacia un lado.

—¿Qué le has dicho? —me preguntó el rey Nemea al oído con brusquedad.

—Nada, majestad. —El corazón estaba a punto de salírseme por la boca—. Me ha dicho que me conocía, pero no tiene ningún sentido.

—Ven conmigo.

Me agarró de la mano con más fuerza de la necesaria y me alejó del centro del salón. Estaba tenso y sus largas zancadas retumbaban con pesadez contra el suelo. Cuando se subió a la tarima, apenas tuve tiempo de saltar tras él. Recuperó su cáliz de rubíes y dio un trago de vino sin dejar de apretarme los dedos.

—¿Qué más te ha dicho?

—Ha elogiado mi vestido. —Me esforcé por ofrecerle una expresión cálida y le conferí a mi voz tanta gratitud como fui capaz, pero no me atreví a intentar soltarme de su agarre—. También el banquete. Le he dicho que coincidía con él. No tengo palabras para expresar lo mucho que agradezco que nos hayáis preparado esta celebración tan especial a mi prometido y a mí, majestad.

Me estrechó todavía más la mano. El anillo que el capitán Ianto me había regalado se me clavó en la piel.

—No creerás en serio que he hecho todo esto por ti, ¿verdad?

Negué con la cabeza mientras intentaba evitar que el dolor me retorciera el rostro con una mueca.

—No, por supuesto que no, majestad. Solo intentaba daros las gracias. Como bien habéis dicho, me habéis dado mucho más de lo que merezco.

Profirió un gruñido y mis nudillos crujieron ante la fuerza de su agarre. Sin embargo, su voz… su voz era suave como el tacto de una pluma.

—Se suponía que debías desarmarlo, Imogen. Aplacarlo. Lo último que necesito en estos momentos es que ese imbécil arrogante me declare la guerra.

Una calidez húmeda y pegajosa me empapó los dedos.

—Me hacéis daño —susurré sin poder aguantarlo más.

Pero Nemea no me hizo caso. Ahora estaba centrado en el capitán Evander Ianto, quien se había detenido ante la tarima con un aspecto formidable a la par que irremediablemente desaliñado. Sostenía el casco negro a la altura de la cadera. El viento le había revuelto el cabello, claro como la arena, y el sudor le perlaba la piel tostada por el sol.

—Ya era hora —le espetó Nemea, que por fin me soltó la mano.

Cerré el puño para que nadie viera que me había hecho sangre.

—Disculpadme, majestad. —Evander se inclinó ante él. El cansancio le teñía las mejillas y todavía tenía arena mojada pegada a las botas—. Sufrí un retraso en el puerto de Helris. No dejaban de llegar barcos y mis hombres necesitaban más manos.

Nemea asintió. Nadie podría recriminarle al capitán que no fuera un buen soldado.

—Llévatela —dijo antes de ordenarme que me retirara con un rápido movimiento de la mano.

Hice una reverencia bien marcada, respetuosa. Me aseguré de recomponerme para borrar todo posible rastro de dolor de mi rostro mientras seguía agachada antes de bajar de la plataforma. En vez de ayudarme, Evander levantó la vista y me observó con atención. A diferencia de Nemea, él no trataba de determinar si yo merecía o no su aprobación. Tampoco me estudiaba con la expresión turbada, inquisitiva y malhumorada del rey de Varya. No, su rostro transmitía una solemne y sorprendente adoración.

Me deleité en ella. Y le devolví la mirada. El capitán siempre me había parecido atractivo: tenía los ojos ambarinos rodeados de arruguitas en forma de rayos de sol, un corrillo de pecas claras en el puente de la nariz y unas facciones sumamente armónicas. Curvó una de las comisuras de los labios.

—Estás… preciosa. —Dejó que sus ojos vagaran por mi cuerpo y bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Pero ese vestido no

parece muy cómodo.

—Siento decepcionarte, pero no voy a poder seguirte el ritmo en un baile rápido sin asfixiarme.

—Entonces optaremos por uno lento —dijo con una sonrisa.

Me ofreció una mano para ayudarme a bajar y, cuando estuve ante él, cuando su pecho casi rozaba el mío, me quedé helada. Traía el aroma del mar consigo. El olor a sal que le empapaba la armadura y la piel entró directamente en mis fosas nasales. Un calorcillo intoxicante se extendió por mi cuerpo, igual que la ola que embiste sin piedad la costa.

—No he tenido oportunidad de ponerme mi traje de gala —se disculpó—. ¿Quieres que vaya a cambiarme?

Me dio un vuelco el estómago.

—No.

Le rodeé la curva del brazo con la mano dolorida y él me paseó por los límites de la estancia mientras veía, con una sonrisilla en el rostro, cómo se desarrollaba la fiesta a nuestro alrededor. Conocía al capitán desde hacía años, pero habíamos hablado en contadas ocasiones. Hacía apenas dos semanas que me habían informado de nuestro compromiso, pero mis músculos, por lo general tensos, ya se relajaban ante su cercanía. El nudo que la desaprobación de Agatha me había dejado en las entrañas se aflojó, hormigueó.

—¿Quieres que intente adivinar cuánto pesa ese vestido? —preguntó.

Sonreí de oreja a oreja y él se detuvo.

—Otra vez.

—¿Qué?

—Que sonrías así otra vez.

Nuestras miradas se encontraron y el deseo despertó en mi interior. Me pregunté qué sentiría ante su contacto. Me pregunté si su piel sabría a sal.

—Hoy estás incorregible.

Me ofreció una sonrisa traviesa.

—Hoy y siempre. —Me estrechó la mano entre sus cálidos dedos y me estremecí—. ¿Qué te ocurre?

—Nada, es que me he cortado.

Me abrió la mano y le dio vueltas entre las suyas para examinar la herida que todavía me sangraba en el dedo corazón. Frunció el ceño.

—¿Cómo te la has hecho?

—No ha sido nada. Es que su majestad no se ha dado cuenta de que… —Evander se arrodilló ante mí, me metió las manos bajo el dobladillo de la falda y buscó a tientas las enaguas. Miré a nuestro alrededor desencajada—. Por todos los dioses, haz el favor de levantarte…

—Espera. —Levantó la vista sonriendo. Luego, desgarró la tela dando un tirón rápido y se incorporó para mostrarme una tira de lino blanco—. Dame la mano. —Me vendó el corte con cuidado—. ¿Me guardas un secreto?

Su voz ronca inundó el estrecho espacio que nos separaba y yo, sorprendida ante su pregunta, levanté la vista para encontrar su mirada apremiante. Me sentía toda hecha de secretos.

—Por supuesto.

—Si no fuera mi rey… —Evander aseguró el pico de la tela y continuó hablando sin soltarme la mano—, lo atravesaría con la espada por haberte hecho daño.

Que el capitán pronunciara aquella amenaza como si fuera una declaración de amor me dejó de piedra. Me entusiasmaba. Me aterrorizaba.

—Eso es muy caballeroso por tu parte.

Cuando dio un paso hacia mí, el aroma salobre que desprendía me envolvió, corrió por mis venas y me inundó el pecho como un violento torrente de calor. Evander me miró expectante, con suma atención.

Jamás habría imaginado encontrar en el capitán una figura protectora, aunque fuera solo de palabra. Mi única esperanza había sido que me tratara con un mínimo de amabilidad y que el trabajo lo mantuviera lo suficientemente atareado como para que mi vida siguiera siendo tranquila tras la boda. Me puse de puntillas y le di un beso fugaz en la mejilla.

—Tu secreto está a salvo conmigo.



3

Cuanto más bebía, más dulce se volvía el vino amargo del rey Nemea.

Evander me ofreció otra copa.

—¿Quieres bailar? —Me sonrió por encima del borde de su cáliz—. Hace años que no salgo a la pista, pero te prometo que, a diferencia del rey de Varya, yo no te pondré en evidencia.

El susodicho se encontraba al otro lado de la habitación, con el rostro crispado en un gesto de superioridad.

—Está bien —respondí distraídamente.

—No hace falta que te muestres tan efusiva —bromeó.

—Prométeme que me cogerás si me desmayo.

Se acercó a mí y la sal que le cubría la piel hizo que una ola de escalofríos me estremeciera de los pies a la cabeza.

—Lo juro en nombre de nuestra amada deidad.

Nos abrimos camino hasta el abarrotado centro de la sala y, cuando la música empezó a sonar, apoyó una mano sobre mi cadera con la característica torpeza de la embriaguez. Se agarró a los

pliegues de mi falda, a la carne oculta bajo la tela, y luego se pegó a mi cuerpo para guiarme. La presencia de Evander me envolvió y su calor se fundió con el que yo misma desprendía.

Era extrañamente embriagante. Sentir el contacto de su piel, sentir su pulso al agarrarlo de la muñeca para compartir otro baile. Y otro más.

Más vino. Más olor a mar.

Había mujeres que se apagaban al casarse pese a haber brillado siempre con luz propia. Yo misma las había visto. Nunca había llegado a averiguar si eran los maridos quienes ahogaban su chispa o si era la propia alma de esas mismas mujeres la que creaba una coraza en torno a ella y amortiguaba su brillo intentando protegerla. En cualquier caso, ya había asumido que tendría que ver cómo me iba apagando. Sin embargo, Evander prendía un fuego en mí y, de alguna manera, conseguía que mi luz brillara con más fuerza, con una mayor estabilidad.

La noche, la música y las velas se fueron difuminando a medida que el alba se acercaba. Me zumbaba la cabeza por culpa de la bebida. La pista de baile seguía llena de invitados y la música retumbaba en el ambiente. Evander me rodeó el torso con el brazo y me acercó más a su cuerpo para poner su boca sobre la mía. Deslizó el labio superior entre los míos y un intenso sabor a sal se adueñó de mis papilas gustativas. Jadeé.

Con el cuerpo tenso, noté que un cálido torrente de sangre me inundaba la espalda y se arremolinaba en torno a mi columna.

—¿Qué te ocurre? —me preguntó Evander aminorando el ritmo—. ¿Estás cansada?

Solo conseguí asentir.

Cuando me condujo hasta las imponentes puertas del salón del trono dándome un suave tirón, yo me dejé llevar, presa del aturdimiento. Me rodeó con uno de sus fuertes brazos y, al sentir su aliento cálido contra la mejilla, me arqueé hacia él sin pensarlo, inclinando la cabeza hacia atrás. Pero entonces mi mirada se topó con el ala de la pared, con la inscripción grabada debajo.

Las palabras del rey de Varya se colaron en mi mente como si un insecto me revoloteara por el cráneo.

«¿Es acaso el capitán un idiota además de un asesino?».

—¿Estás bien, preciosa? —me susurró al oído.

—No, creo que me encuentro mal.

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Has bebido demasiado vino. Será mejor que comas un poco de pan. Ven conmigo.

Al llegar a la mesa donde estaba dispuesto el banquete, me ofreció un pedazo de pan, cogió otro para él y me sacó de allí rápidamente. Subir a la planta superior a oscuras requirió mayor concentración de lo que creía. Los efectos del vino, que se mezclaba con mi sangre, cada vez eran más intensos, así que tuve que aferrarme a las manos fuertes de mi prometido como si me fuera la vida en ello.

—Por la sangre de los dioses…, maldito vestido.

Le dio un manotazo a la enorme falda mientras intentaba mantenerme erguida.

—Yo no hago más que seguir las órdenes de su majestad —balbuceé—. Ponerme un vestido asfixiante. Casarme con el capitán… —Me interrumpí al darme cuenta de lo que estaba diciendo y encontré la mirada penetrante de Evander—. Es nuestro deber, ¿no? Obedecer.

Me contempló con cierta fascinación durante un rato antes de responder:

—Así es. —Parecía atormentado—. Día tras día.

Terminó de subir la escalera arrastrándome y, cuando llegamos arriba, me arrinconó contra la pared y me besó sin ninguna delicadeza. Di un respingo al notar la piedra fría contra el cuello.

—Hacer siempre todo lo que te piden sin que tu opinión cuente para nada es algo que te desgasta con el tiempo, ¿verdad? —preguntó rozándome los labios.

Aquello me sorprendió. Lo que quería responder era «sí, sí, sí», pero estaba demasiado distraída por lo mucho que ansiaba tomar una buena bocanada de aire. Por la sal que me cubría la lengua y por la desesperación que me embargaba en mi afán por volver a

saborearla. Evander me besó de nuevo y me presionó contra la pared de piedra.

—Pronto estaremos casados —dijo entre besos fugaces— y ya no tendrás que responder ante él. —Señaló la puerta de roble que tenía a su espalda—. ¿Son esos tus aposentos?

Asentí con la cabeza y me levantó del suelo mientras se peleaba con la falda de mi vestido para ayudarme a rodearle la cintura con las piernas. Una vez dentro, oí el sonido metálico del cerrojo y vi el brillo del fuego casi consumido de la chimenea.

Las sombras que bailaban por la estancia me nublaron la vista. Su negrura surcó el rostro de Evander y un brillo desatado se adueñó de su mirada. Ya había yacido con otros hombres antes: la experiencia había sido agradable, fugaz, apasionada. En ese caso era diferente, aunque no por él. Su entusiasmo era el mismo que el de los demás.

Era yo quien había cambiado.

El deseo que me atenazaba era extraño, como si mi cuerpo corriera el riesgo de marchitarse si no lo saboreaba, si no lo sentía, si no enterraba las uñas en su carne. Me besó con fuerza, en actitud posesiva, pero no me importó. Deslicé los labios por su mandíbula, oscurecida por la barba incipiente, hasta alcanzar el punto donde las pequeñas olas de calidez que trazaba su pulso eran más evidentes.

La sal de su sudor; la sal del mar. Un gemido brotó de mi garganta.

Me desató las cintas del vestido con agónica lentitud para deslizármelo por los hombros y, cuando por fin me soltó el corsé y me llené los pulmones de aire, mi visión estalló. Una presión desagradable me abrasó la boca del estómago y se me extendió por la columna y los brazos. Me llevé una mano a la cabeza al sentirla a punto de explotar.

—Ven aquí. —La voz enardecida de Evander me sobresaltó.

Inspiré hondo de nuevo y lo seguí hasta la cama, todavía envuelta por una neblina oscura. La luz de la chimenea le iluminó la silueta, así como la espalda, ancha y musculada, cuando se dio la vuelta para tumbarse. Mi cuerpo y mi mente se habían convertido en dos entidades independientes. De pronto noté tensión en la caja

torácica, como si alguien me hubiera atado una cuerda a las costillas y hubiera dado un tirón de ella. Traté de ignorarla al colocarme sobre Evander y, poco a poco, introducirlo en mi interior. Presioné mi pecho contra el suyo y él se aferró a mí, se movió conmigo.

Sin embargo, incluso estando envuelta en él, llena de él, esa siniestra sensación creció y creció. Era como si algo acechara en mi interior y hubiera decidido despertar retorciéndose y tomando forma con movimientos espasmódicos. Cerré los ojos con fuerza para concentrarme y reprimí el impulso de canturrear para mis adentros. Apreté los parpados al sentir que me clavaba los dedos en las caderas. Y cuando encontró mis labios mientras gruñía extasiado, lo único que pude saborear, lo único en lo que pude pensar fue en la sal.

Me desmoroné con un repentino fogonazo de luz blanca.

Pero no había sido un estallido de placer. Había sido una pérdida total de control sobre mi propio cuerpo. Una chispa prendió en mi pecho y se propagó por mi espalda. Noté que la quemazón se concentraba a la altura de los omóplatos, que la piel se me tensaba antes de desgarrarse y dar paso a un par de alas. Un gemido de dolor me irritó la garganta. En vez de detenerse, el fuego me corrió por los brazos, por cada dedo, y las uñas me crecieron hasta convertirse en garras negras.

Evander, que seguía debajo de mí, se quedó de piedra. En solo unos segundos, su expresión, desencajada por la sorpresa, se transformó en una mueca de repulsión. Luego, sus apuestas facciones volvieron a retorcerse y el deseo en sus ojos se apagó.

Me miraba con odio.

Ladeé la cabeza, presa del embotamiento del alcohol. No entendía qué estaba pasando ni por qué no me contemplaba extasiado. Entonces, como si me hubieran bañado con un jarro de agua helada, comprendí lo que ocurría.

Evander me obligó a apartarme de él y me tiró al suelo con tal violencia que me golpeé la cabeza contra la piedra. Debería haber sentido miedo, dolor. En cambio, su repentino desprecio, su afán por hacerme daño, azuzó esa cosa que se escondía en mi interior. No lograba ubicar dónde residía exactamente, pero sentía su presencia

como el dolor de huesos. Lanzaba dentelladas, crecía y me mostraba imágenes de garras afiladas, carne despedazada y ríos de sangre.

Mi prometido se movió con rapidez y me colocó una mano en torno al cuello. Tenía la piel caliente. Me inmovilizó con su peso y me aplastó la base de las alas contra el suelo. Nuestros latidos se encontraban allí donde sus dedos entraban en contacto con mi piel. El suyo era rápido. El mío, regular. Impertérrito.

Lo imité con un único movimiento: le rodeé el cuello con las garras y se las clavé hasta que la sangre, roja como el rubí, le perló la piel dorada. Él me soltó siseando.

Respiré el aroma a metal caliente.

—Tienes miedo.

Nunca me había sentido tan poderosa. No era propio de mí. Él negó con la cabeza, pero tenía la mirada desencajada. Le clavé más las garras.

—Imogen, por favor.

Aunque sus palabras no fueron más que una exhalación, las sentí como un puñetazo en el estómago. Oír mi nombre, recordar quién era, hizo que la criatura oscura de mi interior languideciera.

Lo solté. Mi pecho subía y bajaba dominado por el pánico.

Evander se sentó sobre los talones y me estudió de arriba abajo con los ojos como platos: el cuerpo desnudo, las alas negras extendidas a mi espalda, los dedos acabados en garras negras.

—Dioses benditos.

Me aparté de él como un cachorrito al que acabaran de regañar y gateé hasta la chimenea. Me cubrí los pechos avergonzada mientras él recogía sus ropas y se vestía con movimientos rápidos, controlados. La firmeza de sus músculos me dejó petrificada, pues me obligó a recordar que su cuerpo estaba hecho para cazar sirenas, para inmovilizarlas cuando, atemorizadas, se resistían a su ejecución. Evander se detuvo ante la puerta con el rostro retorcido de furia y decepción. Entreabrió los labios como si tuviera intención de decir algo, pero al final se limitó a lanzarme una última mirada fulminante antes de salir de la habitación.

Con eso, la luz intensa y constante que había estallado en mi interior se apagó.



Me mantuve despierta, con la vista clavada en la puerta y una daga decorada con piedras preciosas en la mano.

La luz del fuego hacía que los rubíes de la empuñadura resplandecieran y que la hoja adquiriera un brillo dorado. Mientras los primeros rayos de sol se colaban por la ventana, yo le daba vueltas al arma entre los dedos. De pronto me sentía como una idiota. El rey Nemea me había regalado la daga por mi decimoséptimo cumpleaños y, con sus copiosas gemas y el filo romo, era más decorativa que mortal. *Igualita que yo,* pensé.

Aun así, haberme aferrado a ella durante la noche me había transmitido cierta sensación de seguridad.

No había parado de llorar desde que Evander saliera de la habitación dando un portazo. Les había rezado a los grandes dioses y diosas como si de verdad pudieran oírme; les supliqué como una tonta que me concedieran un momento de paz que no había llegado. Había esperado oír las pisadas de Evander en la escalera, verlo tirar la puerta abajo y arrastrarme hasta el patio de armas para matarme. Hacía años que no se ejecutaba en público a una sirena, pues los hombres de Nemea acababan con ellas en el acto y nunca se molestaban en subirlas a la cima de la montaña para que todos las vieran morir.

Sin embargo, yo ya estaba en la fortaleza.

Me convertirían en un espectáculo; no se me ocurría nada más impactante que ver cómo le arrancaban las alas de cuajo a la protegida del rey, que ver cómo le cortaban el cuello y una cascada de sangre brotaba de la herida. Cuando acabaran, dejarían mi cuerpo a la vista de todo el mundo, clavado en una estaca para que se descompusiera con el paso de los días. Tal vez colgaran mis alas de la pared para tener por fin un trofeo completo.

Alguien llamó a la puerta y agarré con fuerza la daga.

—¿Quién es?

—Abre la puerta, Im. —La voz de Agatha llegó amortiguada por el grueso tablero de roble de la puerta.

—Mierda. —Era como un libro abierto para Agatha. En cuanto me viera, se daría cuenta de que había sucedido algo horrible—. Dame un minuto.

Volvió a llamar con impaciencia.

—¡Ya va!

Me dolía todo el cuerpo al moverme. Estiré el brazo para abrir el pestillo, noté el tirón de las heridas de la espalda y me detuve al reparar en que tenía las uñas manchadas de marrón oscuro, con sangre seca incrustada.

La sangre de Evander.

Los sucesos de la noche anterior regresaron a mi mente. El contacto del capitán, la sal que le cubría la piel, el poder monstruoso que me había embargado al perlarle el cuello de gotas carmesís. No supe decir qué era peor: haber estado a punto de matarlo o haberlo dejado con vida.

Siempre había sido muy consciente de mi verdadera naturaleza. Cuando era pequeña, oía un susurro en la cabeza que me llamaba y tiraba de mí para que bajara a la costa y me reuniera con el mar. El miedo a convertirme en un monstruo jamás me había permitido hacerle caso, pues los rumores sobre las sirenas eran ciertos. Nacíamos sedientas de sangre. Fuimos creadas para seducir a los marineros y ejercer una atracción sobre el torrente cálido que fluía bajo su piel. Para sumergirlos bajo la espuma.

Me obligué a apretar el puño, descorrer el pestillo y abrir la puerta.

—Buenos días —dije con voz ronca.

Agatha se dirigió inmediatamente a mi vestidor sin siquiera mirarme. Volví a ponerle el pestillo a la puerta.

—El ritual dará comienzo en breve. Ven, que te ayudo a vestirte.

Había estado tan preocupada por lo ocurrido con Evander que había olvidado por completo lo del ritual blasfemo del rey Nemea. Llevaba casi tres décadas negándose a venerar a la gran diosa Ligea, la reina de las sirenas, pues aseguraba que todas éramos criaturas tan despiadadas como el mar, que disfrutábamos sembrando el caos.

Sin embargo, con el tiempo, había terminado dándole la espalda también al resto de los grandes dioses para hacerle ofrendas de sangre a su deidad del agua, Eusia.

Ni siquiera estaba segura de que fuera real, ya que en ninguna de las historias que había leído sobre ella se mencionaba su nombre. Aun así, Nemea creía en Eusia a pies juntillas y, cada vez que tenía que tomar una decisión importante, cada vez que se inauguraba la temporada de pesca, cada vez que se celebraba un día festivo, reunía a toda su corte para hacerle ofrendas. Y lo mismo ocurría con los casamientos, pues la novia debía pedirle que bendijera su unión. Yo me había visto obligada a darle sangre desde bien pequeña. Negarle una ofrenda a Nemea y su deidad estaba castigado con la muerte.

—La modista me ha traído tu vestido de novia —me dijo desde el vestidor—. Nemea quiere que te lo pongas para el ritual.

Arrastré los pies hasta la jofaina para quitarme la suciedad de los dedos. Las cerdas duras del cepillo me arañaron la base de las uñas y un escalofrío me recorrió la dolorida columna.

—Creo que tenemos que hablar, Imogen —continuó—. Anoche tuve la oportunidad de intercambiar unas palabras con el rey Theodore y…

Regresó al dormitorio con expresión pensativa, portando una camisa limpia junto al vestido de boda, hecho de encaje negro. Cuando por fin me miró, se detuvo en seco. Un destello de preocupación surcó sus enormes ojos, seguido de ese brillo feroz y protector típico de hermana que siempre salía a la luz cuando alguien me hacía daño.

—Dime qué ha pasado.

Aquella situación me transportó a mi adolescencia. Tenía trece años y la nueva criada me había preparado un baño sin darse cuenta de que debería haberse abstenido de echarle sales al agua. Una intensa palpitación había estallado en mi pecho al sumergirme en la tina. Todo el cuerpo había empezado a dolerme. Agatha me sacó de allí en cuanto la llamé. La mirada que tenía en ese momento era la misma que la de entonces. Me había envuelto en una toalla y se había apresurado a quitarme la sal de la piel.

—Soy como tú, Immy —había susurrado—. Una sirena que vive lejos de la costa. El agua salada empeora el anhelo que sentimos por el mar, así que lo mejor será que la evites a toda costa.

Agatha se había asegurado de mantenerme a salvo. Al poder contar con ella como confidente, ya no me sentía tan sola. Así era como había conseguido mantener oculta bajo la superficie a la criatura fea y violenta que en realidad era. La noche anterior, cegada por mi desvergonzado deseo, el monstruo había resurgido. Yo misma lo había rescatado de las profundidades y le había permitido tomar una bocanada de aire fresco.

—¿Estás bien? —Agatha evaluó mi aspecto desaliñado. Llevaba su oscura melena enredada entre las horquillas y la camisa arrugada y torcida. Reparó en la pequeña mancha de sangre que tenía en la cadera—. ¡Imogen!

Se me formó un nudo en la garganta y le rodeé el cuello con los brazos sin preocuparme por si se me arrugaba el vestido.

—Ay, dioses —jadeó ella.

Me devolvió el abrazo y me puso las manos en la espalda, justo sobre las dos heridas abiertas que me habían dejado las alas. Siseé de dolor y, cuando se separó de mí, tenía las manos manchadas de sangre fresca. Se le desencajó la mirada al comprender lo que había sucedido.

—Tenemos que marcharnos ahora mismo. Vamos a bajar de esta montaña y…

Alguien dio unos golpecitos en la puerta con languidez. Volví la cabeza rápidamente, con el vello de la nuca erizado.

Oí el tono burlón de Evander, que me llamaba desde el otro lado de la puerta.

—¿Quién es? —articuló Agatha sin proferir sonido alguno.

Gesticulé desesperada para que no hiciera ruido.

—Abre la puerta, Imogen. —Se oyó un golpe sordo—. O la tiraré abajo.

—Métete en el vestidor —le susurré a Agatha—. Echa el pestillo y, oigas lo que oigas, no salgas.

Ella se irguió en actitud desafiante.

—¿Qué? ¡Ni en broma!

—¡Shhh! Hazme caso, por favor. —Me acerqué corriendo a la silla en la que había pasado la noche y cogí la daga que había dejado allí —. ¡Ya! Jamás me perdonaría que te hicieran daño. Ve. Y no salgas.

Por fin entró en razón y desapareció en el vestidor.

Una vez que le oí cerrar el pestillo, corrí hacia la puerta de mis aposentos. El pasador chirrió y los goznes dejaron escapar un quejido.

Evander, alto e imponente, iba vestido con la casaca y los pantalones negros que debería haberse puesto la noche anterior. Tenía la mano sobre la empuñadura reforzada con cuero de la espada que pendía de su cadera. Su mirada reptó por mi cuerpo y, cuando reparó en la daga que sujetaba, una sonrisa impávida le arrugó las comisuras de sus ojos ambarinos.

—Veo que todavía no estás lista.

Di un paso atrás con el corazón desbocado.

—¿Qué quieres?

Evander entró en mi dormitorio sin responder mientras se soltaba el talabarte. Luego, lo dejó con reverencia sobre la cama y se sentó a los pies del colchón. Su silueta, recortada contra la luz clara pero intensa del sol de la mañana, era la viva imagen de un mal presagio al ir todo vestido de negro.

—Cierra la puerta, Imogen.

Se me entrecortó la respiración al oírlo darme una orden con una voz suave pero impasible. Obedecí sin apartar la vista de él.

—Echa el pestillo y ven aquí.

—Primero respóndeme. ¿Qué quieres?

—No voy a hacerte daño. Cierra y ven aquí.

Me agaché para recoger el vestido y la camisa limpia que se le habían caído al suelo a Agatha.

—Déjame ayudarte.

Estaba actuando como un gato jugando con un ratón antes de hincarle el diente.

—Sé vestirme sola.

Me miró de una forma muy similar a la de la noche anterior. La chispa que brillaba en sus ojos se entremezclaba con una sombra

que no estaba ahí antes. Había visto la oscuridad que albergaba en mi interior y eso lo había cambiado. Nos había cambiado a los dos.

—He dicho que vengas aquí.

Di un cauteloso paso hacia adelante. Y luego otro. Cuando me tuvo a su alcance, se inclinó hacia mí, me agarró una mano y me masajeó la cadera con firmeza tras colocarme en el hueco entre sus piernas. Me puse tensa cuando me rodeó con un brazo para impedir que me apartara de él.

—Todavía te deseo. —Me miró a los ojos—. He de admitir que ha sido… toda una sorpresa. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Pero… Nemea no tiene por qué enterarse de lo sucedido.

Apoyé las manos en sus anchos hombros y lo alejé de mí.

—Me estás tendiendo una trampa.

—No —dijo sin soltarme—. Estoy hablando en serio. —Traté de ocultar el estremecimiento que me recorrió el cuerpo cuando depositó un delicado beso en el centro de mi pecho—. He venido a disculparme por haberte hecho daño.

Se apartó un poco y se tocó las marcas enrojecidas que le había dejado en el cuello.

—No lo entiendo. —El pulso me tronaba en los oídos—. Es imposible que aún me quieras a tu lado. —Asintió con solemnidad y seguí hablando—. Tú matas a las de mi especie. Es tu deber como capitán. ¿Por qué ibas a querer casarte conmigo ahora que ya sabes lo que soy?

—Pues, para empezar, resulta que me he… enamorado de ti…

Di un respingo. Nunca había esperado que alguien se enamorara de mí. El amor era un sentimiento que nunca había experimentado. Había leído grandes historias de amor; había hablado con algunas criadas a las que se les iluminaba la mirada y se les sonrojaban las mejillas al mencionar a algún mozo de cuadra reservado o a algún soldado apuesto. En todos esos casos, el amor me había parecido algo delicado e incesante. Si bien era un lujo un poco tonto que a veces rozaba lo peligroso, nunca iba de la mano del miedo que sentía en aquellos momentos. El mismo miedo que Evander había sentido la noche anterior cuando lo había herido.

Volví al presente al notarlo deslizarme el pulgar por el labio inferior.

—Te has criado lejos de las de tu especie, así que no te pareces en nada a ellas. Tú eres dócil. Además, tu naturaleza también tiene sus beneficios para mí. ¿Has oído hablar del vínculo de sangre?

Sabía lo suficiente. Las sirenas estábamos conectadas al mar y al aire, y su proximidad hacía que nuestro poder, el instinto que nos impulsaba a ahogar a los incautos, se intensificara. Sin embargo, el vínculo de sangre lo aplacaba. Protegía a la persona que ligaba su vida a la de una sirena del canto de sus congéneres. Los miembros de la pareja se veían obligados a protegerse mutuamente a toda costa. Pero en la montaña yo no era más que una mujer. Tanto mi poder como mis instintos eran prácticamente nulos.

—El vínculo es doloroso y, además, no nos va a hacer falta. Lo que pasó anoche no volverá a repetirse.

Bastaría con que yo me mantuviera alejada del vino y él se diera un buen baño cada vez que regresara del mar.

Me rodeó el mentón con los dedos.

—No quiero una esposa capaz de matarme. —Habló despacio, enfatizando cada palabra.

Me dio un vuelco el corazón.

—Pero sería un acto de traición.

—Ya te he dicho que Nemea no tiene por qué enterarse.

Por fin, me soltó para sacudir el vestido y darme la vuelta empujándome de las caderas y así quedar de espaldas a él. Me quitó la camisa manchada de sangre y, en cuanto dejó que cayera a mis pies, el contacto del aire frío me puso la piel de gallina. Posó los dedos junto a las heridas abiertas de mis omóplatos.

—¿Sabías que… —me rozó el hombro con los labios—, si estuvieras cerca del agua, te habrías curado casi al instante? —Deslizó los nudillos por mi columna—. Podría llevarte conmigo al mar cuando estemos vinculados.

Me abrumaba mi ignorancia en comparación con todo lo que Evander sabía de las sirenas. Me lo imaginé con las manos y el rostro salpicados de sangre.

—El rey Nemea no me deja salir de la fortaleza. —Y ya no estaba tan segura de querer marcharme.

Me rozó la oreja con los labios.

—Para entonces ya no serás suya, Imogen, sino mía.

Me agaché y me volví a cubrir con la camisa, sin importarme que estuviera manchada, antes de dirigirme al sofá en el que mi corsé había caído la noche anterior.

—Ayúdame —le pedí con voz temblorosa después de obligarme a pasar los brazos por los tirantes—. Nemea nos matará si llegamos tarde al ritual.

Evander obedeció y se acercó a mí despacio.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó mientras me ceñía las tiras del corsé con torpeza. Cada tirón era un suplicio.

Reprimí el impulso de desviar la mirada hacia la puerta del vestidor. Me arrancaría una de mis propias alas antes de confesar que Agatha llevaba años manteniendo mi secreto a salvo.

—Nadie.

—Bien. —Volvió a dar otro tirón desgarrador y me apretó más el corsé, que me presionó las heridas abiertas de la espalda—. ¿Así? —preguntó antes de apretarlo todavía más.

—Sí, así.

Me estremecí de dolor, pero me puse el vestido y dejé que Evander me abrochara los botones resplandecientes que lo cerraban. Frente al espejo, me pasé los dedos por el pelo para desenredármelo y me pellizqué las mejillas macilentas para recuperar algo de color. Mis ojos dorados tenían un aspecto vidrioso, vacío.

—Hay un problema —dije.

—¿Cuál? —preguntó frunciendo los labios y entornando los ojos en actitud posesiva mientras evaluaba cada centímetro de mi cuerpo.

—Necesito tener las alas desplegadas para llevar a cabo el vínculo de sangre y nunca me había transformado. —Lo de la noche anterior había sido el resultado de un extraño torbellino de vino, sal y piel cálida—. No sé si voy a poder volver a hacerlo.

Lo miré a través del espejo.

—Entonces, seguiremos el procedimiento de las ejecuciones —dijo con gélida indiferencia mientras se colocaba la casaca.

Me di la vuelta para encontrar su mirada.

—¿Cómo dices?

—Traeré agua de mar y usaremos un sifón para metértela en los pulmones. Eso siempre os hace cambiar.

Se detuvo ante mí, tan cerca que tuve que levantar la cabeza para no romper el contacto visual. Se agachó para darme un beso en el cuello. Y otro. Me sentía como si me estuviera rodeando el cuello con los labios.

Para asfixiarme.

Para silenciarme.



4

Por mucho que el rey Nemea se esforzara por decorarla con terciopelo y madera pulida, la cámara donde celebraba sus rituales no dejaba de ser una cueva subterránea excavada en la montaña. Nunca había conseguido librarse ni del olor a humedad ni de las telarañas de los rincones. Las velas que brillaban en los candelabros de hierro emitían una luz que le confería cierto secretismo a la estancia.

Entré agarrada del brazo de Evander, que aminoró el paso justo cuando llegamos al centro de la amplia cueva de techos bajos.

—He de escoltar al rey Nemea desde sus aposentos. No te muevas de aquí.

En cuanto se marchó, la tensión que me agarrotaba los hombros se disipó.

Habíamos llegado pronto y solo había un puñado de miembros de la corte saludándose; sus voces retumbaban en la piedra mientras intercambiaban anécdotas sobre el banquete de la noche anterior. Sus carcajadas atronadoras volaban a mi alrededor. Las estatuas de

los grandes dioses y diosas, que antaño se alzaban imponentes en el patio de armas, ahora acumulaban polvo en los extremos más alejados de la cámara. Se habían encargado de desdibujarles las facciones con un cincel cuando yo todavía era una niña, pero había aprendido a diferenciarlos por los objetos que sostenían.

Milton, el dios de Della, sostenía gusanos de seda en la palma desgastada y una liebre bajo el brazo para representar el poder que ejercía sobre los animales. Panos, de Varya, alto y fuerte, tenía una enredadera en flor trepándole por la pierna, el hombro y la mano abierta. Su cuerpo de mármol era elegante y me recordó al de su nieto, el rey Theodore. Su poder era el de la vida: con un mero pensamiento, podía devolverles la vitalidad a las plantas marchitas y curar las heridas. Diatan, la gran diosa de la artesanía asociada al reino de Hera, acunaba un martillo y unas clavijas de madera. La plomada que pendía de su mano libre hacía tiempo que se había partido y probablemente había terminado convertida en la gravilla que crujía bajo mis pies. Era una artesana prolífica capaz de construir todo cuanto se le pasaba por la cabeza. Jesop, de Gos, estaba tumbado sobre un costado, con la cabeza tirada a un par de pasos del resto de su cuerpo. Su don era el de la memoria. Gracias a ese poder divino y a que había tenido una vida casi inmortal, Jesop había redactado para Leucosia sus primeros libros de historia, genealogía y tradición popular.

Finalmente, en el rincón más sombrío de la cámara, se encontraba la gran diosa Ligea. Levanté la vista para estudiarla. Sus delicadas alas de mármol yacían destrozadas a sus pies. No había ni rastro de su cabeza, pero tenía un cuerpo fuerte, envuelto en una tela que ondeaba a su espalda, atrapada en una brisa eterna. Una ola le besaba los pies desnudos. El resto de los dioses decían que Ligea dominaba el poder de la muerte, pero se equivocaban.

Controlaba el viento y el mar.

Era capaz de detener o desatar una tempestad con un susurro melódico. También recurría a su don para llenar las redes de pesca y ayudar a los navíos durante la batalla, pero, cuando se sentía agraviada, no dudaba en ahogar a quien hiciera falta con su canto.

Contemplé lo que quedaba de ella durante un largo rato.

—Lady Imogen —dijo una voz grave.

Al volverme, me encontré al rey Theodore parado junto a mí, tenso y con una feroz expresión molesta. Hice una reverencia.

—Buenos días, majestad.

—¿Qué es este lugar? —preguntó mientras su mirada encendida pasaba de una estatua profanada a otra. Se detuvo al llegar a la efigie de su antepasado—. Me han pedido que bajara aquí, pero no me han dicho por qué.

No supe cómo responder. Los grandes dioses, los dioses creados a partir de la tierra y el agua de Leucosia, no requerían ofrendas. A ellos no se les veneraba en una cueva excavada en las tenebrosas profundidades de la tierra.

—Esta es la cámara donde el rey Nemea celebra sus rituales, majestad. —La vergüenza hizo que me temblara la voz—. Aquí es donde los miembros de la corte derramamos nuestra sangre en honor a su deidad.

—¿Vos también participáis? —Su mirada se encontró con la mía. Esbozó una horrorizada mueca de aversión—. ¿Y… por qué motivo lo hacéis? ¿A quién veneráis?

La deidad del agua a la que estaba a punto de rendir pleitesía no era una de las grandes diosas ni una de sus descendientes. Si lo que decía el rey Nemea era cierto, Eusia había nacido, como él, sin ningún poder, pero había recurrido a una magia perversa e ilícita para conseguirlo.

—Me temo que sí, majestad. —No me veía capaz de mirarlo a los ojos—. Las ofrendas son para Eusia y negarse a participar en los rituales está penado con la muerte.

Su gesto airado me dejó claro que aquella no era una disculpa válida para él.

Noté una mano firme en la parte baja de la espalda.

—¿Todo bien, querida? —preguntó Evander antes de fulminar con la mirada al rey Theodore, quien le devolvió el gesto con una mueca de desprecio.

La cámara había seguido llenándose de gente. Nemea, ataviado con la misma casaca roja del banquete, se había sentado en el trono de madera que había en el extremo opuesto de la estancia.

—Así es —dije.

Lo seguí hasta el centro de la cueva, donde habían dispuesto una tela de terciopelo negro sobre el suelo polvoriento. Sobre ella había dos cuencos de hueso y un par de hojas de obsidiana cortas y sumamente afiladas. En el centro de la tela había una pequeña pila de vendas. Era todo lo necesario para el ritual de la futura pareja.

Me pasé el pulgar distraídamente por las cicatrices que se amontonaban en la palma de mi mano izquierda. Me la había abierto tantas veces que ya había perdido la cuenta.

—¿Me has oído, Imogen? —Evander me dio un empujoncito. Negué con la cabeza y él repitió su pregunta—: ¿Qué quería ese bastardo?

—Me ha pedido que le hable de la cámara y del ritual.

Gruñó molesto mientras se colocaba la casaca.

—¿Has decidido ya qué le vas a pedir a Eusia?

—Ah. —Evander nunca había participado en el ritual, pues solo los miembros de la corte estábamos obligados a ello, pero contemplaba los instrumentos que había a nuestros pies aparentemente emocionado—. Yo no le pido nada, solo pronuncio la oración de la ceremonia.

Y sus palabras siempre me revolvían el estómago; si Nemea le ofrecía la sangre de toda su corte a su querida deidad del agua era porque quería que le concediera su mayor deseo: que erradicara a todas las sirenas del mar.

—¿Y tú qué vas a pedirle? —le pregunté con tono sombrío pero delicado.

—Poder —respondió sin pararse a pensarlo siquiera.

Poder.

Meneé la cabeza en un gesto de perplejidad.

—¿No te basta con el que ya tienes?

—¿Lo dices por mi cargo y mi espada? —Dejó escapar un resoplido amargo y miró al rey Nemea—. Mi existencia ha estado siempre sujeta a la vida de otra persona. —Negó con la cabeza y encontró mi mirada—. Quiero algo que sea solo mío. Algo que nadie me pueda arrebatar.

Tal vez Evander y yo no fuéramos tan diferentes. Después de lo de la noche anterior, después de haber sentido aquel torrente corriéndome por las venas, yo también ansiaba tener poder. Ansiaba la libertad, la capacidad de elección, la protección que ofrecía. Si estuviera cerca del agua, movería el mar a mi antojo y le daría forma al viento igual que la gran diosa Ligea había hecho en su momento. Con mi canto, arrastraría a quienes me hicieran daño hasta una tumba oscura y sin fondo. Si estuviera cerca del mar, podría ejercer mi influencia sobre el hombre que tenía al lado.

No, tendría un control total sobre él.

El rey Nemea carraspeó y la cámara se quedó en silencio.

—Bienvenida sea la paz entre nuestros reinos. —Se dirigió con voz ronca al resto de los soberanos, entre los que se encontraban la reina de Della y Gos, el rey de Hera y el rey Theodore—. En la isla de Seraf llevamos años soñando con contar con el respeto y la aceptación de nuestros vecinos. Tenemos derecho a venerar a quien nos plazca, así como a buscar la bendición de una deidad que responda a nuestras plegarias.

Su voz desafiante incrementó la tensión que reinaba en la estancia.

—Hoy los prometidos le pedirán a Eusia que bendiga su unión —continuó—. Espero que cumpla todos vuestros deseos. Capitán Ianto, lady Imogen, arrodillaos.

Los miembros de la corte se habían acercado a las paredes rugosas de la cueva, donde las sombras desdibujaban sus facciones. Me coloqué frente a Evander con la respiración acelerada y las manos sudorosas y ambos nos arrodillamos ante nuestros respectivos cuencos. Al haberse puesto él de espaldas al trono, me había dejado a mí con una vista privilegiada del rey Nemea, que estaba sentado en el borde de su asiento con un brillo enajenado en la mirada.

Sin embargo, fue el rey Theodore, que estaba de pie junto a él, quien atrajo mi atención.

Parecía furioso. Tenía el ceño tan fruncido que le habían salido unas profundas líneas de expresión entre las cejas y apretaba tanto los dientes que podría partírselos en cualquier momento. Pese a la

tenue iluminación que ofrecían las velas, alcancé a distinguir que tenía los ojos verdes, iracundos y fieros, clavados en mí.

El monarca irradiaba poder. Emanaba de cada poro de su cuerpo y se enroscaba en torno a sus músculos tonificados. La vergüenza que me había hecho sentir hacía unos instantes se vio reemplazada por un estallido de rabia. Él no sabía lo que era doblegarse a los designios de otra persona. Él nunca había tenido que ceder una parte de su ser a una deidad desconocida en contra de su voluntad. Le devolví la mirada fulminante, furiosa con él por haberme hecho pensar que mi deseo de vivir era algo imperdonable.

—Comenzad —dijo Nemea con voz sombría.

Vi cómo Evander levantaba la hoja de obsidiana sin poder moverme y se hacía un corte rápido en la palma de la mano. La sangre fluyó, oscura como el vino, entre sus dedos y cayó a un cuenco colocado en el suelo. Tras susurrar su plegaria, me miró. Un mechón rubio le tapó el ceño fruncido.

—Imogen —me advirtió entre dientes.

Ni siquiera me dio tiempo a levantar el cuchillo. Para mi sorpresa, me agarró de la muñeca y me la giró con brusquedad para obligarme a mostrarle la palma. Entonces me enterró la obsidiana en la piel y me hizo un corte con un ágil tirón. Mi cuerpo dio una sacudida ante la intensidad del dolor.

Por el rabillo del ojo, reparé en que el rey Theodore daba un paso hacia mí, pero no levanté la mirada. De lo único que me veía capaz era de centrarme en las punzadas que me recorrían la palma y en el creciente torrente carmesí que brotaba de la herida y empezaba a empaparme el encaje negro del puño del vestido. Evander volvió a girarme la mano para que la sangre cayera sobre el cuenco.

—Recita la oración, preciosa.

Traté de hablar, pese a que el sabor amargo del desprecio que sentía por mí misma y el ardor de la rabia me atenazaban la garganta. Había pasado toda una vida pensando que ser dócil y obediente me conferiría cierta fortaleza, cierta seguridad. Sin embargo, me había hecho frágil. Me había convertido en una criatura fácil de quebrar en manos de personas como Evander. Cuando conseguí encontrar las palabras, la voz me tembló:

—Esta ofrenda le entrego a la arena. Esta ofrenda le brindo al mar. —La segunda parte de la oración se me atragantó, como de costumbre—. Óyeme, escúchame. Purifica las aguas por mí.

Evander me acarició la muñeca con delicadeza en cuanto la hemorragia se detuvo y, a continuación, cogió una venda y me envolvió la mano con ella. Me maravillé ante la facilidad con la que me había herido y me había curado después. Ante la naturalidad con la que su barbárico sentido del deber y su afecto se entremezclaban. Aparté la vista de él y, como arrastrada por una fuerza invisible, mi atención terminó por centrarse de nuevo en el rey Theodore.

Se había acercado tanto que la lustrosa punta de sus botas rozaba el terciopelo negro sobre el que el capitán y yo estábamos arrodillados, pero solo tenía ojos para mí. La rabia le había coloreado las mejillas y, cuando habló, su voz alteró la presión de la estancia, como el estallido de un trueno:

—¿Cuánta sangre la habéis obligado a derramar, Nemea?

Todos los miembros de la corte contuvieron el aliento a la espera de su respuesta. Incluso Evander se había quedado de piedra, con la mano apoyada en la empuñadura de su espada.

—Llevo más de dos décadas obsequiando a Eusia con la sangre de toda mi corte, muchacho —dijo con una sonrisa en la voz.

El rey Theodore por fin apartó la mirada de mí para fulminar a Nemea.

—Os he preguntado por ella.

¿Por qué?

Entre los dos hombres se respiraba una tensión peligrosa, algo implícito que no alcanzaba a identificar pese a que sentía que mi cuerpo —mi sangre— se encontraba en el putrefacto epicentro del conflicto.

Nemea soltó una carcajada estruendosa pero hueca.

—Os va a acabar saliendo humo de las orejas de tanto esforzaros en atar cabos. Llevo recogiendo su sangre desde su infancia. —Se recostó en el trono—. Desde el día en que pasó a ser mía.

No tuve tiempo de asimilar las palabras de Nemea. El rey Theodore tomó impulso y volcó los cuencos que había entre Evander y yo de una patada, de manera que rodaron por el suelo, me

salpicaron el rostro de sangre y mancharon la casaca de color crema del propio monarca. Me eché hacia atrás mientras me limpiaba el líquido pegajoso y caliente de las mejillas y los ojos. En la cámara había estallado el caos: los guardias desenvainaron las armas con un coro de sonidos metálicos, las mujeres jadearon y los hombres gritaron. Yo intenté desenredarme la falda del vestido y ponerme de pie con torpeza, pero no conseguí apartar la mirada del rey Theodore, que permanecía impasible en medio de aquel torbellino de espadas, fuerza bruta y tumulto.

Los guardias de Nemea lo rodearon y Evander me obligó a retroceder para dejar libre el centro de la cámara. La escolta del rey Theodore no tardó en acudir en su ayuda, pero el enfrentamiento no llegó a producirse. Nemea aulló para hacerse oír por encima de los gruñidos de los soldados:

—Ya no podéis hacer nada, mi necio amigo, pero espero que perdáis la vida intentando ponerle remedio.

—¡Vuelve a tus aposentos, Imogen! —me gritó Evander, que se había interpuesto entre Nemea y el rey variano—. ¡Ya!

Los miembros de la corte prorrumpieron en un estrepitoso alboroto y se aferraron los unos a los otros al ver que los dos monarcas estaban a punto de enzarzarse en una pelea, así que tuve que abrirme paso entre ellos a codazos para llegar a la escalera empinada e irregular. Notaba la pared de piedra helada bajo la mano vendada, pero me apoyé en ella para que me sirviera de guía y me ayudara a salir del corazón de la montaña. Al llegar arriba, la intensa luz del vestíbulo principal de la fortaleza Linum me dio la bienvenida, ya que las puertas que daban al patio de armas estaban abiertas de par en par, como siempre que hacía buen tiempo. Aunque mi primer impulso fue encaminarme hacia mis aposentos, me detuve.

El cielo estaba encapotado y las nubes se ondulaban como olas grises. Las montañas que se extendían más abajo estaban envueltas en una neblina de un color blanco azulado. El paisaje era tan vasto, tan inabarcable, que lo último que quería era quedarme encerrada tras una puerta. Aislada y maleable. Me había hartado. Una patética chispa de emoción me recorrió el cuerpo al desobedecer la orden del capitán y salir de la fortaleza.

El patio de armas, que conformaba un círculo amplio y yermo, estaba rodeado de unos imponentes pilares blancos y tenía una piedra rectangular cubierta de capas y más capas de sangre seca en el centro. Dejé atrás esa mancha y continué hacia el borde del barranco arrastrando mi vestido negro. Más allá de la cumbre de las montañas, entre la neblina, se alcanzaba a distinguir la superficie resplandeciente del mar. Tomé una bocanada lenta y profunda de aire mientras imaginaba que el olor de la sal me llenaba los pulmones como la noche anterior. Entonces me había convertido en una criatura aterradora. A Evander se le había desencajado la mirada al verme. Le había hecho suplicar. Le había hecho sangrar.

—¡Imogen! —me llamó el rey Nemea con voz estridente.

Acababa de cruzar las puertas de la fortaleza e iba acompañado de sus guardias, que formaban una muralla implacable de armaduras y espadas tras él. Evander estaba entre ellos. Se había quitado la casaca durante la refriega y llevaba la camisa arrugada y con el cuello suelto. En una mano sostenía uno de los cuencos del ritual y en la otra portaba su espada. La decepción que vi en su mirada me dejó clavada al suelo.

Nemea tenía las mejillas salpicadas de manchas rojas y perladas de sudor. Sus ojos carentes de color se encontraron con los míos.

—Majestad —me incliné ante él con rigidez—, ¿va todo bien?

Profirió un gruñido que me recordó al rechinar de una piedra contra otra.

—Espero que ese puto niño rey acabe pudriéndose en el fondo del mar.

Levantó una mano y me mostró el otro cuenco, todavía cubierto de sangre fresca y espesa. Me agarró la mano con la rapidez de una anguila al atacar a su presa y me arrancó el vendaje que la cubría.

—Se cree un rey benevolente —continuó mientras me clavaba, sin miramientos, el pulgar en la piel irritada de la herida para hacer que volviera a sangrar—. Pero los grandes reyes no pasan a la historia por su benevolencia, ¿no crees, Imogen?

Un brillo malvado se había adueñado de su mirada. La saliva se le fue acumulando en los labios, como unos colmillos blancos, largos y afilados, mientras escupía cada palabra. Ahogué un quejido a

medida que me apretaba más la mano hasta que los huesos me crujieron.

El dolor hizo que mi mente abandonara mi cuerpo. Se quedó flotando por encima de él, de modo que me oí gimotear y me vi llorar desde la lejanía.

—Parad, os lo suplico.

Aunque dejó de hacerme daño, se negó a soltarme.

—Da igual lo poderosa que sea la sangre de un monarca. Da igual lo bueno, justo o noble que sea. Lo que importa es que sepa mantener el control sobre lo que es suyo, cueste lo que cueste. —Me giró la muñeca para besarme el dorso de la mano—. Es fácil ser bueno cuando tienes a los malditos dioses de tu lado, pero, cuando eres de origen humilde; cuando, como yo, asciendes al trono desde lo más bajo, aprendes a encargarte tú mismo de amasar tu propio poder. Y una vez que lo tienes es cuando por fin reclamas lo que siempre se te ha negado.

Me contempló durante un rato, sosteniendo el cuenco de sangre entre nosotros, antes de darse la vuelta y encaminarse hacia la escalera que conducía al camino de la montaña. Cuando sus guardias lo siguieron, supe exactamente a dónde iba.

Se dirigía al mar. Iba a ofrecerle mi sangre a su deidad para acumular más poder.

Evander aminoró el paso antes de seguirlo.

—¿No te he dicho que te fueras a tus aposentos?

—Necesitaba tomar aire y…

Sus ojos destellaron al tiempo que enfundaba la espada.

—Me da igual. No me arriesgaré a que te hagan daño.

Decidí ignorar lo irónicas que resultaban sus palabras frente al dolor que él mismo me había infligido al haberme abierto la mano con la hoja de obsidiana.

—No corría ningún peligro…

Se detuvo ante mí en un abrir y cerrar de ojos y me agarró por la mandíbula con fuerza.

—Ya está bien.

Rozó mis labios con los suyos, pero jamás se me habría ocurrido definir aquel gesto como un beso. Fue más bien un latigazo que me

desgarró la carne.

—Vuelve —me dio otro beso, el cual sentí como una correa que se cerraba en torno a mi cuello— a tus aposentos.

Se alejó de inmediato sin mirar atrás, como si supiera que no iba a hacerle caso. De establecer un vínculo de sangre con él, Evander se vería obligado a protegerme. Sin embargo, su protección implicaba que yo viviría encerrada entre cuatro paredes, silenciada y obligada a rendirle obediencia en cuerpo y alma. El vínculo reforzaría su posición, pero a mí me consumiría por completo. Él se convertiría en un río, y yo, en el manantial que se queda seco alimentándolo.

Tenía que marcharme. Tenía que bajar de la montaña y salir de la isla o mi chispa vital se apagaría poco a poco.

En el interior de la fortaleza, el alboroto de los miembros de la corte no había cesado. Me detuve en lo alto de la escalera principal para observarlos desde la balaustrada mientras me sujetaba la mano herida contra el pecho. Estaban empezando a subir de la cámara de los rituales y se amontonaban en el centro del vestíbulo. Comentaban el enfrentamiento de los dos reyes con la mirada vidriosa y las mejillas encendidas, como si acabaran de disfrutar de una comida copiosa. Para ellos era fácil ver lo ocurrido como algo entretenido; al fin y al cabo, no corrían el riesgo de quedar atrapados entre ambos soberanos.

Notaba la piel del rostro tirante por la sangre seca. Tenía que ir a limpiarme y vendarme la mano para hablar con Agatha cuanto antes. Se lo contaría todo. Le confesaría que había estado en lo cierto desde el principio en lo que concernía al compromiso; le suplicaría que me ayudara a encontrar una manera de escapar.

Oí exclamaciones ahogadas y murmullos acompañados de los sonidos metálicos de las armaduras. Volví a asomarme a la balaustrada. El rey de Varya acababa de salir de la cámara de los rituales. Se había detenido ante la puerta de acceso a la escalera, con la casaca de color claro salpicada de mi sangre y la expresión severa de una estatua de piedra en el rostro. Se hizo un silencio absoluto, reverencial.

La envidia me reconcomía.

Él era capaz de acallar a cualquiera con solo entrar en una estancia, de infundir asombro y miedo sin pronunciar sonido alguno. A diferencia de mí, no cedía ante la barbarie de Nemea. No cabía duda de que estaba hecho de otra pasta, de algo que lo hacía estar por encima de Nemea y Evander, que se arrastraban por conseguir una décima parte de su autoridad. No, la grandeza del rey de Varya nacía de su interior, se alimentaba de una chispa que era suya y solo suya.

De pronto vi lo que tenía que hacer con absoluta claridad. Enderecé la espalda y retomé la marcha con la cabeza bien alta.

No sería Agatha quien me sacara de la fortaleza Linum.

Sino el rey de Varya.



5

El rey Theodore cruzó el pasillo despacio, y la multitud se separó como el agua alrededor de una roca para dejarlo pasar. Se alojaba en la misma planta que yo y, conociendo a Nemea, seguro que le había dado los peores aposentos de la fortaleza: la habitación pequeña y fría de la esquina noroeste cuyo muro exterior, azotado desde el primer día por el viento incesante, había empezado a desmoronarse.

Subió la escalera con una grácil fortaleza, escoltado por sus guardias, y, cuando llegó al rellano, nuestras miradas se encontraron. Al notar su sorpresa, no pude sino imaginar el aspecto que debía de tener ante el ojo ajeno con mi solemne vestido de novia negro, la melena oscura alborotada y las mejillas y el pecho salpicados de sangre, como si de unas horripilantes pecas se tratara. Todavía me miraba con una desaprobación que rozaba la antipatía, pero luego reparó en la mano herida que sostenía contra el pecho en actitud protectora, y apretó los labios carnosos formando una línea fina. Parecía preocupado.

Puede que me ayude. Tal vez acepte.

—¿Tendríais un momento para hablar? —susurré antes de que siguiera su camino hacia el ala norte.

El monarca se detuvo durante lo que se me antojó una eternidad, pero al final inclinó la cabeza a regañadientes para asentir de forma casi imperceptible y retomó la marcha hacia sus aposentos. Ni la tensión que le agarrotaba el cuerpo ni la irritación que todavía se aferraba a él como el humo me pasaron desapercibidas. Era tal y como Nemea lo había descrito siempre: un hombre altivo y honesto, con una rigurosa brújula moral. Sin embargo, a diferencia de Nemea, yo no tenía intención de cambiarlo.

Más bien, quería aprovecharme de sus cualidades.

La multitud que se amontonaba en el vestíbulo empezó a disiparse. Algunos salieron al patio de armas y otros se dirigieron en grupo hacia el salón del trono. Yo, por mi parte, recorrí el pasillo como si de nuevo estuviera aprendiendo a andar. Había cuatro guardias varianos apostados ante la puerta más alejada. Sus armaduras doradas resplandecían bajo la luz que se colaba por la estrecha ventana que tenían al lado. Al llegar a su altura, uno de ellos me abrió la puerta para que pasara.

—Gracias —dije y entré con paso vacilante.

Los goznes de la puerta chirriaron cuando la cerraron a mi espalda. La habitación se componía únicamente de una cama, una silla de madera dispuesta junto al fuego que crepitaba en la modesta chimenea y una ventana. El rey Theodore estaba asomado a ella, dándome la espalda.

—Hay un paño y agua junto a la puerta —me dijo con esa resonante voz grave y cálida.

—Os agradezco el ofrecimiento, majestad, pero no es necesario.

—No tardaréis nada en quitaros la sangre. Puedo esperar.

Me mordí la lengua para no protestar, le quité el exceso de agua al paño y me lo pasé por las mejillas. Acabó cubierto de manchas rosadas. Aquella situación, que me hubiera ordenado que me limpiara la sangre que él mismo había derramado, tenía algo que me hacía sentir casi tan insignificante como en presencia de Nemea. Apreté los dientes.

Cuando tuve el rostro limpio, me aclaré la garganta.

—Hablad —dijo.

—Gracias por concederme un minuto de vuestro…

—No. —Entrelazó las manos a la espalda—. Decidme por qué habéis venido a buscarme.

Tragué saliva para deshacer el nudo que me obstruía la garganta.

—Q-quería pediros ayuda.

Dejó escapar un largo suspiro.

—Es cosa de Agatha, ¿no es así?

—¿Cómo? —Negué con la cabeza—. No, ella no sabe que estoy aquí. ¿Por qué lo decís?

Por fin se dio la vuelta. La luz del fuego acentuó su nariz prominente, así como los marcados ángulos de su mandíbula y sus pómulos, y no pude evitar quedarme mirándolo. La furia que chisporroteaba a su alrededor no hacía sino intensificar su atractivo.

—Vino a verme anoche, tras el banquete. Me dijo que debíais marcharos de la fortaleza antes de la boda.

—No lo sabía. ¿Os dijo…? ¿Os dio alguna explicación?

Varya era un reino pacífico. Las sirenas llevaban conviviendo con los varianos desde hacía generaciones. Sin embargo, me daba pavor que alguien conociera mi secreto estando todavía en territorio serafí.

—Sí, pero no me sorprendió que fuerais una sirena. Ya os dije que os había reconocido.

Su despreocupada seguridad empezaba a carcomerme. Me moría de ganas por pedirle explicaciones, por preguntarle de qué me conocía, pero su mirada se tornó incisiva. Contuve la respiración mientras él diseccionaba la forma de mis ojos, de mi nariz y de mi boca. Se detuvo a estudiar mis labios durante una fracción de segundo. Dos. Su mente pareció perderse en algún lugar remoto mientras me miraba.

—Majestad —dije con cuidado para tratar de traerlo de vuelta al presente—, ¿qué le respondisteis?

Parpadeó y carraspeó.

—Pese a que vuestra situación actual me preocupa bastante, me temo que le dije que no podía ayudaros.

—No. —Me vi sobrecogida por una emoción de lo más desagradable—. ¿Puedo preguntaros por qué?

—Para empezar, vos no parecíais estar muy por la labor de marcharos de aquí.

—Disculpad mi atrevimiento, pero ¿qué os ha llevado a presuponer tal cosa?

—Tengo ojos en la cara, lady Imogen. —Se le marcó un profundo surco entre las cejas—. Y, aunque no logro entender qué ha llevado a una sirena que mantiene en secreto su naturaleza a comprometerse con un hombre que se dedica a darles caza a las de su especie, anoche no parecíais ser capaz de quitarle las manos de encima a vuestro prometido. El capitán pasó la mitad de la velada con los labios pegados a vuestro cuello.

Tenía la esperanza de que la oscuridad le impidiera fijarse en el rubor avergonzado que me coloreó las mejillas.

—El capitán también ha pasado media mañana hablándome de su plan para obligarme a establecer un vínculo de sangre con él. —El monarca se quedó de piedra al oírme—. Ya habéis visto lo poco que le ha costado abrirme la mano en la cámara de los rituales. Me ha hecho daño sin pensárselo dos veces.

Una nueva chispa de rabia se adueñó de él. Su calor le inundó la mirada.

—Por lo que Agatha me había contado, asumía que nadie estaba al tanto de vuestra identidad en la fortaleza, que las dos habíais hecho lo imposible por mantenerla en secreto. ¿Cómo es que el capitán sabe qué sois?

Me llevé una mano al pecho, justo donde el corazón me aporreaba las costillas.

—Lo… descubrió anoche.

—¿Antes o después del banquete?

—Después.

—Dejad de andaros con rodeos y explicadme cómo se ha enterado —dijo. Había perdido la paciencia.

Al verme titubear, su expresión se volvió fulminante. Me sorprendí a mí misma al comprender lo desesperada que estaba por conseguir que me viera con buenos ojos.

Se acercó a mí, tanto que tuve que levantar la cabeza para encontrar su mirada.

—Si no me vais a responder, os pido que os marchéis.

—Cambié delante de él —admití apresuradamente.

—¿Cómo es posible? —preguntó entornando los ojos en gesto confundido—. El poder de las sirenas está ligado al mar. No deberíais ser capaz de cambiar estando tan lejos de la costa.

—Es que… —Bajé la vista y la clavé en su pecho—. Tenía… sal… en la piel.

Hizo una pausa.

—¿En la piel?

—Sí y la… Bueno…, la saboreé.

—Que la… —Se pellizcó el puente de la nariz—. No me digáis que, además de carecer de honor, también lo hacéis de autocontrol. Primero ofrecéis vuestra sangre sin cuestionároslo y ahora esto… —Se alejó de mí y se puso a caminar de un lado para otro mientras farfullaba para sus adentros en un ataque de santurronería—. ¿Qué clase de cobarde se quedaría en un lugar como este, donde tiene que arrastrarse y ceder ante los caprichos de Nemea? Sois una idiota por estar dispuesta a casaros con un hombre que se dedica a matar a las de vuestra especie.

Me vi embargada por una ola de rabia, alarmante y abrasadora, mientras oía la voz cáustica de Nemea en la cabeza. «Es fácil ser bueno cuando tienes a los malditos dioses de tu lado».

—¿Cómo os atrevéis? —Apreté los puños para contener el impulso de aporrearle el pecho—. Para Nemea, solo soy una más de sus posesiones. ¿Qué debería haber hecho? ¿Pedirle que no me obligara a casarme? Decidme cómo lidiáis vos con un súbdito que desobedece vuestras órdenes, majestad. —No respondió, sino que se limitó a mirarme, mudo de asombro, mientras seguía hablando—. No sabéis lo mucho que he tenido que sufrir para sobrevivir en este lugar. Jamás alcanzaríais a entender lo que supone…

—Deberíais haber intentado escapar mucho antes.

—Sí —confirmé—. Lo sé. Pero por fin he dado el paso. —Le sostuve la mirada—. ¿Me ayudaréis?

Guardamos un silencio tenso y cargado mientras nuestra respiración se aceleraba y se entremezclaba. Al final, dejó escapar un gruñido de frustración.

—Dadme la mano.

—¿Disculpad?

—Dejadme curaros ese corte.

Me miré la palma de la mano. Con lo molesta que estaba, me había olvidado por completo de la herida, pero él no. Él había heredado el poder de la vida del gran dios Panos, el poder de crear y sanar. Poco a poco, sin apartar la mirada de la suya, extendí la mano.

—No era esta la ayuda que os estaba pidiendo.

—Lo sé. —Pese al frío que hacía en aquella estancia, tenía los dedos imposiblemente cálidos. Me inspeccionó la herida con el pulso firme pero delicado—. Es bastante profundo.

—Ya.

—Además, tenéis la palma cubierta de tejido cicatrizado. —Ya no quedaba rastro de rabia en su voz, solo tensión—. Me temo que no voy a poder evitar que os quede otra cicatriz. Lo siento.

Jamás había recibido una disculpa tan sincera.

—No soy tan tonta como para esperar salir del todo ilesa de una situación como esta, majestad. —Hablé con cuidado de disimular mi sorpresa—. Una cicatriz más no importará entre tantas otras.

Me lanzó una mirada rápida de curiosidad mientras me calentaba la mano como si un sol ardiera en su interior. Contuve el aliento al ver que la piel enrojecida del corte empezaba a recuperar su color normal.

—Se desataría una guerra —dijo, concentrado en la tarea que tenía entre manos—. Si Nemea se entera de que os he ayudado a escapar, quiero decir.

Ahogué un suave jadeo al ver que la herida empezaba a cerrarse poco a poco. A medida que el calor que manaba de las manos del rey se extendía por mi cuerpo, una película de piel clara cubrió la herida abierta y se fue adhiriendo a mi palma puntada a puntada, como si de un delicado trozo de encaje se tratara.

—Disculpad mi atrevimiento —dije con la voz entrecortada por sus atenciones—, pero vos no os habéis mostrado muy conciliador que digamos en lo que respecta a vuestra relación con Nemea. Todas vuestras decisiones e intervenciones durante estos días han sido incendiarias. ¿Por qué accedisteis a venir en realidad?

Apretó los dientes y revisó su trabajo. El corte se había convertido en una fina línea blanca sobre el montículo de cicatrices que se me había formado con el tiempo. Pese a que ya había acabado de curarme, siguió sujetándome la mano.

—Como habréis adivinado, quería comprobar con mis propios ojos en qué estado se encontraba este lugar. Ser testigo de los horrores de Seraf, de los límites que había alcanzado la crueldad de Nemea. —Noté la rugosidad de sus dedos encallecidos cuando por fin me dejó ir—. El odio que siento por él es visceral.

—Entonces, sacadme de aquí. —Clavó la vista en mí y seguí hablando desesperada, sin detenerme a tomar aire—. Nada le haría más daño que perder aquello que considera de su propiedad.

—Eso es lo que me da miedo. —Negó con la cabeza y me dedicó otra de esas extrañas miradas prolongadas—. Tengo un reino que proteger y una guerra pondría a mi gente en peligro.

—¿Habéis venido a ser testigo de su crueldad, pero no pensáis hacer nada al respecto? Si hay alguien en Leucosia con el poder necesario para cambiar la terrible situación de esta isla, ese sois vos.

Se pasó una mano por el cabello. Parecía estar debatiéndose sobre algo y cerró los ojos un rato largo. Cuando por fin volvió a mirarme, su expresión mostraba una emoción cercana al desasosiego.

—Veo que ha hecho un gran trabajo menoscabando vuestra confianza en vos misma.

La compasión que destilaban sus palabras y la inquietante suavidad de su voz me dejaron muda. Me sentía desnuda, incómoda y avergonzada ante él, así que me aseguré de mantener mi expresión controlada.

Theodore regresó junto al ventanuco.

—Os enviaré ayuda. Yo me marcharé mañana, pues no tengo intención de quedarme a la boda. Una vez que haya regresado a

casa, idearé un plan para sacaros de Seraf, pero sabed que llevará un tiempo. No puedo permitirme que se me relacione con vuestra huida.

—Pero no hay tiempo. —Cerré la mano recién curada y me clavé las uñas en la piel—. La boda se celebrará mañana por la noche. Para cuando me enviéis ayuda, el capitán Ianto ya me habrá obligado a vincularme con él y no podré dejarlo.

Se ajustó la casaca manchada de sangre y fue como si se hubiera puesto una armadura. Me miró con cierta altanería.

—Existen pociones capaces de romper ese tipo de vínculos. —Sus facciones adoptaron una expresión de regia severidad—. Un «gracias, majestad» habría sido la respuesta más adecuada ante mi generosidad.

Retrocedí indignada.

—Si esperáis que agradezca que me deis la oportunidad de sufrir, entonces sois exactamente igual que el rey Nemea, *majestad*.

Verlo estremecerse resultó ser de lo más satisfactorio.

Abrí la puerta de un bandazo y dejé que chocara con la pared.

—¡Aparta! —le grité al guardia que me cortaba el paso.

El miedo se deslizó por mi garganta y me dejó sin aliento. Agatha se alojaba en el piso inferior. Esperaba ser capaz de mantener la compostura antes de llegar hasta ella, pero flaqueé incluso antes de terminar de recorrer el pasillo que conducía a los aposentos del rey Theodore.

Había dos guardias apostados ante la puerta de mis aposentos, ataviados con esa siniestra armadura negra característica de los hombres de Nemea. El casco solo mostraba la parte inferior de su rostro; uno de ellos tenía la mandíbula cubierta de manchas rojas y cicatrices de viruela.

—Ya está aquí —dijo dándole un codazo a su compañero al reparar en mí.

El guardia mayor me ofreció una rápida inclinación de cabeza.

—Adelante, mi señora.

—No tenéis ningún derecho a darme órdenes. —Traté de transmitir autoridad pese al vuelco que me dio el corazón—. Soy la protegida del rey.

—Ahora sois la mujer del capitán —farfulló el joven soldado de la cara marcada—. Y hará de vuestra vida un infierno si no os encuentra en vuestro dormitorio cuando regrese.

—No toleraré que se me trate como a una prisionera en mi propio hogar.

Seguí adelante, pero el muchacho me rodeó con uno de sus delgados brazos, me levantó y me llevó en volandas hacia la puerta. Yo me debatí y pataleé, pero no me soltó hasta que me dejó caer sobre la alfombra sin miramientos y me encerró en el dormitorio.

—¡Me encargaré de que el rey os despelleje vivo por esto!

Aporreé la puerta con tanta fuerza que la pesada madera de roble tembló.

—Os ruego que me perdonéis, mi señora —dijo el guardia sin sonar en absoluto arrepentido desde el otro lado—, pero son órdenes del capitán.



6

Los guardias no se apartaron de la puerta en toda la tarde y nadie vino a verme. Ni Agatha ni Evander.

Me froté la cara con el agua helada de la jofaina, me lavé el pelo y me puse una camisa interior y un camisón limpios mientras trataba de encontrar una manera de escapar. Tal vez hubiera pasado por alto algún pasadizo oculto de pequeña, cuando la curiosidad me llevaba a explorar la fortaleza. Tal vez hubiera algún túnel oscuro y sinuoso que condujera hasta la falda de la montaña. Sin embargo, como era de esperar, no encontré ninguna puerta secreta tras los tapices de mi dormitorio ni ningún pasadizo lleno de telarañas tras los vestidos colgados en el vestidor.

Cuando la luz empezó a bajar, me eché sobre la cama y clavé la vista en el techo mientras se me formaba un terrible vacío en el estómago que, poco a poco, fue consumiendo mi esperanza de escapar.

Tres rápidos golpes en la puerta hicieron que me incorporara de inmediato. El soldado de la cara marcada abrió de un bandazo para

dejar que Agatha entrara en el dormitorio. Sus rizos negros, sueltos y alborotados le enmarcaban el rostro macilento; llevaba una vela encendida en la mano.

—Solo me permiten quedarme contigo hasta que se apague —explicó.

Se me cerró la garganta al verla, así que solo pude asentir con la cabeza y dar unas palmaditas sobre el colchón para que se sentara a mi lado. Llevaba el vestido arrugado y el chal de lana bien apretado sobre los hombros estrechos. Se acercó en silencio a la mesa de mi habitación para coger un libro y dejarlo a los pies de la cama. Luego, apoyó la vela sobre él, corrió las cortinas del dosel y se tumbó a mi lado. Ambas esperamos a oír el chasquido de la puerta al cerrarse para empezar a hablar.

—El rey Theodore ha venido a hablar conmigo —susurró.

—¿Te ha dicho que soy una idiota? —pregunté con los ojos húmedos de rabia—. ¿Qué soy una cobarde y que es todo culpa mía…?

—Shhh. —Agatha se acercó a mí y entrelazó nuestras manos—. No, ha venido a hablarme de vuestra conversación y a decirme que preparará un plan para sacarte de aquí.

Negué con la cabeza.

—Me dijo que llevaría tiempo, pero no me puedo permitir esperar.

—Conseguirá liberarte —aseguró—. Confío en él.

—¿Cómo? —Levanté la vista para mirarla sin incorporarme. La luz de la vela rutilaba por los límites de nuestro pequeño capullo—. Lo conociste cuando era pequeño y estoy segura de que habrá cambiado mucho desde que fuiste su institutriz. Ahora es un rey gallardo que se cree mejor que el resto. —Agatha me dio un apretón en la mano y guardé silencio un momento. Luego, pregunté con un hilo de voz—: ¿Cómo acabaste dejándolo atrás y viniendo aquí?

Agatha vaciló.

—Cuando conocí al rey, tenía siete años y todavía era príncipe. Yo tenía dieciséis y me enamoré de uno de los jóvenes que conformaban la guardia real. —Tragó saliva con dificultad—. Al cabo de un tiempo, decidimos vincularnos en secreto. Celebramos la ceremonia los dos solos, de noche, frente a la chimenea. —La

melancolía empapaba sus palabras mientras recordaba lo sucedido y me pregunté si estaría reviviendo aquel intercambio iluminado por las llamas—. Pero cuando el padre de Theodore, el rey Athan, se enteró de lo nuestro… Bueno, nos ordenó romper el vínculo.

Me giré para verla mejor.

—¿En serio? Pero si vosotros os amabais.

—Ojalá fuera el amor una fuerza tan poderosa como para vencer la voluntad de un rey —resopló—. Después de aquello, me marché y vine a Seraf. Cuando partí, todavía no se sabía que Nemea había empezado a cazar sirenas.

—Entiendo. —Apoyé la cabeza en la mano—. ¿Todavía amas a tu soldado?

—Han pasado casi veinte años, Imogen.

—Pero ¿lo amas? —Verla negar apresuradamente con la cabeza y evitar mi mirada me arrancó una sonrisa—. Bueno, cuando mi futuro esposo me haya atado a una cama o a un mástil y ya no me permita contar con la ayuda de una doncella, espero que huyas de esta fortaleza y vayas a buscarlo.

—Imogen… —Puso mala cara—. Conozco bien a Theodore. Te ayudará.

—¿La arrogancia que muestra hoy en día es algo que le viene de pequeño?

Ahogó una risita.

—Era un niño adorable. —Me miró de reojo—. Aunque recuerdo que se pasaba el día lloriqueando para que le diera terrones de azúcar.

—Qué asco —dije con una mueca.

—Las noticias que me llegan desde Varya siempre hablan de lo generoso que es como monarca. —Agatha adoptó un tono suave y serio—. Se desvive por cumplir con su deber.

Enarqué una ceja. La fortaleza Linum se encontraba a una buena distancia del puerto de Helris y del pueblecito anexo de Stowand. La información que Agatha recibía de Varya y su rey venía de fuera de la fortaleza, y eso que el servicio postal que comunicaba Seraf con el resto del archipiélago trabajaba de forma esporádica y solía perder las cartas y los paquetes.

—¿Quién te lo ha dicho?

Arrugó la nariz respingona mientras el rubor le coloreaba las mejillas.

—¿Por qué lo preguntas?

—Es que eso de que «se desvive por cumplir con su deber» es un detalle curioso y de lo más específico. ¿De dónde has sacado esa información?

Le restó importancia a mi pregunta agitando la mano.

—Me carteo con algunos amigos.

—¿Sobre el rey de Varya? —Al ver que se ponía todavía más roja, me incorporé del todo—. Todavía hablas con tu soldado, ¿no es así? ¿Seguís escribiéndoos?

Se estremeció y me estrechó ambas manos entre las suyas.

—Está aquí. Ahora es el comandante de Theodore.

—¿Cómo que está aquí? ¿Lo has visto?

Ella asintió y me lanzó una suave mirada de advertencia.

—También le he preguntado a él si podría ayudar, pero… ahora no es un buen momento. Es demasiado peligroso. Por favor, te lo ruego, confía en que el rey Theodore cumplirá su promesa en cuanto pueda.

—Para entonces, ya estaré vinculada a Evander. —Me temblaba la voz. La esperanza de evadir mi destino se me escapaba de entre los dedos como el agua—. Será demasiado tarde. ¿Y si estoy encinta cuando lleve a cabo su «plan»? ¿Y si muero antes?

—Para. —El ribete plateado de las lágrimas anegó los enormes ojos de Agatha—. Al capitán no le servirías de nada muerta. Además, yo me aseguraré de que no te quedes embarazada. Solo serán un par de meses, Imogen. ¿No crees que podemos sobrevivir juntas un par de meses más?

Cerré los ojos.

—Tú me ves como una persona mucho más fuerte de lo que en realidad soy.

Mi capacidad para resistir ante la adversidad tenía un límite.

Agatha me envolvió en un abrazo y tiró de mí para que volviéramos a recostarnos sobre las almohadas. Entonces me permití llorar. Me lamenté por mi suerte entre profundos sollozos. Cuando mi

amiga volvió a hablar, yo solo me veía capaz de respirar dando hipidos.

—Algún día tendrás una vida plena —susurró mientras jugueteaba con mi melena húmeda—. Tendrás un hogar si así lo deseas. Verás el mundo que se extiende más allá de estos muros, de estas montañas, de estos cielos. Yo estaré a tu lado cuando toques el mar por primera vez. Cuando entierres los dedos de los pies en la arena y saborees la sal de sus aguas con la lengua, experimentarás una dicha inimaginable. Te lo prometo.

Nos quedamos allí, tumbadas, hasta que la llama cuyas sombras bailaban sobre las cortinas del dosel se apagó. Agatha me dio un beso en la frente antes de marcharse. La oscuridad era tan negra como el alquitrán, así que cerré los ojos hinchados y me hundí en el colchón. Me sumí en un estado de duermevela, me sumergí en un espacio liminal en el que las sábanas que me cubrían se transformaban en espuma de mar, y las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas y me empapaban la boca, en oleaje.



Las horas pasaron despacio y se arrastraron hasta alcanzar la quietud de la medianoche. Los murmullos y sonidos de los guardias del pasillo por fin se habían apagado. Me pregunté si se habrían marchado o si se habrían quedado dormidos. Descorrí las cortinas del dosel, me levanté de la cama y me acerqué sigilosamente a escuchar a través de la puerta.

Pese a que solo oía el tronar de mi propio pulso en los oídos, me quedé ahí un buen rato tratando de captar alguna respiración, cualquier sonido que me diera pistas de lo que sucedía. Al final, agarré el pomo…

Y me quedé inmóvil.

Oí el sonido de unas botas en la escalera. Eran unas pisadas fuertes que retumbaban a lo lejos y no dejaban de acercarse. Varios pares de botas acompañaban a las primeras y subían al unísono,

como un ejército. Me retiré apresuradamente y me tiré sobre la cama justo cuando la puerta del dormitorio se abría con un chirrido.

—Despierta, preciosa —susurró Evander sosteniendo una vela por encima de mi cabeza—. Ven conmigo.

Llevaba la camisa gris arrugada y por fuera de los pantalones. Tenía las mejillas cubiertas de una barba incipiente y la frente perlada de sudor. La luz de la vela le daba un aspecto extraño al contorno de su rostro y dibujaba sombras que se ondulaban al recorrer las curvas de su cráneo. Abrí la boca para preguntarle qué estaba haciendo, pero él me puso un dedo en los labios para silenciarme. Me agarró de la mano y tiró de mí para ponerme de pie.

—Quítate esto —musitó al tiempo que tiraba de las cintas de mi camisón.

—No. —Crucé los brazos con fuerza sobre el pecho—. ¿Qué quieres…? —La luz se reflejó en el tubo delgado y curvo que sujetaba bajo un brazo—. ¿Qué es eso?

Antes de que tuviera oportunidad de contestar, una voluta de aire salado trepó por mis fosas nasales, así que supe exactamente qué traía consigo: el sifón. La herramienta que utilizaban para obligar a las sirenas a transformarse antes de ejecutarlas. El sonido de las botas de los soldados al avanzar arrastrando los pies resonó por el pasillo. Entraron en mis aposentos cargando con dos cubos de agua cada uno, como hormiguitas laboriosas.

Era agua de mar.

Pese a que nunca había tenido el placer de ver el mar —no de cerca, al menos—, lo conocía bien. Formaba parte de mi sangre, de mis huesos. Estaba hecha de él y, cuando muriera, regresaría a sus aguas.

Los hombres de Evander se dirigieron al vestidor y, al verter el contenido de los cubos en la tina, el chapoteo rítmico de su tarea me puso los pelos de punta. Contemplé estupefacta cómo al menos una docena de soldados desfilaba por mis aposentos.

Evander dejó a un lado la vela y me soltó las cintas de la cintura antes de bajarme el camisón por los hombros y dejarme solo con la fina camisa que llevaba debajo. Sujetó el sifón con determinación,

con los puños y los dientes bien apretados. Se dirigió hacia la puerta del vestidor.

—Ven conmigo.

—No quiero.

Evander se detuvo en seco y me dedicó una mirada amenazante. Sus últimos hombres estaban saliendo ya al pasillo.

—Quedáis libres de vuestras obligaciones —les dijo sin levantar la voz—. Podéis iros.

Los guardias obedecieron y cerraron la puerta sin hacer ruido. Evander echó el pestillo y me hizo una mueca.

—No me mires con esa cara. —Dejó caer el sifón sobre la alfombra de lana, que amortiguó el golpe—. No permitiré que una criatura como tú se atreva a mirarme como si te diera asco.

Algo se rompió en mi interior; mi rabia se liberó de la prisión en la que había tratado de mantenerla a raya.

—Soy yo quien te da asco a ti. Lo sé por cómo me miras, por cómo me tocas. —El aire salado flotaba ya por toda la estancia y se enroscaba entre nosotros. Al tomar una bocanada profunda y temblorosa de aire, algo en mi pecho vibró. Una fibra de mi alma se tensó—. No me creo que me ames cuando estás tan dispuesto a hacerme daño…

—El vínculo lo arreglará —escupió.

—No, no lo hará. Solo te obligará a protegerme —dije con voz tensa y apresurada—. A mí no me cambiará y a ti no te librará de tu resentimiento. Seguiré siendo la misma criatura de siempre y tú te sumirás en un pozo de miseria, porque en el fondo… en el fondo solo deseas matarme.

Abrió los ojos ambarinos de par en par y frunció el ceño. Se agachó para coger el sifón con el cuerpo tenso, sin pronunciar palabra, y se acercó a mí como un depredador. No se detuvo hasta que tocó mi pecho con el suyo.

—Si te quisiera muerta, preciosa, ya lo estarías. —Un terrible escalofrío me recorrió la columna cuando levantó una mano y me agarró del pelo—. Llevo enamorado de ti mucho tiempo, ¿lo sabías? Mucho antes de que le suplicara al rey que me concediera tu mano. Mucho antes de tocarte. —Negó con la cabeza—. Lo de la otra noche

fue toda una sorpresa, sí, pero, al comprometernos, Eusia ha respondido a mis plegarias a su extraña manera. La sangre que corre por tus venas me hará intocable. Ninguna sirena podrá manipularme con su canto. Mis hombres me considerarán un dios. —Acercó los labios a mi sien y habló rozándome la piel—. Jamás te guardaría rencor por concederme semejante honor, Imogen.

El estómago me dio un vuelco tan violento que me sentí como si estuviera cayendo. Caía y caía, y era como si todo mi ser supiera que el impacto iba a ser inminente. Tocar a Evander me causaba rechazo, pero le rodeé el cuello con los brazos con la esperanza de que eso frenara mi descenso.

—Te lo suplico —le dije al oído—. Por favor, no lo hagas.

No obtuve más respuesta que una cálida exhalación contra la mejilla. No había sido una disculpa. Tampoco una muestra de remordimiento. Había suspirado porque lo había decepcionado, porque yo no entendía su punto de vista: que el vínculo sería lo mejor para ambos. Se agachó, me separó de él y me rodeó la cintura con un brazo. A diferencia de Agatha, yo no era una mujer pequeña. Era alta y con la silueta bien definida, con las caderas anchas y la cintura estrecha. Pero Evander me levantó del suelo como si no fuera más que una niña. Me echó sobre su hombro y me sostuvo con fuerza mientras cruzaba la puerta del vestidor.

—Para. —Le aporreé los músculos firmes de la espalda—. ¡Bájame ahora mismo!

El aire era denso y salado, así que, en cuanto me volvió a dejar en el suelo, inspiré hondo. El agua de la tina resplandecía bajo la luz tenue de la lámpara de aceite que uno de los soldados había dejado. De haber estado sola, me habría metido en el agua sin pensármelo dos veces, deseosa de sentirme temible en vez de frágil.

—Me lo merezco, Imogen. —Me clavó los dedos en los brazos para obligarme a darme la vuelta. Luego me agarró de la camisa y la desgarró por la espalda, hasta la cintura, para dejarles espacio a mis alas. El miedo me nubló la mente. Me paralizó los brazos y las piernas. Notaba su cuerpo caliente contra la espalda mientras hablaba por encima de mi hombro desnudo—. Seré el capitán

inmune al canto mortal de las sirenas y tú llevarás una vida tranquila aquí arriba, donde tus instintos no puedan corromperte.

Pero fueron precisamente esos instintos los que tomaron las riendas de mis movimientos. Hicieron que uno de mis brazos volara hacia atrás, que mis dedos se curvaran formando una garra y que mi cuerpo diera una vuelta completa. Le dibujé un arco de arañazos en la frente y acabé enganchándole uno de los párpados inferiores. Unos verdugones de piel rosada aparecieron en su piel dorada y una gota de sangre brotó entre sus pestañas como una lágrima carmesí.

Evander gruñó entre dientes, pero no me golpeó, sino que me rodeó los brazos para inmovilizarme.

—Pronto habrá acabado.

Me levantó los pies del suelo y se inclinó hacia atrás para meterme en la tina de madera. Jadeé al entrar en contacto con el agua, pero no por el frío o por el golpe que me llevé en la espalda con la base de la tina, sino por la chispa que prendió en mi interior al sumergirme.

El miedo se disipó. Fue como si un millón de dientes diminutos se enterraran en mi piel para alcanzar los tendones y los huesos. Los sentí hasta en la mismísima médula.

Estaban devolviendo el agua al lugar al que pertenecía.

La estancia se desdibujó, incluso cuando Evander metió el sifón en la tina, junto a mis pies, y acercó los labios al extremo que asomaba a la superficie para succionar el aire restante y hacer que el agua fluyera por la tubería. Luego, escupió y me sujetó con fuerza por la nuca para acercarme a la abertura. Me pegó el metal a los labios y el agua se derramó por mi barbilla.

Al ver que no cooperaba, me clavó los dedos en las mejillas.

—Abre la boca.

Pese a la situación en la que me encontraba, quería saborear el agua. Quería empaparme de ella. Me obligué a destensar la mandíbula. El tubo chocó con mis dientes inferiores y el golpe resonó en todo mi cráneo. El agua salada me corrió por la lengua y la garganta y me inundó los pulmones, que se volvieron pesados y me dilataron el pecho. Sin embargo, no parpadeé. No me moví. Me limité a mirarlo fijamente.

La consternación le retorció las facciones.

—¿Imogen?

Estudió cada centímetro de mi cuerpo mientras el agua que ya no cabía en mi interior brotaba de mi boca y se vertía por mi pecho.

Deberían arderme los pulmones por la asfixia, pero entonces recordé que, por mucho que esperara, no iba a ahogarme. Lo único que sentía era ese extraño pulso entre las costillas, un calor rabioso que ardía en el mismísimo centro de mi ser. Creció y creció y creció hasta que esa sensación que me atravesaba ya no solo se limitaba a vibrar como la cuerda de un instrumento, sino que latía como un vaso sanguíneo, como una arteria que transportaba un poder viscoso, negro y ponzoñoso directamente a mis entrañas.

Fluyó por mi cuerpo como el magma y, cuando su calor me alcanzó la espalda, las alas me desgarraron la piel y las uñas se me alargaron hasta convertirse en garras negras.

A través del murmullo de ese torrente de poder capté una voz tan queda que creí haberla imaginado. Las palabras del agua eran frágiles y lejanas como la brisa que susurra al oído y lucha por hacerse oír.

Ahí estás, querida. Llevo mucho tiempo esperando este momento.

Di un respingo y encontré la mirada de Evander, que se había arrodillado junto a la tina y me observaba con los ojos llorosos de alivio. Me apartó el sifón de los labios con una mano y, con la otra, cogió la daga curva que colgaba de su cinturón. Lo siguiente sería abrirme un corte tan profundo como el anterior y atarme a él.

No, no, no.

El pulso que notaba en mi interior se volvió incandescente al pensar en lo que sucedería a continuación. Pero Evander se detuvo en seco, con los ojos vidriosos y los músculos relajados. La daga se le escurrió entre los dedos y chocó con el borde de la tina antes de caer al suelo. Vomité el líquido que todavía me anegaba el pecho y, como si hubiera recibido una orden, Evander se puso de pie, levantó una pierna y se metió conmigo en el agua.

La sangre me tronaba en los oídos; la cadencia oscura de mi interior me aporreaba las entrañas. Mi alma abandonó su receptáculo de carne y hueso y me permitió ver desde fuera cómo

Evander se hundía en el agua. Era demasiado corpulento para la estrecha tina, pero se las arregló para tumbarse sobre mi cuerpo y rodearme la espalda con los brazos antes de darme un beso bajo un ojo como muestra de devoción.

En lo más profundo de mi mente, pensé en lo curioso que era que se hubiera metido en el agua conmigo, que hubiera soltado la daga. Evander estaba tan rígido como un cadáver, pero todavía respiraba. Me hacía cosquillas en la boca al inhalar y exhalar, como un cálido oleaje que iba y venía.

Las sirenas eran las dueñas y señoras del aire y el mar; incluso su aliento parecía pertenecerme.

Así que me apropié de él.

Entreabrí los labios e inhalé el aire que tenía en los pulmones hasta dejarlo vacío y, aunque se le puso la cara roja, agachó la cabeza para apoyarla entre mis pechos, justo por debajo de la superficie. El deseo de ahogarlo se adueñó de mí: quería llenarle el pecho de agua, igual que había hecho él conmigo. Con tan solo pensarlo, Evander tomó una bocanada de aire atragantada y el agua salada le inundó la nariz y la boca. Sentía cómo le anegaba el cuerpo; sabía exactamente qué camino estaba siguiendo.

Noté que se estremecía sobre mí como un peso muerto.

Cuando su corazón se ralentizó, también lo hizo la corriente que pulsaba en mi interior, que se aplacó hasta desaparecer. Pese a que me sentía saciada, no había quedado del todo satisfecha. Haber experimentado la sensación de tener el control, de tener poder, me ayudaba a entender el ansia de Evander. No recuperé el pleno uso de mis facultades hasta que su cuerpo hinchado no hubo exhalado su último aliento. El vestidor se quedó en silencio a la luz constante del candil.

—No. —Lo empujé por el hombro, presa del pánico—. Por los dioses, no.

Por un instante, deseé ser capaz de ahogarme. Dejaría que el peso de su cuerpo me hundiera, tragaría tanta agua como pudiera y, antes de que mis ojos se cerraran, vería todo cuanto siempre había anhelado como si lo tuviera realmente ante mí.

El cuerpo de Evander se hizo todavía más pesado, me constriñó las costillas y me sacó de esa fantasía idílica.

El escenario de mi verdadera muerte sería mucho peor.



7

Luché contra el peso muerto en el que Evander se había convertido con los dientes apretados, pensando en todas las cosas horribles que los guardias del rey Nemea me harían para vengarse. Librarme de una amenaza había dado pie a una infinidad de peligros más. La voz del rey Theodore resonó en mi cabeza: «Sois una idiota por estar dispuesta a casaros con un hombre que se dedica a matar a las de vuestra especie».

El agua de la tina cubría los ojos abiertos y desenfocados de Evander. Tenía la esclerótica surcada de venas rojas, como regueros de sangre en la nieve. Se me revolvió el estómago. Volví a empujarlo por el hombro y me retorcí bajo su cuerpo para intentar zafarme de él. El esfuerzo me hizo jadear y maldecir, pero no paré hasta que me arrastré por el lateral de la tina y caí sobre la suave alfombra del vestidor.

Los gruesos ribetes de agua de mar hacían que se me pegara la camisa desgarrada al cuerpo como una segunda piel pálida, lista para ser mudada. El pelo me caía en uniformes mechones negros

sobre los hombros. Contemplé el cadáver de Evander, todo retorcido y abultado en la tina estrecha, y de pronto dejó de importarme lo que el rey de Varya, tan amable, noble y justo, pensara de mí. Mi prioridad en aquel momento era lo mucho que deseaba vivir, y solo él podía asegurar mi supervivencia. Aunque se había negado a ayudarme, sabía que había otra manera de convencerlo.

Me moví con una determinación instintiva, aunque el peso de las alas me resultaba tan extraño que me hacía perder el equilibrio y tuve que avanzar tambaleándome hasta la puerta de mis aposentos. Por la hora que era, el aceite de la gran mayoría de las antorchas del pasillo se habría consumido, pero haber pasado innumerables noches de pequeña recorriendo la fortaleza a hurtadillas por fin daba sus frutos. Me sabía de memoria el número de pasos que debía dar para llegar al final del corredor.

Los hombres de Evander habían abandonado su puesto junto a la puerta de mis aposentos, como su capitán les había ordenado, pero desde el extremo norte del pasillo llegaban el suave repiqueteo de las armaduras y los susurros de los guardias del rey Theodore. Había traído a seis soldados de su guardia consigo y, teniendo en cuenta lo mucho que el rey Nemea y él parecían odiarse, no parecía descabellado suponer que dormiría, como mínimo, con la mitad de ellos montando guardia.

En cualquier caso, aquel cálculo no me frenó a la hora de cruzar el pasillo a toda prisa y sin haberme detenido a secarme siquiera.

No tenía ni la menor idea de cómo utilizar el oscuro y espeluznante poder que se había adueñado de mí. De hecho, cabía la posibilidad de que me estuviera utilizando a mí y no al contrario. No recordaba cómo había dejado sin aliento a Evander, así que recé para mis adentros, presa del pánico, con la esperanza de que los hombres de Theodore se mostraran tan sumisos como el capitán.

Alcancé a ver por la ventana la enorme luna que brillaba en el cielo; su luz se derramaba sobre el alféizar y los guardias como el mercurio. Había tres hombres ante los aposentos del rey. El que estaba más cerca de mí gruñó e hizo amago de desenvainar su espada al verme, pero enseguida se le relajó el cuerpo. Esa vez sí que lo noté: un canto ardiente y silencioso salió despedido de mi

garganta como el sedal de una caña de pescar. El segundo guardia se fue al otro lado del pasillo como si estuviera sonámbulo y el tercero me abrió la puerta para permitirme entrar en la habitación del rey Theodore.

Las bisagras emitieron un ruido ensordecedor y chirriaron cuando el guardia volvió a cerrar la puerta. Sin embargo, el rey no se despertó. Del fuego que había ardido en su chimenea no quedaban más que unas cuantas brasas que proyectaban sombras oscuras y una luz rojiza sobre la cama.

La indulgente posición en la que dormía lo hacía parecer enorme. Tenía un brazo doblado sobre la cabeza y el otro apoyado en el pecho. Una de sus largas piernas asomaba por debajo de las sábanas y dejaba expuestos la piel dorada y el vello negro de una pantorrilla de proporciones perfectas, una rodilla firme y un muslo tonificado. No parecía llevar más que una camisa blanca. Di un paso hacia él y me fijé en que respiraba de forma pausada y superficial, así que aproveché para estudiar los ángulos de su mandíbula y la carnosidad de sus labios entreabiertos.

Actuaría rápido: le haría un corte y presionaría la herida de mi mano contra la de la suya. Establecer un vínculo de sangre era una tarea sencilla, pero no fui capaz de moverme. Dormido tenía un aspecto mucho más dulce. La postura indefensa, los labios suaves y las respiraciones delicadas habían sustituido las expresiones ariscas y las miradas desagradables que ya había aprendido a esperar de él.

Lo que estaba a punto de hacer no estaba bien. Era un acto de crueldad de lo más traicionero, pero me esforcé por dominar mis emociones. Yo solo quería vivir. En apenas unas horas, los hombres de Nemea encontrarían el cuerpo de Evander. En apenas unas horas, sufriría una muerte agónica. El agua que me empapaba el cabello y la camisa se secaría pronto y, cuando lo hiciera, mis alas volverían a desaparecer bajo mi piel.

Era el momento. Tenía que hacerlo ya.

Tenía el cuerpo agarrotado de la tensión, pero me obligué a acercarme al borde de la cama. Apoyé una rodilla en el colchón y me estremecí al oírlo crujir bajo mi peso. Las gotas que resbalaban por mi pelo cayeron sobre las sábanas. Sin apenas atreverme a respirar,

me hice un corte superficial en la palma con una de las garras y, antes de que pudiera agarrar la mano de Theodore que descansaba sobre su pecho, este se movió. Me agarró la muñeca con la fuerza de un grillete demasiado prieto. Dejó escapar un gruñido sordo y tiró de mí hacia adelante con una sacudida tan violenta que caí sobre él y mi vientre presionó el suyo. Noté el frío de un arma en el cuello. Estaba tan cerca del monarca que mi propia silueta bloqueaba la escasa luz de la chimenea, así que no fui capaz de distinguir su expresión. Me apretó más la daga contra la piel.

—Soy Imogen —jadeé notando que mi garganta se movía contra la presión de la hoja—. Soy yo. Por favor, no lo hagáis.

—¿Imogen? —Dijo con la voz pastosa por el sueño antes de alejar el arma de mí—. ¿Qué demonios hacéis?

Ambos nos movimos con torpeza en la oscuridad, enredándonos en las sábanas en el intento de poner algo de espacio entre nosotros. Cogió la vela, el eslabón y el pedernal que tenía sobre la mesita de noche y la estancia se iluminó con un estallido de luz. Me miró con un terrible ceño fruncido y los ojos desencajados.

Me quedé de piedra.

Había quedado expuesta ante el rey Theodore, justo como me había ocurrido con Evander. Me observó de arriba abajo. Estudió la forma de mis alas plegadas a la espalda, la expresión aterrada que dominaba mi rostro, y recorrió con la mirada cada curva de mi cuerpo, envuelto en aquella camisa empapada.

Pensaba que sentiría asco, que me tiraría al suelo y me sujetaría el cuello con una mano, pero se limitó a contemplarme con una mezcla de asombro y confusión. Cerró los ojos con fuerza tras unos segundos que se me hicieron eternos. Cogió una manta y me la ofreció sin pronunciar palabra. La abracé contra el pecho.

De pronto, pareció caer en la cuenta de algo y su expresión se ensombreció. Sostuvo la daga entre nosotros.

—Estáis empapada en agua de mar.

Su voz grave no dejaba lugar a duda: se sentía en peligro. En el mar, las sirenas éramos una amenaza, pues ahogábamos y destripábamos a quienes nos hacían daño.

—No he venido a haceros daño —dije negando con la cabeza, aunque su desconfianza era palpable, incisiva. Me moví despacio para bajarle la mano con la que sostenía la daga hasta mi esternón —. Os doy mi palabra.

La rigidez de sus hombros pareció mitigarse un poco, pero siguió apuntándome con el arma. Cuando habló, su tono era tan sombrío como la noche.

—Contadme qué ha pasado.

Cerré las garras en torno a la manta.

—Tengo que salir de Linum. —Se me entrecortó la voz—. Ya mismo.

—Esa respuesta no me sirve. —Sacudió la cabeza como si se supiera dentro de un sueño retorcido y quisiera despertar. Echó un vistazo hacia la puerta—. ¿Cómo habéis entrado?

—No… sabría deciros exactamente —dije tras una pausa.

No mentía. El poder que se había adueñado de mí conseguía que el resto del mundo se doblegara ante mi voluntad incluso aunque yo no lo pidiera. Ese poder pegajoso y grotesco se había asegurado de que llegara sana y salva a los aposentos del rey, de que Evander dejara de hacerme daño cuando lo había necesitado.

—Uno de vuestros guardias me abrió la puerta.

—Lo dudo mucho. —Presionó la punta de la daga contra mi vientre con la fuerza suficiente como para ponerme en alerta—. Responded a mi pregunta.

—He matado al capitán del rey Nemea.

—¿Habéis matado… a vuestro prometido… y luego habéis decidido acudir directamente a mí? —dijo boquiabierto.

—Es que trajo el sifón y me llenó los pulmones de agua, como hacen en las ejecuciones —expliqué con la voz demasiado alta y apresurada—. Entonces cambié y él se metió conmigo y lo ahogué…

—Shhh. Bajad la voz. —Me cubrió la boca con la mano libre, apartó la daga de mí y la clavó en el colchón que tenía al lado—. Tenéis que hablar más bajo.

Asentí mientras los ojos se me llenaban de lágrimas.

Se le tensaron los músculos y se le arrugó el rostro como al tirar demasiado fuerte del hilo con el que se está dando una puntada.

Deslizó la mano con la que me había tapado la boca lentamente por mi rostro hasta apoyármela en la barbilla.

—¿Cómo que se metió con vos?

—Se metió en la tina —susurré sin apartar la mirada de la suya—. Hizo que sus hombres la llenaran con agua de mar y luego me obligó a meterme para…

—¿Cantasteis? —Dejó caer la mano—. Para ahogarlo, quiero decir.

—¿Que si canté? —Negué con la cabeza—. No. Se metió conmigo en la tina, se tumbó encima de mí y luego… No sé cómo lo hice, pero lo dejé sin aire en los pulmones.

Me miró de tal manera que se me heló la sangre. Esbozó una expresión de asombro como si fuera lo más monstruoso que hubiera oído nunca e hizo que el colchón sobre el que estaba sentada desapareciera. Hizo que las paredes de la habitación se desdibujaran y me quedara sola, a la deriva, en un vacío que me conduciría a la muerte.

—Le habéis quitado la vida a vuestro prometido —susurró sin andarse con rodeos— y ¿lo único que se os ocurre inmediatamente después es venir a suplicar que os saque de aquí en mitad de la noche?

—No. —Lo miré a los ojos sin vacilar. Ya no tenía nada que perder —. He venido a vincularme con vos.

El ambiente se enrareció entre nosotros.

—Habéis perdido el juicio —dijo con una calma mortal.

—Tal vez. —No me molesté en ocultar la desesperación que destilaban mis palabras—. Pero mi única esperanza es contar con vuestra protección y vos os habéis negado a ayudarme.

La luz de las brasas y la incredulidad iluminaron a la par su mirada.

—Yo no me he negado a nada. Solo os he dicho que necesito tiempo.

—Me van a torturar. —Se me entrecortó la voz por las lágrimas—. Me dejarán a merced de los hombres de Evander y ellos harán conmigo lo que les plazca antes de cortarme el cuello.

El silencio me aguijoneó la piel como un millar de alfileres y se dilató hasta que Theodore se dignó a hablar. Hubiera preferido que

recurriera a cualquier comentario hiriente, a cualquier maldición cargada de desprecio, antes que a la absoluta falta de emoción que insufló a sus palabras:

—Ese es el destino de cualquier asesino en un lugar como este.

El peso de la desesperanza cayó sobre mi pecho como una losa, pero me negué a irme sin haber intentado al menos hacerle entender mi situación.

—Se lo merecía —escupí—. De haberme casado y vinculado con él, habría sido yo quien hubiera acabado muerta. Su crueldad me habría ido consumiendo poco a poco.

Me arrastré hasta el borde de la cama, dejé la manta y me dirigí a la puerta tiritando. La muerte se cernía sobre mí, así que me pregunté si sería mejor esperarla en mis aposentos o ir a buscarla. Tal vez lo mejor fuera salir a por los guardias con las alas desplegadas de par en par y dejar que me atravesaran el corazón con una flecha para asegurarme de que me dieran una muerte rápida.

—Deteneos. —Theodore dejó escapar una larga exhalación y se puso en pie. Llevaba la camisa blanca que utilizaba para dormir toda torcida y arrugada, y le caía justo por encima de las rodillas. Aunque tenía una expresión gélida, habló con una voz más suave que nunca —. Apartaos de la puerta. —Me recorrió el cuerpo con una mirada fugaz antes de lanzarme de nuevo la manta—. Y haced el favor de volver a cubriros, por el amor de los dioses.

No se acercó a mí hasta que no tuve la manta bien ceñida a mi alrededor. Su cercanía hizo que me sintiera envuelta en una ola de calidez.

—¿Qué os ha pasado aquí? —preguntó a la vez que me pasaba un dedo por la barbilla.

—Supongo que habrá sido cosa del sifón de mi amado prometido —dije estremeciéndome de dolor.

—Estáis sangrando. —Negó pesarosamente con la cabeza—. Ya os he dicho que, si os ayudo ahora, se desatará una guerra.

—Sí, lo sé. —No pude impedir que las lágrimas me corrieran por las mejillas—. Aunque vos me consideréis una imbécil, os aseguro

que no lo soy. Soy consciente del efecto que tendría vuestra decisión y entiendo de sobra que hayáis decidido condenarme a muerte…

—Callaos, por favor —suplicó pasándose una mano por el rostro.

—¿Cómo decís?

—Que guardéis silencio. —Me acunó las mejillas en un gesto tan inesperado que ahogué una exclamación—. Me encargaré de solucionar esto.

Entonces me echó la cabeza hacia atrás para obligarme a levantar la barbilla ensangrentada y, con expresión malhumorada, me cerró la herida en un destello de luz. No tardó nada; el calorcillo que acompañaba a su poder apareció y desapareció en un abrir y cerrar de ojos, pero ninguno de los dos nos movimos durante unos segundos eternos.

—¿De verdad estabais decidida a vincularnos? —preguntó con un tono extrañamente calmado después de dejar caer las manos.

—Sí. —Encontré su mirada—. Estoy harta de que me menosprecien. —Me dirigí hacia la puerta—. Pero teníais razón, ni siquiera tengo el valor de salvarme a mí misma…

—Hacedlo.

—¿Qué…?

—Vinculadnos. No iba a tolerar que Nemea cometiera impunemente una atrocidad tras otra por mucho más tiempo, así que habríamos acabado entrando en guerra tarde o temprano. Habría preferido no desencadenar el conflicto con la muerte de su capitán y el rapto de su protegida, pero creo… creo que no queda otro remedio.

—Porque, de lo contrario, yo moriría —dije boquiabierta.

—Exacto. Por eso accedo al vínculo.

—Pero ¿por qué?

—No me metería en un barco con vos sin ser inmune a vuestro canto ni por todo el oro del mundo.

Me ruboricé ante su respuesta.

—Tiene sentido.

—Tengo tres condiciones.

—Por supuesto. —Tomé una temblorosa bocanada de aire, presa de la desconfianza—. Decidme.

—Tendréis que renunciar a Nemea y jurarme lealtad a mí como vuestro nuevo rey. Luego, cuando lleguemos a Varya, tendréis que ir a ver a la maga sibila para celebrar el ritual de escisión para deshacer el vínculo de sangre.

Era muy consciente de que podría pedirme que me cortara yo misma una mano y se la diera de comer a su perro sin dejar de sonreír y yo accedería a ello.

—Me parece bien.

Hice una pausa y esperé con cautela a que me diera su última condición. Theodore era un rey astuto, con la mirada y la mente tan afiladas como la hoja de una espada. Me iba a pedir algo más, algo que iba mucho más allá de jurarle lealtad o embarcarme en un viajecito para romper el vínculo.

—¿Y la tercera?

Se puso a revolver entre las cosas que guardaba en un arcón a los pies de la cama y sacó unos pantalones oscuros y una camisa blanca. Luego, se volvió hacia la chimenea y echó un poco de leña sobre las brasas encendidas.

—Tras acudir a la maga sibila, tendréis que hacerme el favor que os pida.

Aquello me puso en alerta. Un favor. Lo observé con desconfianza mientras seguía hurgando en el arcón. Al verlo revisar sus papeles y algunos de los objetos pequeños que guardaba entre la ropa, caí en la cuenta de que estaba decidiendo qué quemar. Tendríamos que huir tan precipitadamente que iba a tener que dejar atrás una buena parte de sus efectos personales.

—¿De qué favor se trata?

—No lo sé todavía —dijo evitando mi mirada. Tiró un puñado de papeles al fuego y luego se dispuso a ponerse unos pantalones—. Daos prisa, mi señora, se os está empezando a secar el cabello. Vuestras alas no tardarán en retraerse y, para entonces, habremos perdido nuestra oportunidad. —Se levantó la camisa con la que dormía para cambiarse y yo desvié la mirada hacia la puerta—. ¿Aceptáis mis condiciones?

Lo justo, desde luego, sería acceder al trato. Debería haberme tirado al suelo de rodillas para besarle los nudillos cálidos por estar

dispuesto a abrirse una herida y vincularse a mí. Y si me pedía que pusiera en riesgo mi vida, mi seguridad, mi sueño de tener un hogar propio, debería decirle que aceptaría encantada. El rey me miró estupefacto, como si no entendiera por qué me paraba a considerar su propuesta. *Él nunca se ha visto obligado a llevar una vida sujeta al servicio de otros,* pensé entonces.

La mera idea de tener que doblegarme una vez más a los ilimitados designios de un rey, de deberle obediencia a otra persona que no fuera yo misma, me sumía en la más pura desesperación.

—Yo estoy dispuesto a poner mi vida en peligro —me recordó con irritación—, a poner en riesgo el bienestar de mi nación para sacaros sana y salva de este lugar…

Sus palabras cayeron como una chispa sobre la hierba seca en mi cabeza: comprendí horrorizada que ningún rey bueno y justo —ningún rey dispuesto a «desvivirse por cumplir con su deber»— accedería a llevar a cabo semejante locura. Con tal de proteger su reino, un monarca tan recto y poderoso como Theodore habría dejado a su suerte a la protegida sin familia de un hombre despiadado. No me cabía duda de que habría sentido una diminuta punzada de remordimiento por darme la espalda, de que su buen corazón tal vez le habría hecho incluso lamentar la pérdida de una joven cuyo único deseo era vivir, pero jamás habría accedido a ayudarme.

—¿Habéis tomado una decisión, lady Imogen?

La luz de la chimenea le confería el aspecto rígido e imponente de una estatua. Las sombras se acurrucaron bajo la piel dorada de sus pómulos, en el hueco de su cuello y en las arruguitas de su ceño. Era la viva imagen de su antecesor, pues el gran dios Panos también había sido un hombre fuerte e indomable. No necesitaba nada de mí y yo no tenía nada que ofrecerle. Sin embargo, pensé en la reacción que tuvo en la cámara de los rituales de Nemea, en la rabia que se había apoderado de él al verme ofrecer mi sangre. Me había dicho con total seguridad que me conocía.

¿Quién creéis que soy?

Empezaba a pensar que aquel favor tan descompensado que me estaba haciendo era en realidad un trato perfectamente equilibrado.

—Accedo a vuestras condiciones, majestad. —Levanté la cabeza en actitud desafiante—. Pero os juro que, como me estéis tendiendo una trampa, una vez que rompa el vínculo pienso…

Theodore ladeó la cabeza.

—¿Me estáis amenazando?

—No me fío ni un pelo de los hombres que dicen estar dispuestos a ayudarme siempre y cuando yo les jure obediencia. —Tenía tanto frío y estaba tan cansada que hablé en una patética exhalación temblorosa.

Me dio la razón enarcando las cejas.

—Pongámonos a ello antes de que me matéis por accidente.

Me agaché para buscar el calor que emanaba de la chimenea, pero Theodore no vino a colocarse a mi lado, sino que se dirigió a la puerta.

—No os quitéis la manta —me advirtió con mala cara antes de dejar pasar uno a uno a sus tres guardias. Todos se sobresaltaron al verme y Theodore los fulminó con la mirada—. ¿Dónde está el comandante Mela?

Su comandante. El comandante de Agatha. Los tres hombres permanecieron inmóviles, con expresión infranqueable, hasta que uno de ellos acabó bajando la vista al suelo avergonzado.

—Nos pidió que lo cubriéramos. —Tras una pausa tensa, añadió —: Iba a reunirse con una mujer.

No habría esperado que el rey fuera capaz de ponerse de todavía peor humor, pero su expresión se volvió más sombría y su tono, más amenazador.

—Id a buscarlo.

—Estará en el piso inferior —intervine—. Cuarta puerta a mano derecha.

Theodore dirigió su atención a mí.

—¿Agatha?

Cuando asentí, él se pasó una mano por el rostro y trazó un plan de escape entre susurros contundentes:

—Despertad al resto de la guardia y dirigíos a los aposentos de lady Imogen. Hay un cadáver en una tina llena de agua salada.

Recoged un poco de esa agua y traédnosla aquí. Y, por el amor de todos los malditos dioses, no dejéis mi puerta desprotegida.

En cuanto sus hombres salieron de la habitación, Theodore echó el pestillo con toda la frustración que seguramente habría querido descargar sobre mí. Luego, oí el susurro del lino y un golpe metálico, pero estaba demasiado concentrada contemplando el anillo de compromiso que todavía lucía en el dedo como para levantar la vista. De pronto me sentía como si me faltara el aire.

—Yo también tengo una condición.

Theodore se sentó ante mí con la daga en una mano y un retal de seda verde en la otra.

—Vos no tenéis derecho a poner condiciones. Soy yo quien os está haciendo un favor, no al revés. —Me dejó la prenda sobre las rodillas—. Poneos esto cuando vuestras alas se retraigan.

—Agatha se viene con nosotros —dije mirándolo con determinación.

—Es demasiado peligroso. —Le dio vueltas a la daga mientras negaba con la cabeza—. No requerís la compañía de una niñera y, a diferencia de vos, ella es perfectamente capaz de salir de esta fortaleza sin ayuda.

Se me formó un nudo en la garganta. Tenía razón. Asentí angustiada y extendí la mano para mostrarle la herida superficial que me había hecho antes de despertarlo. Las cicatrices que me surcaban la palma como una maraña tenían un tono blanquecino. Sin inmutarse, Theodore envolvió mi mano helada en la calidez de la suya y deslizó un dedo con tanta delicadeza por el corte y la piel destrozada que me estremecí.

—Yo también siento cierta debilidad por Agatha.

Habló como si me estuviera pidiendo disculpas, con una voz dulce y arrepentida.

Un destello recorrió la hoja de la daga cuando la acercó a la palma de mi mano. Me puse tensa. ¿Me haría un corte muy profundo? ¿Me curaría inmediatamente después o me obligaría a esperar?

—Tomad. —Colocó el arma en mi mano libre—. He oído que los vínculos de las sirenas son dolorosos por cómo se asientan en el

cuerpo. —Pese a que no le temblaba la voz, me pregunté si estaría asustado.

Asentí, pues yo también había oído los rumores.

—No iréis a echaros atrás ahora, ¿verdad, majestad?

Se le escapó una diminuta sonrisilla, pero, en cuanto me acerqué la daga a la piel, frunció los labios. Tras abrirme un corte rápido y poco profundo, hice lo propio con él. Inspiramos hondo al unísono y juntamos ambas heridas ensangrentadas. El corazón se me iba a salir del pecho, sentía sus latidos por todo el cuerpo, pero me concentré en la calidez pegajosa que se había formado entre nuestras manos.

Theodore jadeó y cerró los dedos con más fuerza en torno a mi mano. La expresión que le retorcía el rostro destilaba una mezcla de dolor y placer. Se le crisparon los músculos y una película de sudor le cubrió las mejillas y el cuello. Dejó caer la cabeza hacia atrás y ahogó un gemido.

Yo contuve el aliento y esperé. Y esperé un poco más. A Theodore se le relajó el cuerpo en cuanto su dolor alcanzó un punto álgido y amainó; luego me miró, expectante y aterrado.

—¿Notáis algo?

—Nada —respondí negando con la cabeza.

Pero entonces lo sentí.

Su sangre corría por mis venas como la luz de las estrellas. Era ardiente y brillante y me subió por el brazo y el cuello. Me abrasó por dentro a medida que se fue extendiendo por mi interior. Me oí gemir, sentí que se me arqueaba la espalda de dolor, pero, cuando se fundió con mis entrañas, mi vista se ensombreció y dejé escapar un grito desgarrador.

Theodore me tapó la boca con una mano, pero, al ver que no era suficiente, me agarró por la nuca y me presionó la cara contra su pecho.

—No hagáis ruido —me suplicó al oído—. Imogen, parad.

Pero no podía. Tenía la sensación de estar partiéndome en dos. Esa cuerda que me atravesaba estaba tan tensa que creí que se rompería y me rebanaría el corazón. Me vi muriendo en sus brazos. Le clavé las uñas en los hombros, en la espalda, y, por fin, poco a

poco, el dolor empezó a remitir. Notaba el vínculo en el vientre, emitiendo un rutilante calorcillo, pero seguí gimoteando contra su cuerpo firme para intentar recuperar el aliento.

Theodore bajó la vista y me miró estupefacto. Me acercó una mano a la mejilla y me apartó el mechón de pelo que se me había quedado pegado a la piel húmeda por las lágrimas.

—¿Estáis bien? Tenemos que irnos ya. Por favor, decidme que estáis bien. —Asentí, pero él insistió con la voz ronca y entrecortada, dándome una suave sacudida—: No. Decidlo en voz alta. Necesito oíros decirlo.

Su preocupación era evidente, tan profunda y arrolladora como una corriente de agua, y supe que el vínculo había funcionado. Así era como funcionaba: obligaba a la pareja a protegerse. Lo miré a los ojos e intenté disimular lo rara que me sentía. Me daba vueltas la cabeza. Tenía ganas de vomitar.

—Estoy bien.

Asintió con brusquedad y trató de recuperar el control de su rostro conmocionado. Mis alas se habían retraído mientras nos vinculábamos y me habían dejado los omóplatos ensangrentados y doloridos. Theodore me ayudó a mantener el equilibrio sin mirarme directamente para que me quitara la manta y la camisa mojada. No llegó a ver las heridas que las alas me habían dejado, así que me pasé la bata por los hombros y me la até a la cintura sin mencionar lo mucho que me dolían.

Di un respingo al oír que alguien llamaba con suavidad a la puerta. Theodore le dio permiso para entrar a su guardia, que había regresado al completo. Uno de los seis hombres portaba un jarrón que reconocí de mis aposentos y que desprendía un aroma a agua salada. Detrás de ellos estaba Agatha, con los rizos alborotados, las mejillas sonrosadas y los labios hinchados por los besos.

Verla fue la gota que colmó el vaso del abochornado monarca.

—Hola, Agatha. —Fulminó al soldado alto que se había detenido al lado de mi amiga con actitud petulante—. Que sepas que pienso destriparte, Lachlan.

—Ya, lo sé —respondió el interpelado—. Agatha me ha dicho que viene con nosotros.

Theodore me miró con mala cara.

—¿Os han dado los puñeteros dioses su bendición esta noche o qué? —Señaló el jarrón lleno de agua de mar—. Dadle eso a lady Imogen.

Lo acuné contra mi pecho y me enfrenté a la mirada severa del rey estirando bien la espalda. Su expresión era tensa y sombría y su mera intensidad hacía que el ambiente fresco de la estancia se volviera asfixiante.

—Habéis conseguido burlar a mis guardias, mi señora —me dijo —. Ha llegado el momento de que nos ayudéis a esquivar a los de Nemea.



8

Los soldados del rey Theodore se movían como espectros: rápido y en absoluto silencio. De hecho, apenas se oía el repiqueteo de sus armaduras en la oscuridad sepulcral de Linum.

Bajamos a toda prisa por la escalera que conducía al vestíbulo vacío formando una fila larga y ordenada. Fuera, el viento soplaba por el valle y chocaba con las esquinas de la fortaleza. Aullaba como una mujer moribunda, pero traté de no tomármelo como un mal presagio.

Theodore iba delante de mí, Agatha me seguía de cerca y yo abrazaba el jarrón de agua salada contra el pecho como una madre a su bebé. Aquella escasa cantidad de agua tendría que bastar para utilizar mi poder y burlar a los hombres del rey Nemea.

—Estabas en los aposentos del rey —me susurró Agatha—. Llevas una bata suya y todavía tienes agua de mar en la piel y el pelo. —La seda húmeda de la prenda en cuestión se pegaba a las heridas abiertas de mi espalda, pero mi melena larga y mojada escondía las manchas de sangre—. ¿Qué ha ocurrido?

Volví la cabeza para mirarla por encima del hombro.

—Te prometo que te lo contaré todo cuando estemos a salvo en el barco, pero, por favor, te ruego que no entres en pánico cuando te ponga al día.

—¡Que no entre en pánico! —Su mirada destelló—. ¿Por qué habría de entrar en pánico?

—Dioses santos, Agatha.

Se mordió los labios para controlar tanto su preocupación como su lengua y asintió ligeramente.

Una sensación de lo más desagradable se apoderó de mí al imaginar lo que pasaría cuando le confesara lo ocurrido. El orgullo y la vergüenza se mezclaron en mi interior como una segunda columna vertebral al recordar lo que le había hecho a Evander. Cuando pasamos por delante del salón del trono de Nemea, me vino a la mente la inscripción de la pared: «NO HAY PIEDAD PARA LOS MONSTRUOS». Pensé en el rostro inexpresivo y en los labios azulados de Evander y sentí una punzada de inseguridad. Tal vez yo fuera un monstruo tan terrible como él lo había sido en vida. Tal vez tampoco hubiera piedad para mí.

El comandante del rey Theodore, Lachlan, nos reagrupó en cuanto llegamos a las imponentes puertas principales.

—Nunca hay guardias apostados en el patio de armas. Por lo que hemos visto, suelen reunirse en los establos y los barracones que hay a los pies de la escalera que sube a la fortaleza —susurró. Encontró mi mirada con expresión severa—. Tendréis que encargaros de ellos. Necesitaremos caballos para recorrer el camino de la montaña y llegar al puerto de Helris, donde está atracado el barco del rey.

Se me secó la boca y un temblor se adueñó de mis músculos, aunque no habría sabido decir si sería cosa del frío o de la conmoción. Traté de contenerlo y le ofrecí a Lachlan un asentimiento tenso.

El comandante abrió una de las inmensas puertas lo justo como para que pasáramos de costado y, uno a uno, abandonamos la fortaleza Linum como una serpiente silenciosa. Los fuertes vientos habían dejado el cielo despejado, salvo por la brillante luna llena y

un puñado de estrellas. Su luz espectral, de un azul acuoso, bañaba los sillares pálidos de la fortaleza. Agatha y yo nos acurrucamos en la superficie irregular del muro. Una ráfaga de viento me revolvió el cabello y me lo metió en los ojos mientras los seis guardias se repartían por el patio de armas espada en ristre para asegurarse de que no había nadie escondido en la sombra que proyectaban los pilares.

Theodore se volvió hacia mí y se acercó tanto que la calidez de su cuerpo me envolvió sin avisar.

—Juradme lealtad ahora —dijo en voz baja—. Tenéis que hacerlo estando todavía en los dominios de Nemea y con testigos delante para que no pueda decir que os he raptado.

Me abracé al jarrón con más fuerza.

—¿De verdad creéis que eso le va a importar? —pregunté con mala cara—. Además, tampoco va a tener forma de saber que os he jurado lealtad. Su respuesta será la misma de igual manera.

—Me importa a mí —replicó—. No pienso permitir que un acto tan desleal como el de raptar en plena noche a la sierva de otro rey mancille mi mandato.

Aquello solo me hizo fruncir más el ceño, así que Theodore se acercó todavía más y dejó que todo el peso de su mirada cayera sobre mí. Se me entrecortó la respiración.

—Lo mínimo que podéis hacer es arrodillaros ante mí después de todo lo que estoy haciendo por vos esta noche.

Sostuve su mirada y conté tres latidos de mi corazón desbocado. Me revolvía el estómago pensar en los gobiernos y en los estúpidos preceptos por los que se regían. No quería que la gravilla se me clavara en las rodillas. No quería librarme del yugo de un rey para someterme al de otro. No quería seguir sometida a la responsabilidad de honrar y obedecer a un hombre que jamás haría lo mismo por mí. Pero así era el mundo.

—Sujétame esto —le pedí a Agatha volviéndome hacia ella y pasándole el jarrón.

Una vez que los guardias se aseguraron de que el patio estaba despejado, regresaron para formar una barrera a nuestro alrededor. Lachlan se inclinó hacia mí para hablarme con tono molesto:

—Y no os demoréis.

Le lancé una mirada gélida, pero me arrodillé a regañadientes, con las piernas temblorosas. Tal y como había esperado, la gravilla se me clavó en la piel.

—¿Qué queréis que diga?

La luz opalescente de la luna resaltaba la nariz y el ceño de Theodore, que me miraba desde arriba con el rostro serio.

—Improvisad —respondió Lachlan por él.

El viento sopló entre nosotros y me revolvió el cabello húmedo. Encontré la mirada de Theodore con toda la rabia que fui capaz de transmitir mientras me apartaba los mechones de las mejillas.

—Renuncio al monarca de la isla de Seraf.

Otra ráfaga nos embistió con un aullido y el frío que trajo consigo me llenó los ojos de lágrimas, ahogó mis palabras y me puso la piel de gallina.

—J-juro… lealtad a…

Theodore se dejó caer de rodillas ante mí, sin apartar los ojos de los míos, y perdí el hilo de mis pensamientos. Estaba tan cerca que podría haber seguido hablando entre susurros y él me habría oído. Fruncí el ceño, confundida ante su gesto.

—Rápido —dijo con un brusco asentimiento de cabeza.

Me devané los sesos para tratar de recordar el terrible juramento que le había hecho hacía ya tanto tiempo al rey Nemea.

—Yo, Imogen Nel, juro ante Eusia… —Sacudí la cabeza y carraspeé—. Juro ante los grandes dioses, allí donde estén, ser vuestra más leal súbdita, rey Theodore Ariti de Varya. Intentaré… honraros con mis palabras y mis hechos, con mi voluntad y mis acciones.

Una de las comisuras de su boca se torció hacia abajo en una sonrisilla irónica.

—¿Lo «intentaréis»?

—Lo juro —dije asintiendo.

Entonces me miró serio y me ayudó a ponerme de pie. Tiritaba tanto que me resultaba imposible disimularlo y Theodore me estabilizó agarrándome por la cintura con ambas manos. Agatha nos miró estupefacta al devolverme el jarrón.

—¿Qué pasa? —le pregunté, pero ella negó con la cabeza y parpadeó rápidamente.

Nos dividimos para seguir avanzando: Theodore y yo corrimos hacia la escalera que conducía a los establos y al portón de entrada, acompañados de cuatro hombres, mientras que Agatha se quedaba con Lachlan y el guardia restante. Cuando llegamos al primer escalón, me dio un vuelco el estómago al reparar en la abrupta pendiente.

—¿Accedisteis a la fortaleza por aquí?

—Así es. —Theodore me rodeó el codo con una de sus cálidas manos al ver que me tambaleaba—. Son bastante irregulares. Algunos escalones son cortos, y otros, más altos de lo que deberían.

—Tiene que haber otro camino. —El miedo me erizó la piel y me correteó por el pecho—. Es imposible que Nemea haya hecho subir a todos los invitados por esta escalera.

—Mi señora…

—Se me va a derramar toda el agua. Está tan oscuro que no alcanzo a ver más de tres escalones, así que estoy segura de que perderé el equilibrio, se me caerá el jarrón y moriremos todos por mi culpa.

—Tal vez. —No había ni rastro de emoción en la voz de Theodore, pero noté que me agarraba el codo con más firmeza—. Pero quedarnos aquí parados supondrá una muerte segura. Tanto para nosotros dos como para Agatha.

A nuestra espalda, el viento aullaba una quejumbrosa advertencia al recorrer el perímetro de la fortaleza. No quería morir donde me habían hecho sentir pequeña y asustada. Enderecé mi postura ante la atenta mirada de Theodore, el hombre que creía conocerme. El hombre que me había llamado «cobarde». Afiancé la posición del jarrón entre mis brazos y bajé el primer escalón.

Avancé muy lentamente, tanteando con el pie descalzo el borde de cada peldaño, y Theodore permaneció alerta, listo para ayudarme en caso de necesitarlo. Por el camino empecé a tener la sensación de que jamás volvería a entrar en calor. Sentía el castañeteo de mis dientes por todo el cráneo. Temblaba de pies a cabeza. La bata que llevaba puesta me azotaba las piernas desnudas. Me detuve al llegar

a un escalón particularmente estrecho para tratar de calmar mis sacudidas.

Theodore me miró desde el siguiente peldaño al mío. Me dio un vuelco el corazón al ver el miedo —y la preocupación— en su mirada.

—Por todos los putos dioses —gruñó—. Venid aquí.

Extendió los brazos como si fuera a abrazarme y di un paso atrás.

—¿Qué hacéis?

—Majestad —susurró el guardia que caminaba detrás de mí—, tenemos que seguir.

—Danos un minuto —le pidió él con tono molesto—. Esta pobre dama está a punto de morir congelada. Necesita entrar en calor.

—Espero que no estéis sugiriendo ser vos quien se encargue de ello.

Noté su sangre tronando en las venas al imaginármelo tocándome. Dejar que pegara su cuerpo al mío era una imagen demasiado íntima.

—Todos los demás llevan protección metálica, así que me temo que sí, que tendré que ser yo —dijo pasándose una mano por el rostro.

Los guardias que encabezaban la marcha regresaron para asegurarse de que todo iba bien.

—Todavía estamos a medio camino, majestad. ¿Qué necesitáis?

Theodore me miró durante un instante.

—Adelantaos para ver qué nos espera al final de la escalera. Si consideráis que podrían superarnos en número, regresad aquí. Si no, escondeos entre las rocas. Bajaremos enseguida. —Miró a los dos guardias que caminaban detrás de mí y añadió—: Vosotros dos, esperad diez escalones más abajo.

Cuando nos quedamos solos, Theodore resopló airado.

—Estoy bien —le dije a pesar de que temblaba de pies a cabeza.

En el fondo, sabía que rechazar su ayuda era una estupidez.

—Ya lo veo. —Tenía las manos en jarras—. Pero el vínculo de sangre me está volviendo loco y no me deja pasar por alto lo mucho que estáis temblando. Tenéis frío y estáis asustada, así que…

—Ni se os ocurra volver a llamarme cobarde…

Alzó una mano.

—He dicho que estáis asustada. —La luz de la luna iluminaba su rostro lo suficiente como para ver la expresión sincera que le suavizaba la mirada—. Yo también lo estoy.

Apreté los dedos contra el jarrón, pero no dije nada. No habría sabido decir si el hecho de que un hombre como él, un rey que descendía de uno de los grandes dioses, tuviera miedo me hacía sentir mejor o peor.

—Decidme qué necesitáis.

Habló con una voz grave y resuelta que de nuevo carecía de toda emoción, pero sus ojos me dieron a entender que de verdad quería ayudarme.

—Necesito dejar de temblar.

Theodore asintió y nos miramos. Entonces me ofreció una mano deliciosamente cálida. Tenía los dedos fuertes, con los mismos callos que en la palma. Me valí de la firmeza de su agarre para bajar a la amplia losa del peldaño inferior y él me pegó contra la pared rocosa de la montaña aprovechando que era algo cóncava. Luego, se colocó a mi espalda. Ninguno de los dos dijo nada mientras me echaba la melena mojada hacia adelante para dejármela sobre un hombro. Tampoco cuando tiró de mí lentamente hacia atrás para meterme en el círculo de su calor. Me tensé al notar una punzada de dolor cuando su pecho firme entró en contacto con las heridas que las alas me habían dejado en la espalda. Aun así, el calor de su cuerpo no tardó en calmarme. Me rodeó los hombros por delante con un brazo y fue como si una franja de luz solar me iluminara la clavícula. Poco a poco, y con suma delicadeza, me pasó el otro brazo por el vientre, justo por debajo del jarrón que sujetaba.

—Tened cuidado de no derramar el agua —susurré como si no me estuviera tocando ya con el mayor cuidado del mundo.

Cuando me pegó todavía más contra su cuerpo con delicadeza, me dio la sensación de que lo hizo conteniendo el aliento. La crispación de mis músculos era todavía más evidente frente a su estabilidad. Notaba los perfiles y los valles de su pecho y de su vientre, así como la presión firme de sus muslos sobre la parte trasera de los míos. A cada segundo que pasaba, no podía evitar

sentirme cada vez más cohibida. Si yo estaba notando los detalles más íntimos de su silueta, estaba segura de que él también notaba los míos.

—Os sangra la espalda —me susurró al oído—. ¿Por qué no me habéis dicho que estabais herida?

—Teníamos cosas más importantes de las que ocuparnos —dije con la mirada clavada en la oscuridad—. Además, apenas me duele en comparación con lo del vínculo.

—No voy a poder curaros con la seda de la bata pegada a la piel.

Nos quedamos en esa posición, escuchando los aullidos del viento, hasta que mi cuerpo se convirtió en un espejo de su quietud. Theodore se recostó sobre la roca, yo me recosté sobre él y, por un brevísimo instante, me permití cerrar los ojos e imaginarme tumbada boca abajo al sol. Imaginé que sus rayos me empapaban la piel y los músculos y llegaban a lo más profundo de mi ser. Tenía la sensación de que el vínculo de sangre que se había hecho un hueco en mis entrañas resplandecía.

—¿Estáis lista?

La voz de Theodore me sobresaltó. Había dejado caer la cabeza sobre su hombro, con la barbilla levantada hacia las estrellas. Me incorporé de una sacudida.

—Sí.

Al intentar apartarme de él, me moví demasiado deprisa y la base del jarrón chocó con el brazo que me había pasado por la cintura. El agua se derramó por el borde y me empapó la parte delantera de la bata.

—¡Maldita sea! —exclamé.

Su humedad me transmitió una sensación extraña.

En la tina de mis aposentos, me había hecho cosquillas en la piel y se había filtrado por mi cuerpo hasta llegar al pulso siniestro y uniforme de mi pecho. Ahora el agua había despertado una tensión en ese mismo punto. Era como si algo estuviera a punto de romperse en mi interior, como si la fuente de mi poder se hubiera vuelto contradictoria.

Theodore me puso ambas manos en los hombros.

—¿Qué pasa?

Negué con la cabeza, pues no me apetecía hablar de lo que acababa de sentir, y retomé la marcha. La calidez que me había transmitido permitía que me fuera más fácil seguir descendiendo, aunque también me incomodaba: cada muestra de amabilidad, cada favor, era una deuda que tendría que pagar más adelante. Y ya le debía mucho.

Bajé los escalones con movimientos rápidos y ágiles, sin depender de la ayuda de nadie, mientras oía las pisadas de Theodore, que trataba de seguirme el ritmo a mi espalda. En cuanto llegamos a la altura del primer guardia variano agazapado en una curva, yo también me agaché a su lado. Theodore hizo lo propio junto a mí.

Habíamos llegado al patio de entrada, donde un amplio prado quedaba rodeado por un muro alto de piedra. En el otro extremo del prado se veían unos establos bien cuidados con dos antorchas encendidas a cada lado de la puerta de acceso, idénticas a las que había en el arco del patio. Las llamas luchaban por mantenerse encendidas y su luz bailaba por todo el claro. Había cuatro guardias hablando y riendo junto al portón, pero el azote del viento nos impedía oír lo que decían.

—¿Solo son cuatro? —susurré por encima del hombro del guardia.

—Sí, pero hay otros seis o siete junto al camino de la montaña —explicó señalando la oscuridad que se extendía entre dos imponentes riscos.

Allí las antorchas también iluminaban a un pequeño grupo de soldados, pero su luz era muy tenue y la armadura de los hombres de Nemea era del color de la noche, así que era imposible distinguir su número exacto.

Tomé aliento, pero no lo solté. Los nervios me estaban matando porque estaba volviendo a temblar, porque no sabía cómo íbamos a bajar de la montaña. Porque temía por Theodore y su seguridad.

—Tenemos que ponernos en marcha ya —dijo el guardia con impaciencia—. Manipulad con vuestro canto a los hombres del portón para que podamos reagruparnos con los demás.

Había hecho que sonara sencillo, pero de pronto se me antojaba una tarea imposible. No tenía la más mínima idea de cómo manejar mi poder. Era una masa de arcilla en las manos de una artista sin

experiencia. Si aquella noche había conseguido darle forma no había sido gracias a mis habilidades o a mis conocimientos. Bajé la vista para contemplar el jarrón lleno de agua salada. ¿Y si no era suficiente? ¿Y si el frío y el miedo me bloqueaban? Acabaríamos sufriendo un destino atroz, y todo porque yo había sido una cobarde, incapaz de enfrentarme a la muerte que yo misma me había ganado.

—Imogen. —Oír mi nombre en boca de Theodore acalló mis pensamientos. La luz lejana de las antorchas bailaba sobre su expresión angustiada—. Estaré justo detrás de vos.

Solo fui capaz de asentir. Me eché despacio el agua del jarrón sobre el pecho y los hombros. En cuanto la bata de seda verde oscuro y mi piel quedaron empapadas, noté la vibración de esa cuerda que me surcaba el pecho, pero llegó acompañada de la sensación fracturada y extraña de antes. Cerré los ojos y me esforcé por ignorarla. El corazón me latía a toda velocidad, la respiración se me aceleró y un primer torrente de poder untuoso se vertió por mis costillas. La presión de las alas pareció tensarme la piel ensangrentada de la espalda, pero impedí que se desplegaran con una desesperada orden mientras me centraba en entonar un canto. Entonces la oscuridad que vivía en mis entrañas trepó a mi garganta.

Me incorporé y bajé otro escalón, pero Theodore me agarró la mano antes de que pudiera seguir avanzando.

—Tened cuidado.

Nuestras miradas se cruzaron.

—Por supuesto, majestad.

Tuve que obligarme a apartarme de su lado, a dejar atrás a los guardias agazapados. Recorrí los últimos peldaños torcidos y, cuando entré en el claro, las piedrecitas que salpicaban el terreno se me clavaron en las plantas de los pies. Por otro lado, aunque ya no temblaba de frío, me sentía cada vez más extraña con cada paso que daba. Apreté los dientes para combatir el vacío nauseabundo que se me había abierto en el estómago y me detuve ante los guardias de Nemea justo antes de entrar en el círculo de luz que proyectaban las antorchas.

El primer soldado que reparó en mi presencia dio un respingo. Era el muchacho que me había obligado a entrar en mis aposentos unas horas antes, el de las cicatrices en la cara. Lo estudié con la cabeza ladeada. Parecía aún más joven sin el casco negro, pues tenía las mejillas regordetas y el pelo alborotado. Aunque hizo el ademán de desenvainar su espada, ni siquiera le dio tiempo a tocar la empuñadura.

Un canto silencioso salió disparado de mi garganta.

Su expresión cambió: se le abrieron los ojos como platos y las mejillas se le tornaron de un desagradable color rojo oscuro. El viento que soplaba en el claro amainó por completo y la luz de las antorchas se volvió más constante. El resto de los guardias cayeron presa de mi canto sin hacer el menor ruido. Los cuatro se asfixiaron y convulsionaron hasta derrumbarse uno a uno en una pila sin vida.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y una arcada me revolvió el estómago. No había sido mi intención matarlos.

Se oyó un grito cerca de la entrada al camino de la montaña; el resto de los guardias me habían visto. El miedo se adueñó de mí al comprobar que se reagrupaban y se acercaban con espadas, dagas y ballestas. Tras desear que la oscuridad me tragara para que sus flechas no pudieran alcanzarme, una ráfaga de viento apagó las antorchas. Caminé hacia ellos con la intención de recurrir a mi canto de nuevo, pero un dolor agudo afloró en mi vientre. Siseé y me llevé una mano a la zona sin dejar de avanzar en dirección a los guardias.

Aunque estaban lo bastante cerca como para que mi poder los obligara a detenerse, este no pareció surtir efecto. Pese a que los había atacado con mi canto, ninguno había flaqueado. Haciendo caso omiso de los acelerados latidos de mi corazón, entrecerré los ojos y la luz de la luna me permitió ver que tan solo los había ralentizado: se movían como si estuvieran bajo el agua. La dolorosa tensión que notaba en el vientre creció y creció, pero apreté los dientes, presa de la desesperación, para tratar de mantener a los guardias a raya.

—¡Imogen! —La voz angustiada de Theodore atravesó la oscuridad y me frenó en seco.

Los hombres de Nemea siguieron avanzando a un ritmo trabajoso pero imparable. Enseñaban los dientes, blandían sus espadas. Retrocedí con torpeza e intenté mantener las distancias con ellos, pero el dolor que me atenazaba se extendía por mi interior como la tinta en el agua. Caí sobre un costado con un golpe seco y oí el crujido de la gravilla bajo las botas de los guardias de Theodore al correr en mi ayuda. Un grito se abrió paso entre mis dientes apretados cuando reparé en que uno de los soldados de Nemea me había alcanzado. Arañé la tierra al intentar ponerme de rodillas, pero mi sufrimiento no dejaba de ralentizarme.

El estómago se me crispó como si estuviera a punto de vomitar, pero entonces sentí un calor abrasador en el muslo. El guardia que se cernía sobre mí me estaba clavando la espada lentamente en la cara exterior de la pierna. Notaba el frío de la hoja enterrándose en el músculo desgarrado.

Uno de los hombres de Theodore frenó con un resbalón justo al llegar a mi altura y levantó una lluvia de piedrecitas con las botas. Se movió tan deprisa que a mi atacante ni siquiera le dio tiempo a retirar el brazo extendido cuando hizo descender su espada en arco sobre él. Un repulsivo crujido húmedo rasgó el aire, seguido de un alarido gutural. Le había cortado el brazo limpiamente a la altura del codo. El miembro cercenado cayó sobre mi vientre y la sangre oscura me salpicó la bata húmeda. La mano sin vida todavía sostenía la espada con la que me había herido.

El resto de los guardias de Theodore nos alcanzaron y acabaron con sus oponentes sin ningún esfuerzo, pues todavía se movían más despacio de lo normal. Se oyó un coro de gruñidos y desgarros nauseabundos acompañado del chasquido de las espadas al impactar. Mientras los cadáveres caían al suelo, Theodore se acercó a mí y me ayudó a incorporarme.

El dolor que notaba en el estómago desapareció por completo.

—Estás bien. Estás a salvo —repitió para sus adentros mientras evaluaba mi situación pasándome las manos por el pelo, acunándome las mejillas frías y agarrándome por los hombros.

La preocupación le había marcado unos profundos surcos entre las cejas, negras como la tinta, y tenía el rostro perlado de sudor,

retorcido en una mueca aterrorizada. Me secó las lágrimas con sus dedos callosos antes de agacharse un poco y abrirme la bata para comprobar el estado de mi pierna.

—Mierda. —Me levantó en volandas para llevarme corriendo a los establos y, con los labios pegados a mi oído, añadió—: Te curaré. Ni siquiera te quedará cicatriz.

—Me importan un bledo las cicatrices —siseé ante su evidente mentira mientras me subía a un caballo y él se montaba detrás—. Vos centraos en sacarme de esta maldita montaña.

PARTE II

LA SUPERFICIE



9

Yo casi nunca soñaba.

Y cuando lo hacía, las imágenes eran delicadas, fragmentadas y borrosas. Era como si lo viera todo desde las alturas, a través de una capa de nubes.

En aquella ocasión, soñé con todo lujo de detalles.

Una mujer sin rostro flotaba en el mar; su cuerpo subía y bajaba con el vaivén de las olas. Estaba desnuda, no tenía pelo y de sus ojos solo quedaban las cuencas, vacías y abrasadas. Algo nadaba bajo ella en las profundidades, sin recibir la luz del sol. La criatura peinaba el agua como un enorme monstruo hambriento, con una desesperación implacable y agresiva. Tenía los ojos blancos y surcados de venas. Su piel era resbaladiza y estaba salpicada de parches putrefactos.

Aun así, su pulso era fuerte. Viajaba por el agua y por el aire. Era un palpitar, palpitar, palpitar rítmico y desesperado. *Anhelante*.

Al final, la criatura que acechaba a la mujer subió a la superficie complacida, pues sabía que a su presa se le escapaba la vida entre

los dedos y estaba ansiosa por darse un festín.

Justo antes de que la alcanzara, justo antes de que me despertara, caí en la cuenta de una cosa: yo era la mujer. Yo era el agua. Yo era el monstruo.



Al abrir los ojos, percibí una luz débil y ambarina. No me moví. No podía. Todavía tenía la sensación de estar flotando en el agua, pero sentía el cuerpo tan dolorido que ni siquiera pude proferir un quejido.

Giré la cabeza sobre la fresca almohada en la que estaba apoyada. Pese a la neblina de la somnolencia, conseguí apreciar los detalles más importantes de la amplia estancia en la que me encontraba. La luz de los candiles bellamente decorados que colgaban del techo iluminaba la oscuridad. Las paredes, las intrincadas enredaderas grabadas en los postes de la cama, el canapé, todo estaba bañado en oro. Entorné los ojos para tratar de distinguir a la persona que había en el otro extremo de la habitación. Era una figura esbelta, pero con la espalda ancha, el cabello oscuro y una mirada todavía más oscura si cabía.

Parpadeé y el rey de Varya cobró nitidez. Un mechón negro le caía sobre el ceño fruncido mientras rebuscaba dentro de una caja llena de frasquitos de cristal. Entonces recordé lo sucedido la noche anterior. Me vi derrumbándome en el patio de acceso a la fortaleza de Nemea por culpa de aquel dolor desconocido en el vientre. Vi al hombre que me había clavado su espada en la pierna con desgarradora lentitud. Vi a Theodore aferrándose a mí mientras cabalgábamos montaña abajo a lomos de un caballo robado. El zarandeo del viaje me había hecho perder la consciencia a intervalos, pero recordaba notar el calor de su poder extendiéndose por la herida de mi muslo y oír la suave cadencia de su voz mientras me pedía al oído que me mantuviera erguida, que no soltara la silla.

La cama daba tumbos, se mecía de un lado a otro y comprendí… que estábamos en un barco. Estaba en medio del mar; lo sentía en el cuerpo, a través de mi dolor, a través de la madera y el alquitrán que la sellaba.

—Lo hemos conseguido —dije con voz ronca. Luego, tomé aire y añadí—: Creo que voy a vomitar.

Agatha apareció a mi lado en un abrir y cerrar de ojos y me colocó una jofaina bajo la barbilla. Vacié el contenido de mi estómago en ella, tosí y me estremecí al sentir que el dolor se incrementaba. Theodore se acercó con la caja de medicinas y las náuseas remitieron.

—Es por el vínculo de sangre —explicó Agatha con tono precavido al pasarme una mano por la melena enredada—. Tarda un poco en asentarse.

—¿Cuánto tiempo es «un poco»? —pregunté llevándome una mano a la dolorida cabeza.

—Dos días —respondieron Agatha y Lachlan al mismo tiempo.

El comandante estaba sentado en el extremo más alejado de la mesa junto a la que Theodore se encontraba, afilando la hoja de una daga. Era la primera vez que lo veía con claridad: era un hombre enjuto pero imponente, con la espalda ancha, la piel canela y el cabello, entre castaño y dorado, cortado casi al ras. Tenía las comisuras de la boca ligeramente curvadas y un brillo travieso en la mirada.

—Si me hubieras contado que habías establecido un vínculo de sangre sagrado con el rey de Varya antes de enfrentarte a una horda de guardias armados, te habría avisado de que te encontrarías mal. —El rostro de Agatha estaba retorcido en una expresión molesta—. Te habría avisado de que tenéis que manteneros cerca el uno del otro hasta que el vínculo se asiente. En cambio, decidiste callártelo y casi consigues que te maten.

—Ya he aprendido la lección —gruñí—. La próxima vez que me vincule con un rey a la desesperada y huya de casa, me aseguraré de contarte primero hasta el último detalle de mi plan. Eso si no te pillo enfrascada en algún amorío, claro está.

Lachlan ahogó una risa y Agatha le lanzó una mirada asesina que debería haberlo fulminado en el acto.

—No te preocupes, que no va a volver a pasar —escupió dirigiéndose más al comandante que a mí.

La culpa me reconcomió por dentro al verla alejarse de la cama con las mejillas encendidas y notar la tensión que había entre ella y Lachlan. Me pregunté qué habría ocurrido durante el breve periodo que había pasado desde su reencuentro.

Traté de incorporarme, de encontrar una forma discreta de preguntarle a Agatha si algo iba mal, pero lo único que conseguí fue dejar escapar un quejido de dolor.

—No os mováis —me ordenó Theodore en voz baja y consternada —. Vais a hacer que se os vuelva a abrir la herida de la pierna. Todavía no está curada del todo.

Encontré su mirada gélida al otro lado de la estancia y me detuve. En nuestro descenso por el camino de la montaña, se había mostrado amable, atento. Había mantenido una mano pegada a mi espalda para darme calor. Su expresión podría haberse considerado compasiva cuando me había visto asustada. Sin embargo, ya no quedaba ni rastro de esa actitud. Ahora transmitía la cercanía y calidez de una estatua de mármol.

Un estruendo similar al de un trueno inundó el camarote.

—¿Qué ha sido eso?

—Son los cañones —intervino Lachlan sin levantar la mirada de la daga—. Los están poniendo a punto por si Nemea decide venir a por nosotros. Y es muy probable que lo haga porque, como bien sabéis, han asesinado a su capitán y han raptado a su protegida en mitad de la noche.

La expresión severa que le ensombrecía los ojos color avellana y el tono despectivo de su voz me dejaron más que claro que a Lachlan no le había causado muy buena impresión.

—De no haber estado tan al tanto de la situación —continuó, acompañando cada palabra con el roce de la hoja contra la piedra de afilar—, habría pensado que vuestra intención era aprovecharos de Theo. Siente debilidad por las damas en apuros.

Agatha se dejó caer en el canapé y apoyó la frente en la mano.

—Cierra el pico, Lach.

Theodore lo miró con una expresión amenazadora, pero su comandante se limitó a enarcar las cejas de modo conciliador. Volvió a deslizar la daga contra la piedra.

—¿Por qué habría de aprovecharme de él?

Imaginar a alguien tan implacable e imponente como el rey de Varya en el papel de víctima casi me resultaba cómico.

Lachlan me miró como si fuera tonta.

—Para convertiros en reina.

—¿En reina? —Lo observé estupefacta—. ¿Qué queréis…? No lo entiendo.

—La ceremonia del matrimonio en Seraf no tiene nada que ver con los vínculos de sangre, Lach —masculló Theodore con cierta tirantez—. Ella no lo sabía.

—¿Qué? —Mi mirada voló entre los tres—. ¿Estamos casados?

Theodore se frotó un ojo.

—Eso lo entiendo —dijo Lachlan con evidente irritación—. Pero *tú* sí que lo sabías y accediste a vincularte con ella de igual manera. Así que ahora, a ojos de los grandes dioses, te has casado con una novia fugitiva días antes de conocer a quien será tu prometida.

—¿Vuestra qué? —pregunté dedicándole a Theodore una mirada asesina; un inexplicable arrebato de celos me corrió por las venas como el veneno.

El rubor le coloreaba los pómulos. Un tenso mohín se había adueñado de sus labios carnosos. Mientras lo miraba, no lograba entender de dónde venía esa oleada de celos irracional y cegadora que sentía, ese impulso de defenderlo ante Lachlan.

—Le juré a su majestad que me encargaría de romper el vínculo. Iré a ver a la maga sibila en cuanto pisemos territorio variano.

El ambiente pareció enrarecerse; Agatha levantó la cabeza despacio y Lachlan dejó la daga sobre la mesa con un golpe ensordecedor.

—¿Vas a ir a ver a la maga sibila? —preguntó Agatha con un escalofrío—. ¿Para una escisión?

Se había quedado tan conmocionada que se me puso la piel de gallina.

—Así es.

—Majestad… —se atrevió a protestar mi amiga con voz débil.

—Esperad un momento —dijo el comandante alzando una mano. Miró a Theodore presa de la incredulidad, con la boca retorcida en una mueca tensa e iracunda—. ¿De verdad vas a mandarla a ver a la maga sibila sola? No serías capaz de hacer algo así. Lo más lógico sería romper el vínculo en palacio, donde podamos velar por vuestra seguridad.

El pecho de Theodore subía y bajaba cada vez más rápido, pero su expresión permaneció tan impasible como siempre.

—La escisión se llevará a cabo en la cabaña de la maga sibila.

—No. —Agatha se puso de pie tan deprisa que me estremecí. Adoptó la postura de una guerrera desaliñada, con los rizos negros sueltos y alborotados por el aire salado y el vestido sucio y desgarrado—. No lo permitiré.

Theodore la miró con los ojos entornados.

—Te estás extralimitando, Agatha.

—Pues entonces os ruego que me perdonéis, porque no pienso parar —replicó—. Por favor, majestad, no podéis enviarla allí.

—Agatha —intervino Lachlan, a quien se le suavizó el rostro por completo al ponerse a su lado.

Extendió una mano con vacilación para tocarla, pero ella se alejó.

—No —dijo con determinación, aunque lo miró suplicante—. No puede hacer eso. Díselo, Lachlan. Dile que no puede.

Le temblaba la voz como si estuviera a punto de echarse a llorar. Nunca la había visto así. Me habría gustado acercarme a ella, estrecharle la mano, pero, al tratar de incorporarme, me di cuenta de que estaba desnuda. Me cubrí con las sábanas hasta la barbilla dándoles un brusco tirón. Tenía un millón de preguntas, todo tipo de teorías espeluznantes acerca de la maga sibila y el ritual de escisión. Y todas cayeron como una dolorosa avalancha de piedras en mi estómago.

—Explicadme cuál es el problema —les pedí—. ¿Es que acaso es peligrosa?

Agatha me miró boquiabierta.

—¿Que si es peligrosa? —Se volvió hacia Theodore para encararse con él—. ¡Debería darte vergüenza! —Dado que él permaneció quieto, callado como un muerto, Agatha continuó hablando—: Cuando su padre exigió que Lachlan y yo rompiéramos nuestro vínculo, nos envió a ver a la maga sibila con solo una bolsa de comida y dos caballos. Estuve a punto de morir en esa maldita cabaña.

El recuerdo pareció drenarla de energía. Se le hundieron los hombros.

—La pócima que hay que tomar… —se le entrecortó la voz— hace que la sangre se te vuelva negra y obliga al cuerpo a expulsarla por la nariz, los ojos y la boca. El dolor que habéis sentido al establecer el vínculo no es nada comparado con lo que se siente al romperlo. Lachlan tuvo que estar días viendo cómo me desangraba en un camastro sucio sin poder hacer nada, sin la ayuda de un sanador. Por si fuera poco, la maga sibila se dedicó a reptar a nuestro alrededor, envuelta en su nube de humo pútrido.

Un silencio de lo más desagradable cayó entre nosotros.

—Pero yo no soy mi padre —dijo con tono seco y cansado. Hizo una pausa y respiró hondo—: Sé lo terrible que es la maga sibila. Por eso lady Imogen viajará acompañada de una escolta, además de uno de los sanadores de la corte.

—Os ruego que enviéis a un emisario para que recoja la pócima y la lleve de regreso a palacio. —Las lágrimas corrieron por las mejillas de Agatha—. Dejad que Imogen se enfrente a la escisión bajo vuestros cuidados. Sois el sanador más poderoso de todo Leucosia.

Theodore se puso tenso y bajó la vista a los frasquitos que había dejado sobre la mesa.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? —jadeó Agatha, que ahora lloraba más fuerte.

Yo tenía la sensación de estar hundiéndome. Como si el nuevo grillete que se había cerrado alrededor de mi cuello al arrodillarme ante el rey de Varya se estuviera apretando, dejándome sin aliento y tirando de mí hacia abajo.

Un destello de rabia iluminó la mirada de Lachlan.

—Theo, creo que…

—Marchaos los dos —dijo con tono autoritario. Esa orden descendió sobre nosotros como una espada sibilante—. Ahora mismo.

Agatha dio un paso atrás como si hubiera recibido una bofetada antes de girar sobre los talones y salir pisando fuerte del camarote. El comandante tardó un poco más en retirarse para condenar con la mirada a Theodore una última vez.

—No me esperaba esto de ti. Tú, más que nadie, deberías saber tomar mejores decisiones. En todos los aspectos.

Salió del camarote con paso abatido y cerró la puerta a su espalda.

Theodore guardó silencio, pellizcándose el puente de la nariz. Los segundos se hicieron eternos hasta que por fin cogió dos frasquitos de la mesa y se detuvo al lado de la cama. Le quitó el tapón a uno de ellos con los dientes y lo escupió al suelo.

—Bebeos esto.

Habría dado lo que fuera por estar de pie y vestida en vez de desnuda en la cama de un hombre que apenas conocía, pero me esforcé por infundirles a mis palabras todo el reproche del que fui capaz:

—Habéis sido muy cruel.

—No me ha quedado más remedio. —Me acercó más el frasquito —. Bebed.

La rabia estalló en mi interior. Me incorporé con torpeza para sentarme en la cama sin dejar de cubrirme con las sábanas, pero un dolor agudo me atravesó la pierna. Un líquido caliente me empapó la piel.

—No pienso beberme eso —dije ignorando la herida—. Me habéis engañado. ¿Por qué no me avisasteis de que podría morir al romper el vínculo?

Se pasó las manos por el cabello ondulado.

—Yo no os he engañado. No comprendéis la complejidad de… —Trató en vano de mantener la compostura—. Por el amor de los dioses, me habéis obligado a tomar una decisión imposible tras otra, a hacer cosas que jamás habría imaginado hacer y, aun así, me tratáis como si fuera el malo de esta historia.

—¡No os he obligado a hacer nada! Vos mismo accedisteis a ello.

—Pues yo creo que no me dejasteis otra opción cuando os colasteis en mis aposentos, empapada y con las alas extendidas… —Se interrumpió con un resoplido. Cuando volvió a bajar la vista hacia mí, esbozó una mueca de dolor—. Estáis sangrando. Os lo pediré una sola vez más. Tomaos esto y permitidme que os cure la pierna como es debido. Luego podremos gritarnos cuanto queramos.

La mancha carmesí se extendió por la sábana a toda velocidad, tan rápido como la irritación voló por mis venas. Clavé la vista en el frasquito que sostenía.

—¿Qué es? —pregunté entre dientes.

—Nepente —dijo sin una gota de emoción. Me sacaba de quicio que sonara tan tranquilo—. Aliviará vuestro dolor.

Aliviar el dolor era solo uno de los muchos efectos del nepente. También embotaba los sentidos. Nunca había tomado más de unas cuantas gotas mezcladas en el té, así que imaginaba que la cantidad que contenía el frasquito me sumiría en un estado de inconsciencia plagado de sueños durante al menos medio día. Me estremecí al pensarlo y negué con la cabeza.

—Nada de nepente. Curadme y ya está.

Theodore me miró como si estuviera loca, pero se arrodilló junto a la cama y esperó mientras yo luchaba contra las sábanas para sacar la pierna herida. Ese pequeñísimo movimiento me hizo gemir de dolor. Tenía el muslo abierto de par en par y lo único que había evitado que me desangrara era la delgada capa de piel que Theodore debía de haber tejido con su poder. Se había desgarrado con el movimiento que había hecho antes.

—Tomad. —Me dio el frasquito de nepente—. Os aseguro que cambiaréis de opinión.

Me agarró la rodilla con un gesto amable pero vacilante. Tragó saliva con fuerza y contempló mi muslo, expuesto hasta la curva de la cadera.

Al ver que no se movía, di un puñetazo sobre el colchón.

—¿A qué narices estáis esperando?

—¿Puedo tocaros? —preguntó después de abrir y cerrar la boca.

—Ya lo estáis haciendo.

—Es que es una zona comprometida —se excusó, pues la herida era tan grande que se curvaba hasta alcanzar la parte inferior de mi nalga.

—Por el amor de todos los dioses, sí. Tocadme sin miedo.

Intercambiamos una mirada cargada de tensión. Un torbellino de rabia, preocupación e irritación creció entre nosotros hasta que por fin me puso una mano en la cadera con una inesperada firmeza y yo ahogué una exclamación. No me había hecho daño, pero me sorprendió lo vehemente, frustrado y, de alguna manera, delicado que había sido su contacto. Dejé escapar una profunda exhalación cuando deslizó la mano por la curva de mi cadera hasta alcanzar uno de los extremos de la herida. La piel se me fue erizando a su paso.

—Última oportunidad —dijo encontrando mi mirada de nuevo.

—Hacedlo ya.

No vaciló. Tiró de la carne desgarrada y cerró la herida con un diestro movimiento antes de que un calor ardiente naciera en sus manos. Grité y me bebí el frasquito de nepente de un solo trago.

—El que avisa no es traidor —masculló.

Mientras su contacto se volvía más abrasador, cerré los ojos y dejé que el nepente se extendiera por mi cuerpo hasta no sentir nada salvo el poder de Theodore y la presión de sus dedos. Además de aplacar el dolor, también cortó las débiles ataduras que mantenían en pie mi irritación.

—Vendréis conmigo. —Mi voz sonó extraña. No había sido una pregunta, una orden o una súplica, sino algo intermedio, salpicado de nepente—. A ver a la maga sibila.

Dejó los dedos quietos.

—Ya os he dicho que no puedo.

—Por vuestra queridísima prometida —repliqué.

Su mirada perspicaz encontró la mía y temí haber dejado que mi tono de voz transmitiera ese estúpido deseo de protegerlo que me reconcomía, como si fuera una especie de tesoro que jamás podría poseer.

—Sí —dijo con cuidado—. En cuanto lleguemos a Varya, deberé reunirme de inmediato con la emperatriz de Obelia y su hija, que es

con quien he de casarme. —Me apretó la pierna y una nueva ola de calor se extendió por mi piel—. Por eso no puedo acompañaros.

Me apoyé sobre el codo para incorporarme y lo miré con mala cara.

—¿Y por qué no enviáis a un emisario?

—Porque tendréis que acudir a la maga sibila no solo para que rompa el vínculo, sino también para pedirle una profecía.

Lo observé con atención. Sus palabras, sus órdenes, todo lo que no me contaba era una inagotable fuente de preocupación. Y por mucho que me sintiera sobrepasada por la rabia y el miedo, no pude evitar fijarme en lo trágica y terriblemente atractivo que era. *Maldito nepente*.

—Una profecía —dije cerrando los ojos con fuerza. Me costaba articular las palabras—. ¿Es esa vuestra tercera condición?

—No exactamente.

—Entonces no tengo por qué obedeceros.

—Me temo que sí. —Se levantó dando un resoplido y se acercó a la jofaina limpia que había junto a la cama. Se lavó las manos y humedeció un trapo para limpiarme la sangre de la pierna ya curada —. Porque soy vuestro rey y me habéis jurado lealtad. Y también porque el favor de mi tercera condición depende de la profecía.

Lo agarré del antebrazo con un rápido movimiento y tiré de él hacia mí, hasta que quedó lo suficientemente cerca como para notar su aliento en la mejilla.

—Sé que no ha sido vuestro corazón noble y puro lo que os ha movido a vincularos conmigo. Lo habéis hecho porque necesitáis algo de mí. Algo, supongo, que nadie más puede daros. —El nepente enmarañaba mis palabras, pero vertí en ellas tanta acritud como pude—. No pienso seguir viviendo como hasta ahora, sujeta a los caprichos de un rey que solo desea aprovecharse de mí. Os he jurado lealtad, sí, pero no dudaré en daros la espalda y marcharme de vuestro reino con mi sangre corriendo todavía por vuestras venas. Como os atreváis a tratarme como a una sirvienta cualquiera de vuestro palacio, dejaré con gusto que el vínculo os consuma y que llegueis a viejo sumido en una espiral de infinita preocupación por mi bienestar. Si queréis que lo rompa, si queréis que le pida una

profecía a la maga sibila para que salde ese favor, entonces yo también voy a ponerle condiciones a nuestro acuerdo.

Theodore me contempló sin apenas parpadear. De hecho, ni siquiera parecía estar respirando. Su hermoso rostro permaneció inescrutable hasta que entreabrió los labios en una mueca casi imperceptible de indignación. Me pregunté si alguien le habría hablado alguna vez como yo acababa de hacer. Aunque habría esperado que me lo echara en cara, apartó su mirada estupefacta de la mía para posarla en mis labios durante un segundo. Dos. Tres. Entonces se zafó de mi agarre.

—Dejémoslo para más tarde —dijo con voz ronca y tensa—. Cuando se os pasen los efectos del nepente… —apretó los dientes—, negociaremos vuestros términos.

Se acercó a una cómoda empotrada en la pared y sacó una camisa blanca de dormir. Me la lanzó y cayó sobre mi pierna limpia y recién curada; de la herida solo quedaba una fina cicatriz plateada.

—Si por algún casual os despertáis antes que yo, no tenéis permitido salir de este camarote sin mí. Esa es la única regla que os pondré —dijo después de bajar la luz de los candiles uno a uno en actitud meditabunda.

Cerró la puerta y se guardó la llave en el bolsillo de los pantalones. Tenía la cabeza a punto de explotar, pero, entre la creciente neblina que me impedía pensar con claridad, vi que su robusta silueta se hacía un ovillo sobre el canapé.

—Buenas noches, lady Imogen.

Me puse la camisa con torpeza antes de recostarme sobre las almohadas y, cuando estaba a punto de caer en brazos del sueño, no pude evitar acordarme del monstruo de piel resbaladiza y garras afiladas que había visto antes. Tenía la sensación de que se retorcía en las profundidades de las aguas que surcábamos, de que los atronadores latidos de su corazón me retumbaban en los oídos. Sin embargo, a pesar de mis esfuerzos por seguir despierta, fui incapaz de mantener los ojos abiertos. Un gimoteo aterrorizado resonó en mi cabeza justo al rendirme por fin ante la oscuridad de la medianoche.



10

El vestido que me habían dejado a los pies de la cama estaba hecho de la seda color cobalto más delicada que había visto nunca. No era una prenda barata, eso desde luego, pero, a juzgar por su característico olor a guardado y las marcadas arrugas de la falda, llevaba un buen tiempo olvidado en el fondo de algún armario. Tracé las sinuosas puntadas del cuerpo del vestido con el dedo y el centelleo de la contundente gema del anillo de compromiso que todavía llevaba puesto me llamó la atención.

Tal vez pudiera venderla y conseguir oro para empezar una nueva vida. Para comprar ropa y una casita donde asentarme. Los vestidos olvidados y la caridad del rey no eran ilimitados, así que pronto tendría que dejar de depender de ellos.

Me apreté el vestido y me ceñí las tiras con un lazo por debajo del amplio escote. Me quedaba como un guante y, por algún motivo, no me sorprendió que Theodore hubiera encontrado una prenda que se ajustara perfectamente a mis medidas.

—Desgraciado —mascullé, aunque no habría sabido decir si mi intención era insultar a Theodore y su vestido perfecto o a Nemea y el instrumento de tortura que me había obligado a ponerme durante el banquete.

Sacudí la falda arrugada con un gesto frustrado y tragué una buena cantidad de saliva. Habían sido las náuseas las que me habían arrancado de las garras de mis pesadillas. Dado que la luz que entraba por el amplio ventanal había empezado a adoptar el rico color dorado del atardecer, imaginaba que había dormido durante unas cuantas horas.

Pasado un rato, solo conseguí darle un par de mordiscos a una manzana mientras daba vueltas por el camarote antes de verme obligada a vomitar en la jofaina lo poco que había comido. Luego, me acerqué a la puerta con la esperanza de que Theodore volviera y aliviara mi malestar. Me detuve junto al ventanal para admirar el vaivén del mar centelleante bajo el cielo cada vez más oscuro. La espuma aparecía y desaparecía en la cresta de las olas como un fantasma. Maravillada, me pregunté si debía adorar o temer aquella enorme masa de agua. Si debía verme reflejada en su mutabilidad, en su incesante y agitado apetito. Incluso en la imposibilidad de conocer lo que acechaba en sus profundidades.

Una nueva oleada de náuseas me sacó de mi ensimismamiento.

—Maldito mojigato —gruñí al limpiarme la boca—. Al menos sé que lo estará pasando igual de mal que yo dondequiera que esté.

Arrastré los pies hasta la puerta para volver a intentar abrirla, pero seguía cerrada con llave. Retiré la cortina de terciopelo verde que cubría el cristal de la puerta y me quedé de piedra.

Había una sirena representada allí, en la vidriera, sobrevolando unos acantilados y un navío cubierto de enredaderas. No era una imagen siniestra en absoluto. De hecho, parecía una figura… venerada. Tenía las alas negras desplegadas de par en par y unos rayos de cristal amarillo caían desde los cielos sobre su figura. A su lado, el barco quedaba eclipsado.

Me detuve un momento a contemplar la imagen con creciente curiosidad antes de aporrear la puerta.

—Dejadme salir.

Una sombra cruzó la vidriera y la puerta se abrió con un chasquido. Lachlan estaba al otro lado. Parecía más alto que antes y tenía la mandíbula cubierta de una oscura barba incipiente. Sus ojos marrones estaban salpicados de motas verdes y amarillas.

Resoplé con fastidio tras encontrar su mirada escrutadora.

—Yo tampoco me alegro de veros —dijo enarcando una ceja—, pero habrá que hacer de tripas corazón.

—¿Dónde está el rey?

—Trabajando.

Eché un vistazo por encima del hombro al escritorio abarrotado de papeles que había pegado a la pared opuesta a la cama, así como a la mesa, larga y pulida. Sobre ella habían dejado dos bandejas, correspondientes al desayuno y a la comida que no había podido tomar por estar dormida.

—¿Por qué no está trabajando aquí?

—A Theo le gusta tener intimidad. —Se encogió de un solo hombro.

—Por favor, estoy harta de encontrarme mal. Os ruego que vayáis a buscarlo.

La expresión hermética e implacable con la que me miró me dejó muy claro que no pensaba hacer nada.

—Espero que haya echado hasta la primera papilla sobre el papeleo —le espeté, movida por la rabia—. Está bien. Traedme a Agatha entonces. ¿Dónde está?

La actitud de Lachlan cambió por completo al oír el nombre de mi amiga; dejó caer los hombros y soltó una larga exhalación.

—Se ha encerrado en su camarote.

—¿Qué le habéis hecho? —pregunté fulminándolo con la mirada.

—Parecéis estar muy segura de que no ha sido cosa vuestra. Os recuerdo que le habéis quitado la vida a un hombre, que casi conseguís que os maten y que habéis raptado a un rey. —Enumeró mis pecados con los dedos.

Nos miramos con expresión molesta por un momento.

—Está bien. —Me crucé de brazos con firmeza—. Admitiré mi parte de culpa si vos me explicáis qué demonios está pasando entre vosotros dos.

—No pasa nada.

—Mentiroso.

Justo en ese momento, el estómago me dio otro vuelco y tuve que correr a la jofaina para vomitar y vomitar hasta que me dolieron tanto las costillas que acabé gimiendo de dolor. Mientras me limpiaba la boca con un paño, oí que Lachlan cerraba la puerta con llave.

Luego, se dejó caer sobre el canapé y puso los pies en alto.

—No miento. No hay nada entre nosotros, pese a lo mucho que me gustaría poder decir lo contrario.

—Pero anoche está claro que, como mínimo, os besasteis.

—Así es. —Se masajeó las sienes como si le doliera la cabeza—. Pero también me gritó por escribirle cartas a menudo, aunque ella siempre responde. Según parece, no le estoy permitiendo «pasar página» porque «ya no somos compatibles». Pero anoche a mí me pareció que encajábamos como las piezas de un puñetero rompecabezas, así que no sé qué narices hacer con esa información.

—Entonces creo que la culpa es tanto mía como vuestra —dije antes de ahogar otra arcada cubriéndome la boca con el puño.

Lachlan ahogó una carcajada y me ofreció una mirada compasiva.

—Ya casi habéis superado el primer día del vínculo. Solo os queda uno más.

—No me considero una mala persona —rebusqué en la caja de donde Theodore había sacado el nepente para ver si encontraba alguna especie de tónico que me aliviara el mareo—, pero espero que el rey esté hecho un ovillo allí donde esté, retorciéndose de dolor.

—Mentirosa. Sé de buena tinta que los dos estáis muertos de preocupación por el otro y que el único motivo por el que Theo no ha vuelto aquí corriendo es porque el contrato que está revisando lo tiene más enganchado por el pescuezo que vos.

Un coro de tintineos acompañó mis movimientos a medida que sacaba un frasquito tras otro para leer las etiquetas.

—¡Un contrato! Por el amor de los dioses, yo pensaba que estaría planeando alguna operación militar o encargándose de algún tema confidencial. ¿Por qué no puede revisarlo aquí entonces?

—Es un contrato prematrimonial.

—¿Y a mí qué me importa? —repuse, verde de celos, cerrando el puño en torno al frasquito que sostenía.

—Vos diréis —dijo con una sonrisilla.

—Sí, me importa —admití alborozada tras una larga pausa—, pero no entiendo por qué.

—Es por el vínculo de sangre. —Clavó la vista en el techo en actitud pensativa—. Os hace creer que no hay ninguna otra persona capaz de cuidar de él o de asegurar su bienestar que vos. La sola idea de verlo casarse con otra persona os volverá loca.

—¿Quién en su sano juicio querría establecer un vínculo así? —Me llevé una mano al esternón al sentir otra punzada en el estómago y recé para que se aplacara pronto—. No se me ocurre un acuerdo peor que este. Me siento como si me estuvieran aporreando el vientre una y otra y otra vez… hasta hacerme vomitar.

Lachlan se puso de pie y se acercó a un armarito escondido en la pared, decorada con adornos dorados, para sacar un decantador de cristal y servirse un generoso vaso de licor color miel.

—Bueno, está bastante bien cuando amas a la otra persona. Incluso cuando simplemente toleráis respirar el mismo aire. —Se le iluminó el rostro, aunque no parecía tener nada que ver con los recuerdos de su pasado. Era una expresión traviesa, carismática e irritante a partes iguales que me ayudó a entender la lucha interna que despertaba en Agatha. Sostuvo el vaso en alto como si fuera a brindar—. Es una pena que no sea vuestro caso.

—Y vos estáis encantado, ¿no?

—No. —Volvió a tumbarse en el canapé—. Me hace cierta gracia. Theodore es un santurrón y lleva años sin saltarse una sola norma. Me divierte verlo sudar un poco la gota gorda. —Me lanzó una mirada cargada de significado—. Pese a las repercusiones que pueda acarrearle.

—Entiendo.

Me di por vencida y dejé de buscar un tónico que me aliviara las náuseas, pues casi todos los frasquitos contenían nepente entre sus ingredientes y no me apetecía volver a soñar. Me dirigí al armarito de los licores.

Lachlan me echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Estáis segura de que es buena idea?

—Con algo de suerte, mitigará un poco la preocupación —dije sirviéndome una bebida.

—U os revolverá más el estómago.

—Eso es imposible. —Di un largo trago y encontré su mirada—. Habéis dicho que el rey lleva «años» sin saltarse las normas. ¿Es que acaso antes era distinto?

—Ah, no. —Dejó escapar una carcajada afectuosa y despreocupada y no pude evitar sonreír. Me caía bien. Me gustaba para Agatha—. No pienso contaros nada sobre su vida privada.

Rodeé el canapé y me senté en la mesita baja que había ante él.

—Me encargaré de hablarle bien de vos a Agatha. —Se detuvo y sus ojos color avellana se llenaron de interés, así que seguí hablando. Estaba demasiado desesperada como para morderme la lengua—: Por favor, no consigo encontrarle ni un solo punto flaco. No voy a poder fiarme de él si no descubro algo, cualquier cosa, que contrarreste esa fachada suya tan perfecta. Me saca de quicio.

Lachlan se volvió a reclinar y me estudió por encima del borde de su vaso mientras daba golpecitos en el cristal.

—Muy bien.

—¿En serio? ¿Estáis dispuesto a ayudarme?

—Sí. No parece que seáis consciente de lo mucho que lo habéis desestabilizado, pero me interesa que le habléis bien de mí a Agatha.

Cuadré los hombros y lo miré a los ojos sin vacilar.

—Estáis convencido de que lo obligué a aceptar el vínculo, ¿no? Creéis que lo estoy manipulando.

—Me dijo que os subisteis a su cama en mitad de la noche estando semidesnuda —dijo con un encogimiento de hombros—. Como mínimo, diría que fuisteis de lo más persuasiva. —Le lancé una mirada fulminante y él sonrió en señal de derrota—. Está bien… Creo de corazón que Theo accedió voluntariamente a vincularse con vos, pero tened muy presente que no pienso tolerar que le hagáis daño. Es como un hermano para mí, así que quedáis advertida.

Dejó volar la vista por el camarote como si estuviera decidiendo qué contarme y entonces reparó en el vestido arrugado que llevaba puesto.

—Ya sé. —Apoyó los codos en las rodillas y yo lo imité—. Al poco de ascender al trono, hará unos seis años, Theo tomó la costumbre de salir a navegar con este barco en travesías del placer. Se podría decir que causó cierto escándalo. Estuvo haciéndolo durante un par de años. Partía al atardecer con un puñado de mujeres bellas, su mejor vino y unos cuantos hombres de la corte y no regresaba hasta el amanecer. —Señaló el vestido azul—. De ahí es de donde salió vuestro atuendo. Alguna pobre desgraciada se lo dejó en el barco, aunque no me preguntéis si volvió a tierra vestida o desnuda, porque no lo sé.

Bajé la vista para contemplar la seda azul con olor a rancio y la volví a levantar para mirar a Lachlan.

—¿Cómo que «causó cierto escándalo»? ¿Eso es todo? Eso no es un acto depravado o una muestra de repugnante inmoralidad. ¿Cuántos años tenía por aquel entonces? ¿Diecinueve? ¿Veinte? Ese es un comportamiento completamente normal en un rey joven. ¿Qué demonios voy a hacer con esa información?

Lachlan sonrió de oreja a oreja.

—A él lo atormenta. Lo considera una deshonra. Está convencido de que fue bochornoso por su parte derrochar los recursos de la Corona de esa manera y lleva años intentando enmendarse y limpiar su imagen ante su canciller. Por lo mucho que se flagela con ello, cualquiera diría que mató a un hombre inocente con sus propias manos.

—Se desvive por cumplir con su deber —dije tras dar otro trago.

—Exacto —coincidió él agachando la cabeza—. Ahora decidle a Agatha que no he dejado de pensar en ella desde la última vez que la vi y que, si me hubiera dejado, habría viajado hasta Seraf sin pensármelo dos veces para sacarla de allí.

—¿Os dijo que no fuerais a buscarla?

Asintió.

—Sospecho que tuvo algo que ver con vos, pero sí.

—Vaya. —Su acusación me sacudió, al igual que el ligero rencor que empapaba sus palabras. Ladeé la cabeza con curiosidad—. Pero ¿es verdad que no habéis dejado de pensar en ella en casi veinte años?

Se acabó el resto del licor y frunció los labios.

—He tenido varios amantes en este tiempo. —Para mi sorpresa, dejó a un lado el tono desenfadado que había mantenido hasta el momento—. Hombres, mujeres, personas inteligentes y atractivas que se merecían algo mejor de lo que yo podía ofrecerles. Sin embargo, una sola carta de Agatha me hace sentir más vivo, más lleno de esperanza, calma y júbilo que las caricias de cualquiera de ellos.

Esbozó una sonrisa sincera que, a su vez, me dibujó a mí una sonrisa torcida en los labios.

—Se lo diré.

—No, por favor. —Negó con la cabeza—. Decidle lo otro.

—Se lo contaré con mis palabras… y me saltaré la parte de los amantes.

Tras un momento de vacilación, se rascó la barba incipiente del mentón y asintió. Luego, hizo una pausa.

—Lleváis un rato sin vomitar.

Estudié el vaso, que sostenía con actitud escéptica pero esperanzada por haber encontrado una cura, y entonces Theodore abrió la puerta del camarote de un bandazo.

Erguí la espalda. Estaba pálido y todavía tenía unos profundos surcos de malestar marcados en el ceño. Se detuvo justo en el umbral, cargando con un grueso portafolio de cuero lleno de papeles. Nuestras miradas se encontraron, pero dejó caer la suya para admirar el vestido que llevaba.

—Os queda bien —dijo con un tono extrañamente inexpresivo.

—Sí, ¿os gusta? —Agité la falda sobre mi regazo y, en voz más animada de la cuenta, añadí—: Es una suerte que lo guardarais en este barco durante tantos años.

Theodore entornó los ojos y nos miró alternativamente mientras un repentino rubor se extendía por sus mejillas.

—¿Cómo decís?

—Buena suerte —susurró su comandante con la expresión desencajada ante la agresividad de su tono. Se puso de pie y corrió hacia la puerta abierta—. Si me permitís un consejo, os animo a que os abracéis para aliviar el malestar. —Trató de ponerse serio, pero no logró disimular lo divertida que le resultaba la situación—. El vínculo siempre agradece un poco de cercanía, sobre todo mientras se asienta.

Cerró la puerta antes de que yo tuviera oportunidad de lanzarle el vaso, así que lo dejé sobre la mesa. Me sentía algo culpable por haber avergonzado a Theodore, pero tal vez pudiera resarcirme con algo de palabrería. Encontré su mirada con la cabeza bien alta pese a que me bamboleé al ponerme de pie por haber bebido con el estómago vacío. De todas maneras, sospechaba que el mundo parecería dar vueltas incluso aunque no hubiera bebido nada. El rey de Varya ni siquiera era consciente de ello, pero esa era una de sus grandes habilidades. Acaparaba todo el aire de cualquier estancia y hacía que el suelo bajo mis pies prácticamente se inclinara hacia él. Sentía cierta incomodidad al mirarlo, al enfrentarme a su belleza y a su autoridad inflexible. Me daban ganas de salir huyendo.

Pero, como huir no era una opción, sonreí de oreja a oreja y señalé el portafolio con la barbilla.

—¿Qué es eso? ¿Es que acaso vais a necesitar que firme algún documento oficial una vez que me digáis cuál es vuestra tercera condición?

—No es mala idea, pero no —replicó con un gruñido. Un mechón oscuro le cayó sobre la frente cuando bajó la vista—. Este es el contrato en el que la emperatriz de Obelia enumera los requisitos que tendré que cumplir para casarme con su hija.

—Ah.

Rodeé el canapé para acercarme a él con una sonrisa tenue en los labios. La tensión que el vínculo ejercía en mi estómago remitió y me permitió suspirar aliviada. Theodore me dedicó una mirada tan intensa que me dejó desarmada.

—¿Estáis… emocionado por conocer a vuestra prometida? —pregunté, aunque me arrepentí de inmediato.

—La verdad es que no —dijo en voz baja y cautelosa tras reflexionar por un momento—. Pero tampoco es necesario que lo esté. La unión será ventajosa para ambos reinos y a mí me permitirá cumplir con mi deber como rey.

Lo miré estupefacta.

—¿Y si es una persona horrible?

Se encogió de hombros como si ni siquiera hubiera contemplado esa posibilidad. Una parte de mí envidiaba la facilidad con la que dejaba sus propios deseos a un lado, pero otra sentía lástima por él.

—Espero que al menos hayáis visto algún retrato suyo.

—Sí.

Esperé en vano a que dijera algo más, aunque no tardé en perder la sonrisa.

—Bueno…, si por cualquier motivo decidís eludir vuestras responsabilidades —traté de sonar despreocupada pese a las garras que me arañaban el interior del pecho con desesperación—, tal vez yo pueda daros algunos consejos en caso de que queráis deshaceros de vuestra prometida.

Theodore negó con la cabeza y se alejó para dejar los documentos del contrato sobre el escritorio, pero lo hizo con una sonrisa. Una sonrisa amplia y genuina que le marcó un hoyuelo en la mejilla y un abanico de arruguitas en la comisura de los ojos. Tenía los dientes blancos y derechos y me descubrí admirándolo como una niñita atolondrada.

—¿Tan extraña os parece la idea de sentir satisfacción al cumplir con vuestro deber? —preguntó mientras metía el portafolio en una caja de madera pulida y la cerraba con una llave plateada—. No necesito que mi esposa sea hermosa o encantadora. Tampoco tenemos por qué ser amigos. Nada de eso beneficiará a mi reino.

—¿Y vuestro reino y vos sois uno? ¿Es que no hay nada que solo vos necesitéis?

Se apoyó contra el borde del escritorio y se cruzó de brazos para mirarme con una de esas expresiones indescifrables tan propias de él.

—¿Como qué, mi señora?

—Como…

Como la pasión, la diversión o una mano amiga. No tuve el valor de decirlo en voz alta. Me costaba pensar con claridad cuando me dedicaba toda su atención. Me esforcé por recomponerme meneando la cabeza y cerrando los puños en torno a mi falda arrugada.

—No habéis llegado a contestarme —susurré—. ¿Os gusta el vestido?

Retorció los labios en una mueca carente de humor y me miró de arriba abajo muy muy despacio.

Contuve el aliento mientras sus ojos verdes recorrían cada centímetro de mi cuerpo.

—Estáis preciosa —concluyó con voz ronca y llena de admiración pese a que se las había arreglado para que no sonara como un cumplido.

Me mordí el interior de la mejilla, molesta por lo aturdida que me hacía sentir.

—No sé si habláis en serio o no.

—Yo siempre hablo en serio. Lo que os pasa es que no sabéis leer entre líneas. —Descruzó los brazos y se agarró al borde del escritorio —. Sois preciosa. Encantadora. Y, en otras circunstancias, habría estado encantado de compartir una cena con vos mientras disfruto de vuestro ingenio. Sin embargo, vuestra belleza y encanto son como moscardones que revolotean a mi alrededor y me nublan la vista. Vuestras cualidades no surten efecto conmigo porque vuestro propósito y vuestro poder eclipsan todo lo demás.

El silencio se retorció entre nosotros como un reflejo de mis entrañas. Permanecí totalmente inmóvil; me negaba a darle la satisfacción de verme perder la confianza, de convertirme en una molestia cuando era él quien me sacaba de quicio a mí con sus aires de superioridad.

—Mi propósito y mi poder —repetí en tono glacial—. ¿Tendríais a bien explicármelos?

Una chispa de emoción cruzó su rostro por una vez, pero fui incapaz de identificarla. Era de lo más frustrante. Se puso tenso sin molestarse en ocultarlo y se tomó un segundo para respirar hondo y soltar el aire poco a poco.

—Vuestro propósito, el motivo por el que he accedido a vincularme con vos, es que me ayudéis a dar con la deidad del rey Nemea para acabar con ella. Vuestro poder me lleva a pensar que seréis capaz de rastrearla. Ese canto silencioso del que hacéis gala es un don divino. Las sirenas normales no son capaces de hacer algo así.

Me quedé estupefacta mientras la sangre me tronaba en los oídos.

—Un don divino… —Me obligué a respirar con normalidad a pesar de que la cabeza me daba vueltas—. No. No estaréis… Es imposible…

—Sospecho que sois la hija de la gran diosa Ligea. —De pronto, el tono inexpresivo que había estado utilizando quedó reemplazado por uno tranquilizador, como si hablara con una criatura asustada que estuviera a punto de atacarlo.

Mi mente se puso a trabajar a toda velocidad, atropelladamente. Theodore me había dicho que me conocía. Habían dejado el rostro de la estatua de la gran diosa Ligea que había en la cámara de los rituales de Nemea reducido a escombros. Me flaquearon las rodillas y tuve que apoyarme en el respaldo del canapé.

Ya le había dado mi palabra a Theodore y ahora me veía obligada a cumplirla. Lo más seguro era que muriese en el intento.

—Es imposible —protesté.

Aunque el malestar del vínculo ya no me molestaba, todavía sentía náuseas.

—Sois idéntica a ella.

Negué con la cabeza.

—Por eso… por eso me miráis de esa forma, ¿no?

Necesitaba tomar aire fresco. Necesitaba moverme. Corrí hacia la puerta con las rodillas flojas y salí a cubierta. Había marineros por todas partes.

Me abrí paso entre la tripulación, acompañada del golpeteo que hacían mis propios pies sobre las tablas mojadas del suelo. El cielo había adquirido un ardiente color rojizo; el viento salado me azotaba las mejillas y la bruma marina caía sobre mí como una delicada lluvia

que me encendía la piel y se me quedaba adherida a la seda del vestido prestado. Crucé el barco de proa a popa sin detenerme.

—¡Que todo el mundo baje a la bodega! ¡Ya!

Solo oí el ruido de las botas de los trabajadores al obedecer. El capitán del barco repitió la orden del rey y azuzó a los marineros para que se movieran más deprisa. Sin embargo, no tuve oportunidad de verlos marchar. Asomé medio cuerpo por la borda sin apartar la vista del mar. Me ardían los ojos. Aunque el agua me aterraba, aunque temía pensar en el monstruo en que me convertiría, prefería sumergirme en sus aterradores misterios antes que enfrentarme a lo que Theodore acababa de asegurar con total convicción.

—Lady Imogen… —Se acercó a mí con tranquilidad.

Me di la vuelta.

—Sois un cerdo. Una rata presuntuosa… Todo esto no es más que una estratagema para tenerme bajo control, para aprovecharos de mí.

El viento se enredó como unos dedos en su cabello y tironeó de su camisa negra.

—No. Por eso necesitáis la profecía de la maga —dijo con voz suave e impasible—. Ella os contará la verdad.

—¿Y a vos qué os importa que me lo crea o no? —Apreté los puños en torno al vestido, que había quedado empapado—. Para vuestra información…, no tengo ni la menor idea de cómo controlar este poder. ¿Por qué no me obligáis a usarlo sin más? ¿Qué importa que la profecía os dé la razón o no?

Me miró con amargura.

—No tengo intención de obligaros a…

—Vaya, qué detalle. Gracias, majestad. —Solté una carcajada llena de rabia—. Lo que queréis es que acceda voluntariamente a embarcarme en una cacería mortal porque es mi deber divino. —Había perdido el control de mis emociones; notaba la ira corriéndome por las venas—. ¿Acaso existe algo más gratificante que completar con éxito una tarea como esa? ¿Quién no querría morir como un héroe al servicio de su rey? No tengo el más mínimo interés en ser como vos —le apunté con un dedo al pecho—, en

dejarme la piel por los demás y tratarlo como si fuera un acto de nobleza.

Se había quedado de piedra, con los ojos clavados en los míos. Lo único que se oía era el azote del vIento contra las velas. El choque de las olas contra el casco del barco. Volví a sentir esa vibración tan característica en el pecho, en lo más profundo de mis entrañas, y deseé poder cortarla de raíz. Theodore y yo nos quedamos el uno frente al otro, separados por un abismo que no sabía cómo sortear.

Ni siquiera me molesté en tratar de contener las lágrimas cuando empezaron a correrme por las mejillas. Theodore parecía… estupefacto. Indefenso. Parpadeó muchas veces; abrió y cerró la boca mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

—¿Qué demonios os pasa? —pregunté sin dejar de llorar.

—No… no sé qué hacer con vos —respondió negando con la cabeza.

Me aparté de las mejillas húmedas el pelo alborotado por el viento.

—Sí que lo sabéis. Vais a condenarme a muerte…

—Parad. No. —Se cubrió el rostro con las manos durante un momento—. Me refiero a este momento. No sé cómo… lidiar… con vuestra reacción.

Desvié la mirada hacia el horizonte, donde el sol rojizo continuaba su descenso. Traté de recuperar el control de mis facciones, de respirar con normalidad. Al notar que el barco cabeceaba y se bamboleaba, incluso yo fui consciente de que la tripulación tendría que regresar pronto a sus puestos para mantener el rumbo. Tomé una última bocanada de aire salado.

—Solo falta un día para que el vínculo se asiente y podamos recuperar nuestro espacio —dije sin apartar la vista de los últimos rayos de sol.

Tampoco me digné a mirarlo cuando decidí regresar al camarote. Pero me agarró de la muñeca. Contemplé su mano con mala cara y mis ojos se encontraron con los suyos.

Tenía una expresión intensa e imposible de descifrar.

—Un abrazo —dijo.

—¿Qué?

Tiró de mí para acercarme a él.

—Lachlan ha dicho que un gesto cercano, un abrazo, aliviaría el malestar.

De no haber sido por la total seriedad de su tono y el rubor que le empezaba a asomar por el cuello de la camisa, habría pensado que me estaba tomando el pelo. De no haber sido porque tenía la sensación de que mi pecho estaba cediendo ante la presión, me habría reído de lo ridículo que sonaba.

—Pero me odiáis.

Negué confundida con la cabeza y Theodore frunció el ceño, preso del mismo desconcierto.

—Yo no…

—Antes habéis dicho que soy como un moscardón.

—Imogen… —Cerró los dedos un poco más en torno a mi muñeca y se me entrecortó la respiración—. Ahora lo único que quiero es encontrar una manera de aliviar vuestro malestar. —Me vi abrumada por su voz, que era todo calidez—. ¿Lo tomáis o lo dejáis?

Pensé en nuestra huida de Seraf, en la forma en que me había abrazado para que dejara de tiritar, en cómo el vínculo había iluminado mis entrañas. Pensé en el contorno de su cuerpo, en el palpitar de sus latidos contra la espalda. Se me ponía la piel de gallina solo con recordarlo.

Siempre había deseado cosas que no me convenían y sospechaba que seguiría siendo así hasta el fin de mis días. Sabía bien que no solo estaba hecha de carne y hueso, sangre y agua de mar, sino también de deseo, así que de nada me serviría tratar de extirparlo o purgarlo como uno de los cuatro humores. Sin embargo, en ese caso, con ese hombre en concreto, podía y debía reprimir lo que sentía para no ponerme en evidencia.

—No quiero un abrazo —susurré y, cuando Theodore me soltó, el frío se adueñó de mi muñeca.

Volví a cruzar la cubierta con la cabeza bien alta y el rey pisándome los talones. Sentía un vacío, una desesperanza que me reconcomía las entrañas, pero me esforcé en calmarme pensando en lo único que tenía por seguro: dejarme llevar por mis deseos nunca me había traído nada bueno.



II

Un día y medio después, me aferraba a la barandilla del barco, que surcaba las aguas de una atestada bahía en dirección al puerto de Panos. No veía la hora de pisar tierra firme. De dormir tranquila y sin sueños, sin que las olas despiadadas me bambolearan durante la noche. Y, por si haber caído presa del malestar después de enfrentarme a Theodore no fuera poco, todavía notaba esa maldita vibración en el pecho.

Agatha estaba a mi lado con una expresión preocupada grabada en el rostro, mientras que Theodore permanecía a un par de pasos de distancia, caminando de un lado para otro. Casi podía sentir en qué dirección se movía: de proa a popa y media vuelta.

El vínculo de sangre todavía no se había asentado.

—Creo que algo va mal —dijo Agatha, que se acercó a mí para que Theodore no la oyera—. El malestar ya debería haber cesado.

Contemplé la superficie del agua con mala cara. Era tan cristalina que alcanzaba a ver el fondo de arena blanca, salpicada de coloridos

arrecifes de coral. Los bancos de peces se movían de aquí para allá como flechas plateadas.

—No hay manera de saberlo. —Traté de disimular lo preocupada que estaba—. Ni siquiera han pasado tres días.

Agatha apretó los dientes y se limitó a lanzarme una mirada incisiva.

—Y te recuerdo que se debería haber asentado en dos.

—Ha pasado mucho tiempo desde que te vinculaste con Lachlan. A lo mejor te estás confundiendo.

—Fueron dos días —insistió, aunque se detuvo a reflexionar—. Pensándolo bien, nuestro vínculo fue distinto al vuestro. No pasamos ni un solo segundo separados durante aquellos dos días. Compartimos… —Me echó un vistazo de reojo, pero enseguida bajó los ojos—. Compartimos lecho a menudo.

—¿Que compartisteis lecho? —Comprendí lo que quería decir un instante después e hice una mueca—. Ay, dioses benditos. Dejémoslo en que el problema está siendo no compartir lecho entonces.

—Podríais…

Agatha le lanzó una mirada a Theodore por encima del hombro antes de volver a prestarme atención a mí y arquear las cejas, en actitud sugerente, de tal manera que quedaron ocultas bajo sus espesos rizos.

—No, no podríamos —resoplé—. Está mucho más interesado en mandarme a que me torturen con un ritual de escisión que en llevarme a la cama.

—En cualquier caso, no creo que el malestar dure para siempre. —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Y dudo que se niegue a acostarse contigo si se lo propones.

—¿Pero tú te estás oyendo? —Una ráfaga de viento salado se alzó de la superficie del mar y me revolvió la melena—. Además, me apostaría un brazo a que se negaría en redondo. Para él no soy más que una carga.

—Pues yo no creo que te viera como una molestia en esa situación —dijo encogiendo los hombros.

Era ridículo. Theodore y yo apenas habíamos intercambiado un par de palabras desde que me dijo lo que tendría que hacer. Desde que me confesó que creía que era la descendiente de una de las grandes diosas. Aquella teoría también era ridícula. Yo sabía muy bien de dónde venía. Era una huérfana de alta cuna y Nemea me había adoptado para quedarse con el oro de mi familia. Mi historia no tenía mayor misterio. Aun así, Theodore había conseguido que dudara de lo que tan seguro había tenido hasta ese momento. Me pasé el pulgar con nerviosismo por las cicatrices que se me acumulaban en la palma.

—¿Crees que tendrá razón? —le pregunté a Agatha. Ambas nos apoyamos en la barandilla y recosté el hombro contra el suyo—. ¿Mi poder es el mismo que el de la gran diosa Ligea?

Dejó vagar la vista por el agua y por las diminutas construcciones de piedra blanca que se amontonaban en torno a los muelles y salpicaban las amplias colinas verdes de Varya.

—Fue la última de los grandes dioses en dejarnos, pero yo no llegué a conocerla —dijo negando con la cabeza—. Aunque me hablaron de su poder en incontables ocasiones. Los marineros solían decir que el mar los llamaba, pero que era el poder de Ligea el que sentían en los huesos. Que era su canto silencioso el que inundaba sus oídos. Podría haber acabado con ellos sin mover un dedo. En sus oraciones, los marineros le pedían que llenara las redes de peces, que calmara las aguas para poder salir a navegar. Ella respondía a sus plegarias cuando lo consideraba oportuno.

Se me formó un nudo en la garganta.

—Pero yo no puedo hacer esas cosas.

—No. Puede que no… todavía. —En su mirada brillaba una chispa de esperanza—. Cada poder es un mundo, pero, para los descendientes más diestros de los dioses, hacer uso de sus dones es tan fácil como respirar. Yo tengo que cantar para usar mi poder, pero tú no. —Miró a Theodore—. Y el rey… no necesita estar en contacto con las heridas para curarlas ni con las plantas para hacerlas florecer.

Eso último me llamó la atención.

—¿Cómo has dicho?

—¿Eh? —Agatha se sorprendió ante mi reacción.

—El rey no me ha curado ni una sola vez sin tocarme.

—Ah, bueno. —Esbozó una sonrisa cargada de significado—. No alcanzo a imaginar por qué.

Cerré los ojos y el viento volvió a soplar. La bruma marina me azotó la nariz y, aunque debería haberme tranquilizado, no hizo sino avivar la incómoda vibración que notaba en el pecho. Miré a Theodore con mala cara por encima del hombro. Estaba a unos diez pasos de nosotras, lo máximo que se podía alejar sin que el malestar regresara, y su imagen era arrebatadora. Llevaba una corona de laurel dorada sobre los rizos negros, una casaca marrón hecha a medida que resaltaba las líneas de su pecho amplio y su cintura estrecha y una capa verde esmeralda que ondeaba al viento tras sus hombros musculados. Lo maldije para mis adentros antes de desviar la vista.

La suave neblina que había descendido sobre la ciudad portuaria de Voros opacaba el sol naciente. La muralla que rodeaba parte de la localidad contaba con unas torrecillas de vigilancia en cada esquina y sus muros habían quedado presos bajo una jaula de enredaderas en flor. Recorrí el paisaje con la mirada hasta alcanzar la península donde se situaba el palacio de Genevreer, que destacaba incluso entre los bancos de niebla gracias a sus sillares color crema y sus tejados gris ceniza. Pese a la distancia, alcanzaba a ver las famosas enredaderas varianas que trepaban también por los muros del palacio como unas venas oscuras en un cuerpo de piel pálida.

La ciudad estaba llena de vida y las enredaderas, salpicadas de flores, y todo era gracias al poder de Theodore. Jamás me había sentido tan insignificante.

—La situación me supera, Agatha. No sé controlar mi poder. No tengo nada. Estoy indefensa y sola…

—Yo estaré contigo, ya lo sabes —dijo estrechándome una mano. Luego, me dio un apretón y añadió—: Te prometí que no te dejaría sola.

Nos quedamos así, con las manos entrelazadas, mientras el barco seguía avanzando entre los muelles. Estaba admirando cómo la

espuma se arremolinaba sobre las aguas turquesa cuando, de pronto, sentí una descarga de energía recorriéndome el cuerpo. La vibración que había sentido en el pecho hasta ese momento se convirtió en una sucesión de tirones y bamboleos desenfrenados que no dejaron de crecer. Me llevé una mano al vientre, preocupada. Era como si esa cuerda que albergaba en mi interior se hubiera multiplicado y una mano tirara de ella desde las profundidades del mar.

Dejé de prestar atención a las olas que mecían el barco para centrarme en el fondo marino, donde unas rocas oscuras y retorcidas habían reemplazado a la arena blanca y los arrecifes de color. Tras asomarme más por la borda y entornar los ojos para verlas mejor, comprendí que eran cadáveres.

Decenas, cientos de cadáveres con las extremidades enredadas entre sí. Se amontonaban unos sobre otros como las hebras de un tapiz. Ahogué un grito al ver que un brazo consumido se asomaba justo por debajo del casco del barco, seguido de un hombro blanco y espectral salpicado de parches de piel descompuesta.

Después apareció el resto del cuerpo. Era una mujer. Su cabello oscuro se ondulaba tras ella como una llamarada negra. No cabía duda de que estaba muerta, pues flotaba sin vida a unos tres metros bajo la superficie.

Sin embargo, se movió.

Nadaba con la gracilidad de una criatura viva, como si estuviera acostumbrada a vivir en el mar. Como si estuviera hecha para moverse por el agua. Ascendió hasta emerger entre las olas, justo debajo de donde yo estaba asomada, y sus ojillos negros me miraron.

Carecía de toda expresión y los percebes que le plagaban la mandíbula formaban un diseño tan intrincado como el del encaje blanco. Sí que estaba muerta. Era el mar lo que parecía mantenerla de una pieza. Mientras flotaba de espaldas, reparé en que las algas se habían adherido a los agujeros que se le habían abierto en el torso a causa de la descomposición. Además, le crecía un tentáculo fibroso del pecho, justo por encima del corazón, y le rodeaba uno de los hombros para mantenerle el brazo unido a la articulación. Le

faltaban partes de la cara y de las extremidades…, pero me miraba como si estuviera viva.

Retorció los labios podridos para articular una única palabra.

«Vuelve».

Dejé escapar un alarido cuando un par de manos fuertes me agarraron y tiraron de mí hacia atrás para alejarme de la barandilla. Había estado a punto de saltar por la borda. Theodore me dejó en cubierta y me sujetó por la cintura con tanta fuerza que estuvo a punto de cortarme la respiración. Su mirada fiera pero aterrorizada encontró la mía.

—Dioses del cielo, Agatha te estaba gritando. ¿Es que no la has oído?

Mi amiga se había quedado pálida y se agarraba el cuello con una mano.

—No. He… —empecé negando con la cabeza.

Las sacudidas que se habían adueñado de mi pecho habían menguado hasta quedar reducidas a la constancia de una suave vibración. Tenía tanto frío y estaba tan muerta de miedo que le rodeé el cuello con los brazos y me aferré a él. Odiaba buscar consuelo en Theodore, pero su calidez y estabilidad eran justo lo que necesitaba en aquel momento. El tiempo pareció fluir tan despacio como la miel hasta que por fin me devolvió el abrazo y se relajó contra mi cuerpo con una queda exhalación. Sentí el vínculo brillar como si alguien hubiera prendido una vela en mi interior.

—He visto a una mujer en el agua —dije tras acercar los labios a su oído.

—Sería una nekgya. —Se apartó un poco para mirarme a los ojos —. Cazan cerca de las islas.

Un escalofrío me recorrió la espalda pese a su proximidad.

—¿Y qué cazan?

Jamás olvidaría la mezcla de compasión y cautela que surcó su rostro antes de volver a estrecharme entre sus brazos. Cuando respondió, lo hizo con delicadeza, como si odiara tener que decirlo en voz alta:

—Sirenas.



El carruaje traqueteó por las calles de adoquines azules y se abrió camino entre los árboles de follaje espeso y de un verde fuerte. Los arbustos estaban salpicados de flores rojas con el centro dorado. No recordaba muy bien haber bajado del barco o haber cruzado los muelles para subir al resplandeciente carruaje que había venido a buscarnos, pero había notado la presencia de Theodore. Me había guiado en todo momento con una mano en la espalda, en actitud cercana y atenta. En ese momento, iba sentada a su lado. Frente a nosotros, Lachlan y Agatha guardaban un silencio incómodo.

—Cazan sirenas —repetí conmocionada mientras miraba por la ventanilla—. ¿Tú lo sabías, Agatha? ¿Por qué no me lo habías contado?

Me miró estupefacta, pero Lachlan respondió antes de que ella tuviera oportunidad de hacerlo.

—¿Sois consciente de que Agatha también ha pasado casi veinte años alejada del mar? No sois la única que ha vivido ajena al resto del mundo.

—Puedo defenderme yo sola perfectamente, comandante Mela —intervino ella con una postura rígida.

—No me llames así, por favor —dijo él frotándose la barbilla.

—¿Acaso no es ese vuestro rango?

—Sí, pero es muy frío.

—Por eso mismo lo uso. —Clavó la mirada en mí—. En cuanto a lo que me estabas diciendo, yo siempre he tratado de enseñarte todo cuanto sé. A lo mejor se te olvida que me has impedido hablarte de nuestra especie todas las veces que he intentado sacar el tema.

Palidecí. Jamás había esperado vivir una vida plena como sirena, así que me había resultado difícil hablar de ello en el pasado. Cada vez que Agatha compartía algún detalle conmigo sobre nuestra naturaleza, yo sentía la necesidad de llorar por lo que estaba perdiendo. Sentía que una parte de mí moría. Vivir en la ignorancia era mucho menos doloroso.

—Además, todavía había muy pocas nekgya cuando me marché de Varya —continuó en actitud defensiva—. Solo había oído hablar de uno o dos ataques y nunca había llegado a ver una en persona. No tenía ni idea de que habían infestado las aguas.

Theodore cambió de postura.

—Por si fuera poco, cada vez son más agresivas. Y también han empezado a dar caza a los varianos.

—¿Y nadie ha sido capaz de hacer nada para detenerlas? —pregunté tras sentir un escalofrío.

—Estamos en ello. —Ante su tono y expresión, me debatí entre insultarlo y guardar silencio—. Ahora mismo tenemos temas más apremiantes entre manos, como las negociaciones con la emperatriz. He visto su barco atracado en el puerto, así que ya debe de haber llegado.

Lachlan lo miró con pesar.

—Pues el vínculo todavía no se ha asentado. Imogen tendrá que acompañaros a la reunión con la emperatriz.

Theodore se pasó una mano por el rostro.

—Ya sabes lo numerosas que son su flota y sus tropas. El contrato que ha enviado es extenso y hay muchos puntos que tratar. Si aparezco en esa reunión con una… mujer como Imogen a mi lado…

—¿Qué queréis decir con eso? —Traté de colocarme un poco el cabello revuelto—. Os agradecería que no me insultéis estando sentada a vuestro lado.

Theodore apretó los labios.

—Dioses santos…, no os estoy insultando. Solo digo que la emperatriz se tomará una belleza tan inusual como la vuestra como una afrenta tanto contra ella como contra su hija durante las negociaciones.

—Ah —musité mientras el rubor me calentaba las mejillas.

Nuestros acompañantes nos miraron por un momento, patidifusos.

—Soy tu mano derecha —dijo el comandante por fin con una extraña cautela—. Haremos que entre agarrada de mi brazo y diremos que es tu prima y que se moría de ganas de conocer a la nueva incorporación a la familia.

Le dediqué una mueca de desagrado. Conocer a la princesa de Obelia, la prometida de Theodore, era lo último que quería hacer en ese momento. Solo de pensarlo, el vínculo se retorcía y tensaba de celos.

Lachlan me devolvió la expresión.

—Tendréis que portaros bien.

—Joder —resopló Theodore al tiempo que clavaba la vista en el techo del carruaje.

—El sentimiento es mutuo, majestad —dije—. Me parece que hacer que vuestra prometida y la insoportable de vuestra esposa se conozcan es una idea terrible.

—Pero vomitarle en la cara a la emperatriz de Obelia es mucho peor —intervino Lachlan.

—Tiene razón —apuntó Agatha con un asentimiento.

—Gracias.

—Cierra el pico —replicó ella con un mohín.

Nos miró al rey y a mí entornando los ojos y frunciendo los labios, como siempre hacía antes de empezar una discusión. Me preparé mentalmente para el enfrentamiento que se avecinaba mientras ella respiraba hondo.

—También tenemos que hablar del tema de Imogen y la maga sibila, majestad —dijo con dulzura.

Theodore cerró los ojos.

—Ahora no es el momento, Agatha.

—Os ruego que me dejéis explicarme —insistió ella, aunque no esperó a que le diera permiso para seguir hablando—. Estoy dispuesta a acompañarla en su viaje. Es muy despiadado por vuestra parte insistir en enviarla a ese lugar. Y sabed que correrá peligro incluso contando conmigo, con una escolta y un sanador.

Al oírla, una rabia ciega pareció adueñarse de Lachlan.

—Ve al grano. —Theodore se había puesto tenso de pies a cabeza.

Agatha se cruzó de brazos en altitud altanera.

—En caso de que el vínculo no se asiente…, me gustaría saber si estaríais dispuesto a acompañarla. Dado que ya han pasado casi tres días, me temo que todo apunta a que será lo más probable.

A Theodore se le desencajó el rostro.

—Se asentará.

—¿Qué os hace estar tan seguro de ello? El malestar debería haber cesado en dos días. Todo el mundo habla de dos días. No sé qué os está ocurriendo, pero es muy raro. Además, si no se os pasa, ¿cómo pensáis arreglároslas para estar en extremos opuestos de la isla? Entre el dolor y la preocupación, os vais a volver locos los dos.

Justo cuando el palacio emergió de entre la niebla y los crujidos de la gravilla del amplio camino principal empezaron a oírse bajo las ruedas del carruaje, vi algo en la mirada del rey de Varya de lo más preocupante: un atisbo de pánico.

Fue casi imperceptible, tanto que dudaba que Agatha hubiera reparado en ello. Sin embargo, a Lachlan no se le pasó por alto. Apretó los labios y observó a Theodore, cuyo pecho subía y bajaba cada vez más deprisa. Fue como si una nueva capa de tensión lo envolviera. El corazón me aporreó las costillas al ver que sus hermosos ojos se dilataban durante un brevísimo instante.

Lachlan se inclinó hacia adelante y le dio una palmadita despreocupada en la rodilla.

—Será mejor que hablemos de esto en otro momento. —Aunque sonrió sin esfuerzo, era evidente que el tema había empezado a inquietarlo también. Miró por la ventanilla del carruaje—. Ya hemos llegado, así que ¿qué tal si nos centramos en el primer suplicio de la lista? —Dio una palmada—. Es hora de conocer a tu prometida.



12

Al salir del carruaje, nos encontramos con una horda de sirvientes y soldados exultantes colocados en ordenadas filas de a uno. Theodore se adelantó para subir los anchos escalones de entrada y saludar en voz baja al grupo de personas que se había congregado en actitud solemne junto a la puerta principal. Yo me mantuve cerca de Agatha, con la mirada gacha, pues me sentía tremendamente fuera de lugar ante la opulencia del palacio. Tenía el cabello revuelto y no llevaba camisola ni corsé ni zapatos. Era una suerte que el vestido fuera lo suficientemente largo como para cubrirme los pies.

Nos detuvimos nada más entrar en el imponente vestíbulo, donde una mujer esbelta asaltó a Theodore para ofrecerle una bandejita de plata repleta de cartas, y aproveché para admirar los relucientes detalles de la estancia.

El techo contaba con detalles en oro y pinturas al fresco; la escalera principal era de mármol negro y se dividía en dos tramos curvos que conducían a las alas este y oeste respectivamente. Las barandillas estaban flanqueadas por estatuas de los grandes dioses

y, por suerte, todas tenían el rostro intacto, con una expresión seria y un brillo feroz en la mirada ciega. Los habían tallado con el cabello recogido y el cuerpo envuelto en telas vaporosas. Por mucho que busqué a Ligea entre ellos, no logré encontrarla. Todas las estatuas portaban velas que iluminaban la escalera y observaban a quienes subían con la misma expresión autoritaria y orgullosa de la que Theodore tantas veces hacía gala.

Viendo a los demás, nadie se habría atrevido a dudar de que el rey era un dios.

—No os dejéis intimidar —dijo Lachlan volviéndose hacia mí—. Eran un hatajo de cabezotas lujuriosos con tendencias violentas. Encajaréis de maravilla.

Agatha chasqueó la lengua, pero sus miradas se encontraron y se interrumpió. Lachlan, que la miraba con cariño y pesar, se llevó una mano al pecho distraídamente, como si le doliera.

—Mis aposentos siguen siendo los mismos, Agatha.

Ella asintió bruscamente y con frialdad y entrelazó su brazo con el mío. Lachlan, por su parte, se dirigió hacia la escalera oeste con la cabeza gacha y subió los escalones de dos en dos antes de que las sombras del pasillo se lo tragaran.

—Pero ¿qué te pasa? —la reprendí—. Todavía lo amas y está claro que él te adora.

—Lachlan adora a todo el mundo —dijo poniendo los ojos en blanco—. Y todo el mundo lo adora a él. Es un granuja encantador que a veces se pasa de ingenioso.

—Los opuestos se atraen. —Seguí el ascenso del comandante con la mirada—. Creo que le duele que estés dispuesta a dejarlo por segunda vez.

—Ya he intentado explicárselo —dijo negando con la cabeza—. Le he dicho que también te acompañaré a ir en busca de Eusia.

Di un respingo. Eso sí que no se lo iba a permitir. No había forma de saber a dónde me llevaría ese viaje, pero estaba segura de que sería peligroso.

—No puedes venir conmigo, Agatha —dije rotundamente—. Yo apenas estoy cualificada para darle caza y tú tienes incluso menos poder que yo. No pienso permitir que sufras ningún daño. Jamás me

lo perdonaría. —Abrió la boca para exhalar la protesta que le inundaba el pecho, pero no la dejé hablar—. Por favor. Has pasado media vida cuidándome y has renunciado a muchas cosas por mí. Ya va siendo hora de que recuperes el tiempo perdido.

—No sé muy bien cómo hacerlo.

Parecía abrumada. Yo no era la única a la que habían arrancado de su antigua vida ni la única que empezaba de cero. Aunque era egoísta por mi parte, agradecía no estar pasando por aquella experiencia tan aterradora sola.

—¡Majestad! —El eco de una voz alegre resonó por el pasillo.

Un hombre bajito y corpulento se acercó al rey con una sonrisa cegadora. Tenía el rostro tan redondo como la barriga, la piel oscura y uniforme y los ojos ambarinos rodeados de arruguitas.

—Me alegro de que hayáis vuelto. —Se detuvo ante Theodore e hizo una profunda reverencia—. ¿Qué os ha parecido la isla de Seraf? ¿Era tal como esperabais?

—Me llevé alguna que otra sorpresa —dijo él frunciendo ligeramente las cejas.

—Vaya, bueno. La emperatriz y la princesa llevan ya casi dos días aquí. No han tenido ningún inconveniente en descansar un poco y disfrutar de los jardines, pero creo que es aconsejable abordar el tema de las negociaciones cuanto antes.

Theodore asintió.

—Gracias, Eftan. ¿Qué te han parecido?

La amplia sonrisa del hombrecillo decayó un poco.

—La emperatriz es una mujer… bastante exigente —admitió bajando la voz—. Os sugiero que os reunáis con ella en la Sala del Jardín. Me aseguraré de que el servicio os prepare una mesa. —Entonces se le iluminó la mirada y se acercó al rey en actitud cómplice—. Sin embargo, por suerte para vos, la princesa es encantadora.

Theodore dejó escapar un gruñido de indiferencia.

—¿Y quiénes son estas dos jóvenes? —preguntó Eftan apoyándose una mano en el vientre y cambiando el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—Esta es… —empezó Theodore tratando de encontrar las palabras adecuadas— lady Imogen Nel. Es… —Se dio por vencido en su intento por explicar mi presencia y señaló a Agatha distraídamente—. Y esta es la antigua esposa del comandante Mela, Agatha. Tal vez te acuerdes de ella. Fue mi institutriz durante un tiempo.

—Sí, por supuesto, Agatha. —Arrugó el rostro mientras hacía memoria—. Creo que ya me acuerdo de vos. —Las mejillas se le redondearon aún más al ofrecernos una amplia sonrisa amistosa—. Venid conmigo. Me aseguraré de encontraros a las dos unos aposentos bien cómodos.

—Me alegro de volver a veros, canciller. —Mi amiga se sonrojó antes de añadir—: ¿Habría por casualidad alguna habitación disponible cerca de la del comandante Mela?

—Diría que sí —dijo antes de hacerle una seña a una sirvienta para que la acompañara escaleras arriba, en dirección al ala oeste.

Agatha me dedicó una sonrisa indecisa antes de alejarse.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le pidió Theodore al canciller antes de acercarse a él y agacharse un poco para decirle algo en un susurro.

A medida que hablaba, Eftan se fue poniendo cada vez más rígido antes de lanzarme una rápida mirada de condescendencia.

Reprimí un quejido molesto.

—Entiendo, majestad —dijo cuando el rey terminó de hablar.

Entonces se despidió de él con una reverencia, se giró hacia mí, inclinó la cabeza sin encontrar mi mirada y me ofreció un cortante «tened un buen día» antes de darse la vuelta y alejarse por el pasillo acompañado del sonido de sus botas al impactar contra el mármol.

—¿Qué le habéis dicho?

Theodore entornó los ojos y un calorcillo de incomodidad se asentó en mi estómago.

—Le he pedido que disponga los buques de guerra y prepare a las tropas ante la amenaza de un posible ataque por parte de Seraf. —Su voz se había vuelto tan grave de repente que casi la sentía vibrar en el cuerpo—. También le he informado de que, por el momento, dormiréis en mis aposentos.

—Entiendo. —Tragué saliva con dificultad—. ¿Le habéis dado alguna explicación?

—Dejaré que saque sus propias conclusiones. Seguro que son más halagüeñas que la verdad.

Se quitó la corona de un tirón y se dirigió hacia la escalera este sin dejarme responder, así que me recogí la falda y corrí tras él.

—Pero se va a pensar que soy vuestra amante y vuestra prometida justo acaba de…

—Como os he dicho, es mejor que la verdad. El pobre se caería redondo si le dijera que nos hemos vinculado y ahora sois mi esposa.

Llegamos a un largo pasillo con ventanales que enmarcaban unos jardines en flor, unas dependencias cubiertas de enredaderas y una amplia y resplandeciente franja del mar que se extendía más allá de los acantilados. La alfombra que lo cruzaba era espesa y suave, pero habría dado lo que fuera por contar con un par de zapatos. Por volver a llevar un corsé y una camisa interior a mi medida. Por darme un baño caliente.

Theodore abrió de par en par la puerta que había al final del pasillo.

—Adelante, mi señora.

Se quedó con la espalda apoyada contra el marco de la puerta sin quitarme ojo de encima, con actitud severa y la espalda bien recta. Cuando llegué a su altura, me detuve. La tensión se podía cortar con un cuchillo en el estrecho espacio que nos separaba.

—Me odiáis, ¿no es así?

Sostuvo mi mirada con una expresión más inescrutable que nunca, pero se le aceleró la respiración. Al igual que a mí.

—Entrad —dijo señalando sus aposentos con la cabeza.

Eran tan espaciosos como había esperado. Los techos eran altísimos, artesonados y decorados con las enredaderas en flor características de la isla. Toda la estancia estaba decorada en tonos verdes y dorados, aunque aquello no fue ninguna sorpresa. En el centro de la habitación había una cama todavía más grande que la del barco. Era anchísima y contaba con unos escalones para subir por uno de los laterales, así como con unas pesadas cortinas de

terciopelo colgadas en lo alto del dosel. También había un amplio diván ante una lujosa chimenea, aunque quedaba demasiado lejos de la cama. Tendríamos que acercarlo para poder dormir sin que el vínculo nos hiciera enfermar.

Di un respingo al oír un portazo. Theodore cruzó la estancia en actitud taciturna mientras se desabrochaba la casaca y la dejaba sobre el respaldo de una silla.

—No os alejéis mucho —me dijo al entrar en el cuarto de baño. Tras dirigirme a la puerta que comunicaba las dos habitaciones, oí un chapoteo.

Me crucé de brazos con firmeza mientras estudiaba el dormitorio de Theodore. Había una pila peligrosamente alta de libros en la mesita de noche y, sobre ella, había un volumen abierto, colocado boca abajo para no perder la página por la que iba. Además, también había una delicada copa de cristal y una botella de vino. Ante un ventanal que se extendía del suelo al techo, disponía de un escritorio tan desordenado como el que había visto en el barco, decorado con un jarrón con flores de tonos lilas. Me acerqué a inspeccionar los papeles que había desperdigados y me descubrí preguntándome por su caligrafía y si sería tan afilada y formal como su actitud hacia mí. Aunque a lo mejor alcanzaba a ver entre líneas esa misma calidez que tan oculta mantenía.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Sí? —dijo Theodore desde el cuarto de baño antes de aparecer sin camisa, con la piel dorada salpicada de gotitas de agua.

Admiré boquiabierta su atractiva y vigorosa figura mientras se pasaba una toalla por el pelo y la cara. Tenía el pecho firme y musculoso, cubierto por una fina capa de vello oscuro, y las líneas que le surcaban el vientre y trazaban los perfiles de sus caderas parecían estar talladas en piedra.

—Soy la modista, majestad —anunció una voz desgastada desde el otro lado de la puerta.

—Adelante. —Theodore se colocó la toalla sobre los hombros y, cuando una mujer encorvada de cabello canoso entró en la estancia, sonrió—. Hola, Antheia. Cuánto tiempo.

La anciana rio entre dientes con la actitud alegre y despreocupada de una jovencita. Empujaba con esfuerzo un perchero cargado de vestidos. Se detuvo e hizo una temblorosa reverencia.

—Nada de formalidades —le dijo Theodore con una sonrisa arrebatadora que sacó a relucir el hoyuelo de su mejilla izquierda—. Permíteme. —Le quitó el perchero de las manos y lo dejó en el centro de la estancia—. No quisiera apresurarte, pero el tiempo apremia y la dama necesita un vestido con urgencia. Prepárale algo discreto si no te importa.

La anciana, Antheia, me estudió con atención y se dispuso a rebuscar entre las prendas que había traído.

—¡Algo discreto! —Un brillo divertido le iluminó los ojillos negros y enmarcados de arrugas—. Es una pena, pero veré lo que puedo hacer.

Theodore me miró y perdió la sonrisa.

—Elegid el que más os guste —me dijo con tono apresurado y carente de emoción antes de disponerse a regresar al cuarto de baño.

—Creo que os habéis equivocado —señalé con voz queda cuando pasó a mi lado. Se detuvo tan cerca que alcancé a oler el jabón de vetiver con el que se había aseado. Una pregunta silenciosa brillaba en sus ojos verdes—. Dijisteis que era un moscardón, pero no es así. Creo que soy como un mosquito. Una molestia de la que no conseguís deshaceros pese a que no deja de chuparos la sangre… —Me quité el anillo de compromiso y se lo ofrecí—. Aceptad esto como pago por vuestra ayuda. No quiero depender de vuestra caridad ni deberos más de lo que ya os debo.

Su mirada me dejó clavada en el sitio y amplificó el vacío que sentía en el pecho.

—Un mosquito —repitió mientras se le curvaba una de las comisuras de la boca.

Pese a que fue todo un esfuerzo, levanté la cabeza en actitud orgullosa.

—¿Os hago gracia?

Él negó con la cabeza y, antes de darle la oportunidad de contestar, extendí el brazo con más insistencia para que aceptara el

anillo.

—No lo necesito —dijo poniéndose serio de nuevo.

—No os lo estoy ofreciendo por eso. —Estuve a punto de morderme la lengua, pero, por algún maldito motivo, necesitaba hacerle ver mi punto de vista—. He pasado toda una vida dependiendo de lo que pudiera ofrecerles a otras personas a cambio de su apoyo. Fue así con Nemea y Evander. Y lo mismo ocurre ahora con vos. La única que me ha cuidado porque de verdad se preocupa por mi bienestar ha sido Agatha e incluso ella empezó haciéndolo a cambio de un salario.

Su expresión se volvió insondable, sombría.

—Entonces queda zanjado.

—¿El qué? —pregunté confundida.

Me rodeó la mano que sostenía el anillo con sus cálidos dedos y la empujó hacia mí para rechazarlo una vez más.

—El asunto de los compromisos. Hicimos un trato, sí, pero podemos darlo por saldado. Ahora os ofrezco mi protección porque quiero.

Sus palabras me tranquilizaron e inquietaron al mismo tiempo.

—Pero ¿por qué?

En vez de responder, sostuvo mi mirada durante un largo rato. Luego, dirigió mi atención hacia la anciana modista.

—Antheia os está esperando.

Poco menos de una hora más tarde, bajábamos por la escalera principal que conducía al vestíbulo del palacio. Theodore estaba resplandeciente con un traje claro y la corona sobre sus rizos oscuros, pero su humor había empeorado todavía más.

—¿Por qué estáis tan enfadado? —le pregunté lanzándole una miradita.

—Le pedí a Antheia que os ayudara a no llamar la atención.

El vestido que había escogido era de todo menos discreto. La seda satinada era de un tono rosa pálido y delicado que se oscurecía al llegar al bajo de la falda y me recordaba a la ilustración de unos cerezos en flor que tanto me había llamado la atención en uno de los libros que Nemea guardaba en su estudio. Las mangas con puño estaban confeccionadas con una tela translúcida y vaporosa, mientras que el cuerpo escotado se ceñía a mi torso y daba paso a una falda que se movía como el agua al arremolinarse en torno a mis pies.

—Era lo único que se ajustaba a mis medidas. —Llegamos al último escalón y continuamos por la planta baja del palacio—. ¿Tanto os costaría hacerme un cumplido? Estamos obligados a permanecer juntos, el maldito vínculo se niega a asentarse y, por si fuera poco, estoy sola, lejos de casa…

—Seraf no era vuestro hogar. Un hogar debe ser un lugar seguro.

—Y también un lugar donde una se sienta bienvenida —repliqué aturullada antes de negar con la cabeza—. No digo que… No necesito sentirme como en casa aquí, porque eso va a ser imposible. Pero a veces me hacéis sentir tan insignificante que me imagino aplastada bajo vuestras botas. Lo mínimo que podríais hacer es decirme que este maldito vestido me sienta bien.

Una expresión de aparente remordimiento le retorció el rostro.

—Lo siento —balbució—. Estáis… Cada encuentro con vos es casi una emboscada y todavía estoy acostumbrándome a ello.

—¿Una emboscada?

Mientras lo miraba fijamente, vi que sus facciones se suavizaban casi imperceptiblemente y que sus carnosos labios se relajaban, pero el cambio apenas duró una fracción de segundo.

—Así es.

—Dioses, incluso vuestras disculpas son insultantes —repliqué con una carcajada molesta antes de alejarme de él y adentrarme pisando fuerte en la sombra que proyectaba la imponente escalera principal.

—Imogen. —El sonido de sus botas resonó detrás de mí—. ¿Queréis que os haga un cumplido? Sois incomparable. Sois…

—Mierda.

Me detuve en seco al reparar en el hueco bajo la escalera. Allí, como un espectro iluminado por la luz de las velas que se acumulaban a sus pies, estaba la estatua de la gran diosa Ligea.

Me vi embestida por una oleada de pánico al acercarme.

Una ráfaga de viento perpetua le alborotaba la melena y levantaba la tela tallada que le cubría un pecho y le rodeaba las caderas. Tenía las alas abiertas de par en par y una mano extendida con la palma hacia arriba y los dedos curvados en un gesto autoritario, como si quisiera atraer —o maldecir— a quien la mirara.

Me quedé atrapada admirando el puente de su nariz ligeramente redonda, la carnosidad de sus labios y la punta afilada de su barbilla. Estudié sus ojillos atentos, que fulminaban el espacio que se abría ante ella; también su cuerpo delgado, sus brazos y piernas musculosos. Su estrecha cintura dibujaba un reloj de arena con sus amplios pechos y caderas.

Era mi viva imagen tallada en piedra.

Reparé en la presencia de Theodore detrás de mí, inmóvil, aguantando la respiración. Parpadeé para contener un repentino torrente de lágrimas.

—Te odio —le dije a Ligea. Aunque también a Theodore y a Nemea.

Levanté una mano para tocarle los dedos fríos y el llanto me ganó la partida. Siempre había soñado con tener poder, con encontrar una manera de mantenerme a salvo y disfrutar del derecho a vivir la vida que yo misma escogiera. Pero su imagen… era como una losa que me impedía respirar.

Theodore exhaló despacio y yo me limpié las mejillas rápidamente para que no me viera llorar, pero fue en vano. Algo en mi interior se había roto. Mi identidad y mi procedencia habían sido los pilares de mi existencia, pero todo cuanto había creído cierto, así como la frágil e ingenua esperanza que había tenido siempre de labrarme una vida propia, empezaba a desmoronarse y ya no se sostenía.

Cuando la mano de Theodore me rozó la espalda, cuando su calidez me envolvió y el vínculo ardió en mi interior, las lágrimas no hicieron sino caer con renovada intensidad.

—No llores —suplicó con voz queda antes de pasarme un brazo por los hombros y acercarme a él—. No es un buen momento.

—Es que… —Me sorbí la nariz—. Es que… se parece a mí.

—Lo sé. —Se sacó un pañuelo del bolsillo y me puso un dedo bajo la barbilla para levantarme la cabeza y secarme las mejillas—. Respira. —Su tono era tan tranquilizador pero tan incomprensible que me daba ganas de gritar—. Luego dejaré que llores y rompas todas mis cosas si eso te hace sentir mejor, pero no puedes aparecer así en la reunión.

Mantuve los ojos cerrados y tomé una profunda bocanada de aire.

—Tengo que ir a ver a la maga sibila.

Si era la descendiente de una de las grandes diosas, si mi destino era estar a la altura del poder que corría por mis venas, iba a necesitar respuestas. Iba a necesitar una profecía.

—Cada cosa a su tiempo —dijo mientras todavía me secaba las lágrimas.

El repiqueteo de unas botas precedió a Lachlan, que carraspeó al llegar a nuestra altura.

—¿Qué le has hecho ahora, Theo?

—Ha visto la estatua —respondió él sin apartar la mirada de mí.

Lachlan, que se había puesto una pulcra casaca negra con una colección de medallas en el pecho, levantó la vista para contemplar a la gran diosa Ligea y luego la bajó hasta mí.

—Mierda. —Se acercó a mí para apoyarme una mano en el hombro y apartarme de Theodore—. Aunque entiendo lo conmocionada que debéis de sentiros, os aconsejo que guardéis las distancias con el rey mientras estéis en público.

Theodore no me quitó ojo ni cuando su comandante lo fulminó con la mirada. Una extraña emoción parecía haberse adueñado de él. Mostraba una expresión agotada, aterrorizada y furiosa al mismo tiempo y, pese a mi buen juicio, yo tampoco habría podido apartar la vista de él ni aunque mi vida hubiera dependido de ello.

—Theo —insistió en una áspera advertencia antes de cogerme del brazo y darme una palmadita distraída en la mano. Aunque intentó quitarle hierro a la situación, cuando volvió a hablar, lo hizo con tono

serio—: Espabilad, diosecillos míos. He oído que la emperatriz muerde.



13

La Sala del Jardín no era una estancia tan pintoresca como su nombre podía dar a entender.

Era un salón de baile inmenso de dos alturas y una pared acristalada que comunicaba con un impecable jardín de flores. Las otras tres paredes estaban decoradas de arriba abajo con paneles que replicaban las múltiples tonalidades de las flores. Además, del techo colgaban cuatro lámparas de araña descomunales que ofrecían una escasa iluminación, pero que resplandecían tanto como el mar más allá de los acantilados. Una mesa larga cruzaba el centro de la estancia, como si de una columna vertebral se tratara, y servía de punto de anclaje ante la ausencia de otros muebles. Estaba repleta de fruta —mucha más de la que podríamos comer— y un número de decantadores llenos de vino color amatista lo suficientemente alto como para proveer a una pequeña comitiva.

Como habíamos acordado, entré agarrada del brazo de Lachlan mientras que Theodore, que caminaba por delante de nosotros, fue directo a la mesa para servirse una buena copa de vino. Pese a que

se la bebió de un trago, consiguió arreglárselas para transmitir una imagen de perfecta serenidad. Lachlan me mantuvo tan alejada de Theodore como las circunstancias se lo permitieron y llenó otras dos copas.

—Controlaos.

—¿Qué pasa? —repliqué llevándome las manos a las mejillas.

—Estáis tan colorada como un trasero cosido a azotes. Respirad e intentad transmitir un poco más de aplomo. Cualquiera diría que vuestra vida acaba de ponerse patas arriba —dijo ofreciéndome una de las copas.

Di un largo trago de vino y me permití disfrutar de las cosquillas que me hizo tanto al pasarme por la lengua como al caerme en el estómago con una alegre pirueta. Jamás había probado una bebida tan deliciosa.

—Un consejo rápido. —Me lanzó una mirada urgente y cargada de significado por encima del borde de su copa—. No hay nada malo en que hagáis lo que sea necesario para quitaros de la cabeza lo que… sea que esté pasando entre vosotros dos. Pero la cosa cambia si os pillan, así que os ruego que seáis discretos.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Ha hablado Agatha con vos?

—Sobre este tema no.

—Dioses. —Di otro sorbo de vino—. No hay nada entre nosotros.

—No hay nada peor en este mundo que la negación, Imogen —dijo adoptando el tono de un hombre sabio.

Antes de que tuviera oportunidad de responder, Eftan entró en la estancia con una pila de portafolios de cuero negro entre los brazos. Lucía la misma sonrisa que le había redondeado las mejillas cuando nos habíamos conocido, pero, en cuanto se percató de mi presencia, se le borró de un plumazo.

—Vaya. —Abrió y cerró la boca, estupefacto—. No esperaba encontraros… aquí.

Lachlan me señaló con la mano libre.

—Esta es lady Imogen Nel, una prima lejana del rey. ¿Os habían presentado ya, canciller?

Eftan arqueó una ceja.

—¿Su prima? Ah, pues… Bueno. —Dejó los portafolios sobre la mesa con un sonoro golpe y boqueó, todavía atónito, mientras sacaba un pañuelo y se secaba el labio superior—. Hola de nuevo.

Incliné la cabeza educadamente y le lancé una mirada rápida a Theodore. Se había quedado junto a la cabecera de la mesa, sosteniendo una segunda copa de vino, en actitud tensa. Había observado el intercambio con una aterradora falta de emoción en el rostro.

—Joder —profirió.

Dos sirvientes ataviados con sendas libreas abrieron las puertas de par en par. Dejé mi copa a un lado justo cuando tres mujeres pálidas y resplandecientes como la escarcha entraban en la estancia. Ya solo su porte delataba a la emperatriz de Obelia: era alta y de espaldas anchas y se movía con una actitud refinada pero autoritaria, como si se supiera capaz de hacerse dueña de la estancia con solo firmar un papel. Llevaba un vestido de terciopelo azul medianoche; tenía la piel tan blanca que las venas turquesa se le marcaban en las sienes, y su cabello del color de la nieve, largo y liso, le caía sobre los hombros. Su atuendo se completaba con una pesada corona de diamantes y un aparatoso collar a juego. Llevaba los labios finos pintados de un rojo tan intenso que parecía haber comido un puñado de moras.

Hice una profunda reverencia mientras Theodore y ella se saludaban.

—Theodore Ariti. —La emperatriz tenía la voz aguda y cantarina y hablaba con un acento marcado. Pese a que su tono había sido amable, no sonrió—. Os parecéis mucho a vuestro padre, aunque vos sois mucho más apuesto. —Dejó escapar una hosca risita—. Estoy segura de que no le debía de hacer ninguna gracia.

Theodore le ofreció una media sonrisa y, aunque hacía poco que nos conocíamos, enseguida supe que le había incomodado que mencionara a su padre.

—Bienvenida, Nivala. No os equivocáis. Para él era como un dolor de muelas —dijo tan encantador y elegante como siempre—. Os ruego que me disculpéis por mi tardanza. Agradezco mucho que hayáis venido a visitarnos desde tan lejos.

La emperatriz arqueó las cejas.

—Vuestra unión con mi hija es de lo más ventajosa. Hay que hacer las cosas como es debido.

Theodore inclinó la cabeza para darle la razón y dirigió su atención a la joven esbelta que se encontraba tras la emperatriz.

—Princesa Halla —pronunció su nombre con una cadencia tan encantadora que el vínculo dio un vuelco de celos. Luego, le estrechó una mano para acercarla a él—, sois incluso más hermosa en persona.

Y no mentía. La princesa era mi antítesis. Mientras que yo tenía la piel de color dorado y el cabello castaño oscuro, ella era toda palidez. Su melena casi blanca, adornada con una diadema de diamantes y perlas, parecía resplandecer. Aunque ambas éramos altas, ella era tan angulosa como una esquirla de hielo. Iba ataviada con el típico vestido de cola blanco que llevaban las novias en Obelia. Con esa figura tan delicada, no lograba imaginarla envuelta en la tela negra y austera de los vestidos de novia leucosianos.

Aunque tal vez mi mente se negaba a ello.

Cuando sonrió, fue como si un arroyo se abriera paso por un paisaje atrapado entre las fauces del invierno. Se le sonrojaron las mejillas; los ojos se le iluminaron como un cielo despejado y sus labios, pequeños y carnosos, se abrieron como una maldita rosa al desplegar los pétalos. Theodore se llevó su mano a los labios y, aunque el beso duró menos de un segundo, mi cabeza decidió repetir varias veces y con dolorosa parsimonia la forma en que presionó la boca contra la piel de ella. Al notar que Lachlan me pisaba la punta de la zapatilla, caí en la cuenta de que debía de estar poniendo mala cara. Traté de sonreír, pero mi expresión cayó antes de coger la copa de vino y dar un buen trago.

—Maravilloso. —La emperatriz se detuvo ante el otro extremo de la mesa y se sentó con la intención de ponerse manos a la obra cuanto antes—. ¿Comenzamos?

La tercera mujer, que vestía ropas más humildes que las otras dos, sacó los documentos y habló con Eftan en voz baja para decidir por qué punto empezar a revisar el contrato. Lachlan me arrimó a la mesa y, en cuanto se sentó a mi lado, me volvió a llenar la copa. La

emperatriz no pareció reparar en nuestra presencia hasta que las negociaciones dieron comienzo.

—¿Quiénes son estas personas?

—Ya conocéis a mi canciller —dijo Theodore señalando a Eftan—. Y esos de ahí son Lachlan Mela, mi mano derecha y comandante de la marina de guerra, y mi prima, lady Imogen Nel.

La emperatriz clavó su mirada gélida en mí.

—¿Nel?

Yo pensaba que Theodore era un hombre hermético, pero, comparado con ella, era la viva imagen de la efusividad. Era tan expresiva como un cadáver, por lo que ni su tono de voz ni su rostro revelaban nada de lo que sentía.

—Así es, su majestad imperial —dije con una sonrisa cálida y reverencial pese a lo cortante que resultaba la mujer.

Sin pronunciar otra palabra, dirigió la atención hacia su sirvienta y cogió el primer documento.

—Ah, sí. —Sus ojos volaron por la hoja—. Lo primero que hay que hacer es abordar nuestras diferencias religiosas.

—Estoy dispuesto a aceptar las condiciones que habéis descrito —dijo Theodore—. Puedo encargarme de que se construya un edificio anexo donde la princesa pueda rendirle culto a su santa. Incluso pediré que planten un jardín a su alrededor si así lo deseáis.

Me esforcé por mantener la vista clavada en la enorme montaña de uvas que tenía delante y olvidar la forma en que Theodore me había mirado en el vestíbulo.

—Perfecto —dijo la emperatriz distraídamente—. Eso nos lleva a las diferencias entre nuestras respectivas ceremonias matrimoniales. Para que la unión sea válida a ojos obelinos, deberéis llevar a cabo una ofrenda de sangre.

Me pasé el pulgar por la palma surcada de cicatrices en un gesto instintivo mientras el cuerpo se me tensaba. Theodore, por su parte, se movió con incomodidad, como si percibiera mi malestar.

—Soy reacio a las ofrendas de sangre, pero estoy dispuesto a participar en una ceremonia obelina si me dais más detalles al respecto —dijo Theodore con cautela—. Sin embargo, la princesa Halla se convertirá en la reina de Varya y, por tanto, en una reina

leucosiana, así que tendremos que celebrar también una de nuestras ceremonias tradicionales de vinculación. De lo contrario, la unión no se considerará válida en mi reino y no podrá ascender al trono.

—Habladme de esa ceremonia —dijo la emperatriz—. ¿Qué clase de poder le conferirá a mi hija?

Caí presa del asombro al recordar algo que había aprendido hacía tiempo: dado que tanto Theodore como yo descendíamos de los grandes dioses, el vínculo de sangre nos permitiría compartir nuestro poder.

Me llevé la copa a los labios y, por encima del borde de cristal, la mirada de Theodore atrapó la mía durante una milésima de segundo.

—Para completar el vínculo matrimonial, los dos miembros de la pareja deben hacerse un pequeño corte en la palma y estrecharse la mano para juntar las heridas —explicó—. Pero no temáis, princesa, apenas sentiréis dolor. La idea es establecer un vínculo simbólico con la mezcla de sangre. Como los obelinos no compartís nuestra ascendencia y la sangre de los dioses no corre por vuestras venas, me temo que la princesa no adquirirá parte de mi poder. Todo seguirá igual para ella.

La emperatriz negó con la cabeza en un gesto casi decepcionado.

—Entonces, ¿qué sentido tiene?

Theodore se irguió en su asiento y, al responder, se entrevió cierta tirantez en su tono autoritario.

—Es una tradición divina que todo el archipiélago ha heredado de las sirenas.

Ella chasqueó la lengua con desagrado.

—He oído que algunos reinos leucosianos han acabado prescindiendo de ella. No entiendo por qué…

—Solo un reino le ha dado la espalda a los dioses y sus tradiciones —explicó Theodore—, y no es nuestro aliado.

—Entiendo —dijo la emperatriz entornando los ojos.

—Princesa Halla… —Una punzada de dolor me atravesó el pecho al oír la inmensa delicadeza con la que Theodore se dirigió a ella. Comprendí abochornada que, en el fondo, yo quería que también me

hablara así—. ¿Estaríais dispuesta a participar en una ceremonia de vinculación leucosiana?

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Sí. Me encantaría —dijo con el mismo acento cantarín que su madre. En conjunto con su voz suave, resultaba empalagoso, como el algodón de azúcar que se pega a los dientes.

La pálida emperatriz le dio una palmadita en la mano a su hija y se dirigió a ella en un susurro que, pese a todo, alcancé a oír.

—No caigas en la vulgaridad por querer mostrarte entusiasta, querida.

La princesa no mostró reacción alguna y Theodore carraspeó.

—Quisiera destacar que en el contrato no se menciona nada de los planes que tengáis para Halla una vez que ascienda al trono de Obelia. Tal vez deberíamos…

—Soy consciente de ello —lo interrumpió la emperatriz. Una mueca de desagrado le cruzó las facciones, pero enseguida recuperó el control de su expresión—. Halla no es mi heredera.

Theodore ladeó la cabeza, desconcertado, e incluso Lachlan cambió de posición con incomodidad a mi lado.

—Perdonadme. Puesto que es vuestra única hija, había dado por hecho que os sucedería ella. ¿Puedo preguntar quién ascenderá al trono obelino?

—Nuestro primogénito, majestad —respondió la princesa por su madre con voz tímida pero cristalina.

El rey variano tragó saliva mientras miraba con perspicacia a la emperatriz y a su hija.

—Muy bien, pues —concluyó, y el vínculo me dio una desagradable sacudida en el estómago en señal de protesta.

La emperatriz Nivala dejó escapar una suave exhalación y la tensión que había presidido la sala pareció disiparse.

—Ahora que los temas más apremiantes están aclarados, tendremos que ponernos unos plazos. El viaje ha sido terrible, así que prescindiremos de los dos meses de compromiso protocolarios y celebraremos la boda dentro de quince días. No quiero que Halla tenga que volver a casa entre tanto. —Theodore se quedó muy quieto, aunque no dejó de dar golpecitos con el índice sobre la

mesa. Ella le ofreció una sonrisa que me recordó a una daga desenvainada lentamente—. ¿Hay algún problema?

—Contaba con los dos meses de compromiso —dijo él con una tranquilidad pasmosa, aunque a mí me había dado un vuelco el corazón al oírla—. No voy a poder garantizaros un banquete y una ceremonia con tan poca antelación. Además, muchos de los invitados no llegarán a tiempo.

—Mi hija tiene un vestido. Vos, vino. —Se encogió de hombros—. También disponéis de una cama sobre la que consumar la unión. ¿Acaso no estáis ansioso por casaros?

El perfecto saber estar de Theodore era digno de ver. Tenía un control sobre sí mismo regio e inquebrantable.

—Por supuesto —dijo acompañando sus palabras de un seco asentimiento.

Dioses. El vínculo —los estúpidos celos que sentía— despertó algo primario en mi interior. Despertó el impulso de sacarlo a rastras de la estancia, de romper el contrato en mil pedazos y anunciar a los cuatro vientos que ese hombre me pertenecía a mí y solo a mí. Corrió por mis venas como un torrente abrasador.

—Sin embargo —continuó sin amedrentarse—. Debemos acatar la tradición…

—No os confundáis —lo interrumpió la emperatriz con una inesperada aspereza—. No ha sido una sugerencia.

Theodore se quedó de piedra. Lachlan se incorporó, como si se hubiera puesto en guardia, y recordé lo que Theodore había dicho de la flota y las tropas obelinas. La emperatriz era una aliada valiosa, pero una enemiga temible.

—Majestad —intervino Eftan con diplomacia al tiempo que le hacía saber con un asentimiento que no tenía otra opción que aceptar las exigencias de la mujer.

Theodore se aclaró la garganta.

—Estaré bastante ocupado antes de la boda, pero acepto el plazo que proponéis.

Empezaba a pensar que sangrar por la nariz, los ojos y la boca durante el ritual de escisión no era una perspectiva tan horrible en comparación con lo que estaba viviendo en esos momentos. Gracias

a la influencia del vínculo, prefería que me sacaran las tripas por el ombligo antes que tener que ver a Theodore casado con la princesa. Necesitaba reunirme con la maga sibila de inmediato.

Me serví más vino mientras la negociación seguía. Hablaron sobre hijos legítimos e ilegítimos, sobre aranceles, y negociaron el estipendio que Halla pasaría a recibir una vez que fuera reina. Y todo sin que el vínculo dejara de gritar que no, que no y que no sin descanso. Cuando me quedó claro que el vino no conseguiría minimizar mi sufrimiento, me incliné hacia adelante para coger la pluma que Eftan había dejado sobre la mesa, lo que hizo que me ganara una silenciosa mirada amenazadora por su parte. Mojé la punta en tinta, escribí una nota en un papel sucio y se la pasé a Lachlan.

—Ni se os ocurra —susurró tras leerla rápidamente.

—No puedo más —mascullé—. Algo de distancia no nos matará. No le va a pasar nada.

—Podéis aguantar un par de horas más. Es vuestro deber.

—No, no lo es. Ese bastardo me puso tres condiciones y esta no estaba entre ellas.

Lo que sí tenía que hacer era ir a ver a la maga sibila, investigar sobre mi madre y asegurarme de romper el vínculo. Me puse de pie bruscamente y todas las miradas se posaron en mí.

Hice una reverencia.

—Os ruego que me disculpéis, pero no me encuentro bien y he de retirarme.

—Vaya —dijo la princesa Halla, que se llevó una delicada mano al cuello—, espero que os encontréis mejor pronto.

—Graci… —me interrumpí al fijarme en sus dedos pálidos o, más bien, en la piedra preciosa gris de gran tamaño que colgaba de su cuello, justo por encima de ellos. Era idéntica a la de mi anillo—. Vuestro collar es precioso. De lo más inusual —apunté mientras le daba la vuelta a mi propia gema para que no reparara en ella.

Volvió a mostrar la primavera de su sonrisa.

—Ah, sí. Es una espinela. Son gemas únicas. Exclusivas de las minas de Obelia.

—Únicas, eso desde luego. —Hice una última reverencia antes de posar la vista en Theodore—. Por favor, disculpadme, majestad.

—Imogen, no podéis marcharos. —Su mirada era abrasadora—. Sentaos.

—Lo siento, majestad. —Me llevé una mano al vientre, justo por encima de donde el vínculo se rebelaba contra mí—. No me encuentro nada bien y tengo que ir a…

—Dar un paseo por el jardín. —Lachlan se puso en pie de un salto y me agarró del brazo—. Os vendrá bien algo de aire fresco.

Intenté zafarme de él sin éxito.

—No voy a salir al jardín, comandante.

—Sí —replicó él tirando de mí para rodear la silla en la que había estado sentada—. No hay más que hablar. —Le lanzó una mirada cargada de significado a Theodore, que había adoptado una máscara inexpresiva para disimular su cólera—. De hecho, sugiero que salgamos todos a dar un paseo. Enseñadle a vuestra prometida vuestro jardín favorito, majestad. Llevamos horas aquí encerrados. Creo que nos vendría bien una pausa.



El sol cegador brillaba alto y hacía que las flores rosas, rojas y amarillas parecieran llamas ardientes.

Lachlan me mantenía pegada a su cuerpo con firmeza mientras paseábamos tras Theodore y la princesa por un camino de grava.

—Podéis soltarme el brazo, comandante. —Contemplé a Halla mientras avanzaba por el jardín con una mano extendida para dejar que sus elegantes dedos acariciaran los pétalos de las flores al pasar —. No voy a escaparme.

—Sois una pésima mentirosa.

—Antes estaba fuera de mí. Solo de imaginármelos juntos… —Los señalé con un aspaviento frustrado—. Tengo que romper este maldito vínculo ya mismo.

Lachlan me miró con suspicacia, pero no dijo nada.

Theodore y Halla aminoraron el paso para admirar la llamativa fuente que borboteaba en el centro del jardín, así que no tuvimos otra opción que hacer lo propio. El agua bailaba y caía sobre los músculos y las alas extendidas de tres sirenas de expresión estoica talladas en piedra. La luz resplandecía al incidir en las salpicaduras y reflejarse en las gotitas que caían de los codos y las plumas de las estatuas.

Tras contemplar maravillada aquella estampa, la princesa caminó despacio hacia mí.

—¿Vos os criasteis aquí, lady Nel? Qué infancia más divina debisteis de tener. Este palacio parece sacado de un libro de cuentos.

Theodore y Lachlan guardaron un tenso silencio, a la espera de oír mi respuesta.

—Me temo que no, alteza. —Abrí y cerré la boca en busca de una contestación adecuada—. Yo… crecí en el norte.

—Imagino que la zona norte de Varya no es tan fría como la de Obelia —comentó con un asentimiento.

Pese a que no sabía mucho de la región, al menos tenía la certeza de que los valles helados no eran su paisaje estrella.

—Desde luego, la temperatura es mucho más cálida —dije sonriendo a regañadientes.

La princesa era encantadora y parecía hacer buena pareja con Theodore. Un pinchazo me atravesó las costillas.

—Espero que ya os encontréis mejor —dijo con esa voz melódica y suave—. Nadie debería pasar tanto tiempo en una silla.

—Coincido. Vuestro contrato matrimonial es de lo más exhaustivo. ¿Siempre habéis sido tan minuciosa a la hora de organizar vuestros planes, alteza?

—Todo es cosa de mi madre. —Metió una mano en el agua de la fuente con la mirada ausente y agitó los dedos para dejar caer unas cuantas gotitas—. Lo lleva en la sangre.

—Parece haber pensado en todo. —Sonaba cansada, al borde de la irritación, así que me obligué a esbozar una sonrisa más amplia con la esperanza de que resultara convincente.

—Así es. —Halla se sentó al borde de la fuente. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz más baja y cargada de emoción—. Sé que es difícil de entender, pero dejar atrás el hogar para construir uno nuevo es bastante abrumador. Aquí ni los paisajes ni los olores me resultan familiares y tampoco tengo ningún amigo en el que apoyarme. Agradezco mucho que mi madre y su majestad se hayan tomado tantas molestias para asegurar mi comodidad.

Le dedicó un gesto agradecido a Theodore y él inclinó la cabeza en reconocimiento. La punzada de dolor que sentí en ese momento no tuvo nada que ver con el vínculo. Envidiaba a la princesa de verdad.

—¿Qué podéis contarme del rey, lady Nel? —Se inclinó hacia mí en actitud cómplice, pero no llegó a encontrar mi mirada, pues permaneció atenta a Theodore mientras batía las pestañas y sonreía abiertamente. *Malditos dioses*. Estaba flirteando con él—. Dado que sois primos, imagino que vos lo conoceréis mejor que nadie.

Fruncí el ceño y reí incómoda.

—Me temo que su majestad y yo no tuvimos oportunidad de pasar mucho tiempo juntos de pequeños.

—No puede ser verdad. Si ha decidido traeros a la reunión para conocerme, es que debe teneros un gran aprecio. ¿No es así, majestad?

—Por supuesto —dijo él con la vista clavada en sus botas relucientes.

—¿Veis? —Halla agitó la mano para animarme a hablar—. Contadme todo lo que sepáis.

Lachlan se rascó el cuello y pareció desearme suerte al abrir los ojos de par en par.

Para ganar algo de tiempo, decidí sentarme junto a ella en el borde de la fuente y observar a su prometido.

—¿Preferís que me ciña a las cosas buenas?

Mi pregunta pareció pillar a Theodore por sorpresa, pero sonrió con cierto nerviosismo. Me ofreció una sonrisa amplia en la que sus dientes blancos y el hoyuelo de su mejilla izquierda se llevaban todo el protagonismo. Me dejó descolocada, sintiendo un pellizco de admiración en el pecho.

—Os lo agradecería enormemente.

Respiré hondo, solté el aire poco a poco y encontré la mirada de Halla.

—Es muy rico. —Ella rio como si hubiera hablado en broma—. Y… —Me devané los sesos para encontrar algo que decir, pero lo único que se me vino a la cabeza fue el recuerdo de su mano en la espalda, de sus dedos en la barbilla y de su pañuelo al secarme las lágrimas—. También es muy observador. Y afectuoso, pero solo cuando se lo propone.

Mis ojos volaron hasta Theodore por voluntad propia, atraídos por el brillo tranquilo pero cálido que se había adueñado de su expresión. Había entrelazado las manos a la espalda y el sol acentuaba sus atractivas facciones de tal manera que me vi impelida a hablar.

—Es amable —balbuceé sin apartar la mirada de él—. Y, si se lo permitís, será vuestra ancla cuando la vida os vapulee.

Bajé la vista y los cuatro nos quedamos en silencio, escuchando el canto de los pájaros y el gorgoteo del agua.

—Eso es todo cuanto puedo deciros —concluí repentinamente acalorada con un encogimiento de hombros.

—Con eso tengo más que de sobra, gracias —dijo la princesa con una sonrisa en la mirada.

Eftan apareció de entre los arbustos en flor y se detuvo detrás de nosotros, en medio del camino de grava.

—La emperatriz desea retomar la negociación y os espera dentro, majestad.

Theodore asintió y todos se dispusieron a regresar al palacio, pero yo me quedé sentada al borde de la fuente con un nudo en el estómago. Al ver que no los acompañaba, Theodore se detuvo.

—¿No venís, lady Nel?

—No, majestad. —Me enderecé ante su escrutinio—. Me temo que prefiero quedarme aquí.

Abrió un poco los ojos en una muestra de sorpresa.

—Adelantaos vosotros. —Halla se alejó con total despreocupación, mientras que Lachlan obedeció con postura tensa. Cuando nos

hubimos quedado solos, Theodore dio un paso hacia mí y me miró desde arriba—. Tenéis que venir con nosotros.

—No puedo. —Me presioné el puño contra el vientre—. El vínculo me hace entrar en pánico cada vez que os oigo hablar de vuestro compromiso y, en esta nueva vida, en este nuevo lugar, me niego a doblegarme o permitir que se me trate mal. Tengo que ir a ver a la maga sibila de inmediato. Necesito esa profecía y…

—¿Os he tratado mal?

—Sí.

—No —dijo con una expresión de firme rotundidad.

—¿Qué demonios queréis decir con eso? —Me puse de pie y le hice frente a su mirada fulminante con una de mi propia cosecha—. Este ha sido vuestro plan desde el principio. Continuar por caminos separados y enviarme a completar la escisión.

—Pero eso fue antes de…

—¿Antes de qué?

Mi pregunta lo dejó helado, pero negó con la cabeza.

—Antes de que descubriéramos que el vínculo no se va a asentar. Antes de saber que me casaría en un par de semanas. —Se puso a dar vueltas de un lado a otro mientras yo lo seguía con la mirada, sin palabras. Se detuvo ante mí—. Acompañadme durante lo que queda de reunión y yo iré con vos.

—¿A ver a la maga sibila? —pregunté sorprendida. Se tiró de la casaca con incomodidad y asintió—. ¿Es un nuevo compromiso?

Él se estremeció como si hubiera dicho algo fuera de lugar, pero no respondió. Sí, sería otro trato. Otro sacrificio a cambio de un poco de amabilidad.

—Pero no podéis ausentaros de palacio teniendo aquí a la emperatriz y a vuestra hermosa prometida. Y ese ridículo contrato…

Una profunda arruga de remordimiento le surcó el ceño.

—He dicho que estaré ocupado antes de la boda.

Era verdad, pero no pude evitar preguntarme por qué lo había dicho y cómo había sabido que la situación acabaría así.

—De todas maneras —objeté mientras intentaba que la brisa marina no me revolviera el cabello—, interpretarán vuestra ausencia como un desaire…

—Le regalaré a la princesa alguna joya y ordenaré que lancen fuegos artificiales desde la bahía en su honor.

—Claro —resoplé—. ¿Qué mujer no se distraería con un par de chucherías brillantes…?

—¿Queréis que os acompañe o no?

—Sí.

—Pues no hay más que hablar —dijo sin mover ni un músculo, mirándome igual que había hecho cuando me había secado las lágrimas ante la estatua de Ligea.

—De acuerdo. —Pese a lo enfadada que estaba, soné sin aliento, como si me hubiera pillado con la guardia baja.

Theodore agachó la cabeza y tragó saliva con fuerza.

—De acuerdo —repitió antes de darse la vuelta y emprender la marcha de regreso al palacio.

Aun así, no se movió con la suficiente rapidez como para que el color que le había teñido los marcados pómulos o el ritmo acelerado de su respiración me pasaran desapercibidos. Atisbos fugaces de unos sentimientos que no alcanzaba a controlar. Se detuvo una vez más para mirarme.

—Sois libre de quedaros en el jardín si lo deseáis —dijo con voz ronca—. Os acompañaré en vuestro viaje igualmente.

Aquello me dejó muda, embargada por una profunda gratitud.

—Deberíamos darnos prisa. —Me puse de pie y asentí apreciativamente—. El deber nos llama.



14

Menos de dos horas más tarde, me encontraba en uno de los establos vacíos e iluminados por el sol de las caballerizas, llenando una alforja con los pantalones y camisas limpias que Theodore me había prestado. Se había tomado la molestia de doblarlas en pulcros cuadraditos que luego había apilado y asegurado con un cordel.

Como habían despachado a los mozos de cuadra, conmigo solo estaba Theodore, que preparaba un caballo con aire taciturno y nervioso. Lo estudié atentamente mientras ajustaba las cinchas del animal y le daba tirones a la silla de montar. Tenía una expresión pensativa y apretaba los dientes con firmeza.

Su estado de ánimo había decaído en cuanto regresamos a la Sala del Jardín, donde lo esperaba un contrato interminable. Su expresión se había ido calcificando con cada punto que negociaban y había acabado mordiéndose el interior de la mejilla y dando golpecitos en el tablero encerado de la mesa. Imaginaba que se estaba arrepintiendo de haber decidido acompañarme, que su irritante e

implacable sentido del honor era lo único que le impedía retractarse de su palabra.

—¿Vendrán Agatha y Lachlan a despedirse? —le pregunté, arrodillada en la paja limpia.

—Sí —dijo sin apartar la mirada de la tarea que tenía entre manos.

—¿Estáis bien?

—Sí.

—Ah, de acuerdo. —Até la última alforja de un tirón—. Desde luego que se os ve en la cara. —Cargué con las bolsas hasta donde él estaba y me las quitó para ponerlas en la silla de montar—. Espero que no tengáis intención de pasaros todo el viaje con ese humor de perros. Soy consciente de que os arrepentís de haber decidido acompañarme, pero no hace falta que me lo recordéis a cada segundo con vuestra actitud.

Theodore se encaró conmigo y me dejó clavada en el sitio con el fuego de sus ojos verdes.

—Veo que me tenéis bien calado, ¿no? —Avanzó más hacia mí. Me había dejado muda. Lo que fuese que estuviera sintiendo había tomado las riendas de su cuerpo. Dio otro paso y me presionó una mano contra el vientre para empujarme hasta una de las paredes del establo. Ahogué una exclamación de sorpresa sobrecogida—. ¿Quieres saber por qué estoy así, Imogen?

Me las arreglé para responder con un asentimiento casi imperceptible.

—No me arrepiento de haber decidido acompañarte, y sé que debería. —Curvó los dedos en torno a mi cintura, como si estuviera intentando agarrarme. El vínculo emitía un calorcillo chispeante y delicioso que fluyó por mi cuerpo y se asentó con pesadez en mi centro—. Odio haberte llamado moscardón, porque la verdadera alimaña aquí soy yo. Soy una polilla y tú, la luna que me atrae irremediablemente con su luz. El problema es que no tengo forma de alcanzarte sin destruirme a mí mismo. Mi única opción es soñar con que llegue el día en que eso cambie. —Me ofreció una mirada suplicante—. ¿Lo entiendes ahora? Estoy haciendo todo cuanto está

en mi mano para controlarme, para mantener las distancias, pero tú insistes e insistes en ponerme piedras en el camino.

Se me desbocó el corazón. Me habría sorprendido menos que se hubiera abierto el pecho y me hubiera enseñado los órganos que se retorcían en su interior. Cualquier cosa me habría sorprendido menos que su contacto, su cercanía y su confesión.

—Os estáis burlando de mí.

Estaba tan cerca que tenía que bajar la cabeza para mirarme. Me habría bastado con ponerme de puntillas para besarlo.

—Dioses, ojalá fuera así. —Se le marcó un poco más la arruguita del ceño.

—Habláis del deseo como si fuera una enfermedad. —El desagrado con el que hablaba solo acrecentó mi frustración—. Como si yo os hubiera infectado. —Le di un empujón en el pecho sin demasiada convicción, pero seguidamente apreté el puño en torno a su camisa—. ¿Cómo os atrevéis a culparme de esto? Cualquiera diría que os he tendido una trampa o que lo que sentís os resulta repulsivo. Puede que sea el objeto de vuestro deseo, pero no he sido yo quien ha prendido esa llama en vuestro interior.

Él parpadeó, sopesó mi respuesta y luego luchó por recuperar la compostura. Aunque lamenté su ausencia casi de inmediato cuando apartó la mano cálida de mi vientre, yo también le solté la camisa. Aun así, ninguno de los dos nos apartamos. Nuestras miradas se encontraron.

Era evidente que había algo entre nosotros, enterrado bajo los roces y la discordia. No sabía si esa atracción era un mero producto del vínculo, pero en ese momento me moría por averiguarlo. Quería reducir a escombros la pétrea fachada de Theodore para ver qué ocultaba tras ella, para explorar lo que fuera que sintiera. A juzgar por la forma en que me miraba, habría estado dispuesta a afirmar que él quería hacer lo mismo conmigo.

—Os pido disculpas por mi desliz —dijo dando un paso atrás y volviéndose hacia el caballo para asegurar una segunda alforja—. No se repetirá.

Lo único que me mantenía erguida ya era la pared que se alzaba a mi espalda. A Theodore se le daba de maravilla encerrarse en sí

mismo. De nuevo estaba tranquilo, impasible ante lo que acababa de ocurrir entre nosotros.

Tras oír el crujido de la paja, vimos a Agatha aparecer por el pasillo central. Llevaba un vestido nuevo de color trigueño y cargaba con una cesta llena de paquetes de comida y botellas de vino.

—Ahí estáis. —Su rostro cayó al verme. Estudió a Theodore con atención antes de volver a centrarse en mí—. ¿Te encuentras bien?

—Ajá —respondí con un rápido asentimiento, aunque su expresión se endureció al percatarse de mi mentira.

—Majestad, la princesa Halla está aquí. Viene a deciros adiós.

Theodore enderezó los hombros, pero, antes de que tuviera oportunidad de salir del establo, Halla apareció junto a Agatha. Se había peinado el cabello rubio en un tirante recogido decorado con horquillas de zafiro. El color azul pálido de su vestido de gasa hacía juego con sus ojos.

Hizo una profunda reverencia y sonrió con dulzura.

—Quería despedirme de vos, majestad.

Theodore no dijo nada, pero se acercó a tomarle la mano y besársela rápidamente. La princesa entornó los ojos desconcertada al reparar en mí, que seguía apoyada contra la pared del establo.

—No sabía que iríais a ver a los capitanes de vuestras tropas acompañado de lady Nel.

—Su familia vive cerca de una de las bases —explicó él desviando su atención de Halla para posar la mirada en mí por un instante.

—Qué coincidencia. —Su sonrisa se volvió tensa, pero se puso de puntillas y le besó en la mejilla—. Aguardaré con ansia vuestro regreso.

Theodore se limitó a responder con un breve cabeceo y, tras echarme un último vistazo, Halla salió de las caballerizas con la cabeza gacha. Justo cuando el remordimiento empezaba a reconcomerme, Lachlan entró de golpe en el establo con dos petates y más provisiones. La mirada recelosa con la que nos estudió a Theodore y a mí fue imposible de pasar por alto.

—Ayúdame con esto, Imogen —me pidió Agatha, que señaló con la cabeza los paquetes de comida que sostenía, así como el establo

que había detrás de ella, donde estaban preparando al segundo caballo.

Metió todo en la bolsa que colgaba a la altura de la grupa del caballo.

—Déjate ayudar —me susurró después de echar un vistazo por encima del hombro.

Me tiré del cinturón que llevaba puesto. Los pantalones que Theodore me había prestado eran demasiado grandes y el exceso de tela que se me acumulaba en la cintura era de lo más molesto. Llevar las caderas y los muslos cubiertos de lana era una sensación extraña.

—No sé de qué me hablas —dije distraídamente.

—Escúchame. —Me lanzó una mirada fulminante pero cargada de emoción—. Me da la sensación de que ninguno de los dos estáis dispuestos a guardar los cuchillos, pero eso solo conseguirá complicar las cosas. Deja que Theodore te ayude. Deja que te reconforte y cuide de ti. —Reprimió una descarga de emoción—. La maga sibila y su ritual son peligrosos. Como intentes enfrentarte a ella sola, corres el riesgo de no regresar.

—Agatha… —Negué con la cabeza—. Haré lo que esté en mi mano.

Aceptar la ayuda de Theodore sería difícil ahora que sabía lo mucho que se resentía de sentir algo por mí.

Mi mirada cruzó el pasillo hasta él. Llevaba una camisa marrón limpia, pero llena de manchas secas, unos pantalones remendados y unas botas gastadas, pues aseguraba que era mejor pasar desapercibido en las zonas agrestes de Varya. En cualquier caso, el atuendo humilde no deslucía su apariencia en absoluto. De hecho, lo prefería vestido así, con el cabello ondulado resplandeciente bajo el sol y los músculos tonificados cubiertos con ropas desgastadas.

Agatha me observó en silencio.

—He de advertirte de que… la escisión no será limpia.

Volví a centrar la atención en ella.

—¿Qué quieres decir?

—Sé que hay algo entre vosotros dos —susurró acompañando sus palabras con una expresión de infinita comprensión—. Es innegable,

por muy espinosa y complicada que sea vuestra relación.

Me mordí el labio, decidida a evitar el tema, y me metí el dobladillo de la enorme camisa en los pantalones. El rostro de Agatha se transformó rápidamente en una atormentada máscara de compasión.

—Puede que hayas conseguido engañarte a ti misma —resopló—, pero para mí es evidente. Al igual que para Lachlan.

—¿Y qué más da? —Mi voz sonó tensa y apocada—. Él es el rey de Varya y yo… —Proferí una carcajada rabiosa—. ¿Yo qué soy? Una huérfana y una asesina. Theodore se va a casar con una hermosa princesa que es perfecta para él. Además, aunque las circunstancias fueran distintas… —Se me vino inesperadamente a la memoria el recuerdo de Evander, retorcido bajo el agua de la tina. Me froté un ojo. Habría dado lo que fuera por borrar ese recuerdo—. Theodore me traerá de vuelta sana y salva porque es su deber. Luego tomaremos caminos separados y partiré para completar mi última tarea.

—Imogen…

Agatha hizo ademán de tocarme, pero yo me alejé de ella y salí al patio de las caballerizas, donde Theodore y Lachlan habían dejado el primer caballo. Mi amiga estaba decidida a desenterrar mis sentimientos como si fueran tesoros escondidos que merecía la pena estudiar, pero la verdad era que yo prefería mantenerlos a buen recaudo en las profundidades de mi ser. Me negaba a complicar todavía más la situación.

—¿Todo listo?

—Casi —dijo Lachlan, que pasó a mi lado para coger las riendas de los caballos.

Cuando Theodore salió al patio soleado, me ignoró por completo. Esa especie de exoesqueleto infranqueable hecho de abatimiento que lo envolvía había aumentado de grosor.

Cambié el peso de un pie a otro, incómoda.

—¿No deberíamos comer antes de partir? —pregunté intentando reducir un poco la tensión.

Theodore dio un tirón de una de las cinchas de la silla de montar para comprobar que estaba bien sujeta.

—Podéis comer en el caballo.

Me habría gustado darle a probar de su propia medicina, incluso levanté la barbilla para responder con el mismo mal humor que él, pero me contuve. Tal vez… tal vez solo me hiciera falta comportarme como el agua, moverme a su alrededor para ir erosionando poco a poco su coraza, para sobrevivir a la semana.

—Buena idea —respondí con suavidad.

Theodore apretó los dientes, apoyó un pie en uno de los estribos y se montó en su caballo en un movimiento fluido.

—Tened cuidado —dijo Agatha, que se había detenido a mi lado.

—Nos vemos dentro de una semana —asentí.

Mi yegua era un animal precioso, de pelaje negro y brillante. Me coloqué junto a ella e intenté imitar a Theodore, pero me quedé petrificada en cuanto puse el pie en el estribo.

—Nunca… nunca he montado sola a caballo.

Lachlan exhaló en actitud derrotada.

—Me cago en los dioses, ¿y nos lo decís ahora? —Tiró de mí para rodear a mi caballo. Luego, para que solo yo lo oyera, añadió con un hilo de voz—: Tened paciencia con Theo. Está tan asustado como vos. Tal vez más.

—¿Por qué? Él no va a tener que sufrir la escisión.

—Tendrá que contároslo él cuando esté preparado —dijo después de que su expresión se tornara sombría.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunté presa del pánico al ver que nos deteníamos junto al caballo de Theodore.

—Lo siento, pero Theo tendrá que enseñaros a montar —explicó dándole una palmadita a su rey en la rodilla a modo de disculpa.

—No. No, gracias, pero…

Me interrumpió al obligarme a poner el pie en el estribo y auparme para que me sentara delante de Theodore. Pasé una pierna con torpeza por encima del borrén delantero y, al acomodarme contra su regazo, los dos nos pusimos rígidos.

Agatha se llevó una mano a la sien y nos observó con una mueca, mientras que Lachlan sonrió con incomodidad.

—Tenéis vino de sobra en las alforjas —dijo dándole un par de azotes en la grupa al caballo.



Con las riendas de mi yegua en la mano, Theodore guio a nuestra montura para que saliera del patio de las caballerizas al camino que se abría paso por los jardines que rodeaban el palacio. La brisa marina lo empapaba todo.

—Estáis demasiado tensa —me dijo por encima del hombro al notar la rigidez de todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo.

—Dado que estáis haciendo todo lo posible por mantener cierta distancia conmigo… —notaba la presión de su figura contra la mía. Su pecho y su vientre eran como un muro firme y cálido. Mi trasero ocupaba todo el espacio de su regazo—, no me parece conveniente relajarme en esta posición.

—¿Tan difícil os resulta centraros en la tarea que tenemos entre manos en vez de en nuestro cuerpo?

—¿Perdón? —Me volví para dedicarle una mirada asesina por encima del hombro—. ¿Qué se supone que queréis decir con eso?

—Nada —se apresuró a decir—. Centraos en el maldito caballo.

Volví a mirar al frente con un resoplido.

—Desgraciado.

—Estirad la espalda —me instruyó con voz ronca y los labios cerca del oído—. Dejad que vuestras caderas adopten una posición natural. Tenéis que mantener el equilibrio y sentir los movimientos del caballo.

Exhalé molesta e intenté hacer lo que me decía mientras avanzábamos por el camino de tierra que conducía a una pradera salpicada de árboles. Gruñó con aprobación al notar que relajaba los músculos.

—Así mejor —me alentó en un susurro entrecortado que me puso la piel de gallina.

Cerré los ojos con fuerza molesta. Cuando el camino se volvió más irregular, me dio dos palmaditas en la cadera para recordarme que debía prestar atención a los cambios de ritmo del caballo. Obedecí con la lengua entre los dientes.

—Muy bien. —Aceleró el paso de nuestra montura y estuve a punto de perder el equilibrio, pero me rodeó la cintura con el brazo —. Os tengo.

Nos mantuvo así un rato, presionados el uno contra el otro, y el corazón se me desbocó ante su cercanía. Me pregunté qué horribles pensamientos se le estarían pasando por la cabeza. Al final, acabé acostumbrándome al ritmo del trote y conseguí mantener la postura y el equilibrio sin esfuerzo.

—Sujetad las riendas —dijo al tiempo que me las ponía en la mano.

Guie al animal por el camino, que empezaba a dibujar una curva entre las diminutas flores amarillas que salpicaban sus bordes. Se mecían y bailaban con la brisa, como si el viento entonara una melodía que no alcanzaba a oír. Las contemplé embelesada, con una pequeña sonrisa en los labios.

—Qué bonitas —comenté en voz baja sin darme cuenta.

—Son malas hierbas.

—Dioses santos, eso no impide que sean hermosas —le espeté sin pensar, movida por la irritación.

Permaneció en silencio mientras dejábamos atrás las flores y nos adentrábamos en un campo de hierba. Habría preferido morderme la lengua, pero yo no tenía la culpa de que Theodore fuera un pretencioso de mente estrecha y actitud desquiciante. Al final, para mi sorpresa, presionó la mejilla contra mi pelo.

—Tenéis razón —dijo arrepentido—. Sí que son bonitas.

Me habría gustado verle la cara, mirarlo a los ojos. Me habría gustado ver el cambio en su mirada cuando sonaba así. Mantuve la vista al frente, pero ese instante se llevó consigo los últimos resquicios de la tensión que me había agarrotado el cuerpo. Muy a mi pesar, me recosté contra él y empezamos a movernos sobre el caballo como si fuéramos uno.

Cuando habíamos recorrido la mitad del campo, Theodore dio un fuerte tirón de las riendas y yo contuve la respiración cuando caí en la cuenta del motivo por el que habíamos parado. Notaba su miembro largo y duro presionándome el trasero.

Por un instante, ambos nos quedamos quietos. Un fuego abrasador se extendió por mi cuerpo, aunque hice todo lo posible por extinguirlo. Cuando desmonté con torpeza, ninguno de los dos dijo nada y levanté la vista para mirarlo una vez que tuve los pies en el suelo. Al ver que se había sonrojado y apretaba los labios con fuerza, una parte de mí quiso dejarlo tranquilo para no mortificarlo más, pero terminé por menear la cabeza fingiendo decepción.

—Deberíais haberos centrado en el caballo.

Al ver que soltaba las riendas de mi yegua y espoleaba su montura para seguir adelante, no pude evitar sonreír.

—¿No me vais a esperar? —El vínculo ya empezaba a tensarse y a revolverme el estómago—. ¡Estaba bromeando!

Trepé a lo alto de mi silla de montar y, sin saber muy bien cómo, me las arreglé para hacer que el caballo lo siguiera. El cuerpo no tardó en empezar a dolerme. Por si eso no fuera poco, la incertidumbre se adueñó de mi mente; una sucesión de preocupaciones, incógnitas y pensamientos me asoló como un imparable torbellino que me fue echando abajo. Ni siquiera la fascinante belleza de Varya consiguió levantarme el ánimo.

Theodore seguía un par de pasos por delante, pero mi yegua por fin había conseguido alcanzarlo.

—¿Alguna vez habéis ido a visitar a la maga sibila? —le pregunté.

—Solo una vez —respondió pasándose una mano por el cabello alborotado por el viento.

Había sonado seco. Cortante. Entendía que no quisiera hablar, pero el silencio atronador que había caído entre nosotros me estaba consumiendo.

—¿Y? ¿Es tan horrible como dice Agatha?

Se acomodó en la silla y permaneció en silencio tanto, tantísimo rato que estuve segura de que no contestaría.

—Sí —dijo al final.

Una gélida ola de frío asfixiante se apoderó de mí. Me agarré a las riendas con tanta fuerza que se me agarrotaron los dedos. Tras decidir no hacer más preguntas, me limité a clavar la mirada en sus hombros tensos y a maldecir entre dientes. Odiaba que Agatha siempre siempre tuviera razón. Me resultaba superior a mí pensar

que tal vez hubiera estado en lo cierto al decir que lo que fuera que se estaba fraguando entre Theodore y yo podría dejarme marcada de por vida. Quería librarme de su influencia por completo, pero pasar unos días con él así, aterrorizada y en silencio, me iba a volver loca.

—¿Qué os parece si ponemos todas las cartas sobre la mesa? —Esperé a ver su reacción. Al cabo de unos segundos, se volvió para lanzarme una mirada dura pero curiosa por encima del hombro—. Desahoguémonos. Contadme de dónde viene ese humor de perros que traéis. Contadme qué os hace odiarme y qué os molesta de mí y yo haré lo mismo. Así, una vez que rompamos el vínculo, habremos purgado al otro de nuestro interior.

Theodore dejó escapar un suave silbido y avanzó un par de pasos más sin detenerse.

—Es una idea pésima.

Nos adentramos en un viñedo en el que la cálida brisa del mar mecía las amplias hojas de las parras. Levanté la voz lo justo para que me oyera por encima del susurro del viento.

—¿Es que acaso os da miedo?

Fue la gota que colmó el vaso para él. Inspiró hondo y aminoró el paso de su caballo hasta que quedamos a la misma altura.

—Empiezo yo —dijo lanzándome una mirada de reojo.

Cuadré los hombros lista para recibir el golpe.

—Vuestra falta de responsabilidad nunca deja de sorprenderme. Todavía no alcanzo a entender cómo una persona tan fascinante como vos, siendo la hija de una diosa tan extraordinaria y poderosa como Ligea, ha podido pasar toda una vida conformándose con vivir recluida en las montañas como un gato perezoso y sobrealimentado. Tampoco me entra en la cabeza que estuvierais dispuesta a casaros con ese capitán. ¡Y con gusto por si fuera poco! —Cada palabra estaba más cargada de rabia que la anterior—. Os colgasteis de su cuello y lo cubristeis de besos pese a que no os merecía. Incluso muerto, ese cerdo despierta en mí una envidia inexplicable. Todavía me mata que le tuvierais aprecio incluso cuando se dedicaba a darle caza a las de vuestra especie. —Respiró hondo, pero no consiguió calmarse—. No entiendo por qué os negáis a aprender a usar

vuestro poder cuando podríais utilizarlo para hacer el bien ni por qué no queréis reclamar el trono de vuestra madre. Sois una cobarde y una egoísta. Le ofrecisteis vuestra sangre a otra divinidad y le pedisteis que llevara a vuestra especie a la extinción. Solo os preocupáis por el resto del mundo cuando os concierne. No tenéis entereza ni previsión de futuro y, aun así… —Apretó los dientes para no hablar más de la cuenta.

Intenté expulsar el dolor y la vergüenza con una exhalación, pero se me había cerrado la garganta.

—Solía pasar mucho tiempo mirando la estatua de Ligea cuando era niño. —Se pasó una mano por la sien—. Encendía velas a sus pies y le pedía que me concediera la misma valentía de la que ella hacía gala en las leyendas y canciones. Cuando nos conocimos y vi que erais su viva imagen, q-quise… Descubrir que no sois más que un hermoso cascarón vacío en comparación con ella ha sido la mayor decepción de mi vida.

Los caballos siguieron avanzando por el camino de tierra mientras yo trataba de recuperar la compostura tras escucharlo. El nudo que sentía en el pecho estaba tan prieto que solo me permitía tomar bocanadas de aire cortas y superficiales. Theodore tardó un rato en volver a mirarme. Yo mantuve la vista al frente.

—Me toca —dije cuando por fin me vi capaz de hablar—. Sois un imbécil presuntuoso. Os creéis tan superior al resto que habéis acabado convirtiéndoos en una persona cruel e inaccesible. Sois tan compasivo como una piedra. Y no solo os comportáis así conmigo, sino con cualquiera que, a diferencia de vos, no haya contado con cierta libertad de elección, fortuna y poder desde la cuna. Vuestro ridículo sentido del deber no os hace mejor que yo. De hecho, solo os obliga a ignorar las escalas de gris. Por eso no llegáis a entenderme por completo. Y lo que más detesto es que, a pesar de que sois un cabezota santurrón que me ha tratado fatal todo este tiempo, solo ansío que veáis mi verdadero yo. Que comprendáis que también soy valiente, aunque mi forma de demostrarlo difiera de la vuestra o de la de Ligea. Vos también queréis controlarme, así que no sois mejor que Nemea. —Hablaba atropelladamente, con la voz temblorosa—. Solo os he oído reír una vez desde que nos

conocemos y fue mientras os burlabais de mí. Además, la única sonrisa genuina que os he visto esbozar iba dedicada a vuestra modista. Joder, si casi da la sensación de que pensáis que algo tan inocente como considerarme hermosa va a mancillar vuestro buen nombre. Y que los dioses os libren de que se mencione vuestra virilidad en los panegíricos que sin duda se escribirán sobre vos. ¡No, el gran rey dios Theodore jamás cayó en la tentación del deseo! Obligaba a las mujeres hermosas a vestir sacos de patatas y a…

—Ya vale —me interrumpió desolado.

—No, no he acabado. Os convendría daros un buen revolcón. Uno largo y apasionado. Espero que vuestra nueva esposa disfrute de los besos castos, los abrazos tensos y los fuegos artificiales que lanzaréis desde la bahía, porque esas serán las únicas muestras de cariño que recibirá por vuestra parte.

Mi rabia era como una criatura viva. Quería que Theodore se enfrentara a ella, pero lo que acababa de decir no era del todo cierto. Conmigo había sido cariñoso muchas veces. Incluso en ese momento, un dolor abrasador se apoderaba de mí al recordar la sensación de su mano sobre el vientre.

Theodore volvió a adelantarse en actitud taciturna. Atravesamos un viñedo tras otro sin pronunciar una sola palabra. El sol trazó un amplio arco por el cielo y, cuando se escondió tras el horizonte, nos detuvimos a un lado del camino.

Entonces bajó de su caballo y rebuscó en una de las alforjas con los dientes apretados hasta dar con una botella de vino. Se peleó con el corcho para abrirla.

—¿Os sentís mejor después de este numerito? —preguntó antes de dar un largo trago.

—No. —Pasé una pierna por encima del cuello de la yegua para desmontar y me estremecí de dolor al tocar el suelo. Encontré su mirada feroz con un gruñido—. Me siento mucho peor. Teníais razón, ha sido una idea pésima.

Coincidió con un resoplido y dio otro generoso trago de vino. Luego, se acercó a mí; tanto que me puse rígida.

—Tomad.

Entornó los ojos y me miró con intensidad mientras esperaba a que aceptara el vino. Tras coger la botella, bebí sin romper el contacto visual. Era el mismo vino dulce y chispeante que había probado en la Sala del Jardín. Di otro trago.

—Está muy bueno.

—Gracias.

—¿Lo habéis preparado vos?

Asintió.

—Las uvas son del penúltimo viñedo que hemos dejado atrás. Yo mismo me encargo de su cultivo.

—¿Os gusta la labranza? —pregunté con una sonrisilla.

—Pues sí. —Pese a que sonrió, todavía había un brillo dolido en su mirada—. A lo mejor incluyen ese detalle en los panegíricos que escribirán sobre mí —dijo con tono burlón pero sombrío—. El rey Theodore, también conocido como el Labriego Mojigato.

Le devolví la sonrisa.

—Lachlan me ha comentado que no siempre fuisteis así. —Al ver que arqueaba una ceja, añadí—: Me habló de las noches que pasasteis rodeado de mujeres en vuestro barco.

Se rio con ganas. Sus carcajadas eran tan roncas y profundas que me pillaron por sorpresa.

—Ya me lo imaginaba. Maldito Lachlan. —El color se había adueñado de sus mejillas y una sonrisilla errante le curvaba los labios. Levantó la vista hacia la creciente oscuridad del cielo, plagada de unas nubecillas que parecían escamas—. A menos de dos kilómetros de aquí hay una cabaña disponible para que viajeros y campesinos pasen la noche si lo necesitan. —Su mirada atrapó la mía—. Podemos descansar allí.

Asentí con una chispa de anticipación, pero cuando intenté subirme de nuevo al caballo, se me resbaló el pie del estribo y estuve a punto de caer. Tras gruñir dolorida, Theodore se colocó detrás de mí y me rodeó la cintura con las manos. Sin embargo, cuando pensaba que se disponía a levantarme, se inclinó hacia mí y noté que una de sus manos subía hasta rozarme la parte baja del pecho con los nudillos.

—Si te hubiera conocido entonces… —me susurró al oído.

—¿Sí? —pregunté levantando la vista para mirarlo a los ojos con el corazón desbocado.

No podía respirar. Theodore frunció el ceño y apretó los labios, como si se lo hubiera pensado mejor y ya no quisiera pronunciar las palabras que tenía en la punta de la lengua.

—Decidme.

Poco a poco, separó los dedos y me apretó las costillas, como si quisiera abarcar tanta piel como le fuera posible.

—Te habría venerado —admitió despacio, con voz rasposa—. Te habría postrado en mi cama como a una diosa en su altar y me habría arrodillado ante ti. Una vez satisfechos, tras horas de devoción… —me apretó contra su pecho y yo prácticamente me derretí ante su contacto. Le rocé la barbilla con la nariz— te habría dado las gracias por dejarme hecho jirones con esas garras tuyas tan preciosas.

Se apartó abruptamente y me subió a la silla de montar tan de improviso que hizo que me diera vueltas la cabeza y se me escapara un ronco gemido de protesta. Me sonrojé, avergonzada por el sonido que acababa de salir de mi boca y Theodore me miró con una sonrisa de suficiencia.

—Sois un idiota.

—Ya lo sé —dijo con una risita antes de montar en su propio caballo y chasquear la lengua para que los animales retomaran la marcha.

Por primera vez desde que salimos de palacio, parecía relajado. Había dejado caer los hombros en una actitud más despreocupada que nunca.

—Os veo muy satisfecho.

—Cualquiera se sentiría así después de conseguir que a una mujer se le escape un sonido como ese.

Gracias a los dioses, Theodore hizo que los caballos avanzaran a un ritmo tranquilo. Me dolía todo el cuerpo, al igual que el orgullo, pero me alegraba que la tensión se hubiera disipado, que el ambiente entre nosotros se hubiera relajado.

—No os habría dejado hecho jirones —dije tímidamente—. Eso sería un desperdicio por mi parte.

—Ah, ¿no? —Volvió a reír—. ¿Y qué habrías hecho?

—Lo que cualquier diosa que se precie. —Me miró por encima del hombro, expectante, con un brillo ardiente y divertido en los ojos—. Os habría exigido que me rindierais pleitesía una segunda vez. Y una tercera.

Antes de que se volviera de nuevo, alcancé a ver que sonreía de oreja a oreja. Luego, echó la cabeza hacia atrás, como si se hubiera sumido en una agradable ensoñación, y me pareció oírlo ronronear complacido.

Me pasé el resto del trayecto hasta la cabaña inmersa en mis propias fantasías.



15

Salimos del camino principal y, cuando llegamos a la cabaña, encontramos tres caballos atados a un abrevadero y una carreta vieja cargada de provisiones en medio del estrecho claro que se abría ante ella. La modesta casita, que carecía de puerta y de cristales en las ventanas, tenía el techo de paja y el suelo hecho de la misma tierra apelmazada que el camino. Además, contaba con un pequeño pozo de piedra.

Se oían voces amortiguadas y risas dentro.

Theodore tiró de las riendas y se bajó de su montura con una mano a escasos centímetros de la daga que llevaba colgando de la cadera.

—Quédate aquí.

La inquietud que destilaba su voz extinguió de un plumazo el agradable calorcillo del que había estado disfrutando al soñar despierta.

Antes de que tuviera oportunidad de entrar en la cabaña, tres jóvenes salieron de ella. Dos de ellos eran bajitos y muy delgados y

parecían hermanos. Con el cabello negro y la nariz afilada, me recordaban a las puntas de flecha serafíes. El tercero era alto y atractivo; tenía el pelo salpicado de mechones dorados, la piel de un cálido color marrón y los ojos alegres del verde más claro que había visto jamás. Todos sonreían.

—Pasad —le dijo uno de los hermanos a Theodore—. Nosotros dormiremos fuera aprovechando el buen tiempo.

Theodore los miró ceñudo e hizo una breve inclinación de cabeza, pero, antes de que llegara a responder, el joven atractivo reparó en que yo todavía no había desmontado y se acercó a mí con una gran sonrisa.

—¿Os echo una mano?

—Como le pongáis una mano encima a mi esposa, os la rebanaré de un solo tajo —lo amenazó Theodore, que había apretado el puño en torno a la empuñadura de la daga.

El hombre abrió los ojos como platos y levantó los brazos en señal de rendición.

—Solo intentaba ayudar.

Yo le lancé una mirada asesina a Theodore, pero él me ignoró y se colocó junto a mí, airado e implacable, para bajarme del caballo. Los otros hombres farfullaron una disculpa con cara de circunstancias y se retiraron al pequeño claro que había tras la cabaña, donde había un cerco para preparar una hoguera.

—¿Qué mosca os ha picado? —lo reprendí—. Ahora ya no van a dejar que nos sentemos junto a ellos frente a la hoguera.

—Finge que te caigo bien. —Cogió el odre de agua que colgaba de uno de los flancos de mi yegua y me lo ofreció para que bebiera —. Ya sé que es mucho pedir, pero actúa como si estuviéramos felizmente casados.

Di un trago de agua con mala cara.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Theodore se detuvo extrañado y se llevó una mano al vientre, justo donde el vínculo hacía de las suyas.

—No los conozco y me basta con imaginármelo tocándote para… —Meneó la cabeza y bebió del odre—. Es por el maldito vínculo,

pero hazlo por mí, ¿quieres? No te alejes mucho. No estarás a salvo si no te ven como mi esposa.

—Estáis celoso. —Lo miré boquiabierta mientras buscaba algo en la alforja—. Me tratasteis como si mi respuesta a la negociación del contrato prematrimonial fuera ridícula, pero ahora vos estáis igual.

—Esto es diferente —se defendió—. Aquello fue cosa de la emperatriz de Obelia y…

—¿Veis al muchacho atractivo de ahí? —Theodore lo miró de mala gana por encima del hombro—. Cuando os quedéis dormido, me lo pienso llevar a uno de los viñedos para hacer el amor y mañana os obligaré a escucharnos hablar del futuro de nuestros hijos mientras desayunamos. —Me fulminó con la mirada—. No es agradable, ¿verdad?

—No —admitió de mala gana—, en absoluto.

Siguió echando humo mientras dábamos de comer a los caballos. Luego, me condujo hasta el pozo que había junto a la cabaña con un cuenco y un paño que sacó de una de las alforjas. Rodeó la estructura para quedar de espaldas a los hombres, que charlaban junto al fuego, se sentó en el borde de piedra y llenó el cuenco de agua. Una vez que hubo empapado el paño, separó las piernas y me agarró la mano para tirar de mí y colocarme entre sus rodillas.

Lo miré por un momento. Estudié sus oscuras pestañas, la pendiente de su nariz y la curva de sus labios.

—¿Qué estáis haciendo?

—Fingir que eres mi esposa.

Sus ojos quedaban a la altura de mi barbilla. Despacio, con una delicadeza devastadora, me apartó los mechones que se me habían escapado de la trenza, y su tacto me hizo cosquillas en las orejas y en las sienes. Contuve el aliento al notar que me agarraba la trenza, se la enrollaba en el puño y le daba un suave tirón. Eché la cabeza hacia atrás y mi cuello quedó expuesto ante él.

Con un sonido ronco de aprobación, posó la mirada en mis labios, la deslizó por mi cuello y continuó hacia abajo. Al quitarle el exceso de agua al paño con la mano libre, una lluvia de gotitas me salpicó la piel.

—No tenéis por qué…

Ahogué un gemido cuando me limpió la mejilla y el lateral del cuello lentamente. Volvió a mojar la tela y continuó deslizándola por mi enardecida piel.

—Estás cubierta de polvo y sudor —dijo en un hilo de voz— y un buen marido se aseguraría de asearte bien antes de prepararte la cena y llevarte a la cama, ¿no crees?

—Pero eso no es lo que estáis haciendo.

Deslizó el paño hasta mi clavícula, donde la camisa que llevaba —*su* camisa— se abría un poco. Se me cerraron los ojos. Estaba segura de que Theodore se había fijado en el rubor que me coloreaba las mejillas, de que oía cómo se me aceleraba la respiración.

—Esto es una venganza por lo que os dije antes. Estáis tratando de provocarme.

—Te prometo que no. —Negó con la cabeza. Sus palabras se deslizaron por mi piel como una cálida caricia—. Pero he de admitir una cosa. Ojalá no me importara lo que pienses de mí.

—Dos días —dije. Atrapó con un dedo la gotita de agua que me caía hacía la barbilla y me tiró del labio inferior al hacerlo—. Dentro de dos días romperemos el vínculo y entonces ya no volveréis a preocuparos por mí.

Nuestras miradas se encontraron y me dio un vuelco el corazón cuando me ofreció una sonrisa burlona.

—Crucemos los dedos.

Pese a que apartó y me soltó la trenza, sus ojos no perdieron ni una pizca de su fogosidad. Sostuvo el paño entre nosotros. Habíamos alcanzado un límite que ninguno de los dos se atrevía a cruzar del todo. Pensé en lo que Lachlan y Agatha me habían pedido, en que debía dejar que Theodore me cuidara y velar también por él. Pese al caos que habían sido las últimas semanas, Agatha creía que entre nosotros había nacido algo que crecía como una de las enredaderas en flor de Theodore. Pero ese algo no era más que el deseo, la atracción. Nada podría desarrollarse en semejantes condiciones a largo plazo y, en caso de que algo hubiera echado raíces, alimentado por el vínculo de sangre, no llegaría muy lejos, pues acabaría arrancado de cuajo en dos días.

Vacié el cuenco y lo llené de agua limpia antes de humedecer el paño y retorcerlo para escurrirlo. Después de haber pasado tantas horas en la silla de montar, las piernas me ardieron al apoyarme en una de sus rodillas.

—Bueno, ya habéis dejado claro que antaño fuisteis un hombre libidinoso y varonil y que todavía podéis serlo si os lo proponéis. —Se rio y yo no pude reprimir una sonrisa al oírlo—. Sin embargo, yo siempre he tenido miedo, así que no os equivocabais al llamarme cobarde.

El fuego que brillaba en su mirada se atenuó. Me moví para ponerme más cerca de él, le rodeé la barbilla con la mano y le levanté la cabeza. Mientras le limpiaba los fuertes músculos del cuello, me posó una mano en la curva de la cadera.

—¿De qué tienes miedo?

—De todo. Cuando era pequeña, le tenía pánico a la oscuridad.

—Como cualquier niño.

Mojé el paño de nuevo y me permití admirar las líneas de su torneado pecho al abrirle el cuello de la camisa.

—Puede que no os parezca nada del otro mundo, pero la oscuridad en la fortaleza Linum era diferente. Era mucho más siniestra de lo normal, tan negra y densa que casi me la imaginaba como un monstruo. Era corpórea. Cada vez que perdía la noción del tiempo y me quedaba leyendo hasta tarde en el estudio, me veía obligada a sumergirme en ese manto de oscuridad para llegar a mis aposentos en el piso inferior. Y siempre acababa metiéndome en la cama llorando y temblando de miedo.

—¿Y por qué no te quedabas a dormir en el estudio? —preguntó acariciándome la cadera con el pulgar.

Negué con la cabeza mientras le limpiaba el puente de la nariz y las mejillas.

—Porque quería dormir en mi habitación. Me reconfortaba saber que era mi refugio y de nadie más.

—Muy valiente por tu parte.

Me miró como la primera vez que nos vimos, como si estuviera haciendo un inventario de las partes que me componían, aunque con más atención si cabía. Me estudiaba a un nivel más profundo. Recé

como una tonta para que mis piezas conformaran por fin un rompecabezas que le pareciera agradable.

Me levanté de su rodilla para tirar el agua sucia y escurrir el paño.

—Tengo hambre. —Miré a los tres hombres agazapados alrededor del fuego por encima del hombro de Theodore—. Tendréis que portaros bien para que nos dejen calentar un poco de comida.

Theodore se puso de pie con una mueca y se secó las manos en los pantalones.

—Vamos a preparar primero el jergón.

—Los jergones. En plural.

—El jergón. En singular. —Me quitó el cuenco y el paño de las manos—. Estando en mitad de la nada y con tres hombres durmiendo a nuestro lado, el vínculo no me dejaría dormir lejos de ti ni aunque los grandes dioses volvieran a la vida.

Ese límite que no nos atrevíamos a cruzar empezó a fragmentarse y desdibujarse. Podría dormir perfectamente a salvo en mi propio jergón, tapada con mi propia manta a su lado. Además, los hombres con los que compartíamos la cabaña, que estaban riendo y contándose chistes malos, parecían más inofensivos que nunca. Aun así, no me vi capaz de llevarle la contraria.

Theodore también había estado en lo cierto al decir que era una egoísta. Me tragué la vergüenza y asentí.

—Pues uno, entonces.

Cuando regresamos junto a los caballos, lo ayudé a sacar las cosas de las alforjas. El camino que habíamos seguido hasta allí se ensanchaba y se abría paso entre una playa amplia y llana y uno de los muchos viñedos de la zona. Pese a que las olas rompían bastante lejos de donde nos encontrábamos, casi alcanzaba a oír su sonido ahora que el día llegaba a su fin y daba paso a la quietud.

Me ofreció un petate y una manta mientras silbaba en bajito una melodía familiar, una canción que tal vez había bailado. Era rápida y repetitiva, pero él la entonaba a la mitad de su velocidad normal. Las ropas viejas que llevaba y el cabello negro alborotado por el viaje le conferían el aspecto de un granujilla despreocupado. Una sonrisa se adueñó de mis labios.

—Esta versión de vos es diferente a la de palacio.

—Ah, ¿sí? —Me miró con cautela.

—En mi opinión, sí.

—Tampoco nos conocemos tanto. —Sonrió travieso—. ¿Y si siempre soy así y ha dado la casualidad de que tú me has conocido en un momento delicado?

Me reí y le arrebaté una segunda manta de las manos.

—Sé muy bien que conocerme os ha puesto las cosas muy difíciles en algunos aspectos, pero me pregunto si no será vuestra responsabilidad como rey la que os hace ser tan… arisco. Yo diría que tiene más que ver con lo mucho que os presionáis a vos mismo. —Rodeé el caballo tranquilamente y me dirigí a la cabaña. Él me siguió—. Parece que os gusta estar al aire libre, expuesto al sol y la tierra del camino. Y he de decir que creo que me caéis mejor así.

Por la manera en que me estaba mirando, no supe decir si se lo había tomado como una ofensa o como un cumplido. Me quitó todo lo que llevaba en las manos.

—Lo siento —me apresuré a decir antes de que se alejara—. No era mi intención… Tenéis razón. No hace tanto que os conozco.

Negó con la cabeza ante mi disculpa.

—Me resultas aterradora, Imogen.

—¿Qué?

—Para lo poco que nos conocemos, me lees como un libro abierto.

Verlo a merced del viento, con ese brillo angustiado en la mirada, me estaba matando. Quería tocarlo, suavizar las líneas de expresión que le surcaban el rostro.

Entonces se volvió para regresar a la cabaña y, antes de seguirlo, el último vistazo que les eché a las olas… me dejó helada. En la trémula línea del horizonte había cuatro embarcaciones. No eran más que varios borrones en la distancia, pero, por algún motivo, me sentí desfallecer. Crucé el camino en dirección a la playa sin atreverme siquiera a respirar y el vínculo me revolvió el estómago al ampliar la distancia que me separaba de Theodore.

—¿Imogen?

Seguí adelante, consciente de que me seguiría. Mis botas se enterraban en la arena cada vez que daba un paso y el esfuerzo

hacía que me ardieran los músculos. Había pasado toda una vida admirando el mar desde la distancia. Por la ventana de mis aposentos en Linum, un barco no era más que un puntito diminuto pintado por un artista en la infinidad del mar. No obstante, siempre conseguía distinguir sus detalles si lo miraba durante bastante tiempo. Los navíos de Nemea que flotaban en el puerto eran los más fáciles de distinguir.

Todos hacían gala de una bandera roja decorada con una anguila que se retorcía en el aire como si estuviera nadando por el mar y unas velas oscuras del mismo color que el vino amargo que bebíamos en la fortaleza. Theodore se detuvo a mi lado y el vínculo se apaciguó. Cuando localizó lo que había visto, volvió a adoptar la actitud de un rey, con el mentón bajo y la mirada firme.

—Ahí está.

No había ni rastro de sorpresa en su voz. Se había estado preparando para ese momento; sabía que los hombres de Nemea vendrían tras nosotros. En el fondo, yo también lo sabía, pero eso no impidió que me quedara mirando el horizonte con el rostro desencajado mientras el miedo reptaba por mis entrañas igual que la maldita anguila bordada en las banderas serafíes.

Nemea había venido a recuperar lo que era suyo.



16

Regresé a toda prisa a donde habíamos dejado los caballos dando un traspié tras otro por culpa de la arena.

—Tenemos que irnos.

Theodore, que me pisaba los talones, me agarró por la muñeca y me detuvo de un tirón.

—¿Y a dónde iremos?

Me di la vuelta para estudiar la inquietante imagen de los barcos de Nemea una vez más.

—Tenemos que romper el vínculo cuanto antes. Cabalgaremos toda la noche si hace falta, pero tengo que marcharme de Varya. Tengo que poner tanta distancia con esos hombres como pueda.

Theodore me acunó la mejilla y me obligó a mirarlo a los ojos.

—Lo que necesitas es dormir y comer algo. No pienso dejarte ir a ver a la maga sibila sin energía y con el estómago vacío, porque entonces la ceremonia de escisión será mucho más dura para ti.

—Por favor. —El miedo se me había metido tan dentro que no me permitía pensar con claridad—. Por favor, sigamos adelante un par

de horas más. Luego, os prometo que intentaré dormir.

Se quedó pensativo durante un momento, pero al final me ofreció un lacónico asentimiento.

—Solo un par de horas. —Me apartó la mano de la mejilla—. Después te daré de comer a la fuerza y te ataré a tu jergón con una manta.

Asentí pese a que me temblaba la barbilla.

Cuando estuve montada en la yegua, mi cuerpo dolorido se rebeló contra la decisión de seguir cabalgando. El camino se estrechaba tanto que las vides quedaban al alcance de la mano, así que aproveché para pasar los dedos por sus hojas suaves, que se mecían con la brisa. A pesar de lo incómoda que me sentía, agradecía que nos estuviéramos moviendo de nuevo. Aliviaba el nudo que me atenazaba las costillas desde que había puesto la mirada en aquellas embarcaciones.

Dejamos atrás hileras e hileras de parras y, cuando los últimos rayos de sol desaparecieron tras el horizonte, Theodore me miró por encima del hombro.

—Estás cansada.

Ni siquiera me quedaban fuerzas para llevarle la contraria.

—¿Hay cerca algún sitio donde dormir?

—Tendremos que hacernos un hueco entre las vides —dijo negando con la cabeza.

Guio a los caballos entre dos hileras de parras y nos llevó hasta una pequeña arboleda en flor que creaba una pequeña barrera entre el viñedo y la playa. Cuando ya habíamos desmontado y amarrado los caballos, el cielo había adoptado un intenso color azul oscuro. El espacio que se abría entre los árboles no era muy grande, así que, al rodear a los animales y esquivar los postes del viñedo para sacar mi petate, una de las vides me hizo cosquillas en la mejilla.

—¿Majestad? —dije tras una pausa.

—Llámame Theo —replicó reprimiendo una carcajada.

—Theo. —Me gustaba la sensación que su nombre me dejaba en la lengua—. Necesito aprender a controlar mi poder. Nemea está demasiado cerca. Si Ligea siguiera entre nosotros, habría nadado

hasta esos barcos y los habría hundido sin pensárselo dos veces. Yo debería ser capaz de hacer lo mismo.

Dejó el jergón que había estado extendiendo.

—Te enseñaré a utilizar mi poder. Con un poco de suerte, eso te ayudará a averiguar cómo doblegar el tuyo. —Sacó carne seca y pan de una de las alforjas y me lo ofreció—. Pero lo dejaremos para mañana por la mañana. Ahora tienes que comer y descansar.

Tenía razón. Me dolían todos los músculos del cuerpo, pero mi mente seguía trabajando a toda velocidad. Di un buen mordisco de pan y desenrollé el jergón con una sacudida antes de pasarme una manta por los hombros y tumbarme de espaldas. La comida quedó olvidada a mis pies.

—¿Te acuerdas del collar de la princesa? —susurré con la mirada clavaba en el cielo. Theodore se había tumbado tan cerca que habría podido extender la mano y tocarlo—. Es idéntico a mi anillo.

—Seguro que no es más que una coincidencia.

—Mmm.

Era la explicación más lógica, pero me reconcomía por dentro. Las olas rompían en la distancia, los insectos entonaban su canto y la brisa alborotaba las hojas de los árboles.

—Oye —susurré.

—Dime —respondió somnoliento.

—¿Por qué hay una vidriera con una sirena en tu barco?

—¿Qué haces pensando en eso ahora?

Me tumbé sobre el costado para mirarlo.

—Por lo general, soy una compañera de cama mucho más agradable, pero estoy nerviosa y no dejo de darle vueltas a la cabeza.

—Entiendo. —Se incorporó y arrastró su jergón hasta la base de la parra más cercana—. Ven aquí.

Me apoyé sobre el codo.

—¿Qué haces?

—Vamos a empezar ahora con la lección. Y también te contaré lo de la sirena —se arrodilló—, pero tienes que prometerme que no me harás madrugar mañana.

Me acerqué a él.

—Y yo que pensaba que eras de los que se levanta con la primera luz del alba —dije sentándome delante de la planta.

—Acércate bien a ella. —Me puso una mano en la espalda—. Tienes que poder tocar la base.

Me dio un empujoncito y ese mero contacto bastó para que un exuberante calorcillo me recorriera de pies a cabeza y acallara el caos que se había desatado en mi mente.

—Bien —dijo cuando me coloqué a una distancia adecuada—. Sí, suelo levantarme al amanecer, pero solo cuando estoy bien descansado. Y tú no me dejas tranquilo, querida. —Me deslizó una mano por el brazo y me agarró la muñeca—. Tienes que tocar la tierra. Empaparte de ella —Enterré los dedos en el sustrato compacto hasta que lo noté frío—. Quédate justo así.

La noche era cálida y la brisa soplaba fresca y agradable. La luz de la luna perfilaba los rasgos bien marcados de Theodore: los pómulos altos, la mandíbula, los labios carnosos y los mechones revueltos que le caían sobre la frente.

Admiré su rostro sin reparo y el muy miserable se deleitó ante mis atenciones. Una sonrisa perezosa le curvó los labios.

—La sirena del barco. De eso querías hablar, ¿no?

Por suerte, estaba demasiado oscuro como para que se fijara en el rubor que me había coloreado las mejillas.

—Sí, la sirena.

—Cuando mi padre, Athan, era joven, se enamoró de una sirena. La cuestión es que, antes de eso, esa misma sirena había desatado su cólera al hundir uno de sus barcos. Mi padre tenía un temperamento de armas tomar, así que se fue a buscarla para que se lo compensara de alguna manera. Todavía no sé muy bien qué se le pasó por la cabeza en aquel momento; al fin y al cabo, abordar a una sirena de esa manera es peligroso. Sin embargo, su carácter y su corona muchas veces le nublaban el buen juicio. En fin, como era de esperar, cuando se enfrentó a la sirena, esta ni se inmutó ante sus amenazas. A ella le daba igual que fuera un príncipe o que lo hubiera hecho enfadar. Lo oyó enumerar todo tipo de castigos con total indiferencia.

Theodore se inclinó hacia adelante para comprobar que seguía en la misma postura.

—¿Tienes los dedos bien metidos en la tierra?

Asentí.

—Bien. —Se echó hacia atrás y me miró con la cabeza ladeada antes de continuar—. Obviamente, al comprender que a la sirena le importaba un bledo, mi padre quedó prendado de ella y, con el tiempo, acabaron convirtiéndose en amantes. Gracias a los dioses, desconozco los detalles de su aventura, pero sé que estuvieron viéndose durante años. En ese tiempo, mandó construir un nuevo barco e inmortalizó a la sirena en la vidriera por la que preguntabas. Sin embargo, como era hijo de uno de los grandes dioses, cuando a mi abuelo empezaron a flaquearle las fuerzas se vio obligado a cumplir con su deber y buscar una esposa de alta cuna. Engendrar descendencia. Y eso fue lo que hizo. Se casó con mi madre y tuvo varios hijos que murieron al poco de nacer, pero no renunció a su amante. La exhibía en público en bailes y cenas reales y la agasajaba con todos los regalos que no le hacía a su mujer. Mi madre la odiaba, e imagino que a él también, aunque era lo bastante lista como para no demostrarlo. Lo más probable es que la sirena cayera presa del ataque de una nekgya, porque desapareció de un día para otro sin dejar rastro. Yo nací un año más tarde, más o menos.

El lamento de la brisa ahogó el silencio que sucedió a sus palabras. Amasé la tierra entre los dedos.

—Es una historia desgarradora. Por lo mal que trataron a tu madre, ante todo, pero también por tu padre y la sirena. No les permitieron vivir su amor como querían pese a lo mucho que se amaban.

—En mi opinión, la única víctima fue mi madre. —Theodore, que se había sumido en sus pensamientos, desvió la mirada—. Cuando la sangre de los grandes dioses te corre por las venas, uno tiene que asumir que sus deseos pasan a un segundo plano.

—¿Quién te ha dicho eso? Seguro que tu padre no.

—No. De hecho, opinaba lo contrario. —Carraspeó y guardó silencio durante un buen rato—. Él creía que su divinidad estaba al

servicio de sus caprichos y eso lo hizo cruel e indulgente. Lo llevó a hacerle daño a los demás.

—Entiendo. —Theodore me agarró la muñeca de nuevo, casi sin pensar—. Y por eso tú intentas ser todo lo contrario a él.

—A juzgar por lo que me has dicho, soy su vivo retrato —dijo mientras me acariciaba con el pulgar.

Entreabrí la boca.

—Eres mucho mejor que tu padre. —Escudriñé su rostro bajo la luz plateada, ansiosa por beber de la más mínima emoción que pudiera ofrecerme. Por algún motivo, tenía la certeza de que conocerlo mejor conseguiría saciar mi sed de él—. Pero ahora entiendo por qué te incomodaron tanto mis palabras.

—No me incomodas, Imogen. —Me soltó la muñeca y apoyó las manos en el suelo—. De hecho, para mi desgracia, lo que me pasa es todo lo contrario.

—Ah. —Cuando me atreví a volver hablar, soné peligrosamente sin aliento—. ¿Cuánto tiempo tengo que estar con las manos metidas en la tierra?

—Una semana.

Su seriedad me dejó atónita hasta que una sonrisilla traviesa se extendió poco a poco por sus labios.

—Eres lo peor. —Le tiré un puñado de tierra—. ¿Cuánto pensabas tenerme aquí sentada?

Su risa retumbó a mi alrededor y yo le lancé otro terrón.

—De acuerdo. —Levantó las manos en señal de rendición—. De acuerdo. Lo siento. Ponte de pie.

Sus carcajadas siguieron inundando el aire nocturno mientras me ayudaba a incorporarme. Me rodeó la cintura con un brazo y noté la sólida calidez de su cuerpo contra la espalda. Seguidamente, me agarró una de las muñecas con los dedos callosos de la otra mano y me levantó un brazo en dirección a uno de los zarcillos de la vid, sin acercarme del todo a ella.

—¿Qué sientes al usar tu poder? —preguntó presionando su mejilla contra la mía.

Un escalofrío me estremeció de pies a cabeza y el vínculo se prendió como una vela. Tuve que tragar saliva con fuerza antes de

ser capaz de formular un pensamiento coherente.

—Empieza como un zumbido —conseguí balbucear.

—¿Dónde?

—Aquí. —Puse una mano sobre la que él había dejado apoyada con firmeza en mi plexo solar—. Pero luego se intensifica y me trepa por la garganta.

—A mí me pasa lo mismo, pero se me concentra en las manos en vez de en la garganta. —Me dio un apretón en la muñeca—. Pídele al zarcillo que se enrosque alrededor de tu dedo.

—No sé cómo hacerlo.

—Aún no lo has intentado.

Me dio un vuelco el corazón. Me veía incapaz de utilizar su poder. Theodore iba a verme fracasar. Inspiré hondo.

—Suelta todo el aire —dijo en un hilo de voz tan suave como una exhalación. Presionó una mano contra mi vientre en un gesto tan autoritario como comprensivo—. Concéntrate. Inténtalo.

Me iba a ser imposible centrarme teniéndolo tan pegado al cuerpo. Su figura era un pilar sólido, inmutable, y tuve que flexionar los músculos doloridos para evitar recostarme sobre él. Había mantenido el cansancio tan a raya como había podido en los últimos días, pero la oscuridad y el cuerpo de Theodore me empujaban a ceder ante el agotamiento.

Noté que la calidez de su poder se concentraba en la mano que tenía sobre mi vientre y desataba una vibración en mi interior. No sabía si estaba haciendo salir mi propio poder a la luz o si simplemente me estaba ayudando a concentrarme.

Cuando lo hube identificado, tuve que esforzarme por mantener el control sobre él. Se me aceleró el corazón al clavar la vista en el delgadísimo zarcillo de la parra, pero apreté los dientes y le di una clarísima orden mental. No se movió. Theodore me sujetó con más fuerza y le envié otro pensamiento, otra súplica, a la planta. Lo intenté una y otra vez mientras Theodore me transmitía su apoyo en silencio, manteniendo un contacto firme contra mi espalda. Al cabo de varios intentos, embargada ya por la sensación, noté que el brazo me hormigueaba, que se me calentaba la palma de la mano, y el

zarcillo verde empezó a estirarse con agónica lentitud para alcanzarme.

Me hizo cosquillas al deslizarse como una diminuta serpiente en torno al dedo.

Ahogué un jadeo de sorpresa.

—Ahí lo tienes —susurró.

Me volví para mirarlo con una sonrisa. Éramos todo calidez y corazones desbocados. Mis cinco sentidos se habían enredado hasta formar una madeja impenetrable, saturada por completo de su esencia. Eché la cabeza atrás y la apoyé sobre su hombro.

—Lo he conseguido.

Puso la mano con la que me había estado agarrando la muñeca sobre la cadera y me observó con una expresión maravillada. Caí en la cuenta de que nunca había sentido tan poco miedo e inseguridad como en aquel momento.

Theodore bajó la cabeza para rozarme la punta de la nariz con la suya.

—No esperaba menos.

Me puse despacio de puntillas y, cuando ya notaba su aliento en los labios, un alarido desgarrador perturbó el silencio de la noche.

Nos separamos de inmediato. El sollozo volvió a oírse tan pronto como había cesado. Theodore me lanzó una última mirada alarmada antes de correr a desatar a los caballos. Sin perder un segundo, me ayudó a subir a mi silla, saltó sobre su propia montura y partió al galope hacia la fila de árboles y hierba alta que nos separaba de la playa.

—No te alejes —me ordenó antes de desaparecer tras la espesura.

Se dirigía hacia la voz, hacia el peligro, y mi yegua se negaba a seguirle el ritmo. Justo cuando se me retorcía el estómago de dolor, Theodore volvió a llamarme. Cuando conseguí que el animal se pusiera a medio galope y se adentrara en el pasto, ya era demasiado tarde. Me sobrevino una ola de náuseas.

Estábamos en una extensión de playa amplia y llana. En la lejanía, había un estrecho círculo de chozas con el tejado hecho de la misma hierba que crecía en la arena. Los espacios entre ellas

estaban salpicados de antorchas cuyas llamas se mecían con la brisa.

El caballo de Theodore avanzó al galope por la arena mojada y no tardó en llegar a la altura de un grupo de aldeanos congregados a una distancia prudencial de las olas. Estaban todos concentrados en algo que había entre ellos, aunque yo todavía estaba demasiado lejos como para distinguir qué era.

Al acercarme y verles la cara, no pude evitar estremecerme: todos tenían la misma expresión horrorizada. Entre ellos había una mujer —una sirena— que gritaba, tumbada boca abajo y mirando al mar con una mano extendida. Tenía el vestido de espalda baja empapado y el cabello castaño pegado a las sienes. Un torrente de sangre oscura manaba del músculo expuesto de su ala derecha, que le pendía de un hilo de tendones en la base. Tenía la carne desgarrada, como si se la hubieran arrancado con una hoja serrada.

Cuando frené a mi yegua, Theodore ya se había bajado del caballo y corría a auxiliar a la sirena. Al desmontar, caí sobre la arena; tenía las rodillas tan débiles que no me sostenían.

—Imogen —me llamó Theodore, que regresó a mi lado, preocupado.

—Estoy bien. Ve.

Vaciló un momento, pero al final regresó junto a la sirena y se arrodilló a su lado.

—¿Ha sido una nekgya? —le preguntó mientras le apoyaba ambas manos en la herida de la espalda con una inexorable determinación en el rostro.

Llegué junto a ellos justo cuando Theodore desenvainaba la daga que llevaba colgada en la cadera.

—Voy a tener que amputaros el ala.

A la mujer le temblaba la mano extendida, así que me arrodillé ante ella y se la estreché con fuerza.

—Él os ayudará.

Theodore, que ya estaba cubierto hasta los codos de sangre roja y resbaladiza, sostuvo la daga con firmeza y la colocó en la base del ala. Clavé la mirada en los ojos aterrorizados de la sirena, incapaz de

ver lo que estaba a punto de ocurrir. Ella meneó la cabeza y, con voz temblorosa, dijo:

—Mi hija.

—¿Vuestra hija? —Notaba su mano húmeda y temblorosa entre las mías—. ¿Dónde está? —En cuanto desvió los ojos llorosos hacia el agua, todo encajó—. En el agua.

Miré a Theodore justo cuando enterraba la daga en la espalda de la sirena con movimientos eficientes pese a los alaridos de la mujer. Tenía el cabello oscuro pegado a la frente, empapado de sudor.

Concéntrate. Inténtalo.

—Iré a buscarla —le aseguré antes de darle un apretón en la mano y soltarla.

La superficie del agua estaba en calma cuando me incorporé. En la lejanía, la luz de la luna iluminaba la lengua de arena que separaba la albufera del mar.

Encuentra la vibración en el vientre, me dije a mí misma de camino a la orilla. Si había sido capaz de darle una orden a ese zarcillo, debería poder hacer lo mismo con el mar.

Al fin y al cabo, me pertenecía.

El agua no despertó esa cuerda que vibraba en el centro de mi ser hasta que no la tuve por los tobillos, anegándome las botas. Lo que empezó siendo un suave zumbido creció hasta convertirse en una pulsación que dio paso a ese desagradable y fangoso poder que había sentido antes. Se me acumuló en la garganta, me colmó la tráquea y, para mi sorpresa, me confirió una imagen mental completa de la albufera. Concentrándome un poco más, fui capaz de sentir el movimiento de las olas en la superficie, así como la presencia de tres cuerpos en las profundidades.

Solo uno de ellos tenía pulso.

Me adentré en el agua apretando los dientes y manteniendo toda la atención en el débil latido que el agua arrastraba hasta mí. Luego, como Theodore me había indicado, le ordené al mar que me trajera a la chica.

—¡Imogen! —bramó Theodore para hacerse oír por encima de los gimoteos de la sirena. Me volví para mirarlo. Con las manos cubiertas de sangre, sudor y arena y el rostro retorcido en una

mueca aterrorizada tenía un aspecto mortífero mientras presionaba la espalda de la sirena para contener la hemorragia—. Como no salgas en este maldito instante del agua, te voy a…

—No —dije en voz baja pero clara—. Puedo ayudar.

Theodore sacudió la cabeza y la desesperación se adueñó de sus facciones.

—Por todos los dioses —masculló—. Está bien, pero date prisa.

La superficie del agua se agitó. El mar me había obedecido y arrastraba a la hija de la sirena hacia mí. Sin embargo, mientras esperaba, el pulso que sentía en el pecho comenzó a arder como si me estuviera desgarrando por dentro. Como si algo estuviera oponiendo resistencia. Como si algo luchara contra mí. Jadeé de dolor y Theodore gritó mi nombre desde la orilla.

La chica estaba a punto de alcanzarme, así que separé los pies para afianzar mi posición. Entonces se detuvo sin previo aviso y el dolor que me atravesaba se intensificó. Traté de hacerme con el control del agua de nuevo, pero se negó a obedecer. Algo salió a la superficie, a unos pasos de mí.

Se me entrecortó la respiración.

Los aldeanos prorrumpieron en exclamaciones, gritos ahogados y oraciones.

Una nekgya había aparecido ante mí y llevaba en brazos a una adolescente inconsciente. La chica estaba cubierta de cortes y heridas sangrantes, pero todavía respiraba.

La cosa —la mujer muerta— que la sostenía tenía el cabello largo y tan enmarañado que sus mechones casi parecían tentáculos. Se enrollaban en torno a la piel grisácea de su pecho y sus brazos como hilo alrededor de una tela. Con el ojo sano, pues un pequeño erizo violeta vivía en su otra cuenca ocular, me miraba como si me conociera de toda la vida.

—Suelta a la chica —balbuceé.

—Ahí estás, querida. Llevo mucho tiempo esperando este momento.

Las palabras carentes de inflexión habían salido de la boca ennegrecida de la nekgya, pero oía una segunda voz idéntica

repitiéndolas en la cabeza. El poder que bullía en mi pecho me abrasó por dentro.

—¿Qué has dicho?

Esas palabras. Reconocía esas palabras.

Se acercó a mí con movimientos vacilantes hasta que quedó lo bastante cerca como para depositar a la chica entre mis brazos extendidos. Nuestras miradas se encontraron.

—Ahí estás, querida —repitió con esa misma voz lenta y desagradable—. Llevo mucho tiempo esperando este momento.

La conmoción me hizo retroceder torpemente, pero no solté a la hija de la sirena. La nekgya acababa de repetir la misma frase que había resonado en mi mente cuando Evander me había obligado a meterme en la tina.

La criatura profirió una carcajada ronca y estéril que sonó como si tuviera el pecho anegado de agua.

—No temas. Tú y yo somos una. Estamos ligadas por la sangre voluntariamente derramada. Por la oración libremente entonada. No podemos hacernos daño.

—¿Cómo que estoy ligada a ti?

Pensé en las cicatrices que tenía en la mano. En toda la sangre que me vi obligada a ofrecer durante años. En las palabras que Nemea me había hecho pronunciar durante sus rituales. Un escalofrío de puro terror me recorrió el cuerpo.

—Eres Eusia.

No obtuve respuesta.

Di otro paso atrás cuando una segunda nekgya emergió de las profundidades. Tenía el cabello del color de la arena mojada y la piel de los hombros y las costillas gelatinosa, casi translúcida. Sus enormes ojos negros me miraron.

—Mi poder las devuelve a la vida —dijo la criatura de cabello claro con la misma voz que la primera. Con la misma voz que oía en la cabeza—. Justo igual que el tuyo me da generosamente la vida a mí, querida. Ahí estás. Eres igual que tu madre. Llevo mucho tiempo esperando este momento.



17

Salí a la arena mojada tambaleándome. La chica que llevaba en brazos dejó escapar un quejido y movió la cabeza de un lado a otro, pero no pude prestarle atención, pues no conseguía apartar la mirada de las dos nekgya. Cuando nos dieron la espalda para regresar al mar, reparé en que a ambos lados de la columna tenían dos grotescos bultos de carne.

Los muñones de las alas.

Theodore apareció enseguida a mi lado. Me quitó a la chica de los brazos y me habló en voz baja pero autoritaria, aunque no fui capaz de entender lo que me decía.

Mi cabeza repetía una y otra vez la oración de Nemea; me recordaba toda la sangre que había derramado por él. Sentí el azote de los remordimientos como si un millar de espinas se me clavara en la piel. Caí de rodillas sobre la arena, atrapada en un torbellino de emociones.

Estaba ligada a Eusia. A todas las nekgya. Por eso nunca me atacaban: era *mi* poder el que corría por sus venas putrefactas.

—Ayúdame, Imogen.

Theodore tumbó a la chica a mi lado y le cubrió con ambas manos una de las heridas sangrantes del brazo. Me dio un vuelco el estómago ante los cortes y arañazos de la niña, pero también ante la desgarradora imagen de su madre al arrastrarse por la playa para llegar hasta ella. Unos cuantos aldeanos más se habían unido a nosotros.

Pese a la luz intensa y rutilante de las antorchas que portaban, la actitud con la que me observaban era evidente. Cautelosa. Desconfiada. Me puse de pie sin poder sostenerme del todo bien por lo mucho que me flaqueaban las rodillas y me coloqué junto a Theodore para evitar las miradas de desprecio de los curiosos, aunque sabía bien que me las merecía.

Me temblaban los dedos cuando cerré los ojos y toqué la herida que la chica tenía en el vientre. Con el corazón latiéndome a toda velocidad y mi propio poder corriéndome todavía por las venas, localizar y tomar las riendas del de Theodore me resultó mucho más fácil. Una cascada de calor bajó vibrando por mi brazo y me inundó la yema de los dedos. Al apartar la mano de la herida, los aldeanos ahogaron un grito de sorpresa.

De la herida solo quedaba una fina cicatriz blanca.

La madre de la chica me miró boquiabierta.

—¿Quién es esta mujer, majestad? —preguntó un hombre que se había detenido detrás de Theodore. La desconfianza en su voz era clara como el agua—. ¿Es una maga? ¿Una hechicera?

El miedo que destilaba su pregunta y la forma en que retorció los labios para dejar los dientes al descubierto fueron prueba suficiente de lo mucho que temían a las hechiceras. Por ley, cada reino solo podía contar con una maga sibila, cuya magia y hechizos estaban sujetos también a unas considerables restricciones. ¿Qué les iba a decir? Era la hija de Ligea y había establecido un vínculo de sangre tanto con su rey como con los monstruos que les daban caza. No había forma de explicar quién era y qué había hecho sin que los aldeanos desataran su cólera sobre mí y advirtieran de mi existencia a los pueblos colindantes.

—Es vuestra reina —dijo Theodore, que había permanecido tranquilo a mi lado.

Me volví hacia él bruscamente.

—¿Qué haces?

No me prestó atención y siguió curándole las heridas a la niña.

—Vuestra hija se pondrá bien. Solo necesita descansar un poco —le dijo a la madre, que seguía estupefacta. Luego, me cogió del brazo, me ayudó a incorporarme y se dirigió a una de las mujeres mayores que nos observaban—. Si sois tan amables, necesitaremos un lugar donde pasar la noche.

Su petición hizo que todos los aldeanos se pusieran manos a la obra. Tras agradecernos nuestra ayuda y darnos la bienvenida, algunos de ellos regresaron corriendo a prepararlo todo para nuestra llegada mientras que los que sostenían las antorchas se quedaron a nuestro lado para iluminarnos el camino.

—¿Estás loco? —le susurré—. ¿En qué demonios estabas pensando?

Theodore permaneció más impasible que nunca. Se acercó al agua con la espalda bien erguida, como siempre que adoptaba su postura de rey, y se limpió la sangre de las manos y los antebrazos. Cuando hubo terminado, me arrastró consigo para tratar de mantener cierta distancia con el resto del grupo de camino a la aldea.

—Ya hablaremos luego.

—No, tenemos que hablar ahora. —Me sentía demasiado mal como para ignorar los remordimientos—. Yo no soy su reina. Es todo culpa mía. Si no hubiera ofrecido mi sangre…

Entonces me tiró del brazo y, con un gruñido de frustración, puso sus labios sobre los míos. Su boca era suave y cálida, pero el beso fue brusco, autoritario. Se separó lo suficiente como para dedicarme una mirada de advertencia.

Un gemido quedo y desamparado retumbó en mi pecho.

—¿Qué estás…?

—Intento mantenerte a salvo —dijo contra mis labios tras pasarme una mano por la nuca.

—Pero…

Volvió a besarme, pero esta vez lo hizo con delicadeza, moviéndose con agónica lentitud. Cuando se apartó, me atrapó el labio inferior entre los dientes y habló en un enardecido susurro entrecortado:

—No sabes cuándo callarte, ¿eh?

Tan rápido como me había besado, entrelazó nuestras manos y tiró de mí en dirección a la aldea con determinación.

Mi única respuesta fue un involuntario jadeo de protesta.

Una mujer canosa nos condujo a una de las chozas más grandes y Theodore me instó a entrar antes de pedirle que cuidaran de nuestros caballos. Crucé el suelo de tierra prensada con torpeza hacia un pintoresco hogar. Me ardían tanto los ojos que tuve que cerrarlos con fuerza.

—Joder, por todos los dioses, Imogen.

Theodore cerró la puerta con malos modos y la aseguró colocando una tabla sobre dos soportes metálicos antes de pasar a hacer lo mismo con las tres ventanitas de la choza.

—Si te digo que ya hablaremos luego, tienes que hacerme caso. —Se esforzó por controlar el volumen de su voz, pero no reprimió ni una pizca de su cólera—. Los habitantes de los pueblos costeros son supersticiosos y desconfiados. Veneran a los grandes dioses por encima de todas las cosas y recelan de cualquier poder que escape a su comprensión. De no haber estado bajo mi protección explícita, de no haber montado un espectáculo para demostrarles que me preocupo por ti, que confío en ti, te habrían despedazado.

El cálido recuerdo de sus labios desapareció. Por eso me había besado. Intenté tragar el nudo que se me había formado en la garganta.

—Me lo habría merecido.

—No digas eso.

—Si todas esas personas viven con miedo es por mi cobardía y egoísmo. Yo soy la culpable de que los maten y se los lleven.

Theodore se lavó la cara en la jofaina.

—No hables tan alto, Imogen.

Me quité las botas mojadas de una patada y el contacto del agua salada me puso la piel de gallina.

—Déjate de contemplaciones, Theo. Dime que soy una cobarde. Dime que no soy más que un cascarón hueco. ¿No te causa rechazo lo que le he hecho a tu gente? ¿A *mi* gente? ¿No quieres librarte de mi sangre lo antes posible? ¡Yo soy el motivo por el que las nekgya existen!

—Baja la maldita voz —dijo revolviéndose contra mí.

Las llamas del hogar se reflejaban en sus ojos desencajados y complementaban de maravilla su rabia silenciosa. Inspiró hondo para tranquilizarse y me miró los labios. Dio un paso hacia mí. Y otro. Ladeó la cabeza como si fuera a besarme de nuevo.

—No pienso decirte nada. Bastante te estás castigando tú sola ya.

—Pues eso no es propio de ti.

Pese a la dureza de mi tono, la atracción que ejercía sobre mí era innegable. Quería que me reconfortara, que me consumiera, pero me obligué a dar un paso atrás.

—Es falso —dije—. Sea lo que sea lo que creamos sentir por el otro, ese estallido de calor que notamos en el vientre cuando nos tocamos… Son todo trucos del vínculo. Yo soy tal y como me describiste. Soy miedosa e irresponsable, así que deberías darme el trato que merezco. No dejes que el vínculo te impida castigarme como a cualquier otro súbdito por hacerle daño a tu pueblo.

Con el ceño fruncido y los dientes apretados, no podría haber mostrado una expresión más sombría.

—¿Quieres que te eche la culpa? ¿Que te castigue?

—Sí —susurré con una creciente tensión en el pecho.

Theodore tragó saliva.

—Pues yo culpo a Nemea —dijo en un tono peligroso—. Nemea te estuvo utilizando desde que eras niña porque sabía quién eras. Fue Nemea quien te hizo tener miedo. Te manipuló a su antojo para su propio beneficio. Y, aun así, pese a lo mal que te trató, tú no te desmoronaste. Lograste salir viva de allí. En mi opinión, eres mucho más valiente y poderosa que cualquiera de los grandes dioses y diosas.

Había ido levantando la voz hasta que se dio cuenta de que había empezado a resonar por la diminuta cabaña. Su mirada me atravesó de punta a punta mientras entreabría los labios para dejar escapar el

aliento despacio. Dio un paso, seguido de otro más, y volvió a cerrar el estrecho espacio que nos separaba. Cuando habló de nuevo, lo hizo con suavidad, con un tono y una expresión sobrecogidos, como si estuviera entonando una oración:

—No hay nadie como tú, Imogen.

Aunque los remordimientos, la vergüenza y el miedo tiraban de mí hacia abajo como una losa, por un momento, Theodore consiguió hacerme flotar.

—No, yo no…

—No pienso discutir. —Me rodeó lentamente la cintura con un brazo—. Esta noche no —añadió pasándome el otro por los hombros para presionarme contra su cuerpo.

Dejé escapar una exhalación entrecortada y me aferré a él mientras me esforzaba por controlar el ritmo de mis latidos.

—¿Crees que la maga sibila podrá romper tanto nuestro vínculo como el que comparto con Eusia?

Theodore asintió tras una larga pausa.

—Mañana cabalgaremos durante todo el día. Trataré de llevarte hasta ella tan rápido como pueda.

Mientras me acariciaba la espalda y jugueteaba con mi trenza despeinada, me permití relajarme y descansar la cabeza sobre su hombro. Un suave ruidito anhelante escapó de mi interior, pero no supe decir si el glorioso calorcillo que me inundaba era producto del vínculo o de mi propio deseo. Levanté la vista y me vi embargada por la cercanía de sus labios, por lo firme, cálido y acogedor que era.

Nuestra respiración se ralentizó y se entremezcló en el espacio que nos separaba, pero Theodore me soltó con una última exhalación cargada de remordimiento y dio un deliberado paso atrás. Tenía las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos. Se colocó la camisa mientras señalaba el catre que había en un rincón.

—Necesitas descansar.

Miré la cama y volví a posar la vista en él. Lo que necesitaba era su consuelo. Necesitaba olvidarme de todo, distraerme. Quería perderme en él, dejar que le plantase cara al azote del desconsuelo que crecía en mi interior. Todavía sentía el contacto de su cuerpo contra el mío. Abrí la boca para formular la petición que empezaba a

tomar forma en mi lengua: «Ven conmigo. Tú puedes librarme del cansancio y la sensación de vacío».

Sin embargo, me contuve.

Theodore me estudió con una intensidad indescifrable, pero la mera posibilidad de que me viera como una criatura movida por el deseo, incapaz de controlarse tras una noche tan horrible como la que acabábamos de vivir… «No hay nadie como tú», me acababa de decir. Se me revolvió el estómago solo de imaginármelo volviendo a verme con malos ojos.

Bajé la vista al suelo.

—Buenas noches.

Entre nosotros se hizo un silencio prolongado y tenso. Entonces Theodore asintió con una breve inclinación, cogió una almohada del catre y se acurrucó sobre el costado frente al modesto hogar.

—Descansa.

Se me abrió un agujero en el estómago al tumbarme entre las almohadas y las mantas. Me corroyó por dentro y creció tan rápido que habría dado lo que fuera por tener un frasquito de nepente conmigo. Habría dado lo que fuera por volver atrás y arrastrar a Theodore por el cuello de la camisa para que se metiera en la cama conmigo. Me quedé mirando al techo mientras lo oía respirar.

Los dos pasamos un buen rato despiertos, incapaces de conciliar el sueño.



Avanzando al galope, hicimos el resto del viaje en solo dos días.

Cuando alcanzamos los grupos de islitas rocosas que salpicaban la costa norte de Varya ya era noche cerrada. El fuerte viento me revolvía el pelo con sus garras y las gélidas gotas de lluvia me golpeaban las mejillas. Pese a ser consciente del sufrimiento que me aguardaba, me alegraba de haber completado por fin el trayecto.

Bajé del caballo dolorida y crucé la playa de arena negra hasta la orilla, espumosa y resplandeciente. Una estrecha franja de agua

separaba los llamados Islotes Sagrados del resto de Varya. En una de las islas más grandes y cercanas a la costa, que se recortaba como una masa negra contra las nubes de tormenta, había una pequeña choza.

—¿Cómo llegaremos hasta allí? —le pregunté a Theodore, que estaba junto a la linde de los árboles buscando algo en una de las alforjas.

—La maga hará que baje la marea —dijo en un tono de voz extrañamente hueco.

—¿Y cuánto tardará? —Ahora que tenía la morada de la maga sibila delante, la expectación me estaba matando—. ¿Cómo sabrá que hemos llegado con lo oscuro que está?

—Esperaremos al amanecer.

—¿Por qué?

—Porque me niego a ir ahora —sentenció, tan cortante como un hacha.

Se había quedado quieto junto al árbol donde habíamos atado a los caballos y, pese a que la noche no me permitía distinguir bien sus facciones, sabía que no tenía cara de muy buenos amigos. Imaginaba su incomodidad tensándole cada músculo del cuerpo a través del aire frío y la lluvia.

—Porque te niegas. —Regresé a su lado para mirarlo a los ojos—. ¿Me estás diciendo que hemos cabalgado sin descansar durante dos días enteros para quedarnos sentados en esta playa hasta que salga el sol?

—La maga sibila es peligrosa. Lo mejor será esperar para contar con la protección añadida de la luz del día.

Aunque recurrió al tono autoritario que utilizaba cuando adoptaba su papel de rey, ya lo conocía lo suficiente como para apreciar el miedo en su voz y la rigidez de su postura, que nacía de algo mucho peor que haber pasado un día entero encaramado a una silla de montar.

—¿No crees que lo que me vaya a hacer de noche también me lo podrá hacer de día? —Cerré el espacio que nos separaba—. Yo voy a sufrir de igual manera. Eres tú el que no quiere entrar en esa choza ahora. Explícate.

Lo único que se oía era el sonido de la lluvia y el bramido de las olas. Y ambos amortiguaban el sonido de su dificultosa respiración.

—Vamos a resguardarte de la tormenta —dijo al ver que las gotas se me metían en los ojos y me corrían por el cuello.

—No cambies de tema —le advertí cruzándome de brazos—. Primero dime qué te pasa. ¿Por qué no quieres poner siquiera un pie en la arena?

Me miró con los ojos entornados.

—Te lo explicaré después de que me dejes preparar un refugio.

—Está bien.

Tras sacar algo de comida y una botella de vino de una de las alforjas, se dedicó con eficiencia a retirar los palitos y ramas caídas de la tierra arenosa. La inquietud lo empujaba a pegar los hombros a las orejas. A apretar los dientes.

Di un respingo al ver que algo se movía a mi lado: una enredadera en flor pendía en el aire tras haberse desenroscado del tronco de un árbol. De ella empezaron a crecer nuevos tallos, que se retorcieron como gusanos y se entretejieron hasta dar lugar a un pequeño refugio en forma de cúpula, con unas hojas más grandes que mi mano abierta. Las flores blancas que brotaron de entre los tallos se abrieron dando un bostezo y emitieron una suave luz que iluminó la oscuridad tormentosa de la noche.

—Qué bonito.

Me agaché para meterme a gatas en nuestro nuevo nidito justo cuando un rayo partía el cielo en dos. Theodore entró con su subsiguiente trueno. Retumbó con tanta violencia que me obligó a taparme las orejas con las manos.

El calor que Theodore desprendía inundó el pequeño refugio, seguido del aroma a lluvia, tierra fresca, sudor y polvo. El espacio del que disponíamos era bastante reducido y él era de todo menos… pequeño. Su hombro quedó aplastado contra el mío y, a través de la tela delgada y mojada de nuestra ropa, su piel me abrasó como si fuera un hierro al rojo vivo.

Cerré los ojos con fuerza, concentrada en tomar aire unas cuantas veces.

Pensar en que pronto tendría que lidiar con su ausencia me causaba una profunda y lacerante tristeza, así que me mordí el labio inferior para intentar mantener los pies en la tierra.

El suave eco de un tapón de corcho al abandonar su botella me devolvió a la realidad. Theodore se llevó el vino a los labios y echó la cabeza hacia atrás; tanto que la base de vidrio rozó el toldo de enredaderas que se extendía sobre nosotros. Bebió con avidez, como si hubiera encontrado una fuente de agua tras pasar días en el desierto.

—Ya estoy resguardada. —Agarré el cuello de la botella para arrebatársela y él no opuso resistencia—. Ahora dime qué te pasa.

—No vas a parar hasta que te lo cuente, ¿no? —dijo con un gruñido molesto.

La lluvia suave había dado paso a un aguacero. Las gotas rugían sobre las hojas del refugio. Di un trago de vino.

—Siempre entras en pánico cuando alguien menciona a la maga sibila y Lachlan me dijo antes de marcharnos que estabas asustado. Por si fuera poco, ahora estás bebiendo como si quisieras acabar en el fondo de esa botella. Me estás poniendo de los nervios y eso es lo último que necesito antes del ritual. Así que no, no pienso parar.

—Lo que voy a contarte solo va a conseguir ponerte más nerviosa.

—Bueno, pero no te vas a librar de hablar.

Dejó escapar una larga exhalación. Nuestros dedos se rozaron cuando me quitó la botella para beber un poco más.

—Vine a este lugar hace siete años por petición de mi padre. Aunque siempre lo mantuvo en secreto, él nació con muy poco poder y, por algún motivo que solo los dioses conocen, tampoco se le daba muy bien utilizarlo. —Se volvió a llevar la botella a los labios —. La cuestión es que se sentía tremendamente avergonzado de sí mismo. Ahora lo entiendo, pues era el hijo de un gran dios y lo esperado habría sido que estuviera más o menos a su altura. Por si fuera poco, a diferencia de mi padre, yo heredé… casi el mismo poder que mi abuelo. Para nosotros siempre fue un tema delicado. Mi padre me obligó a dominar mi temperamento, a dominar mi poder. Por mucho que me esforzara, él nunca quedaba satisfecho.

Tardé años en comprender que lo que le pasaba era que sentía envidia, o quizá algo mucho peor. Cuando cumplí veinte años, decidió llevar a cabo el ritual de transferencia. Quería darme el poco poder del que disponía para sumarlo al que yo ya tenía y hacerme ascender al trono. Me dijo que, en comparación conmigo, él no era digno de ser rey.

Se quedó en silencio tanto rato que supuse que habría cambiado de opinión y prefería no seguir hablando. Me apoyé contra él para animarlo a continuar.

—Yo no quería ser rey —dijo por fin—, pero me trajo aquí igualmente. Celebramos el ritual con la ayuda de la maga sibila. —Hizo una pausa—. El ritual de transferencia… le arrebata la vida a la persona que cede su poder.

El cuerpo se me crispó de sorpresa.

—Salí de esa choza en mitad de la noche, después de haber visto cómo mi padre sufría una muerte terrible, con una corona y un poder que no quería… y una botella de veneno robada en el bolsillo. —El dolor era evidente en su voz—. El mismo veneno que la maga sibila utiliza para vaticinar sus profecías y llevar a cabo sus rituales. —Clavó la vista en la entrada del refugio, en la playa oscura que teníamos delante—. No me permitió llevarme el cuerpo de mi padre. Me… me bebí el veneno de un trago ahí mismo, en la playa, con la cabeza todavía embotada por el humo de la ceremonia.

No me di cuenta de que le había agarrado la pierna hasta que me acarició los nudillos y le dio la vuelta a mi mano para deslizar un dedo por el entramado de cicatrices que me surcaba la palma.

—Me desperté días después en una habitación desconocida. Una pareja mayor, Hector y Antonia, me cuidó hasta que me recuperé por completo. No viven muy lejos de aquí. Eftan se encargó de dirigir el reino en mi ausencia, lo cual me permitió pasar unos cuantos meses de convalecencia aquí. —Sostuvo en alto la botella de vino—. Aprendí a preparar este vino y a cocinar platos típicos de la zona rural de Varya. Labré la tierra, limpié establos e hice la colada. Guardé luto por mi padre, pero también por mi libertad. Nunca me he sentido tan en paz como durante aquellos meses. Todavía visito a

Hector y Antonia a menudo. —Se le entrecortó la voz—. En cierto modo, ahora son como unos padres para mí.

—Y ahora te has visto obligado a volver aquí por mí. —Se me cayó el alma a los pies—. Lo siento muchísimo.

—No. —Negó con la cabeza tajantemente y se volvió para mirarme—. Deja de echarte la culpa por todo. —Mantuvo la mirada fija en la mía—. Yo he decidido venir. Accedí a acompañarte. Ninguno de los dos esperábamos que el vínculo nos pusiera en esta situación. —Levantó la mano libre para acariciarme la mandíbula—. E incluso de haberlo sabido…

Noté un pellizco en el espacio entre las costillas y el corazón, que me latía desbocado. No pude evitar sentirme una egoísta retorcida y calculadora pese a lo bonito que era lo que me estaba diciendo. No me merecía en absoluto la comprensión y el cariño que Theodore estaba demostrándome. Me aparté de él y su expresión se endureció.

—¿Qué te pasa?

—Nada —musité—. Estoy cansada.

—Venga, Imogen.

—Entraré en la choza de la maga sibila yo sola —estallé—. Le pediré que me prepare ese brebaje y luego buscaremos un lugar seguro donde llevar a cabo la escisión por nuestra cuenta.

Una expresión severa se adueñó de su atractivo rostro, tan franco y dulce hacía un momento.

—¿Es broma?

—No —dije parpadeando desesperadamente al notar que empezaban a escocerme los ojos.

La lluvia siguió aporreando el techo del refugio. Theodore frunció más el ceño; un músculo de su mandíbula se crispó no una, sino dos veces.

—Si crees que voy a dejarte entrar sola en esa choza… —Se pasó una mano por el cabello mojado—. ¿Qué mosca te ha picado? ¿Acaso sientes lástima por mí? Porque es una forma muy retorcida de demostrarlo.

—No.

—¿Te ha molestado que te haya tocado?

—¿Qué? ¡No!

Hizo una pausa. Se me quedó mirando, totalmente inmóvil salvo por su ancho pecho, que subía y bajaba.

—¿No?

—Me… —Negué con la cabeza—. Me avergüenzo de mí misma. Estos días has cuidado de mí sin descanso, pese a que ni me lo he ganado ni me lo merezco. Y, encima, voy y te lo pago haciéndote daño. —Me mordí la lengua para ponerle freno a mis divagaciones—. Pero no, no me ha molestado que me toques.

—Te recuerdo que entre nosotros se acabaron los compromisos —susurró con voz ronca—. Si te digo que te mereces que te cuide, es porque te lo mereces.

Poco a poco, levantó una mano para tocarme la cara y, cuando me acarició el pómulo con suma delicadeza y me deslizó los dedos por la mejilla para posarlos en mi cuello, yo me apreté contra su palma en busca de su calidez, embriagada por su contacto.

—¿Te molestó que te besara en la playa?

Cerré los ojos mientras recordaba aquel momento y le dije que no con la cabeza.

—En absoluto.

Su alivio fue inmediato. Con un leve gruñido hambriento y un ágil movimiento, me sentó sobre su regazo e hizo que lo rodeara con las piernas. Un torrente de calor me recorrió de pies a cabeza cuando me enterró los dedos en el pelo, apretó el puño en torno a unos cuantos mechones y dio un suave tirón.

—Bien.

Nos quedamos sentados así, con su cuerpo fuerte entre mis muslos, durante un momento. Su mirada era abrasadora y su aliento me hacía cosquillas en la boca. Si hubiera esperado un solo segundo más, le habría suplicado que cerrara el espacio entre nuestros labios.

El beso fue sensual, lento, e hizo que el mundo se desvaneciera a mi alrededor.

Me perdí en la suavidad de sus labios, en la solidez de su cuerpo y en el lánguido calor de su lengua. Gemí desesperada al notar que me deslizaba los dientes por el labio inferior. Pese a que Theodore se estaba dejando llevar por el beso sin reservas, yo seguía queriendo

más, así que moví las caderas contra las suyas. El sonido que conseguí arrancarle estuvo a punto de hacerme perder la cabeza. Deslizó las manos por mi espalda, hasta abajo, antes de llevarlas a la parte delantera de mi camisa y soltármela apresuradamente.

—Necesito verte.

Me besó el hombro, el cuello. Me mordisqueó el lóbulo de la oreja y trazó un camino de besos de vuelta a mi pecho casi desnudo, pero, de pronto, una repentina ola de agua gélida me empapó el trasero y los muslos.

Ambos jadeamos y dimos una sacudida.

—Pero ¿qué narices…?

Los primeros rayos de sol habían empezado a iluminar el cielo gris oscuro y se colaban por la abertura del refugio. Pese a que la tormenta no había amainado, entre la lluvia ya se alcanzaba a ver la cabaña de la maga sibila con su techo de paja, así como la silueta de una pequeña figura encapuchada. La mujer tenía un brazo extendido hacia el mar. La ola que nos había enviado retrocedía en un arco de espuma blanca, como un dedo haciéndonos una señal para acercarnos.

Theodore me agarró por los hombros con determinación, como si quisiera impedirme ir hacia la maga.

El sol había salido. Era hora de romper los vínculos.



18

Nos detuvimos junto a la orilla en silencio, con el agua rozándonos los dedos de los pies, observando la figura inmóvil que nos esperaba al otro lado del estrecho. Tras ella, el cielo estaba surcado de nubes de tormenta que se cernían sobre el islote como imponentes cimas rocosas. Me recordaban a las montañas de Nemea.

A mi lado, Theodore respiraba con dificultad, de manera superficial. De haberle apoyado una mano en el pecho, habría notado su corazón latiendo con la violencia de un martillo de fragua. Aunque el día era húmedo y frío, todavía sentía su calor, la presión de sus dedos y la suavidad de sus labios en la piel. Era un tormento que esperaba que desapareciera tras el ritual.

La figura del islote levantó una mano en un movimiento lejos de parecer humano. Fue brusco y extrañamente fluido al mismo tiempo, como si la moviera algo más aparte de los músculos y los tendones. Con un giro de muñeca, el agua del estrecho se retiró igual que una tela al deslizarse por una mesa.

—Es una sirena.

Theodore asintió.

—Su padre era variano.

—Pero no es una diosa, ¿no? ¿Cómo puede manipular el agua sin tocarla?

—Es por su magia. Por sus hechizos —dijo sombrío—. Si la maga sibila dispone de poderes divinos, es capaz de amplificarlos con magia. Pero, mientras que a nosotros no nos cuesta nada usar nuestro poder, para ellas la magia tiene un gran precio.

El nivel del agua había bajado tanto que las piedras y conchas que salpicaban el fondo marino habían quedado al descubierto. Ninguno de los dos nos movimos. Levanté la vista para mirar a Theodore. Estudié su perfil, atractivo y anguloso. Tenía los ojos vidriosos, la mirada perdida. Me pregunté si estaría pensando en la última vez que estuvo en aquella playa. Si su padre y él también se habrían quedado ahí, parados, antes de cruzar, con los ojos llorosos por el azote del viento salado.

La pena descendió sobre mí como un enjambre de insectos ávidos por devorar un cadáver. Habría estado dispuesta a comerme la arena que pisaba antes que tener que obligarlo a repetir aquella experiencia. Di un paso adelante a regañadientes. Luego, otro. Por fin oí crujir la arena húmeda bajo las botas de Theodore, pero se detuvo un instante después.

—¿Estás bien? —le pregunté dándome la vuelta.

Asintió más deprisa de la cuenta. Tenía el rostro tenso y los puños apretados a cada lado del cuerpo. Me acerqué a él y le cogí una mano. Aunque él intentó soltarse, lo sujeté con firmeza para abrirle delicadamente el puño y acariciarle la palma mientras me miraba con una mezcla de asombro y aflicción.

—Es posible que anoche complicáramos aún más las cosas, pero… me ofreciste el apoyo que necesitaba. —Entrelacé nuestros dedos—. Déjame hacer lo mismo por ti ahora.

Me dio un suave apretón y se llevó mis dedos a los labios para besarme los nudillos. Retomamos nuestro camino por el fondo marino agarrados de la mano.

—Imagino que esperas encontrar una mujer como tú —me advirtió cuando ya estábamos a medio camino—, pero nada más lejos de la realidad. La maga tiene cientos de años y el paso del tiempo la ha ido insensibilizando. En vez de sus emociones, lo que la dominan son sus venenos…, su magia. —Tiró de mí para que lo mirara—. No cometas el error de pensar que velará por lo que sea mejor para ti.

—No lo haré —dije tragando saliva.

Cuando llegamos al límite del islote, el nivel del mar empezó a subir de nuevo y el agua nos lamió los talones. Al tener las botas mojadas, las algas de color verde brillante que cubrían las escarpadas rocas, las piedrecitas y la arena nos hicieron resbalar varias veces, pero al final conseguimos llegar ilesos al estrecho sendero que se abría ante la choza de la maga sibila.

La puerta estaba abombada y colgaba torcida de sus goznes. Una mezcla de plantas secas y alquitrán cubría los huecos que se abrían entre los tablones y, aunque las bandas metálicas hacía tiempo que habían sucumbido al óxido, en conjunto la puerta seguía siendo bastante resistente. Extendí un brazo para abrir el tosco pestillo, pero me detuve.

El miedo y la expectación me habían revuelto el estómago, pero me recordé que solo me quedaban un par de días para alcanzar mi libertad. Entonces me libraría de las virulentas ataduras que me ligaban a mi antigua vida, a mi vínculo con Eusia. Entonces una vida nueva que me pertenecería solo a mí daría comienzo. Dejaría atrás ese vínculo de sangre que me manipulaba y me empujaba a desear a un hombre que jamás podría ser mío.

Me volví despacio para mirar a Theodore y le toqué la mejilla. Él se apoyó en mi palma y me hizo cosquillas con la barba incipiente. Tenía la mirada tensa y los labios apretados formando una fina línea.

—Lo siento —susurré antes de abrir la puerta de la choza de un bandazo y cerrarla a mi espalda con determinación.

Sin pararme a pensarlo, eché el pestillo que encontré a tientas y apoyé la espalda contra la madera húmeda.

—¡Imogen! —exclamó dándole un puñetazo a la puerta. La choza estaba oscura como boca de lobo—. Por todos los malditos dioses,

Imogen. —Golpeó la puerta de nuevo—. Abre de una vez.

Oí una voz en la oscuridad. Sonaba joven, profunda, melódica y encantadora. El arrullo, que parecía provenir de todas direcciones, vibró en mi pecho.

—Ahí estás, querida. Llevo mucho tiempo esperando este momento.

El miedo me sepultó como una losa.

Theodore aporreó la puerta con energía renovada al oírla y la madera tembló contra mi espalda.

—Abre la puta puerta, Imogen. —Debió de empezar a empujarla con el hombro porque se le entrecortó la voz—. ¡Imogen!

—Me va a tirar la puerta abajo —dijo la mujer.

—Pues será mejor que nos demos prisa.

—¿Que nos demos prisa? —dijo en tono cantarín—. Ay, querida mía, lo que tú necesitas requiere tiempo.

—¿Cómo sabes qué necesito?

—Tú no me conoces, ¿verdad? —Chasqueó la lengua—. Percibo tu poder a través del mar, igual que tú sientes el agua que se ha colado por la suela de tus botas. Casi puedo saborear en el aire la sangre divina que fluye bajo tu carne tersa y joven. —El quedo susurro de una tela me hizo estremecer—. Tu sangre lleva décadas surcando el mar. Imagino que estás aquí para recuperarla.

—Soy la hija de la gran diosa Ligea. Necesito saber… qué pasó, a dónde fue y cómo acabó así. —Intenté tragar saliva, pero tenía la boca seca—. Además, necesito romper los dos vínculos de sangre que me atan.

Oí un sonoro golpe en la puerta a mi espalda. Y otro, y otro más.

—¡Dos vínculos! ¿Es que acaso nadie te avisó de que dos son demasiados? —Su tono divertido sonaba corrosivo—. ¿Te han hecho enfermar? —De nuevo se oyó el susurro de la tela, acompañado de un chirrido en la oscuridad—. Primero voy a necesitar que me des un poco de sangre, preciosa. Para conseguirte las respuestas que buscas y saber qué tipo de pócima necesitarás para la escisión.

Theodore volvió a golpear contra la puerta y la madera crujió.

—Abre la puerta, Imogen. No derrames tu sangre sin mí ahí para protegerte.

—¿Estás segura de que él también quiere romper el vínculo? —preguntó la maga con una risita suave y melódica.

—Por supuesto. Por eso ha venido aquí conmigo. —Profirió un sonido afectado ante mi respuesta—. El vínculo de sangre nos está confundiendo a ambos.

—Yo diría que el vínculo de una sirena causa de todo menos confusión. De hecho, es tan claro como el agua… Su único cometido es hacer que os protejáis.

Meneé la cabeza intentando no perder la calma. Dejar a Theodore fuera, apartado del humo de la maga sibila y los recuerdos, era la única forma que tenía de protegerlo. Oí otro susurro seguido de la encantadora voz de la mujer, aunque esa vez habló más bajo:

—Tu sangre.

—¡Imogen! —Theodore sonaba suplicante, roto.

—Tardaré como mínimo un par de horas en preparar la poción y la escisión puede llevar días. Me temo que la puerta no aguantará tanto tiempo.

Se me aceleró la respiración, pero clavé la vista en la oscuridad con mala cara.

—Vamos, mujer, no te enfades —dijo con tono condescendiente, como si pudiera ver mi expresión.

La oscuridad de la choza era tan impenetrable que mis ojos no parecían lograr adaptarse a ella, pero entonces tres orbes alumbraron el centro de la estancia. No emitían una luz dorada como la de una vela, sino un brillo húmedo similar al que se ve al iluminar con un farol la delgada piel que hay entre el índice y el pulgar. Le confirieron a la choza un aire enfermizo y me permitieron distinguir la silueta recortada de la maga sibila.

Estaba sentada sobre un montículo de enredaderas. Su silueta tenía una postura erguida y juvenil, muy distinta a la de la mujer encorvada que había visto desde la playa. Sin embargo, a medida que la luz se intensificaba, vi que lo que la mantenía recta eran las enredaderas que le rodeaban el torso, los hombros y el cuello. La luz amarillenta resaltaba la piel flácida de sus brazos desnudos, se reflejaba sobre su tersa cabeza calva y dibujaba unas sombras grotescas sobre las bolsas que tenía bajo los ojos, blancos como la

leche de cabra. Aunque estaba ciega, tenía la certeza de que me veía perfectamente.

El impulso de abrir la puerta me crispó los dedos.

—No seas cruel —me regañó—. Sé que el paso del tiempo y la magia me han convertido en una monstruosidad, pero no hace falta que me mires así. Abre la puerta, Imogen. —Su voz se tornó sensual, codiciosa y posesiva—. Quiero ver a mi rey.

Mis propios celos se adueñaron de mí y el vínculo de sangre me abrasó las entrañas. Busqué el pestillo a tientas y lo descorrí sin apartar la vista de la mujer. La luz grisácea de la mañana bañó el interior de la choza.

—Hola, Theodore. —La mujer se dirigió a él como si fuera su amante, embargada por el recuerdo de los momentos compartidos. Las uñas se me transformaron en garras con un hormigueo febril—. Cómo has crecido. En tan solo unos años, el muchachito de rasgos dulces se ha convertido en todo un hombretón. Pero sigues siendo igual de apuesto.

Theodore no me miró. No me tocó. Se limitó a interponerse entre la maga sibila y yo.

—Hola, Rohana —dijo en un tono afilado como un cuchillo.

—Ay, no, no me digas que sigues enfadado conmigo después de tanto tiempo —ronroneó.

Se me puso la piel de gallina. Su melodiosa voz viajó por el aire como el perfume embriagador y opresivo del incienso. Era el canto de una sirena. Agarré a Theodore por la camisa, aterrorizada al pensar en lo que podría hacerle. Como si ese pequeño gesto fuera a impedir que la maga lo atrajera con su poder.

Theodore permaneció impasible.

—Esta vez no te servirá de nada.

¿Qué le había hecho aquella primera vez?, pensé en un arrebato de furia.

Se interrumpió con una risita burlona.

—Lo sé. Ahora cuentas con la protección de la chica. ¿Estás seguro de que quieres perder esa ventaja?

La sonrisa de Rohana era salvaje y agresiva y dejaba al descubierto una hilera de dientes afilados y ligeramente azules.

—Sí, estoy seguro —dijo él tras una larga pausa.

—Pues es una pena.

Los orbes de luz, que no eran más que cúmulos de aire espeso y resplandeciente, flotaron alrededor de la maga. Un murmullo inundó la estancia a medida que las enredaderas se entretejían para ayudarla a incorporarse. Se enredaron en torno a sus piernas consumidas, así como a la tela vaporosa y sucia con la que se cubría, y la arrastraron hasta una pila amplia y toscamente tallada que sobresalía del suelo. Estaba hecha de la misma piedra que el islote, como si hubieran erigido la choza a su alrededor.

—Venid, entonces. Cuando tenga vuestra sangre y hagáis vuestro pago, yo os ofreceré consejo.

Solté la camisa de Theodore y me agarré con fuerza a su brazo. Vacilé ante la idea de participar una vez más en un ritual en el que tendría que llenar un recipiente con mi sangre.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—No me digas que vas a empezar a preocuparte por eso ahora. —Su risa cambió. Ahora era áspera, como la arena contra el cristal —. Recuerdo la primera vez que saboreé tu sangre en el agua. Debías de ser todavía un bebé. Has sido muy generosa desde entonces.

Clavé los dedos en el brazo de Theodore.

—Respóndeme.

—No voy a alimentarme de ella como hace Eusia, querida. No estableceremos ningún vínculo. Solo necesito una gotita para poder verte con más claridad. Para saber cómo ayudarte.

Respiraba tan agitadamente que estaba empezando a marearme. Miré a Theodore, que no me había quitado ojo de encima. Estaba serio, pero me hizo un gesto alentador con la cabeza. Nos acercamos juntos a la pila de piedra y, al caminar, desatamos un estrépito al mover lo que fuera que cubría el suelo. Pese a que Theodore mantuvo la vista al frente con valentía, yo no pude resistirme y miré abajo para saber lo que estábamos pisando.

Eran huesos. Huesos humanos y animales. El suelo estaba plagado de ellos. La luz de los orbes resaltaba sus siluetas amarillentas, de extremos partidos. A todos les habían succionado el

tuétano. Un gimoteo me estremeció la garganta. Theodore me rodeó el brazo con el suyo y lo presionó contra su sólido torso.

Cuando nos detuvimos ante la pila, levanté la vista y encontré la mirada de Rohana. De cerca, su rostro era incluso más repulsivo. Las marcadas bolsas blanquecinas que tenía bajo los ojos estaban estriadas, le rodeaban la cuenca y le estropeaban también la delicada piel de los párpados.

—Es por el humo —me espetó de pronto—. Por haber pasado cientos de años ofreciendo profecías. Yo tenía los ojos dorados como los tuyos. Y el mismo color de pelo que tú. —Sus palabras destilaban amargura—. Siempre hay que pagar un precio por tener poder, ¿no? —Una enredadera surcó el aire y soltó un cuchillito aserrado dentro de la pila vacía—. Tu sangre, niña.

Me solté del brazo de Theodore y saqué el cuchillo de filo tosco de la pila para dejarlo sobre el borde de piedra. Decidí utilizar una de mis garras, me hice una incisión en el dedo y derramé una única gota de sangre en el recipiente.

—Ahora tú, mi rey —indicó la maga.

Le levanté la mano a Theodore y le hice la misma herida en el dedo. Cuando su sangre cayó en la pila, dos zarcillos de enredadera más reptaron hacia nosotros. Cada una de ellas llevaba un frasquito de líquido negro en el extremo retorcido de su tallo.

—Bebed.

—¿Para qué es? —pregunté.

—Os hará flotar. —La voz de la maga sibila era hermosa y en ella se oía la melodía de una sonrisa siniestra—. Os soltará la lengua y liberará vuestra mente. Os relajará los músculos para que yo pueda conoceros tal y como sois en realidad. Antes de ofrecer una profecía, primero he de asegurarme de que el receptor está dispuesto a oírla. Debes abrirte a mí, querida. Debes dejarme entrar.

No se me ocurría nada más terrorífico que eso. Tenía todo el cuerpo en tensión, pero me obligué a aceptar uno de los frasquitos con una mano trémula.

Theodore cogió el suyo y lo apretó con el puño.

—No te acerques a ella si el humo le hace perder la consciencia. No pienso permitirte que le arranques un solo pelo de la cabeza.

Tampoco dejaré que le hurgues la piel o que le pongas esa boca asquerosa encima. Imogen no te debe nada por la profecía.

—Requeriré un pag…

—Sí, lo sé. —La voz de Theodore retumbó por toda la choza—. Pero tú no tienes ninguna potestad sobre ella. Imogen es mía.

Rohana retorció el rostro haciendo una mueca que dejó al descubierto sus dientes sucios.

—No por mucho tiempo, majestad.

Theodore permanecía tan inmóvil que resultaba aterrador.

—Dame tu palabra de que no la tocarás o me encargaré personalmente de arrancarte la cabeza.

La mujer le sostuvo la mirada por un momento, pero terminó por acceder con un brusco asentimiento. Theodore se bebió el contenido del frasquito y yo le estreché la mano para dejar de temblar antes de hacer lo mismo. El líquido espeso, fangoso y nauseabundo me cubrió la lengua y la garganta y, aunque intenté tragar saliva, toser y provocarme arcadas, solo hice que se volviera más denso y pegajoso. Theodore me estrechó la mano justo cuando un cosquilleo me inundaba el pecho y el restallido de un trueno me sacudía la cabeza. Me presioné las sienes, desesperada por mitigar esa sensación.

Una tercera enredadera trepó por el aire y derramó el contenido de otro frasquito de lodo negro en la pila. Al entrar en contacto con las gotas de nuestra sangre, el líquido siseó y burbujeó. Entonces Theodore me soltó la mano y con un jadeo pastoso por el brebaje que había ingerido, se reclinó sobre una rodilla.

—¿Theo? —Le acuné el rostro con ambas manos. Tenía la piel fría y húmeda—. ¿Qué te pasa?

—No me encuentro bien —gruñó antes de tambalearse hacia atrás.

Yo hice lo posible por frenar su caída para que no se clavara los huesos que plagaban el suelo húmedo de madera, pero era demasiado grande y yo no tenía fuerza para sostener su peso muerto. Me resbalé y ambos caímos con un estrépito.

Gemí de dolor, pero el vínculo de sangre me instó a levantarme y plantarle cara a Rohana.

—¿Qué le has hecho? —le pregunté clavando la mirada furiosa en ella a través de los zarcillos de humo que empezaban a brotar de la pila.

—Está bien, preciosa —dijo antes de agachar la cabeza para inhalar el humo—. Él ya sabía lo que pasaría.

—¿Cómo que ya lo sabía? —Me lancé a por ella, pero las enredaderas la apartaron de mí—. ¡Deshaz el hechizo!

El contenido del frasquito estaba empezando a hacerme efecto a mí también. Me sentía como si me estuviera hundiendo. Como si el tiempo y el espacio hubieran quedado de pronto sumergidos en una masa de agua lenta y espesa. Parpadeé para intentar enfocar la vista, pues el rostro de Rohana cada vez estaba más borroso.

—Su dosis llevaba un poco de hiedra. No hay nada que deshacer. —Clavó la mirada ciega en la mía—. No puedo proceder sin el pago. He de alimentar la magia, Imogen, y conozco bien a este rey dios mío. —Dejó escapar una risita que no hizo sino avivar mi rabia ciega —. Sé que preferirá pagarme estando inconsciente.

Los tres orbes luminosos se apagaron. Lo único que se oía en la abominable oscuridad de la choza era el sonido de las enredaderas al reptar por el suelo. Me sentía tan abrumada que, a pesar de lo pequeña que era la choza, ni siquiera sabía dónde estaba la maga exactamente. Theodore dio una sacudida.

Al bajar la vista, gracias al más suave destello de luz amarilla, vi que un brazo pálido surcado de enredaderas rodeaba el torso de Theodore. Rohana había arrastrado su cuerpo decrépito hasta él y ahora intentaba subírsele encima. Le enterró los dedos huesudos en el pelo y apretó los puños como si tratara de arrancarle uno de sus gruesos mechones. También le arañó la mejilla con los labios resecos y le acercó la boca a la oreja como si quisiera mordérsela.

Sin pensármelo dos veces, me lancé a por ella y le clavé las garras en la piel delgada y flácida del brazo mientras con las de la otra mano le desgarraba la túnica y le arrancaba un aullido desgarrador al perforarle las costillas. Rohana era un auténtico saco de huesos. La levanté con facilidad y la tiré contra el suelo antes de proteger a Theodore con mi cuerpo.

—Como vuelvas a ponerle un dedo encima, te juro que te despedazaré —dije de un rugido nacido de las profundidades de mi pecho.

—Pero debe pagar. —De pronto sonaba débil y suplicante—. El ritual ya ha comenzado y he inhalado el humo. He de reemplazar lo tomado.

La neblina putrefacta que inundaba la choza estaba a punto de asfixiarme. Y todavía tenía que conseguir las pócimas para romper los vínculos. Tenía que conseguir la profecía, pero la ira me estaba consumiendo. Le clavé aún más las garras en la piel.

—Por favor —gimoteó—, necesito carne.

Carne. Ni en broma iba a dejar que tocara a Theodore.

Retorció los labios en una mueca de desprecio.

—Tengo la obligación de mantener un orden, un equilibrio. Matarme lo echaría a perder. Si no dejas que sea él quien pague el precio por mi magia, entonces tendrás que pagarlo tú para que pueda seguir haciendo mi labor.

—Me he hartado de sacrificarme para mantener con vida a monstruos como tú.

Noté que le arañaba las costillas al hundirle las garras un poco más y ella profirió un grito que rebotó contra las paredes de la choza.

—No seas como Eusia. No mates a las tuyas. ¿Qué clase de monstruo serías si me obligaras a abandonar este mundo? Dejaría atrás a las personas que requieren mi protección.

Había crecido creyéndome un monstruo. Había vivido presa de la vergüenza y el miedo que mi propia naturaleza me causaba. Sin embargo, pese a estar rozando los huesos de la vieja Rohana con las garras, ya no me sentía como antaño. Yo no era como ella. Jamás lo sería.

—¿Qué necesitas exactamente? —escupí—. ¿Cuánta carne requieres?

—Solo un pedacito de piel con su correspondiente capa de grasa —respondió ella con un resuello aliviado—. Y pelo arrancado de raíz.

Tenía los pulmones llenos de ese humo dulzón que apestaba a muerte, a descomposición, como un cadáver casi consumido. Notaba

la cabeza a punto de estallar a causa del brebaje que había ingerido, pero me las arreglé para sacar las garras del cuerpo consumido de la mujer.

—No te muevas —dije.

Sonaba como si me hubiera bebido una garrafa entera de vino. Tuve que centrar toda mi atención en la tarea, pero me enrollé unas cuantas hebras de pelo en torno a los dedos y me las arranqué de un tirón. Uno de sus zarcillos se estiró anhelante hacia ellos.

Luego, cuando me levanté la camisa y me clavé la punta de una garra en la zona de debajo el ombligo para arrancarme un pedacito de carne sanguinolenta, los ojillos blanquecinos de la maga siguieron cada uno de mis movimientos con avidez. La enredadera me arrebató tanto el pelo como la piel y se los metió a Rohana en la mejilla demacrada.

Se relajó por completo, inmediatamente saciada.

Bajo la luz de un único orbe, la vi arrastrarse de vuelta a la pila como un cadáver pálido. Los zarcillos la alzaron entonces para que su rostro quedara a la altura del borde del recipiente, sobre el que se arremolinaba una neblina marrón. Inhaló el humo espeso haciendo un sonido de succión desagradable.

Los vapores se volvieron tan densos que ni siquiera distinguía su silueta. Por si fuera poco, mi visión se fue fragmentando cada vez más a medida que yo misma los respiraba. Justo cuando cambié de postura para que Theodore estuviera protegido entre mis piernas, el orbe de luz volvió a apagarse. En la oscuridad me sentía como si flotara.

La voz que oí a continuación ya no era la de una mujer joven, sino la de una anciana delicada y temblorosa.

Veo una corona. Arrancada, arrancada, arrancada de la cabeza.
Veo un vínculo. Forjado, forjado, forjado en sangre.
La reina yace despojada de su divinidad.
El rey se sienta devastado bajo su ala.

Rohana profirió un horrible jadeo ahogado durante unos minutos eternos.

Lo que han engendrado alterará el orden de todas las cosas.

—No lo entiendo —dije negando con la cabeza. Sonaba aletargada y lenta.

La mujer se carcajeó en la oscuridad.

Lo que han engendrado desatará el caos. Nos llevará a la ruina. Nos conducirá a la muerte.

Me sentía desligada de mi cuerpo, aturdida, como si estuviera flotando en mitad del oleaje. Me bamboleaba, cabeceaba, subía y bajaba. Luché por descifrar el mensaje que me acababa de transmitir y, cuando las piezas del rompecabezas terminaron por encajar, me estremecí de pies a cabeza.

Yo era la reina despojada de su poder.

Y Theodore… era el rey.

Devastado por mi culpa.

Y juntos… El pánico se adueñó de mí a medida que mis pensamientos y mis miedos fueron ganando nitidez.

Juntos desataríamos el caos.

Llevaríamos el mundo a la ruina.

Lo conduciríamos a la muerte.



19

El tiempo trastabilló. O quizá se detuvo por completo. La vista se me desdibujó y se volvió toda negra. Cuando volví a despertar, estaba tumbada en el suelo, bajo el brillo de un orbe de luz. Junto a mí, Theodore seguía inconsciente. Lo único que oía era el repiqueteo del vidrio, el siseo del humo y el susurro de las enredaderas que reptaban por toda la estancia.

Levanté un brazo con lentitud y le puse la mano a Theodore en el pecho. Su respiración era regular y poco profunda. Me incorporé sobre un codo y vi que Rohana estaba preparando algo en la pila. Su cabeza calva reflejaba el brillo enfermizo y amarillento del orbe.

—Habla, Imogen. —De nuevo hablaba con la voz de una mujer joven—. Sé que te mueres por hacerlo.

—Quiero mis pócimas —grazné.

—Ya te la estoy preparando.

—Pero te he pagado dos.

—Solo te daré una.

Me apresuré a levantarme, pero las enredaderas de la maga me rodearon las pantorrillas y las muñecas y me inmovilizaron en el suelo. Me concentré en intentar librarme del embotamiento del humo y recurrir al poder de Theodore, pero me encontraba aún muy mal y ella era demasiado fuerte.

—Puedo romper el vínculo que te une a tu rey, pero nada más. —Sus desagradables ojos lechosos se clavaron en los míos—. Es una pena, porque estáis mejor juntos.

Retrocedí. La cabeza me iba a estallar.

—¿¡Qué quieres decir con eso!? —grité—. ¿Y qué hay de mi vínculo con Eusia? Tú misma has dicho que me está arrebatando mi divinidad. —Me debatí contra las enredaderas—. Has dicho que llevaré a Theodore a la ruina y que desataré el caos y la muerte. ¿Cómo vamos a estar mejor juntos?

Rohana profirió una espeluznante risita entrecortada antes de aflojar los zarcillos que me inmovilizaban.

—Qué joven, inocente y brillante es tu esencia todavía. Ves el mundo con total nitidez, pero deberías dejar que tu vista se emborrone y desdibuje un poco. Permítete ver más allá.

Me incorporé con un siseo.

—Si esa es tu forma de decirme que ahonde más en la profecía, entonces puedes irte al infierno.

Ella permaneció impasible, desplomada contra la jaula de enredaderas que la sostenía. Dejó que un zarcillo se enroscara en torno al frasquito que sostenía y lo envió hacia mí.

—Es hora de que os vayáis. Esto borrará al rey dios de tu sangre…

—¿Y qué pasa con el vínculo de Eusia? —pregunté casi a gritos de nuevo.

—Forjaste ese vínculo a partir de un hechizo terrible. Como siempre, la única persona capaz de romperlo es la misma maga que lo lanzó.

—¿Y qué debo hacer? ¿Cómo lo rompo? —dije en un hilo de voz.

Una enredadera se enroscó en torno a mi barbilla y me volvió la cabeza hacia Rohana. Clavó una vez más su mirada imperturbable en mí.

—Vuelve al hogar.

—¿Qué? —pregunté desconcertada.

Las enredaderas de la maga sibila comenzaron a moverse todas al unísono con un estrépito y, como un manto de serpientes verdes, arrastraron el cuerpo de Theodore por encima de los huesos y la madera en dirección a la puerta torcida de la choza.

«Vuelve al hogar».

El vínculo de sangre que compartía con él latía en mi vientre como un corazón desbocado, muerto de preocupación, así que corrí junto a él. Desesperada por sentir su calor, tracé el perfil de su pómulo y deslicé la punta del dedo por el puente de su nariz hasta llegar al contorno de sus labios.

«El hogar».

Esa palabra era como una criatura cambiante cuyo significado variaba de un segundo a otro. Todavía me sentía aturdida por el desagradable humo del ritual, pero esa palabra, «hogar», era lo único que oía en mi cabeza.

Entonces me vi transportada a mi antiguo hogar. Me vi en el salón del trono del rey Nemea, donde todo era blanco y el frío calaba hasta los huesos. Desvié la vista hacia la pared, donde había colgada un ala negra extendida.

Era idéntica a las mías.

«El rey se sienta devastado bajo su ala. —Sentí un pellizco en el pecho—. Lo que han engendrado alterará el orden de todas las cosas».

—Lo que han hecho… Lo que el rey y la reina han hecho… —susurré aferrándome al robusto hombro de Theodore. Me dio un vuelco el corazón—. Es Nemea…

Rohana dejó escapar una risita y comprendí horrorizada su mensaje.

—Nemea es mi padre.

—Buena chica —dijo con tono aprobador mientras yo sentía que se me caía el mundo encima.

Pensé en las facciones de Nemea, en el timbre de su voz, incluso en la sensación de su contacto.

—No soy…

De repente, la maga sibila apareció ante mí. Me sujetó la mandíbula con sus dedos esqueléticos y me obligó a mirarla.

—Tú serás quien desatará el caos, la destrucción y la muerte. Tú serás la fuente del cambio y la desolación.

Se me formó un nudo en la garganta a causa de las lágrimas.

—Y Theodore… —No me podía creer que fuera hija del hombre al que más odiaba en el mundo—. ¿También lo destruiré a él?

Ella parpadeó despacio.

—Su poder y su sentido del deber son más incorruptibles que nunca, pero renunciaría al trono por ti sin pensárselo dos veces.

—No. —Meneé la cabeza—. Es un rey bueno y leal…

—Caos. Desolación. Muerte —susurró entre esos dientes azulados. Retorció los labios arrugados en una mueca—. Te diré lo que haría si fuera tan joven y hermosa como tú. —Un destello surcó sus ojos blancos—. Yo no me separaría de él. Utilizaría su poder y su cuerpo como escudo. Tendrás que embarcarte en un viaje muy peligroso para desligarte de Eusia. Serías una inconsciente si decides ir sola. —Las enredaderas la acercaron todavía más a mí, pero yo estaba demasiado absorta como para retroceder—. Maldita sea la guerra que siento forjándose en el agua. Eres una reina diosa. Haz cuanto te plazca mientras puedas —bajó la voz—, pues algún día acabarás siendo como yo.

La obligué a soltarme la cara de un manotazo y ella profirió una risa coqueta completamente opuesta a la imagen monstruosa que tenía ante mí. Aun así, su consejo me sacudió como si una fuerza intoxicante me hubiera golpeado de lleno en el pecho.

Que no me separe de él. Era lo que yo quería. Más que nada en el mundo.

Pese a la destrucción que Rohana había visto en mi futuro, pese a que no parecía haber una solución sencilla que me permitiera permanecer al lado de Theodore, soñaba con poder estar con él. El estómago me dio un vuelco y las lágrimas me irritaron los ojos, pero me negué a desmoronarme en aquel lugar de pesadilla.

Theodore todavía estaba rodeado de enredaderas inmóviles, así que traté de encontrar su poder en mi interior. Apoyé los dedos sobre ellas intentando ordenarles que terminaran de arrastrarlo

hasta la puerta. Se movieron despacio, atropelladamente, pues mi poder era débil, pero me las arreglé para acercarlo lo suficiente a la salida como para poder sacarlo yo misma al exterior, donde el sol brillaba y el viento soplaba cargado de sal marina.

Intenté calmarme con el sonido de las olas al romper contra las rocas, pero todas y cada una de las palabras que componían la profecía de Rohana se me clavaban en la piel como agujas diminutas. Se me quedaban enterradas en la carne, me causaban dolor y me obligaban a prestarles atención. En cuanto dejé a Theodore en el pequeño claro que había ante la choza, cerré de un portazo.

—Adiós, Rohana. Espero que te pudras en este islote.

A la luz del día, Theodore tenía peor aspecto. Su piel dorada había perdido todo el brillo y estaba perlada de sudor frío. Respiraba todavía más despacio que antes y el movimiento de su pecho era tan superficial que casi no se apreciaba a simple vista.

—Mierda, mierda, mierda.

Le acuné el rostro pegajoso y luego bajé las manos hasta su cuello. Tenía el pulso cada vez más débil.

Cerré los ojos con fuerza y volví a ver el rostro de Nemea. Recordaba botar sobre una de sus rodillas cuando era pequeña. Recordaba el miedo que me infundía oír su voz nasal; los vestidos, las joyas, los libros, los regalos con los que me agasajaba después de haber sido particularmente cruel; la sensación de su pulgar apretándome la piel para sacarme sangre; la incomodidad que sentía cuando se quedaba observándome con la mirada perdida, como si hubiera viajado a algún lugar remoto. ¿Sería mi madre en quien pensaba en esos momentos? Mi madre… cuya ala decoraba la pared del salón del trono de Nemea.

Me eché a un lado y vomité sobre las rocas. Luego, me limpié la boca con la mano mientras tosía y me apoyé sobre el cuerpo inerte de Theodore.

—Theodore, por favor. —Le golpeé el pecho con el puño—. Theo, despierta.

Profirió un gruñido ronco.

—Theo —supliqué volviendo a cogerle la cara—. Tienes que despertarte. Hay que volver a la playa.

La marea había vuelto a subir y la tormenta había convertido la superficie del agua en un frenesí de crestas blancas. Me puse de rodillas y tiré de la pesada mano de Theodore, que cabeceó aturdido.

Entonces me vi embestida por una ola de pánico tan potente que estuve convencida de que algo en mí se había roto. Estaba sola. Completamente sola, salvo por la confluencia de miedo y furia que crecía en mi interior como una fuerte marejada. Me puse de pie y caminé hasta la escarpada orilla para contemplar las olas durante unos minutos.

—Obedéceme —dije apretando los dientes—. Escúchame.

El poder que dormía en mi vientre despertó y me concentré con todas mis fuerzas en vincularlo al mar tan estrechamente que se volvieran inseparables. Que fueran indistinguibles el uno del otro.

Al final, la superficie del agua subió con mi pecho al tomar una profunda bocanada de aire y retrocedió al soltarla. Le pedí que se calmara y las crestas de espuma desaparecieron. Entre el islote de Rohana y la costa variana se abrió un sendero de aguas mansas. Quietas. Notaba las olas en la punta de los dedos y, al apretar el puño, el mar trepó por las rocas para acudir a mi llamada.

La tranquila crecida subió hasta rodear a Theodore, cuyas pestañas oscuras temblaron al contacto con el agua. Sin embargo, no se despertó.

—¿Theodore? —Se me rompió la voz al verlo—. Joder, despierta, por favor, despierta.

Le pedí al mar que se moviera más deprisa y acunó su cuerpo, lo ayudó a sortear las rocas de la orilla y lo condujo hasta el canal de aguas tranquilas y cristalinas. Yo seguí sujetando con fuerza la pócima para la escisión que me había guardado en el bolsillo. El agua fría me llegó a las caderas, al ombligo, y, cuando me cubrió el pecho, empecé a nadar.

Theodore parecía muerto. Inmóvil, vacío. Nadé más deprisa y le pedí a la corriente que me impulsara. Cuando llegué a la otra orilla, salí corriendo del agua e hice que el mar dejara a Theodore cerca

del refugio de enredaderas y de los caballos. Quedó tendido sobre la arena negra con los brazos y las piernas abiertos y la camisa blanca pegada a la piel. Entreabrió los ojos con un quejido de dolor.

Me dejé caer de rodillas junto a él.

—Theo. —Me obligué a sonreír y le aparté el pelo mojado de la frente—. Yo te mantendré a salvo. Dime cómo llegar a la casa de Hector y Antonia. ¿Te ves capaz de ello?

Al ver que sus párpados volvían a caer, le di una palmadita en la mejilla y, aunque fue más fuerte de lo que me habría gustado, conseguí que abriera los ojos lo suficiente como para ver el verde facetado de sus iris.

—El camino —graznó antes de perder de nuevo el conocimiento.

Una gota de un líquido pastoso y negro escapó por una de sus fosas nasales. Era aceitosa. Como sangre negra. Se la limpié desesperada y me agaché para cubrirle los labios fríos y la barbilla de besos, pero no reaccionó.

En mi determinación por despertarlo, perdí la noción del tiempo. Maldije entre dientes, me concentré hasta la extenuación y me las arreglé para ordenarles a las enredaderas del refugio que envolvieran a Theodore y lo subieran al caballo. Yo me monté detrás de él y luché por mantenerlo erguido con una mano mientras sostenía las riendas de mi yegua en la otra.

La lluvia cayó y cesó mientras recorríamos el camino embarrado, pero apenas la sentí. Durante la hora que estuvimos avanzando, me mantuve en silencio, con la mano firmemente pegada a la espalda de Theodore para llevar la cuenta de sus respiraciones y notar los latidos de su corazón.

Me daba miedo pensar en lo que sería de mí si dejaba de contar, si dejaba de insistir.

El camino trazó una curva y nos condujo hasta una casa de madera de cimientos sólidos asentada tras un exuberante jardincito vallado. Estaba pintada de color blanco crema y sus muros estaban decorados con las mismas enredaderas en flor que había por toda Varya.

El día estaba a punto de llegar a su fin.

—Ojalá pudieras decirme si esta es la casa que buscamos —le dije a Theodore acariciándole el hombro.

Cuando llegamos a la puerta del jardín, desmonté rápidamente, abrí el pestillo oxidado con algo de esfuerzo y conduje a los caballos al interior del patio. Un anciano de rizos blancos definidos y piel oscura dormitaba en el amplio porche de entrada con una pipa colgando de la mano.

Ver a Theodore derrumbado sobre el lomo del caballo me preocupó. Carraspeé.

—Disculpadme.

El hombre jadeó sorprendido y se incorporó hasta quedar sentado al borde de la silla.

—¿Sí?

—Preguntaba por Hector, señor.

El hombre tenía una mirada amable y rodeada de un suave entramado de arruguitas. Posó los ojos de color verde jade en mí.

—Soy yo.

Evaluó mis ropas empapadas y sucias, así como la maraña oscura y mojada en la que se había convertido mi melena. Cuando se fijó en la figura inconsciente de Theodore, su expresión se endureció.

—¿Y a quién tenemos aquí?

—Es Theodore, el rey de Varya —respondí con voz queda—. Está enfermo.

A Hector se le desencajó la cara; se movió mucho más rápido de lo que habría esperado. Bajó del porche y se acercó a Theodore en apenas un par de zancadas.

—Vamos a secarte y a ayudarte a entrar en calor, muchacho —dijo apoyándole una mano huesuda en la mejilla húmeda.

Lo bajamos del caballo y cada uno nos pasamos uno de sus brazos por los hombros para conducirlo con dificultad por el barro hasta la casita.

—¿Y quién sois vos? —preguntó con desconfianza.

—Soy Imogen. —Desdeñé el peso de la pócima en el bolsillo. Desoí la vergüenza que me daba admitir quién era en realidad—. La esposa de Theodore.



20

Hector trastabilló al oír mi respuesta, pero enseguida recuperó el equilibrio.

—¿Su esposa? —Meneó la cabeza y llamó a su mujer a través de la puerta abierta—: ¡Antonia! —Luego, volvió a dirigirse a mí—. Si se hubiera casado, Theo nos habría avisado. Nos habría enviado una carta.

—Fue una unión apresurada que nos pilló por sorpresa a los dos. —Nos detuvimos ante el porche para levantar el considerable peso de Theodore y ayudarlo a subir el pequeño escalón—. Pero el rey me habló de vuestra esposa y de vos. Me dijo dónde encontraros.

—¿Habéis ido a ver a la maga? —Hector se asomó por el otro lado del ancho pecho de Theodore para mirarme con una expresión desencajada.

—Sí —respondí con cuidado—. Solo necesitábamos una de sus profecías, pero el brebaje del ritual lo ha hecho enfermar.

El hombre asintió demasiado deprisa; era evidente que estaba preocupado. Atravesamos el umbral de lado para poder meter a

Theodore dentro y el agua que goteaba por mi cuerpo empapó la elaborada alfombra que cubría casi todo el suelo de la estancia. Era exquisita. Al fijarme en lo mucho que destacaba frente a las líneas austeras y la madera tosca de la casa, me pregunté si habría sido un regalo de Theodore. En realidad, toda la habitación estaba decorada con una combinación de instrumentos rústicos típicos de la zona y objetos que parecían haber salido de un palacio.

La calidez de la casa me envolvió como un abrazo. Agarré con más firmeza la sólida cintura de Theodore. En el aire se entremezclaba el aroma a infusión recién hervida, flores frescas y estofado. Exhalé largo y tendido.

Un hogar así. Eso era lo único que quería. Y jamás podría tenerlo.

—Por aquí —dijo Hector, que nos condujo hasta la puerta que había al fondo de la estancia—. ¿Antonia? —volvió a llamar—. ¿Dónde se habrá metido esta mujer?

Una anciana alta, delgada y con un aspecto enérgico para su edad abrió la puerta de la habitación. Tenía una encantadora tez olivácea salpicada de manchitas solares y llevaba el cabello blanco recogido en una trenza sujeta en lo alto de la cabeza.

—Estaba preparando una cama —dijo con un hilo de voz preocupado. Parecía tener solo ojos para Theodore mientras evaluaba el estado de su cuerpo empapado—. No tiene muy buen aspecto.

Entre los tres le pusimos ropa seca y lo metimos en la cama; Theodore farfullaba y gimoteaba cada vez que lo movíamos o le doblábamos alguna extremidad. Todavía estaba helado. Le pasé los dedos por el pelo para desenredárselo tanto como pude y le quité la arena negra que se le había pegado a la frente y las mejillas mientras Antonia le iba a buscar una infusión y Hector hervía agua para preparar un baño.

—Tenéis ropa en ese armario de ahí —me dijo Antonia cuando por fin me miró. Se fijó en la mano que tenía apoyada sobre la sien de Theodore, así como en el anillo que llevaba—. Me temo que mis atuendos no son muy lujosos, pero parece que tenemos más o menos las mismas medidas. Deberían sentaros bien, majestad.

Esbocé una mueca de incomodidad ante el uso de ese título.

—Llamadme Imogen, por favor.

La mujer me observó con frialdad.

—Vendré dentro de un rato a traerle un caldo a Theodore y un poco de estofado para vos.

Ya no me quedaban fuerzas para tratar de agradarle. De hecho, apenas fui capaz de darle las gracias educadamente.

Cuando cerró la puerta de la habitación, la energía que me había estado manteniendo en pie se agotó. Dejé caer los hombros, saqué la pócima de la escisión del bolsillo y la dejé junto a las tinturas para el dolor que había en la mesita de noche. Como mirar a Theodore me resultaba doloroso, decidí darme un baño.

En cuanto me quité la ropa mojada y me metí en el agua caliente, me eché a llorar.

«Estáis mejor juntos», había opinado Rohana.

De todo lo que me había dicho, habían sido precisamente aquellas palabras las que se me habían quedado grabadas en la mente y se repetían a un ensordecedor ritmo regular. Distinguir los latidos de mi corazón de los del vínculo que compartíamos era una tarea imposible. Ambos resonaban con una cadencia similar: «Quédate con él, quédate con él, quédate con él».

«Haz cuanto te plazca mientras puedas —había dicho—, pues algún día acabarás siendo como yo».

Me estremecí pese al calor del agua y me cubrí el rostro con las manos. Quería gritar, quería desquitarme con el mundo.

—¿Me haces un hueco?

La voz débil de Theodore me sobresaltó. Había girado la cabeza y me observaba con los ojos entornados y somnolientos.

El nudo que se me había formado en el pecho empezó a disiparse. Me agarré al borde de la tina y apoyé la barbilla sobre los nudillos antes de ofrecerle una media sonrisa.

—Me temo que la idea de compartir tina ha perdido atractivo después de lo que me pasó la última vez.

Theodore se rio, pero el sonido de su risa me pareció estremecedor, como si el humo de la maga sibila se le hubiera coagulado en los pulmones.

—¿Cómo te encuentras?

—Me duele todo —consiguió decir.

—Antonia te ha dejado un frasquito de nepente. Ahora te lo acerco. —Busqué una toalla con la mirada y la encontré sobre un taburete… lejos de mi alcance. Theodore observaba cada uno de mis movimientos con un brillo divertido en los ojos cansados—. Cierra los ojos.

Trató de esbozar una sonrisilla pícara.

—¿En serio? —farfulló—. La noche que te colaste en mis aposentos llevabas un camisón mojado y para mí fue peor que verte desnuda. Pienso en aquella imagen todo el tiempo.

—Conque sí, ¿eh? Pues entonces diría que no necesitas que te refresque la memoria. Cierra los ojos. —No pude evitar reírme al oírle proferir un débil quejido—. Para estar débil y dolorido, te has despertado de lo más efusivo.

Me dejó clavada a la tina con una mirada penetrante y repentinamente seria.

—Me sentí morir al volver a probar el brebaje de la maga, Imogen —dijo reprimiendo una creciente emoción—, pero tú me recuerdas que estoy vivo.

Me perdí por un momento, embargada por el deseo y la esperanza, atónita ante la forma en que me miraba. Negué con la cabeza.

—¿Qué voy a hacer contigo, Theo?

Me puse en pie de golpe dando un chapoteo y me estiré para coger la toalla. A Theodore se le escapó un sonido anhelante de lo más profundo del pecho, pero yo me cubrí apresuradamente y me esforcé por hacerle caso omiso al torrente de calor que se adueñó de mi vientre ante sus atenciones.

—Imogen. —De pronto sonaba muy serio—. Estás sangrando.

Bajé la vista y vi que una manchita roja se extendía por la tela mojada.

—¿Por qué estás sangrando?

—He tenido que pagar a la maga sibila por sus servicios —dije apesadumbrada mientras salía de la tina—. Gracias por avisarme de que solo acepta pagos en carne, por cierto.

—Le dije que se cobrara la deuda conmigo —replicó enfadado—. ¿Se lo impediste tú?

—Sí, por supuesto que se lo impedí, pedazo de zoquete. ¿De verdad creías que me iba a quedar de brazos cruzados mientras ella se te subía encima y se alimentaba de ti? Casi la despedazo con mis propias manos por intentarlo.

—Joder. —Se las arregló para llevarse una mano a la cara y presionarse la sien—. Ven aquí.

—No es nada.

—¿Quieres hacer el favor de venir aquí? —Le dio un puñetazo amortiguado al colchón—. No me hagas suplicártelo.

Nos miramos el uno al otro, cada uno a un lado de la estancia, mientras saltaban chispas entre nosotros, pero acabé cediendo y me acerqué a él. Me senté al borde del colchón. Aunque conseguí mantener una expresión serena, en mi interior se había desatado un violento torbellino de emociones. Me acerqué un poco más, hasta que un lateral de mi cuerpo quedó pegado al suyo. Era egoísta por mi parte, pero necesitaba que su contacto me reconfortara. Él me pasó un brazo por el regazo y jugueteó con uno de los extremos de la toalla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Qué te ha dicho?

No quería hablar de ello. Habría preferido mentir, guardar lo que había averiguado tras la barricada de mis labios y quedarme un poco más con él en aquella habitación aislada del mundo. Desvié la mirada hacia la pócima que había dejado en la mesita de al lado y la vergüenza le ganó la batalla al deseo.

—La maga no puede romper mi vínculo con Eusia —dije por fin—. Tengo que encargarme yo de ello. Todavía no sé muy bien qué debo hacer, pero he de darme prisa. Mientras siga conectada a mí, se aprovechará de mi poder para dar caza y matar a todas las sirenas que pueda y más. —Cogí el frasquito ponzoñoso—. Esto es para nosotros.

Theodore se limitó a mirarme sin decir nada.

—Cuando te encuentres mejor… —Tuve que poner todo mi empeño en no hacer caso al vínculo, que me retorcía las entrañas con nerviosismo—. Les preguntaré a Hector y Antonia si podemos

llevar a cabo la escisión aquí. Será mejor que dejemos el asunto zanjado cuanto antes.

Aquellas palabras sonaron huecas. Theodore apretó los dientes y tragó saliva con dificultad, pero mantuvo una expresión tan impasible como siempre.

—Recítame la profecía.

Inspiré hondo.

—Veo una corona. Arrancada, arrancada, arrancada de la cabeza. Veo un vínculo. Forjado, forjado, forjado en sangre. La reina yace despojada de su divinidad. El rey se sienta devastado bajo su ala.

Hice una pausa y decidí omitir la última frase: «Lo que han engendrado alterará el orden de todas las cosas».

Theodore frunció el ceño, pero pareció relajarse un poco, como si ya se hubiera resignado a vivir un destino muy concreto.

—Yo soy el rey del que habla, ¿no?

Se me cayó el alma a los pies. Negué con la cabeza y le respondí con una convicción que en realidad no sentía.

—No, no eres tú. —Dejé el frasquito de la maga y cogí el diminuto botecito de nepente. Quité el tapón de corcho, que dio un chasquido —. Toma. Para el dolor. —Le acerqué el borde a los labios y le sujeté la barbilla para inclinarle la cabeza hacia atrás—. Se refiere a Nemea. —Me encantaba que me mirara con tanto anhelo y admiración, pero sabía que su expresión estaba a punto de cambiar. Se le retorcería el rostro en una mueca de disgusto, igual que le había pasado a Evander cuando había descubierto quién era en realidad—. Él es… —Le puse una mano en el pecho y me concentré en los latidos de su corazón—. Es mi padre.

Me agarró el muslo. Aunque se le desencajó la mirada, en ella no había ni rastro del rechazo que había esperado, sino que estaba cargada de preocupación.

—Dioses santos, Imogen. ¿Estás…? ¿Cómo te encuentras?

Me quedé boquiabierta. Jamás habría esperado esa reacción.

—Bien.

—No te creo.

Estudió cada centímetro de mi rostro con atención y luego me cogió la mano y tiró de mí para que me tumbara sobre él. La

estupefacción me había vuelto maleable, así que me fundí con él en cuanto me envolvió en un abrazo.

—¿Qué estás haciendo? —susurré con el rostro escondido bajo su barbilla—. ¿No estás…? ¿No sientes asco ahora que lo sabes…?

Theodore resopló divertido.

—Lo siento, Immy —dijo contra mi pelo. Levanté la cabeza, sorprendida al oírlo acortarme el nombre con tanta dulzura. Sus ojos brillaban con una cálida y firme adoración—. Estás muy muy lejos de darme asco.

Cerré los ojos con fuerza y me recosté sobre su pecho. Mi alivio era total.

—Prometamos dejar de permitir que nuestros padres ejerzan poder sobre nuestra identidad o nuestro futuro —susurró.

Conseguí asentir despacio, agradecida. El ritmo de sus latidos me calmaba. Al cabo de unos minutos, Theodore me soltó a regañadientes y me incorporé para sentarme a su lado, con la cabeza apoyada en su hombro y una pierna por encima de las suyas.

Me acarició la rodilla desnuda con el pulgar.

—¿Te ha dicho algo más?

Una amarga tensión se adueñó de mí. No tenía ni la entereza ni el coraje necesarios para contárselo todo. Para decirle que yo iba a llevar el mundo a la ruina y que él iba a correr el riesgo de dejarlo todo por mí. Su reino no tenía nada que hacer contra el continente de Obelia en una guerra y, si permanecíamos juntos como Rohana había sugerido, el conflicto sería inevitable. Theodore acabaría culpándome de ello y eso me partiría el alma.

Pese a que sabía que lo mejor sería empezar guardar las distancias, no pude resistirme a acurrucarme contra él.

—El ala que decora el salón del trono de Linum es una de las de mi madre. Me pregunto si es la corona de Nemea la que Rohana ha visto arrancada de su cabeza por haber roto el vínculo familiar que nos unía. Me pregunto si…

—El ala de tu madre… —Theodore me apretó la rodilla—. ¿Me estás diciendo que ha usado el ala de Ligea como un condenado adorno? —Se retorció para encontrar mi mirada—. Estás pensando en ir a por Nemea, ¿no? Ni se te ocurra.

—Cuando hayamos roto el vínculo, ya no te importará tanto a dónde vaya o en qué líos me meta.

Se le endureció la mirada.

—¿De verdad crees eso? —preguntó con una aspereza totalmente opuesta a la delicadeza con la que subió la mano por mi pierna. Me agarró de la cintura a través de la delgada toalla y me habló en voz baja al oído—: Si te pasara algo, el sufrimiento de las sirenas jamás tendría fin. Forman tanta parte de mi pueblo como del tuyo. Debes mantenerte a salvo. Además, volver a esa montaña para vengarte de Nemea no romperá tu vínculo con Eusia. Tenemos que solucionar eso primero.

Tanto la forma en que me tocaba como la intensidad de su mirada hicieron que se me entrecortara la respiración. En sus ojos brillaba una mezcla de desesperación y anhelo, como si llevara mucho tiempo siendo arrastrado por una corriente de agua implacable y por fin hubiera conseguido salir a la superficie a tomar una ansiada bocanada de aire.

—¿Por qué hablas en plural? —pregunté con un tartamudeo al notar que metía la mano bajo la toalla.

Deslizó los dedos con mimo por mi cadera desnuda y me hizo perder el hilo de mis pensamientos. Jugueteó con la curva de mi trasero, con el hueco de mi cintura. Al ver que el rubor le coloreaba las mejillas y notar que sus movimientos se volvían más fluidos, supe que el nepente estaba haciendo efecto.

—Tienes que descansar —murmuré.

—Ahora no.

Me persuadió para que me pusiera encima de él y me guio con manos fuertes hasta sentarme a horcajadas sobre su vientre. Me aferré a la toalla, respiré hondo y encontré su mirada. Tenía ojeras y los párpados pesados por el cansancio, pero su expresión era más apasionada que nunca. Trazó las líneas de mis muslos con suma delicadeza y sus dedos se perdieron bajo la toalla para agarrarme con firmeza de las caderas.

En el fondo sabía que estábamos cometiendo una estupidez, pero el peso de la vida se había vuelto insostenible y su contacto aliviaba mi dolor, acallaba mis miedos.

—Dime qué quieres.

Su voz ardía como el fuego. Me cubrió la herida que sangraba en mi vientre con la palma caliente y, cuando me hubo curado, subió la mano poco a poco, poco a poco, hasta dejarla justo encima de mi maltrecho corazón.

—¿Qué es lo que más ansías?

—No lo sé —respondí, incapaz apenas de respirar.

—Claro que lo sabes. —Trazó la parte inferior de uno de mis pechos con los dedos y profirió un gruñido febril que me abrasó por dentro—. Cuéntamelo.

Se me cerraron los ojos y arqueé la espalda cuando me rodeó un seno con la mano.

—Quiero un hogar tranquilo y acogedor. —Me daba vergüenza hablar de algo tan banal—. Un lugar donde sentirme segura. Quiero conocer a otras como yo para no sentirme tan sola.

Se me relajó el cuerpo. Y cuando la toalla cayó en torno a mi cintura, Theodore jugueteó con mis pezones. Después se incorporó despacio y me rodeó la cintura con un brazo para atraerme contra su pecho.

Jadeé ante su calor y su solidez y contuve el aliento cuando me depositó el fantasma de una caricia en los labios al rozarlos con los suyos.

—Immy —jadeó desatando una placentera descarga de emoción en mi interior.

Cuando nuestras bocas por fin se encontraron, compartimos un beso tan ferviente, tan cargado de deseo y promesas, que pensé que tal vez Theo estuviera tratando de demostrarme que mis sueños no eran tan inalcanzables como yo creía. Cada movimiento de su lengua era una declaración de intenciones: «Pienso darte todo cuanto ansías y más». Le enterré las manos en el pelo mojado y dejé que sus mechones se enredaran entre mis dedos. Nunca me había sentido tan maravillosamente divina como en ese momento, abrazada con brazos y piernas a su cuerpo, bebiendo, bebiendo, bebiendo con avidez de sus atenciones. Me estaba dando mucho más de lo que merecía teniendo en cuenta todo lo que Rohana había revelado.

«Caos. Desolación. Muerte».

Theodore me besó el mentón, la mandíbula, el cuello, y, por un momento, el miedo que la profecía me había infundido se esfumó. Le desabroché atropelladamente la camisa y se la bajé por los hombros antes de que él nos diera la vuelta y me tumbara sobre las almohadas. Gruñó de frustración al darse cuenta de que estaba tan dolorido que no conseguía aguantar su propio peso por encima de mí tal como le gustaría.

—Pienso acordarme de los dioses hasta el día en que muera por impedirme disfrutar de este momento como es debido. Por fin te tengo desnuda en una cama y apenas puedo moverme.

Yo me reí y le di un beso en los labios. Theodore era pura determinación. Se percibía urgencia en la forma en que me besaba, en que trataba de devorar cada centímetro de mi cuerpo. Me rozó el pezón con los dientes, pero aplacó el dolor con un cálido lametón en cuanto se lo sacó de la boca. Luego, me enganchó la parte de atrás de la rodilla con una de sus enormes manos y me separó las piernas mientras me besaba entre los pechos.

—¿Dónde está la pócima de la escisión? —farfulló contra mi vientre mientras trazaba un camino de besos hacia abajo.

Parpadeé para intentar ordenar mis pensamientos.

—Ahí —respondí sin aliento al señalar la mesita donde había dejado los frascos—. Es el líquido negro.

Se le escapó un gemido profundo y entrecortado cuando introdujo un dedo en mi interior. Eché la cabeza hacia atrás cuando lo curvó deliciosamente, lo sacó y volvió a penetrarme con él.

—Tírala al fuego —dijo al recurrir a un segundo dedo.

Levanté la cabeza de la almohada de golpe.

—¿¡Cómo!? —jadeé.

Él me miró, ruborizado y desconcertado, pero sin interrumpir el movimiento con el que me retorcía las entrañas de placer.

—¿Qué?

—Espera un momento. Para. —Me arrepentí de habérselo pedido en cuanto obedeció—. ¿Por qué demonios habría de tirarla al fuego?

Me contempló como si hubiera hablado en otro idioma.

—Porque no vamos a romper el vínculo.

—¿Y eso por qué?

—Porque si nos separamos, no vas a poder mantenerte a salvo. Si vas a buscar a Eusia para desvincularte de ella sin contar con el apoyo de mi poder, correrás un riesgo demasiado alto.

Me esforcé por recuperar el aliento mientras lo observaba boquiabierta.

—Pero ¿qué mosca te ha picado? Hace unos días ni se te habría pasado por la cabeza decir algo así. Jamás habrías defendido una idea tan descabellada. Te vas a casar en menos de dos semanas y te recuerdo que el vínculo nos hace enfermar. ¿Cómo voy a ir a por Eusia si no podemos alejarnos más de diez pasos el uno del otro?

Esbozó una mueca desconcertada.

—¿Crees que te voy a dejar ir sola?

Me senté en la cama y me tapé con la sábana. Las palabras de Rohana resonaron sin previo aviso en mi cabeza: «Estaría dispuesto a renunciar al trono por ti».

—Creo que no hace falta que te explique cuál es tu deber como rey —repliqué—. ¿Qué pasa con la emperatriz? ¿Y con tu prometida?

Se le tensaron los músculos al ponerse de rodillas.

—Asegurar el bienestar de mis súbditos también forma parte de mis obligaciones —dijo apretando los dientes—. Además, todavía no he firmado el contrato con la emperatriz.

—Pero le has dado tu palabra. Piensa en lo que pasaría si te retractas. —Me cubrí los ojos con ambas manos—. ¿Quién me iba a decir que acabaría intentando convencerte de que te cases con la princesa obelina?

—Encontraré una solución —concluyó derrotado.

—El humo de la maga sibila todavía te tiene hecho un lío. Y, entre nosotros, el roce ha acabado haciendo el cariño. —Teníamos el cabello alborotado y el cuerpo y las mejillas encendidos. Las sábanas estaban arrugadas y medio caídas en el suelo—. La lujuria no te deja pensar con claridad.

Se le crisparon los labios hinchados.

—La lujuria —repitió con sorna—. Fuiste tú quien dijo que necesitaba darme un condenado revolcón, ¿no? A lo mejor consigo

recuperar el buen juicio si nos quitamos esto de en medio de una vez.

—Eso no es lo que quería…

Tensó el pecho y se retiró al lado opuesto de la cama con una mueca de dolor.

—Admito que la situación no es la ideal y que no tiene nada que ver con lo que había planeado en un primer momento —se tumbó de espaldas a mí—, pero no te dejes arrastrar por tu propia tozudez, Imogen.

—¿Mi tozudez? Eso no es justo…

Alguien llamó con tres golpes rápidos a la puerta. Tiré de las sábanas para cubrirme hasta la barbilla y me hundí en las almohadas.

—He traído estofado y un poco de caldo —dijo Antonia desde el otro lado.

Cerré los ojos con fuerza mientras un nudo se me asentaba en la garganta.

—Adelante —respondimos Theodore y yo al unísono y con un mismo tono malhumorado.



21

A última hora de la tarde, Theodore ya se encontraba lo bastante bien como para sentarse junto al fuego de la sala de estar. Seguía teniendo ojeras y la piel algo pálida, pero había recuperado las fuerzas para reclinarse en una silla con los pies en alto y la cabeza apoyada en el respaldo. Una taza de té se enfriaba en su mano.

No habíamos intercambiado más que un par de palabras tensas desde lo que había ocurrido en la cama.

Yo recordaba lo sucedido sentada en el suelo mientras contemplaba las llamas del hogar. Todavía notaba el contacto de Theodore por todo el cuerpo, en mi interior. Era como si sus besos y sus manos no fueran más que una extensión de su poder y este hubiera echado raíces en mí pese a la discusión que había sucedido a nuestro encuentro. Me coloqué la falda deseando poder volver atrás en el tiempo. Deseando haber mantenido la boca cerrada para que Theodore nos hubiera hecho olvidar las preocupaciones como tanto necesitábamos. Pero el recuerdo de aquel momento

interrumpido no bastaba para aliviar el terror que me infundían mis futuras obligaciones.

Tendría que encontrar y matar a Eusia, romper el vínculo y encontrar la manera de hacer que Nemea pagara por todas sus mentiras y actos de crueldad. Desvié la mirada hacia Theodore, que me observaba con los ojos entrecerrados y la respiración lo suficientemente agitada como para dejar ver que él también estaba rememorando nuestro encuentro.

Hector entró por la puerta principal cargando con una buena pila de leña.

—¡Vaya, veo que ya estáis los dos levantados! —Colocó la leña junto al hogar y estudió a Theodore mientras se limpiaba las manos —. Has tenido días mejores, ¿eh?

—También peores —respondió él con una risita débil.

Hector le correspondió con una carcajada sonora y alegre. A mí me ofreció una gran sonrisa que no pude evitar devolverle.

—Y tú… tú tienes mucho mejor aspecto que antes, toda mojada por la lluvia —dijo señalando el vestido que había sacado del armario de Antonia. Estaba decorado con diminutas flores bordadas en tonos lavanda y azul violáceo—. Reconozco ese vestido. Te queda tan bien como a Antonia de joven.

Desvió la mirada hacia la cocina, donde su esposa preparaba un plato de fruta, pan y huevos duros. Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla antes de servirse una taza de té.

—¿Te has enterado de lo del ataque a Ammos, Theo?

—¿De qué? —preguntó repentinamente tenso.

—Me encontré con el hijo del panadero cuando volvía de allí. —Hector me miró—. Ammos está a solo una hora de camino a pie por la costa, por si no lo sabías. El pueblo fue atacado por tres barcos. Lo redujeron a cenizas. Dos de ellos no llevaban bandera, así que debían de ser mercenarios. Pero dijo que el tercero era serafí.

Reprimí un jadeo y una exclamación aterrorizada se me quedó atascada en la garganta. Theodore se puso derecho y derramó sobre la otomana parte del líquido tibio de la taza que sostenía.

—¿Cuándo ha ocurrido eso?

Se levantó tan deprisa que se tambaleó, así que me incorporé de un salto para sujetarlo.

—Hace dos noches —respondió Hector con una expresión consternada—. Lo siento, pensé que tal vez ese era el motivo por el que habíais ido a ver a la maga. Para que os diera consejo.

Theodore negó con la cabeza.

—No, no tenía ni idea.

Parecía desorientado. Miró de un lado a otro, impotente, pero terminó por dirigirse hacia la puerta principal para asegurarla con un tablón.

—¿Qué haces? —preguntó Antonia, que se había llevado una mano al pecho con nerviosismo.

—Corremos peligro. —Pasó a cerrar los postigos de las ventanas —. Están buscando a Imogen.

Hector y Antonia me miraron estupefactos.

—¿Quién la busca? —preguntó él—. ¿Qué quieren de la reina de Varya?

Meneé la cabeza con la moral por los suelos.

—No soy la reina de Varya. —Me froté la frente ante su creciente desconcierto—. Es decir, lo soy, pero no por decisión propia. Fue cosa de Theodore. Aunque, bueno, tampoco es que él me escogiera exactamente. Es que… no sé qué soy.

Antonia se cruzó de brazos y me estudió con dureza.

—¿Estáis casados?

—Sí —respondimos Theodore y yo al unísono.

—Es una sirena —añadió Theodore mientras cerraba otra ventana —. Nos vinculamos cuando la ayudé a escapar de la fortaleza de Nemea, donde era víctima de todo tipo de vejaciones. Llevamos años a las puertas de una guerra. Sacarla de allí fue la gota que colmó el vaso.

—Por todos los dioses, Theo. —Hector parecía decepcionado—. ¿Cómo se te pudo ocurrir? ¿Por qué no trazaste un plan de antemano?

Theodore se interrumpió. Por su postura, enseguida supe que se había ofendido.

—Intenté hacerlo.

Sentí sus palabras como un puñetazo en el estómago. Debería haber tenido más paciencia, debería haberme comprometido a esperar en la montaña de Nemea cuando me lo pidió. Se volvió para mirarme, pero en su mirada solo veía una atormentada convicción. No había ni rastro de arrepentimiento o mala conciencia.

—Pero no podía dejarla… —continuó con un carraspeo. De pronto parecía cohibido—. Imogen es la hija de la gran diosa Ligea y del rey Nemea. Ella puede acabar con los monstruos que les dan caza a las sirenas. —Miró a Hector y a Antonia y, con un hilo de voz, añadió—: En realidad, su identidad no tuvo nada que ver con mi decisión… No fui capaz de irme de allí sin ella.

Una ola de calidez me inundó el pecho y las mejillas. «Estaría dispuesto a renunciar al trono por ti». Rohana no se equivocaba. Theodore ya lo había hecho.

Los dos ancianos me miraron boquiabiertos. Antonia hizo una rápida reverencia ante la que yo solo pude boquear como un pez fuera del agua.

Theodore se sirvió un plato de fruta, pan y huevos con renovada determinación y les dio un beso en la mejilla a cada uno.

—Lo más seguro es que esos barcos se hayan ido ya, igual que los hombres que viajaban en ellos, pero dormid con un ojo abierto por si acaso. Y bloquead todas las puertas y ventanas. Nosotros nos marcharemos al alba.

Antonia levantó un dedo.

—Pero todavía no estás recuperado del…

—El caldo de anoche me ha dejado como nuevo —la interrumpió con una sonrisa.

Ella dio un manotazo al aire, todavía preocupada.

—Os prepararé comida para el viaje —dijo a regañadientes—. Y Hector se encargará de que vuestros caballos estén preparados.

Se me iba a salir el corazón del pecho. Tenía tanto miedo que lo sentía como una losa que me impedía moverme del sitio.

Theodore se dirigió a la habitación que compartíamos con las manos llenas de comida, pero se detuvo ante el umbral y se volvió para mirarme. Sus ojos eran un libro abierto: vi pasión y dolor ligados al momento que habíamos compartido antes, así como

miedo e incertidumbre frente a lo que estaba por venir. Una pregunta escapó de sus labios como si entonara el canto de una sirena, como si hubiera utilizado mi propio poder en mi contra, si es que eso era posible:

—¿Vienes a la cama conmigo?

Me flaquearon tanto las piernas que prácticamente temí que su propuesta me hubiera licuado los huesos. Les di las buenas noches a Hector y Antonia y lo seguí.

En la habitación solo había unas cuantas velas encendidas; el fuego del hogar había quedado reducido a un puñado de brasas. Theodore dejó la comida en el pequeño escritorio que había en un rincón mientras yo cerraba la puerta y echaba el pestillo. Cuando me di la vuelta, me lo encontré enfrente.

Su mirada me dejó clavada en el sitio. La noticia sobre los barcos de Nemea, combinada con el malestar que le había quedado tras el encuentro con la maga sibila, dio pie al tono áspero y a la mirada penetrante que adoptó a continuación.

—Dímelo otra vez —gruñó—. Dime que quieres llevar a cabo la escisión, que quieres que nos adentremos en el futuro incierto de la guerra sin contar con el apoyo del otro. Dime que prefieres prescindir de la habilidad de curarte a ti misma, que no quieres que te proteja.

Entreabrí los labios. Eso no era lo que quería. Mi único deseo era tenerlo a mi lado. La mera idea de separarme de él me causaba un profundo dolor, pero no podía seguir hundiéndolo conmigo. Si me dejaba llevar por el egoísmo y su reino se desmoronaba, jamás me lo perdonaría. Tendría que aprender a protegerme sola. Y si perdía la vida en el intento de cumplir sola con mi deber, al menos no lo arrastraría conmigo.

Aprovechando mi silencio, Theodore se acercó a mí y me obligó a retroceder hasta que me choqué con la puerta.

—Si de verdad piensas que lo único que necesito es desfogarme, que lo que siento por ti no es más que una atracción física, entonces hagámoslo. Pasemos la noche juntos y rindámonos ante el deseo antes de romper el vínculo para que así podamos seguir adelante.

Me agarró por la barbilla, me levantó la cabeza y dejó los labios a escasos centímetros de los míos.

—Dilo, Imogen.

Abrí la boca intentando darle forma a las palabras que se me acumulaban en la lengua. Solo yo conocía el mensaje completo de la profecía. Sabía que estar juntos era imposible, pero no fui capaz de hablar.

Theodore esperó a que dijera algo sin apartar la mirada de la mía y luego bajó los labios hasta que nuestra respiración se hizo una.

—Dime que esto que sentimos es solo cosa del vínculo.

No podía respirar, no podía moverme. Por fin, conseguí negar con la cabeza.

—Lo tenemos todo en contra —susurré—. Lo que sentimos…, lo que hay entre nosotros terminará mal.

—¿Y por qué estás tan segura de ello?

Porque sí. Porque sé lo que pasará.

Se me cerraron los ojos, notaba el pecho a punto de estallar y, sin embargo, seguía sin ser capaz de contarle lo que me había callado.

—Regresemos primero a palacio —dije al final—. Luego tomaremos una decisión.

Me soltó la barbilla y dio un gran paso atrás, de manera que cada uno quedamos a un lado del abismo que se había abierto entre nosotros.

—Deberíamos comer algo —dije sin demostrar emoción alguna—. Y dormir. —Theodore asintió y se escondió tras una máscara de estoicismo—. Habrá que ponerse en marcha lo antes posible.

A la mañana siguiente, la tonalidad del cielo era gris oscuro, pues todavía cargaba con las nubes bajas y densas de la tormenta del día anterior. Le di a mi yegua una manzana mientras Theodore se despedía de Hector y Antonia. La noche anterior habíamos cenado en silencio y nos habíamos quedado dormidos casi al instante, cada

uno en nuestro lado de la cama. Sin embargo, nos despertamos con los brazos y las piernas enredados, como si hubiéramos tratado en sueños de subirnos el uno encima del otro.

Tras dar comienzo al viaje de vuelta por el camino embarrado, el ambiente entre nosotros permaneció enrarecido y tenso. Lo único que se oía era el chapoteo de los cascos de los caballos. El cielo descargó a intervalos una suave llovizna sobre nosotros.

—¿Te ves lo bastante descansado como para cabalgar durante la noche sin parar? —le pregunté.

—Sí —respondió en tono gélido y conciso.

Luché sin descanso por trazar un plan mientras continuábamos cabalgando a buen ritmo. Una vez en palacio, Lachlan y Agatha harían que Theodore entrara en razón. Llevaríamos a cabo el ritual y, libres del compromiso del vínculo, yo saldría a buscar a Eusia para desligarme también de ella. El problema era que no tenía ni idea de dónde encontrarla.

Cuando la luz cayó y el sol se convirtió en una cegadora mancha roja sobre el horizonte, nos sentamos en unas rocas para comernos el pan con queso que Antonia nos había preparado mientras los caballos bebían de un arroyo crecido por la tormenta.

—¿Qué puedes contarme de la magia? —le pregunté mientras pellizcaba la corteza del pan—. Me refiero a los hechizos que manejan las magas sibilas.

Theodore negó con la cabeza; su mirada taciturna permanecía clavada en algún punto lejano.

—Apenas sé nada.

—Pues ya sabes más que yo —contesté con un resoplido molesto. Cuando por fin se dignó a mirarme, lo hizo con mala cara, así que estallé—: Estoy harta de tus pataletas. Entiendo que estés enfadado conmigo y que opines que romper el vínculo es una estupidez, pero deja de comportarte como un niño pequeño y ayúdame a trazar un maldito plan. —Le di un mordisco al pan—. Si consigo entender cómo funciona la magia, tal vez pueda encontrar la manera de dar con Eusia y acabar con ella. Imagino que usa la misma magia que Rohana.

Aunque se le encendieron las mejillas, Theodore se las arregló para mantener la calma.

—No sé dónde habrá aprendido a usarla —cedió por fin—. La magia está estrictamente regulada y las magas sibilas solo tienen permitido acoger a una discípula bajo su ala diez años antes de retirarse.

Se puso de pie para sacar a su caballo del arroyo y volver al camino.

Yo lo seguí mientras las ideas se me agolpaban en la cabeza.

—¿Cuántos años pasa ejerciendo su profesión una maga sibila?

—Cuatrocientos. —Apoyó un pie en el estribo y montó en su caballo—. Rohana lleva doscientos setenta y ocho.

—Entonces, de haberla matado, habría dejado a las gentes de Varya sin una maga sibila para siempre.

—Así es.

Me subí a mi yegua dando un gruñido.

—¿Dónde aprendió Rohana a usar la magia?

—Creo que ninguna de las magas con las que contamos hoy en día fue discípula de la primera maga, aunque no recuerdo cuándo murió. Los hechizos se transmiten de generación en generación, pero tanto Rohana como las magas sibilas de los demás reinos también inventan sus propios hechizos.

—¿Pueden hacer eso?

Deduje que el hechizo que Eusia había utilizado para vincularse conmigo debía de ser de cosecha propia.

Theodore respondió a mi pregunta con un solemne asentimiento.

—El ritual de transferencia que mi padre llevó a cabo… es uno de los de Rohana. Ninguna otra maga en Leucosia lo conoce. —Se quedó pensativo mientras abandonábamos el claro por el que corría el arroyo—. No puedo contarte mucho sobre la primera maga, pero sé que la ejecutaron por el uso que hacía de la magia. Si la memoria no me falla, la evisceraron. Lo cierto es que apenas se habla ya de ella. Murió durante los Albores, cuando los grandes dioses todavía eran jóvenes. No sé más.

Descendimos por una colina y llegamos a los viñedos que habíamos atravesado de camino al norte.

—Rohana me dijo que Eusia se ligó a mí al combinar el poder del vínculo de las sirenas con la magia. Dijo que yo misma había pronunciado el hechizo y que por eso debo ser yo quien lleve a cabo la escisión. El problema es que no sé cómo hacerlo.

Cabalgamos en paralelo.

—El ritual. Recuérdame qué decía la oración que Nemea te obligaba a recitar.

—Esta ofrenda le entrego a la arena. Esta ofrenda le brindo al mar. Óyeme, escúchame. Purifica las aguas por mí.

Esas palabras me dejaban un desagradable sabor de boca.

—El hechizo debería haberte hecho enfermar. —Entrecerró los ojos mientras reflexionaba—. ¿No se te revolvía el estómago después de llevar a cabo el ritual?

—No. —Ya casi era de noche y el sol se había llevado consigo el calor del día—. Apenas sentía nada en lo alto de esa montaña. Imagino que, de celebrar un ritual a nivel del mar, la situación cambiaría. —Me cubrí con el chal de punto que Antonia me había regalado—. ¿Tienes libros sobre magia en palacio? ¿Algo que el gran dios Jesop haya escrito, tal vez?

—Sí, hay unos cuantos —dijo con cautela—, pero no están disponibles para su consulta.

—¿Para la gente de a pie quieres decir?

Bajó la cabeza y me miró avergonzado.

—No, ni siquiera yo tengo permitido sacarlos de la biblioteca subterránea donde se guardan.

Una ráfaga de viento sopló por el viñedo que estábamos cruzando y me puso la piel de gallina. Por si fuera poco, todavía notaba la mirada de Theodore sobre mí.

—¿Quién se atrevería a negarte algo? —Le ofrecí una sonrisa burlona—. Tendrás que presentarme a esa persona para que me enseñe algunos trucos.

Profirió una carcajada tan sombría como la oscuridad del crepúsculo.

—Allí abajo hay una ermitaña bastante estricta que no deja que nadie, ni siquiera yo, entre en la biblioteca.

—Bueno —enderecé la postura—, vuestra ermitaña todavía no ha tenido el placer de conocerme, majestad. Se me da bastante bien convencer a la gente para que haga cosas en contra de su voluntad, ¿no es así?

Acompañó su mirada ardiente con el fantasma de una sonrisa; la calidez de su discreta risa disipó el frío de la noche.

—Pues que los grandes dioses te acompañen, porque la ermitaña siempre va armada con una vara. Solía atizarme con ella cuando intentaba colarme de pequeño en la biblioteca.

Me reí, pero el silencio tenso y desagradable que nos había acompañado desde que habíamos partido volvió a descender sobre nosotros. Theodore azuzó a su caballo para cruzar al galope las innumerables hileras de parras. Alrededor de la medianoche, cuando los párpados ya me empezaban a pesar, un sonido atronador me despertó con una sacudida. Era el estruendo de unos caballos.

—¡Sooo! —dijo Theodore tirando de las riendas de su montura.

—¿Nos persiguen o vamos hacia ellos? —pregunté al frenar a mi yegua, pero, antes de que él tuviera oportunidad de contestar, el toque de una corneta hizo vibrar el cielo nocturno.

—¡Soldados! —gritó Theodore escudriñando la oscuridad—. ¡Aminorad la marcha! Os habla vuestro rey. ¡Detened vuestras monturas!

La tropa apareció ante nosotros y se paró, formando filas bien ordenadas. A la cola de la comitiva había un pequeño carruaje.

—¿Majestad? —dijo una voz familiar.

Lachlan avanzó hasta colocarse a la cabeza del grupo. Llevaba una armadura dorada de cuerpo entero e, incluso a la tenue luz de la luna, su expresión demostraba una preocupación evidente.

—Pensaba que estaríais todavía con la maga sibila. Íbamos en vuestra busca.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Theodore, preparado para lo peor.

El comandante no respondió, sino que me miró con desdén.

—Me sorprende que tengáis tan buen aspecto. ¿No deberíais estar sufriendo los estragos del ritual de escisión?

—Es que… —Me moví incómoda sobre la silla de montar—. No llegamos a…

Theodore me interrumpió.

—Te he hecho una pregunta, comandante.

—Ammos ha sufrido un ataque —respondió él con tono sombrío —. Al igual que Notos, en la costa oeste. Nemea ha contratado barcos mercenarios para doblar el tamaño de su flota. Son más de los que pensábamos. No debería haberse podido costear tantos apoyos. —Lachlan le lanzó otra mirada fulminante—. La emperatriz no está nada contenta. Ha enviado una misiva a Obelia para que su flota venga en nuestra ayuda y exige que reunáis a todas las sirenas bajo vuestra protección para obligarlas a apoyarnos con su poder. Quiere que hundamos los barcos de Nemea lo antes posible para no retrasar la coronación de su hija. Por favor, decidme que habéis llevado ya a cabo la escisión y que Imogen simplemente se recupera a una velocidad pasmosa.

Theodore se mantuvo tan impasible como siempre, inmóvil y con la espalda derecha sobre su caballo. Sin embargo, sabía que lo que Lachlan acababa de contarle lo había destrozado por dentro.

—¿Majestad? —Lachlan nos miró a los dos.

—No lo hemos roto todavía —intervine—. Tuvimos que… Ha habido una complicación.

—¿Una complicación? —Soltó una risotada rabiosa—. Tendréis que ser más específica. ¿Lo decís porque habéis perdido la pócima o porque no os apetecía pasar un mal rato?

—¡Ya basta! —bramó Theodore—. No vuelvas a dirigirte a ella de esa manera.

Se bajó del caballo y se dirigió al carruaje que esperaba tras los soldados.

—Volvemos a palacio —les ladró a los cocheros. Luego, dirigiéndose a Lachlan y a mí con mala cara, añadió—: Vosotros dos, venid conmigo. Tenemos que hablar.



22

El carruaje era tan pequeño y angosto que Theodore y yo nos chocábamos cada vez que daba una sacudida en su carrera hacia el palacio de Genevreer por el Camino del Norte.

En el estrecho asiento opuesto al nuestro iba Lachlan, con el ceño fruncido y la mirada amenazante clavada en Theodore.

—¿Qué te ha pasado, Theo? —La pregunta fue fulminante, acusadora.

—¿A qué te refieres? —respondió él, tenso.

—A que te has pasado años viviendo con un palo metido por el culo. Has sido un rey intachable. Te has ceñido a tu deber sin descanso…, tanto que incluso he llegado a pensar que a lo mejor estabas mal de la cabeza. —Se pasó los dedos por el pelo—. Y desde que has conocido a Imogen, pareces ser incapaz de tomar una decisión sensata incluso si tu vida depende de ello. ¿Qué complicación podría haberos impedido romper el vínculo en cuanto tuvisteis la pócima en la mano?

Para mi sorpresa, la necesidad de defenderme me puso en guardia, como un gato con el lomo erizado. Me vi empujada a responder antes de que Theodore tuviera oportunidad de hacerlo:

—El rey Nemea es mi padre —dije cruzándome de brazos con firmeza—. Y comparto un vínculo de sangre con Eusia, con todas las nekgya. Si de verdad quiero asegurar mi propia supervivencia y la de las demás sirenas, tengo que encontrar a Eusia y matarla. Theodore ha querido mantener el vínculo vivo porque su poder me ayudará a protegerme del peligro al que voy a enfrentarme.

Lachlan esbozó una mueca desconcertada mientras nos miraba alternativamente.

—Pero eso no es una puta complicación, Theo, sino una responsabilidad con la que solo Imogen debería cargar.

—Las sirenas forman parte de mi pueblo —repuso indignado—. Viven entre nosotros desde que la reina Ligea desapareció. Como rey, es mi deber asegurarme de que consiga llevar a cabo su tarea.

La mirada de Lachlan voló entre los dos de nuevo hasta que la comprensión fue desencajándole la expresión poco a poco.

—Ay, mierda. Joder. —Cerró los ojos con fuerza—. Tienes que estar de broma.

—¿Qué pasa? —pregunté, mirando de reojo a Theodore antes de volver a centrarme en Lachlan.

—Con la de mujeres hermosas que te he ido poniendo en bandeja a lo largo de los años —se pellizcó el puente de la nariz—, con la de mujeres adecuadas, inofensivas y nada problemáticas con las que has tenido relación, ¡decides enamorarte de esta!

Theodore se quedó tan inmóvil que incluso el tiempo pareció detenerse.

El rugido de mi propio corazón acaparó el silencio sepulcral en el que quedamos sumidos; un silencio que se alargó hasta terminar por convertirse en una respuesta en sí mismo. Me sentía aterrada y eufórica a partes iguales.

—¿No vas a intentar negarlo? —preguntó Lachlan meneando la cabeza—. No sé por qué me sorprende. Esto es lo que pasa cuando uno no se permite cometer ni un solo fallo. Al final acabas perdiendo

la cabeza por la primera mujer desnuda que se cuela sin permiso en tu cama.

Theodore acortó la pequeña distancia que los separaba, agarró por el cuello al comandante con una mano y echó la otra hacia atrás, preparado para asestarle un puñetazo.

Yo grité y lo agarré del hombro para detenerlo, pero un torbellino de gruñidos y golpes al aire se adueñó del interior del carromato. Después de que Theodore terminara arreglándoselas para esquivarme y golpear a Lachlan en la nariz, me interpuse entre los dos con la espalda contra el pecho de Theodore y ambas manos sobre la coraza de Lachlan.

—¡Parad de una vez! Pero ¿qué narices os pasa? —exclamé mirando al segundo.

Una gota carmesí brotó de una de sus fosas nasales. Como no me fiaba en absoluto de que fueran a comportarse, me arrodillé en el suelo del carruaje para mantenerlos controlados mientras ambos trataban de recuperar el control entre jadeos.

—Necesito que vuelva a poner los pies en la tierra. —Lachlan se limpió la nariz con el dorso de la mano y puso mala cara al ver que estaba sangrando.

—Lo sé y lo entiendo —expliqué dándole un empujón en la coraza. Él apretó los labios con firmeza—. Pero esa no es la manera de conseguirlo, zoquete. Theo debería haberte pegado más fuerte.

El carruaje se zarandeó de repente y me vi catapultada hacia adelante antes de volver a caer hacia atrás y golpearme la cabeza contra la barbilla de Theodore, que siseó de dolor y me rodeó la cintura con un brazo para estabilizarme. Fuera se oyó un alboroto: los caballos relincharon y los soldados empezaron a gritarse unos a otros.

Los dos hombres que me acompañaban se pusieron en guardia; Lachlan cogió la espada que había dejado en el asiento y Theodore recurrió a la que había colgada en la pared del carruaje por encima de su cabeza.

—¿Qué está pasando? —susurré.

Habíamos ido perdiendo velocidad hasta quedarnos completamente parados.

—Quédate en el carruaje —me ordenó Lachlan antes de ponerse el casco.

Cuando apartó la cortina de la ventanilla para asomarse, lo único que vi desde mi posición fue la oscuridad de la noche. Lachlan abrió la puerta y salió antes de que Theodore volviera a cerrarla y echara el pestillo, como si eso fuera a detener a un atacante. Una vez que hubo bajado la luz del farolillo que pendía del techo hasta dejarnos a oscuras, permanecimos pegados en tensión el uno al otro.

—Debería salir —susurré—. Si nos están atacando, yo puedo ayudar. Mi canto será más efectivo que lanzar flechas en la oscuridad.

—No —sentenció él con rotundidad—. Ellos están mejor entrenados que tú, así que estarás más segura en el carruaje.

Me mordí el labio.

—Pues me las arreglé bastante bien utilizando tanto tu poder como el mío cuando te quedaste inconsciente en la choza de la maga sibila. —Empezó a negar con la cabeza, pero lo fulminé con la mirada antes de que pudiera decirme algo—. No voy a poder estar a salvo todo el tiempo, Theodore. La muerte y el peligro se van a cruzar en mi camino una y otra vez y tú no vas a poder estar ahí siempre para impedirlo.

No alcanzaba a ver su rostro en la oscuridad, pero oí la larga exhalación que dejó escapar por la nariz. Las paredes del carruaje amortiguaban la voz de los soldados y el sonido metálico de las armaduras, pero oíamos con claridad lo que ocurría.

—Salid y deponed las armas —dijo uno de los soldados.

Un zumbido y un silbido le respondieron, seguidos de un ruido sordo, un gruñido y el golpe pesado y metálico de un cuerpo protegido por una armadura al caer al suelo.

Entonces se desató el caos.

Un coro de gritos resonó por los viñedos. De chasquidos metálicos y gemidos de dolor. Theodore maldijo en voz baja cuando lo esquivé, giré el diminuto pestillo y abrí la puerta de un bandazo. Me resbalé al pisar el barro nada más bajar, pero él me agarró de un codo para estabilizarme. A la luz de la luna, las armaduras doradas de sus soldados brillaban como un faro y entre ellos se deslizaban

unas cuantas figuras espectrales. Pese a ser hombres normales y corrientes, se movían con una agilidad peligrosa, rápidos y veloces entre los soldados cubiertos de metal.

Theodore seguía a mi lado espada en ristre mientras yo avanzaba con la espalda pegada al carruaje hacia el atacante vestido de negro más próximo a mí.

Dirigí toda mi atención al centro de mi cuerpo, al punto donde el retorcido vínculo con Eusia se alimentaba de mí como un parásito, donde residía mi poder. Al aferrarme a él, sentí que se calentaba y se abría como unas fauces hambrientas. Un escalofrío de poder me trepó por el pecho y me subió por la garganta hasta que, en un abrir y cerrar de ojos, de mi interior brotó un canto silencioso que se enganchó a la columna vertebral del hombre.

Se quedó petrificado. Arqueó la espalda. Dio un paso vacilante y metió la bota en un charco. Se dio la vuelta con movimientos atropellados para mirarme, como si fuera una marioneta conectada mediante hilos a la yema de mis dedos. Se me pusieron los pelos de punta al darme cuenta de que era uno de los hombres con los que Theodore y yo habíamos coincidido en la cabaña de los viñedos. Lo reconocí de inmediato: era el chico rubio que me había parecido atractivo. Tenía los ojos tan claros que destacaban incluso bajo la luz de la luna.

—Retrocede, Im.

Theodore me agarró del brazo con fuerza en actitud protectora y, aunque intentó tirar de mí, yo me resistí.

El hombre abrió la boca en un vano intento por respirar. Estaba hecha un manojo de nervios, pero me detuve a estudiar su ropa negra y desgastada, así como la correa que le cruzaba el pecho y la banda roja que le rodeaba el bíceps. Una anguila con los colmillos al descubierto surcaba la tela.

—¿Eres un mercenario? —pregunté—. ¿Trabajas para el rey Nemea?

Estaba temblando y tenía la cara roja de la tensión, así que lo solté un poco para que pudiera tomar una rápida bocanada de aire.

—Respóndeme —insistí.

Saqué una daga de su correa y le apunté al cuello con ella. Los golpes metálicos y los gritos resonaban a nuestro alrededor, por todo el viñedo. Detrás del hombre se oía el impacto de los puñetazos que lanzaban los combatientes. Dando un gruñido, Theodore le asestó un espadazo a uno de los mercenarios que se acercaba a nosotros por la derecha y yo volví a asfixiar a mi prisionero. Tenía la mirada desencajada, pero siguió negándose a responder.

Tampoco me importó; la banda que llevaba en el brazo me decía todo cuanto necesitaba saber.

Movida por la ola de rabia que creció en mi interior, le corté la garganta con la daga. La sangre, que brotó de la herida como una cortina carmesí, me salpicó la camisa. Theodore se estremeció. Interrumpí mi canto justo cuando el hombre caía de rodillas al suelo.

Ver esa anguila, saber lo cerca que Nemea había estado de atraparme… Jamás había sentido un miedo tan cegador. Alimentado de ello, el poder que bullía en mi vientre se volvió más abrasador, más espeso, y me obligó a lanzar nuevos cantos que se hundieron en los mercenarios desplegados por el camino. Todos ellos se derrumbaron dando espasmos en el barro.

Los soldados de Theodore retrocedieron y contemplaron asombrados a los hombres con los que habían estado combatiendo hasta hacía un momento y que ahora se retorcían en el suelo mientras se asfixiaban y se agarraban el cuello. La rabia me nubló la vista. Me ardían los ojos y tenía la respiración acelerada, pero hice que mi poder los estrangulara más fuerte. Entonces Theodore me agarró del brazo una vez más.

—Imogen, para. —Me zarandeó con urgencia—. Por el amor de los dioses, ¡para!

Corrió entre los hombres que se convulsionaban y cogió a uno de ellos en brazos mientras gritaba mi nombre. Cuando vi que Theodore lo estrechaba contra su cuerpo, por fin recuperé la nitidez en la mirada. Era Lachlan.

La realidad de lo que acababa de hacer cayó sobre mí como un terrible jarro de agua fría. Interrumpí los cantos que había entonado con un jadeo entrecortado y el sonido de los mercenarios desesperados por tomar aire al unísono inundó mis oídos. Di un paso

con torpeza hacia atrás cuando los soldados de Theodore se abalanzaron sobre ellos y les atravesaron el pecho con la espada. Con un espeluznante coro de gritos agonizantes, la sangre oscura y espesa se extendió por el barro y se mezcló con el agua de los charcos como si la tierra misma estuviera sangrando.

Con cuidado, Theodore ayudó a Lachlan a incorporarse. Le pasó un brazo por los hombros y avanzaron entre los cadáveres y los moribundos.

—Todo el mundo a los caballos —ordenó Theodore, que sonaba agotado—. Sigamos adelante.

Las miradas de desconfianza de los soldados se me clavaron en el alma. Algunos arrastraron el cuerpo sin vida de un compañero que había sido derribado del caballo. Una flecha rota le sobresalía del cuello. Le quitaron la coraza y lo tumbaron boca abajo sobre el lomo de su propia montura.

—Lo siento mucho, Lachlan —dije cuando me adelantó para subir al carruaje.

—Ahora estamos en paz —respondió él negando con la cabeza e intentando esbozar una sonrisa. Theodore mantuvo la mirada gacha —. Debería haber sabido que no me convenía hacerte enfadar.

Se me revolvió el estómago al oír que le había dejado la voz ronca al estrangularlo. A diferencia de Lachlan, que se subió al carruaje enseguida, Theodore se quedó atrás un segundo, así que lo esperé para ver si me miraba, para ver si se preocupaba por cómo me había afectado el enfrentamiento, para ver si me ofrecía su inagotable apoyo y me sacaba de la oscuridad que con tanta facilidad me había engullido.

Sin embargo, cuadró los hombros en actitud tensa y se metió en el carruaje. En su ausencia, el ruido que me rodeaba se volvió abrumador. Oía el repiqueteo de las espadas al ser enfundadas, los suaves relinchos de los caballos y las voces de los soldados. También el incesante eco de las olas en la lejanía y el susurro constante de las hojas de las parras. Por si fuera poco, mi mente se negó a darme tregua y me obligó a recordar la forma en que a Lachlan se le había retorcido el rostro, así como la expresión de Theodore, desencajada por la preocupación. El olor de la sangre fría y pegajosa que me

manchaba la camisa me inundaba las fosas nasales. Al final, me subí al carruaje con la cabeza gacha y decidí que, una vez roto el vínculo, me marcharía de Varya para no volver nunca, pues yo era una tormenta que causaba estragos sin discernimiento, una ola que lo destrozaba todo a su paso al romper en la costa. Y si Theodore acababa convirtiéndose en una víctima de mi devastación, jamás me lo perdonaría.



Theodore me sacudió suavemente una pierna.

—Ya hemos llegado.

Habían pasado dos días. Las ruedas del carruaje seguían aplastando la grava del camino. Me asomé bostezando a la ventanilla y vi el palacio de Genevreer, que se alzaba en la oscuridad como un esqueleto iluminado. Sus muros de piedra eran blancos como el hueso y las ventanas resplandecían frente al cielo nocturno.

Nos detuvimos ante un reducido grupo de sirvientes que habían salido a darnos la bienvenida. Theodore fue el primero en apearse del carruaje, pero no se volvió para ayudarme, así que un sirviente se apresuró a ofrecerme una mano enguantada para que pudiera bajar los estrechos escalones.

—Gracias —farfullé.

Los ojos marrones del hombre estudiaron la camisa sucia que todavía llevaba puesta, arrugada y rígida por la sangre seca. En el fragor del combate, la alforja donde llevaba la ropa limpia se había soltado y había quedado olvidada junto a los cadáveres y la sangre. Dentro iba el vestido que Antonia me había regalado. Haberlo perdido me causaba una extraña tristeza… Podía añadirlo a las cosas que había echado a perder.

Bajé la vista para evaluar mi aspecto. Llevaba los enormes pantalones que Theodore me había prestado sujetos a la cintura con una cuerda raída, las botas cubiertas de barro y el pelo apelmazado. Theodore al menos se había tomado la molestia de asearse en un

riachuelo con el que nos habíamos topado aquella tarde, justo fuera de los límites de la ciudad. Lo seguí con la mirada cuando cruzó el camino de gravilla. Pese a su aspecto cansado, pese a que llevaba las mangas de la camisa desgastada arremangadas como un jornalero cualquiera, le era imposible ocultar su verdadera identidad. Se detuvo ante la escalera de mármol para entrar en el palacio con la barbilla alta en actitud regia y la postura erguida y firme.

No me había dado cuenta hasta ese momento de los muros que había dejado caer durante nuestro viaje. A solas conmigo, lejos de la civilización, se había comportado como una persona completamente distinta. De nuevo en palacio, volvía a ocultar las partes más amables y vulnerables de su persona.

Me detuve a su lado.

—Me gustaría darme un baño.

Theodore me dedicó un rápido asentimiento. Algo había cambiado entre nosotros desde que había perdido el control. Desde que había estado a punto de matar a Lachlan.

La parte positiva era que el susto me había dejado una cosa clara: el rey de Varya jamás podría permitirse amarme. Allí, en su mundo, lo nuestro no funcionaría. Yo era una criatura temible, volátil. Y él… él había nacido para reinar.

Notaba el peso de la poción en el bolsillo.

—Esta noche deberíamos… —Me interrumpí al ver que no me estaba prestando atención.

—¿Deberíamos qué? —preguntó distraído.

Se le marcó un profundo surco entre las cejas al ver la cantidad de carruajes lujosos estacionados en fila que adornaban el camino de entrada al palacio como una guirnalda de coloridas cuentas.

—¿Qué pasa?

Negó con la cabeza.

—No sé de dónde han salido todos estos carruajes.

Se dio la vuelta y subió los escalones de entrada de dos en dos. Esforzándome por seguirle el ritmo, corrí tras él hasta detenernos en medio del vestíbulo principal. El eco de una música fantasmagórica rebotaba contra las paredes. Theodore siguió la melodía delicada, casi melancólica, hasta la intrincada puerta que había al otro lado de

la estancia. Tras abrirla de par en par, se detuvo en seco en el umbral.

Al otro lado se encontraba el salón del trono. Era una sala con los techos altísimos, saturada de detalles en oro y cristal y abarrotada de invitados con atuendos extravagantes. Fue como si Theodore hubiera levantado la tapa de un lujoso joyero repleto de piedras preciosas. La nobleza variana hacía gala de una ostentosidad con la que la serafí solo podía soñar.

En cuanto Theodore dio un rígido paso adelante, el heraldo anunció su llegada haciéndose oír por encima de la música de los violines, los murmullos y las risas. La orquesta se interrumpió y todos los presentes hicieron una reverencia. Aunque a mí me habría gustado esconderme detrás de la puerta, Theodore se adentró en la estancia y asimiló la escena con una mirada atónita.

—¡El novio ha vuelto! —exclamó la emperatriz, que apareció en medio de la multitud con los brazos extendidos para darle la bienvenida en actitud magnánima.

Yo me mantuve tan lejos de Theodore como pude para guardar las distancias sin que el vínculo nos revolviera el estómago. El sonido de unos pasos precedió la llegada de Lachlan, que llevaba el casco bajo el brazo.

—Ay, la puta —farfulló cuando reparó en la rabiosa postura encorvada y los puños apretados de su rey.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó Theodore a la emperatriz sin apenas mover los labios.

Ella ladeó la cabeza y lo miró con indiferencia. Fue un auténtico milagro que la descomunal corona de diamantes que llevaba no se le cayera al suelo.

—Es una fiesta de compromiso, ¿qué iba a ser si no? La boda tendrá lugar en poco más de una semana.

La princesa Halla emergió también de entre la multitud e hizo una exagerada reverencia ante Theodore. Llevaba un vestido blanco ceñido y decorado con cuentas brillantes; además, sujeta a su diadema, lucía una toca fina y vaporosa que le cubría la cabeza y le caía hasta los hombros.

—Me alegro mucho de teneros de vuelta, majestad. —Se incorporó y le ofreció una sonrisa radiante—. Imagino que querréis asearos, pero ¿me haríais el honor de compartir un baile conmigo primero?

Theodore se mantuvo inmóvil, pero lo vi tragar saliva para no estallar mientras el rubor le trepaba por el cuello.

—Un baile —le dijo con un asentimiento que casi podría haberse considerado educado.

La princesa amplió todavía más su sonrisa antes de levantar los brazos para que Theodore le tomara una mano y, manteniendo las distancias, la agarrara de la cintura. La música volvió a sonar y los invitados se retiraron para dejar espacio en el centro de la estancia. En cuanto empezaron a bailar, el vínculo hizo que el estómago pareciera dilatárseme. Sentí un profundo dolor seguido de un torrente de descontento. La saliva se me acumuló en la boca. Sin embargo, no cedí. Le planté cara al malestar con un nudo en el pecho y los dientes apretados.

Noté la mirada de Lachlan clavada en mí.

—¿Estás bien?

—No hagas como si yo te importara.

—Claro que me importas. —Resopló—. Cuando nos encontramos en el camino, estaba enfadado. Llevamos unos días bastante agobiados.

—Tengo la pócima de la escisión en el bolsillo —dije sin apartar la mirada de la figura estoica de Theodore, que guiaba los pasos de la princesa con gracilidad—. ¿Te importaría ir a buscar a Agatha? Quiero que esté conmigo cuando me la tome.

Lachlan me estudió con atención.

—¿Se lo has dicho a Theo?

—No. —Negué con la cabeza—. Y no se lo digas, por favor.

—Iré a buscarla —cedió tras apretar los labios, incómodo.

Tan pronto como se apartó de mi lado, una voz cantarina trinó en mi oído:

—Parece que habéis tenido un viaje algo accidentado, lady Nel.

La emperatriz Nivala sonaba amable, pero evaluaba mi aspecto con un brillo perspicaz en los ojos de color azul lapislázuli.

—Así es, majestad imperial —dije una vez que hube dado un paso atrás y hecho una reverencia—. No ha sido un camino de rosas.

Apartó la mirada de mí para admirar satisfecha a su hija junto a Theodore.

—Hacen una pareja espléndida, ¿no creéis?

No se equivocaba. Él era un sol ardiente e inmutable, y ella, una luna pálida y resplandeciente que destellaba ante su presencia. ¿Y en qué me convertía a mí esa comparación? Supuse que en la oscuridad que se disipaba bajo la luz de ambos astros.

—¿Seguís aquí por algún motivo en concreto? —preguntó la emperatriz cuando volvió a la realidad. El desconcierto le marcaba las arruguitas del contorno de los ojos—. Estáis cubierta de sangre seca.

—No, majestad imperial. —Hice una segunda reverencia mientras el estómago se me retorcía cada vez más—. Por favor, disculpadme.

—Ah, esperad un momento.

Se había quedado quieta y había centrado toda su gélida atención en mí o, más bien, en mi anillo de compromiso. Me detuve en seco.

—Vuestro apellido es… Nel, ¿verdad?

Su penetrante mirada era totalmente opuesta al tono despreocupado que había utilizado. Extendió los dedos, que, pese a ser largos y pálidos como el hueso, eran cálidos y suaves. Me tocó la mano del anillo y acarició la gema con la yema del índice.

—Me encantaría saber de dónde proviene —añadió.

Asentí educadamente, pese a que se me habían puesto los pelos de punta, y me esforcé por poner en orden mis pensamientos para darle una respuesta. El apellido de Nemea era Miros, pero no recordaba el de Ligea, aunque me lo habían enseñado durante mis lecciones.

—Nací en Seraf —respondí con voz temblorosa, pues lo único que podía ofrecerle era la historia que me habían contado.

—Conque en Seraf. Ya veo. —Un destello astuto le surcó la mirada. Siguió dibujando la misma línea con el dedo sobre mi piel—. Es un apellido interesante —señaló con una sonrisilla hostil—. Es obelino. —Dejó de mover el dedo, pero no me soltó—. ¿Lo sabíais?

Se me formó un nudo de alerta en la garganta. Meneé la cabeza.

Su mirada voló por los engalanados nobles para posarse en Theodore y Halla y terminar clavándose de nuevo en mí.

—Permitidme que os hable de él —dijo como si fuera a compartir un secreto que nadie más debía saber—. Hace años, cuando el rey Athan todavía ostentaba el trono variano y el rey serafí era joven, mi marido falleció. Era un hombre encantador. Sencillo. Le gustaban los caballos. Era el consorte más aburrido que cualquier emperatriz haya tenido en la historia. —Dejó escapar una risita gélida—. Todos los dirigentes leucosianos vinieron al norte para conmemorar su recuerdo. Entre ellos estaban la reina Rillion y la reina Ligea. Algunos nunca habían puesto un pie en el continente antes. Al fin y al cabo, es un viaje largo. Los Nel eran una familia obelina muy rica y antigua con la que mantuve una estrecha relación desde joven. Los miembros de mi familia llevaban generaciones casándose con los de la suya, pero, entonces, de ellos ya solo quedaban la matriarca, un hijo enfermo y su apocada esposa. Ambos tuvieron una niñita tímida con unos ricitos blancos perfectos. La primera noche que los miembros de la realeza leucosiana pasaron en Obelia, los Nel celebraron una cena de lo más elegante en su hogar.

»Entre plato y plato, salimos a recorrer los jardines, pues era verano y la temperatura era inusualmente agradable para el norte. Cuando regresamos media hora más tarde, encontramos los cadáveres de la familia Nel al completo apilados en medio del comedor, junto a la mesa. —Chasqueó la lengua como si le pareciera una pena—. Los habían abierto en canal desde el cuello hasta la entrepierna y sus entrañas se habían desparramado sobre una de sus encantadoras alfombras. —Volvió a deslizar el dedo por el dorso de mi mano, trazando una línea justo por el centro como para imitar la forma en que habían matado a los Nel—. A la matriarca le habían robado las joyas que llevaba puestas aquella noche. Un collar, unos pendientes y un anillo de espinela. Todos a juego.

—Qué historia más horrible —dije estremecida.

—Desde luego.

—¿Por qué habéis decidido contármela?

—Bueno, ya sabéis. —Me pasó el pulgar por la palma llena de cicatrices y luego me soltó con una sonrisa—. Vuestro apellido y la

mención de Seraf me han traído el recuerdo a la memoria —ronroneó pensativa—. Nemea era muy apuesto por aquel entonces y se preocupó mucho por mí durante aquellos días de conmoción y tristeza por la muerte de mi marido. Me pregunto qué tal le estará yendo ahora.

Se me aceleró el corazón.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde entonces?

Levantó la vista al techo mientras lo consideraba.

—Halla todavía no había nacido, así que habrán pasado unos veinticinco años. Caramba, el paso del tiempo es de lo más despiadado, ¿eh?

Lo que menos despiadado me parecía en aquel momento era el tiempo.

—Buenas noches, majestad imperial.

Hice una temblorosa reverencia, miré por última vez a Theodore y hui del salón del trono sin preocuparme por las náuseas que me provocaría el condenado vínculo.



23

Subí la escalera iluminada por la luz de las velas tambaleándome, intentando hacer caso omiso a la mirada vacía y penetrante de las estatuas de los grandes dioses, que seguían mis pasos desde las barandillas. Intentando ignorar el dolor implacable y lacerante que me retorcía el estómago, contemplé la inquietante estatua de Panos con mala cara, aunque sabía que todos los dioses tenían algo que enseñarme, incluida mi madre. Lo veía en su severidad, en la tenacidad que demostraban sus representaciones en piedra. Theodore hacía gala de esas cualidades, mientras que yo… yo era más dada a desmoronarme ante el deseo y el miedo. Tuve que poner todo mi empeño en no volver corriendo junto a él.

Y, por si no tenía bastante ya con lo que lidiar, ahora estaba segura de que la emperatriz de Obelia sabía perfectamente quién era yo.

Sentí otro pinchazo en el estómago al llegar a lo alto de la escalera, así que corrí hasta los aposentos de Theodore, al otro lado del pasillo. Quizá debería haber buscado otro escondite, pero el

palacio era como un laberinto y en ese momento necesitaba encontrar el consuelo de un ambiente que me resultara familiar. En cuanto abrí la puerta, corrí al cuarto de baño y me derrumbé sobre la jofaina. Vomité y vomité entre sudores y, aunque las arcadas cesaron, el dolor no se atenuó. Me humedecí la cara para refrescarme un poco, me quité la camisa sucia y, antes de hacer lo mismo con los pantalones, saqué con cuidado el frasquito de la maga sibila y lo dejé en la mesita de noche de Theodore.

Me sentía como si tuviera una losa cada vez más pesada sobre el pecho. Una losa que me asfixiaba, que me quebraba los huesos y me aplastaba el corazón. Me aseé con un jabón que olía a Theodore y, una vez limpia, me cubrí con una toalla y me tumbé hecha un ovillo sobre el suelo de baldosas, a la espera de la próxima arcada.

La puerta principal se abrió con un chirrido que me puso en pie de un salto.

—¿Theo? —lo llamé saliendo a toda prisa al dormitorio.

A quien vi fue a Agatha, muerta de preocupación y ataviada con un encantador vestido color carbón. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Maldita sea. Mi esperanza había sido verlo a él. Siempre quería verlo a él.

—Lachlan me lo ha contado todo. —La expresión de Agatha se suavizó.

—¿Te ha dicho que perdí el control y estuve a punto de matarlo? —Tomé una temblorosa bocanada de aire—. ¿Te ha contado lo de Eusia y Nemea?

Asintió sin apenas mover la cabeza. Ahora su expresión estaba a punto de convertirse en una mueca compasiva.

—Al menos, has vuelto de una pieza.

—Yo no estaría tan segura. Me siento como si me hubieran partido en dos. —Se me entrecortó la voz—. Creo… creo que lo quiero.

Agatha se quedó de piedra. Parpadeó. Asintió una sola vez.

—Ven, que te ayudo a vestirte.

Otra dolorosa oleada de náuseas me llevó por delante.

—¿Has oído lo que te he dicho?

—Sí.

Agatha abrió el armario de Theodore, en cuyo interior había unos cuantos vestidos que recordaba haber visto en el perchero de la modista. Escogió uno de seda color vino.

—Lo voy a manchar todo de vómito.

—No sé cómo va a acabar esto, Imogen —dijo avanzando hacia mí con decisión—. Ni siquiera sé qué pensar al respecto. Puede que tengas que luchar por él o que te veas obligada a dejarlo ir. Pero, sea cual sea el caso, no vas a conseguir nada yendo por ahí desnuda.

Una carcajada triste brotó de mi pecho antes de dejar que me ayudara a ponerme una camisa interior y un corsé, aunque tuve que hacer una pausa para intentar vomitar sin éxito en la jofaina.

—Cuéntame qué plan tienes —me pidió mientras me ceñía las cintas de la espalda.

El batiburrillo de tareas que se me agolpaban en la mente no estaba ni de lejos a la altura de ser descrito como un «plan».

—No sé… Tengo que encontrar a Eusia. Hemos descubierto que es una hechicera o que, como mínimo, sabe utilizar la magia como una maga sibila. Theo ha dicho que hay algunos libros sobre el tema en una biblioteca de palacio. Tengo que consultarlos. —Tragué saliva para reprimir una nueva arcada—. Pero primero tenemos que romper el vínculo. Tomaré la pócima ahora y…

—¿Imogen? —Mi mirada voló hacia la puerta abierta. Theodore estaba allí, pálido y con una mano sobre el vientre. Nos estudiaba alternativamente a Agatha y a mí, sorprendido—. ¿Ibas a tomarte la poción?

Agatha soltó las cintas del vestido, pese a que no había terminado de apretármelas.

—Os daré un momento. —Me dio un rápido apretón en la mano a modo de despedida—. Llámame cuando me necesites.

Cuando salió de la estancia, el ambiente cambió. Theodore se acercó despacio a mí y el malestar empezó a mitigarse.

—Respóndeme —dijo con la voz ronca y la mirada dolida.

—Sí, iba a tomármela ya. Llevas sin hablarme casi día y medio. La emperatriz… —No logré encontrar la forma de describir nuestra

conversación—. Además, Halla y tú hacéis una pareja encantadora. Ve a disfrutar de tu fiesta de compromiso. Yo tengo también unos cuantos asuntos de los que encargarme…

—Estoy tan loco por ti que no repararía en la princesa ni aun teniéndola a un palmo de distancia. —La emoción le contorsionó el rostro—. Acaparas mis cinco sentidos, inundas mis pensamientos e invades mis sueños. Si no me he visto capaz de hablar contigo desde la discusión con Lachlan es porque me impactó… me impactó que tuviera razón sobre lo que siento…

—Theo —lo interrumpí en un susurro.

—No es por el vínculo de sangre —dijo sacudiendo la cabeza—. Ambos sabemos que no. Entre nosotros hay algo que ese maldito brebaje apestoso no va a poder romper. —Acortó la escasa distancia que nos separaba, acunó mi rostro entre las manos y siguió hablando contra mis labios—: Lo que siento por ti está por encima de la razón, por encima del deber y el deseo. Has puesto mi mundo entero patas arriba y tú eres la única que se mantiene en pie en medio del caos. —Me acarició la punta de la nariz con la suya—. Solo te deseo a ti. A ti y a nadie más.

Cerré los ojos al oír aquella admisión tan imposible y peligrosa. Volví a pensar en las palabras de Rohana. No me extrañaba que Theodore no atendiera a razones: mi alma era un torrente de aguas bravas que lo destruía todo a su paso, pero la de él estaba hecha de raíces profundas, enterradas con firmeza en la tierra. Al haber inundado cada recoveco de su ser, lo había acabado ahogando.

Entonces me besó y perdí el hilo de mis pensamientos por completo. Tenía los labios cálidos y suaves y buscaba mi boca tan desesperadamente que acabó de un plumazo con mi endeble determinación.

Me puse de puntillas. Le devolví el beso como si fuera el aire que respiraba, como si fuera la luz del sol y yo hubiera pasado toda una vida marchitándome en la oscuridad. Gimió en mi boca cuando me acarició la lengua con la suya. Luego, me enterró los dedos en el pelo y me dibujó un camino de besos por la mandíbula y el cuello.

—No quiero parecerte egoísta —exhalé—. No quiero que me guardes rencor por quedarme aquí contigo cuando debería ir a

buscar los libros de los que hablábamos, cuando debería tomarme ya la poción.

La agonía se adueñó de su mirada.

—Si esto te hace egoísta… —me besó lenta y apasionadamente—, entonces, yo te deseo tanto como una bestia insaciable movida por la codicia.

Hasta ese momento había creído que Theodore era mi debilidad, pero me había quedado muy corta. Me dejé llevar por sus besos con una falta de decoro absoluta mientras él me soltaba el vestido a medio ceñir y me besaba el hombro desnudo, seguido de la clavícula, gruñendo de frustración cuando no pudo seguir bajándome la prenda.

—Date la vuelta —me ordenó girándome él mismo sin molestarse en dejarme obedecer.

Me besó la nuca al guiarme hacia la cama. Me arrinconó en el colchón para cernirse sobre mí, terminar de soltarme las cintas del vestido y acariciarme con los labios, los dientes y la lengua. A medida que me quitaba el vestido, el corsé y la camisa, me depositó besos cargados de compasión sobre la piel que ocultaba mis alas antes de continuar su camino hasta llegar a la base de mi espalda.

—Llevas demasiadas capas —se quejó con voz ronca, calentándome la piel con su aliento.

Cuando por fin dejó toda la ropa apilada en un montoncito en torno a mis pies y me tuvo desnuda, apoyada sobre la cama ante él, Theodore dejó escapar un sonido de aprobación profundo y sensual. Con la más delicada de las caricias, apartó los largos mechones que me caían por la espalda y me besó con suavidad en el centro de la columna.

—Perfecta —susurró provocándome un escalofrío—. Eres preciosa.

Beso a beso, fue bajando por mi espalda hasta quedar arrodillado detrás de mí. Dejé escapar una temblorosa exhalación cuando noté que sus labios descendían por la curva de mi trasero mientras sus dedos me amasaban la piel para instarme a separar las piernas. El primer contacto de su lengua me arrancó un gemido de lo más profundo del pecho.

Mi mundo se redujo hasta quedar centrado solo en él, en la espesa espiral de calor que cada experimentado lametón hacía crecer en mi vientre. Cuando me subió una de las rodillas a la cama con un ferviente tirón para profundizar sus atenciones, ese ardor que me embargaba se extendió por mi interior como una ola a punto de romper.

—Theo —gemí con la voz débil y aguda.

—Todavía no —ordenó contra la delicada cara interior de mi muslo.

Introdujo un dedo en mi interior con un gruñido. Luego, otro. Cerré los puños en torno a las sábanas y levanté las caderas, pero él me inmovilizó con uno de sus fuertes brazos, aunque tampoco sirvió de mucho. Entre el movimiento de sus dedos y la perfecta caricia de su lengua cálida en la parte más sensible de mi cuerpo, me fue imposible esperar más.

Proferí un grito que resonó en toda la habitación. Acabé cubierta de sudor, temblando y palpitando de pies a cabeza, presa de la dulce y fluida sensación que la lengua y los labios de Theodore seguían proporcionándome. Sin perder un segundo, me tumbó de espaldas sobre la cama y me separó las piernas para besarme y mordisquearme el interior de los muslos. Cuando me incorporé con languidez para atraerlo hacia mí, él se apartó.

Apoyó una mejilla contra mi rodilla y me ofreció una sonrisa perversa.

—Se te olvida que soy una bestia movida por la codicia cuando estoy contigo. —Volvió a chuparme y lamerme—. Todavía no he acabado.

La euforia no tardó en consumirme igual que la llama de una vela, en volver a hacerme gemir y arquear la espalda contra él. Cuando por fin se dio por satisfecho, quedé rendida en la cama, con los brazos y las piernas tan débiles como las ramitas de un árbol joven. Se cernió sobre mí y la mayor sonrisa de suficiencia que había visto jamás se adueñó de sus hermosas facciones.

—¿Necesitas un descanso?

—Estás muy orgulloso de lo que has hecho, ¿no?

—Ajá —dijo sin perder la sonrisa antes de agacharse y besarme un pecho.

Curvé la espalda para animarlo a que lo tomara entero en su boca y él obedeció aprovechando además para estimularlo con su maravillosa lengua.

—Quítate la ropa —jadeé.

En cuanto se sentó sobre los talones para desnudarse, yo estiré la mano y me dispuse a soltarle los pantalones con torpeza y sin apartar la vista de los músculos de su vientre terso y su pecho fuerte, que se le tensaron y flexionaron cuando se quitó la camisa. Theodore era perfecto, tan exquisitamente tallado como las estatuas que ocupaban cada rincón del palacio. Mientras él me estudiaba con los ojos entrecerrados por el deseo, yo hice lo mismo: admiré las curvas de sus músculos, el vello oscuro que le salpicaba el pecho y el fino caminito que este trazaba hasta la zona que sobrevolaban mis manos. Una vez que le hube soltado el pantalón, se lo bajé junto a la ropa interior.

Me regalé en su desnudez, en su excitación, en su largura y firmeza. Lo rodeé con una mano y él dejó escapar una exhalación ahogada.

—Túmbate —le ordené con los labios pegados a su pecho.

—No tienes por qué…

—Cierra el pico.

Lo empujé contra el colchón con la misma sonrisa satisfecha que él había esbozado unos instantes antes y me lo metí en la boca. Mi corazón dio un vuelco de júbilo al oír el siseo que se le escapó al tomar aire. Me agarró por la nuca y me enterró los dedos en el pelo antes de dejar caer la cabeza sobre una de las almohadas, con los labios hinchados entreabiertos en un quedo gemido.

Yo también era una criatura codiciosa. Quería poseerlo por completo y que él me consumiera a mí. Quería grabarme a fuego su recuerdo en los tendones y en la médula para llevarlo conmigo hasta el momento en que exhalara mi último aliento. Pero Theodore acabó profiriendo un rugido frustrado y tiró de mí para que me sentara a horcajadas sobre su regazo.

Cuando me tuvo donde quería, me miró con una emoción dulce y cálida que no me molesté en descifrar. Bastante difícil iba a ser ya purgarlo de mi flujo sanguíneo como para encima tener que extirpármelo también del corazón. Encontró mis labios con fervor y adoración y deslizó la boca por mi cuello y mi oreja mientras me guiaba para que nuestras caderas se alinearan. Entonces me hizo descender sobre él muy despacio, sin apartar ni por un segundo la atención del punto de unión de nuestros cuerpos.

—Dioses —jadeé ante la placentera tensión que me embargó al sentirlo en mi interior.

—Imogen —dijo sobre mi cuello. Ajustó la postura, me agarró la espalda y se enterró por completo en mí—. ¡Joder, Immy!

Contuve el aliento cuando me hizo subir y bajar sobre su miembro mientras susurraba palabras de aprobación con reverencia, con el placer esculpido en las facciones. Su mirada ardiente seguía todos y cada uno de mis movimientos.

—¿Qué pasa? —pregunté en un gemido al ver que una sonrisa plena se adueñaba lentamente de sus labios. Negó con la cabeza, me rodeó la cintura con un brazo y me hizo ahogar una exclamación cuando me dio la vuelta y marcó un nuevo ritmo con las caderas—. ¡Dímelo!

Se detuvo jadeando y entonces su sonrisa se convirtió en una expresión de abierta fascinación.

—Nunca he deseado a nadie… —hizo una pausa— tanto como te deseo a ti.

Sentí que me estallaba el corazón, pero me besó antes de que pudiera responder, así que quedamos atrapados en una sucesión de jadeos, temblores y gemidos extasiados. Theodore se adueñó de mi ser como la marea que devora la costa, disolviendo todos mis límites, toda mi razón, hasta que juntos nos hundimos irrevocablemente en las más dulces y oscuras profundidades.

De noche, el palacio estaba tranquilo y en silencio. Yo dormitaba con la cabeza apoyada en el pecho de Theodore y una pierna echada por encima de las suyas mientras dibujaba círculos sobre su estómago con el dedo. En el tiempo que habíamos compartido, había aprendido a interpretar el ritmo de su respiración como un indicador de su estado de ánimo. En ese momento, respiraba despacio. No había rastro de tensión en sus músculos gráciles y, a diferencia de muchas otras ocasiones, tenía los dedos relajados.

Se sentía en paz, y yo lo envidiaba por ello. En mi mente se había formado una madeja de planes, preocupaciones y pensamientos catastróficos que se enredaba cada vez más en mi esfuerzo por encontrar una manera de estar con Theodore, de quedarme a su lado. Pero por más vueltas que le di al problema, no conseguí encontrar una solución.

La respiración de Theodore se fue haciendo más superficial a medida que se quedaba dormido. Justo cuando se le cayó la mano que había apoyado sobre la curva de mi cintura, alguien llamó a la puerta. Levanté la cabeza de su pecho.

—¿Majestad? —lo llamó un hombre desde el pasillo—. Os he traído los libros que pedisteis.

Theodore refunfuñó y respondió medio dormido.

—Déjalos en la puerta.

—Por supuesto. —Se oyó un golpe sordo—. Buenas noches, majestad.

—¿De qué libros habla? —susurré en voz más alta de lo que me habría gustado.

Me levanté de la cama, me acerqué a la puerta y agudicé el oído para asegurarme de que el hombre se había marchado.

—Tienes demasiada energía para todo lo que hemos hecho —farfulló—. Siento que te he fallado.

—No, estoy muerta. Agotada. Deliciosamente dolorida. —Le sonreí por encima del hombro—. El problema es que estoy demasiado nerviosa como para dormir. Es como si tuviera un avispero metido en el cerebro.

Abrí la puerta y encontré una cesta en el suelo que contenía alrededor de una decena de libros con las encuadernaciones de

cuero desgastadas, acompañados de un papelito doblado. La arrastré al interior y cogí el libro que había en lo alto de la pila, además de la nota que había sobre él.

—Eres preciosa —dijo Theodore, que me miraba con una expresión cansada y risueña, con el fantasma de una sonrisa en los labios.

—Lo mismo digo —respondí con timidez.

Desdoblé el papel y volví a subirme a la cama para leerlo.

Querida Vasili:

Me complace informaros de que he contraído matrimonio. Como regalo, os pido humildemente que me concedáis el honor de tomar prestada cualquier obra sobre la magia y las magas sibilas escrita por el gran dios Jesop. Como vos bien decís, los libros son propiedad de toda Leucosia. Sabed que nuestra intención es aprender de su sabiduría para ayudar, proteger y salvaguardar a nuestras gentes.

Vuestro rey,
Theodore Ariti

Alabada sea la memoria de los grandes dioses. Ya era hora de que sentarais la cabeza. Espero que hayáis encontrado una esposa digna de veros de rodillas.

Aquí tenéis los libros que solicitasteis. Devolvédmelos en dos días sin el menor rasguño.

Ahogué una carcajada ante la brusca respuesta de la ermitaña y Theodore se rio entre dientes.

—Si vive en el palacio, deberías haberle dicho mejor que *pronto* contraerás matrimonio. Cuando se dé cuenta de que la boda todavía no ha tenido lugar, vendrá a por ti para arrearte con su vara.

—Esa mujer lleva cuarenta años sin salir de la biblioteca subterránea. —Me besó el brazo—. Además, en la nota me refería a ti.

—Ah. —Me ruboricé—. ¿Y esto qué significa? —pregunté abrumada en un hilo de voz—. «Una reina digna de veros de

rodillas».

—En Leucosia, los reyes y las reinas no se arrodillan ante nadie. Solo ante la pareja con la que hayan escogido casarse. Es un gesto simbólico que se lleva a cabo durante la ceremonia de vinculación. —Tenía los ojos cerrados. Se encogió de hombros—. Mi padre nunca llegó a arrodillarse. Seguro que la ermitaña no lo ha olvidado y, con lo quisquillosa que es, estará tratando de hacerme sentir culpable para que cumpla con la tradición.

Mi mente retrocedió hasta la noche en que escapamos de la montaña de Nemea: oí el aullido del viento, sentí el frío que me hacía temblar de pies a cabeza y vi a Theodore dejándose caer de rodillas ante mí mientras le juraba fidelidad. Apoyé el libro sobre el colchón, me volví hacia él y le aparté un mechón de la frente.

—Te has arrodillado ante mí —musité con una tímida pregunta en la voz.

Un hoyuelo apareció y desapareció en su mejilla tan rápido como su sonrisa.

—Y lo volveré a hacer en un rato.

—Me refería a cuando escapamos de la fortaleza —dije dándole un empujoncito en el hombro.

Abrió los ojos somnolientos, encontró mi mirada y volvió a cerrarlos.

—He estado loco por ti desde que te vi subir a la torre con ese vestido tan ridículo. No me costó nada arrodillarme.

—No hablas en serio —jadeé.

Él negó con la cabeza sin abrir los ojos.

—Me robaste el corazón —susurró con los labios curvados en una sonrisa torcida.

Me rodeó la cintura con un brazo y me estrechó contra su pecho antes de darme un beso largo y lento. Se me puso la piel de gallina pese al calor que desprendía. Me quedé despierta, con la mirada clavada en el dosel de la cama, mucho tiempo después de que él se durmiera. La voz rota de Rohana resonaba en mi mente como si se estuviera burlando de mí.

«Eres una reina diosa.

Haz cuanto te plazca mientras puedas».



24

No fui capaz de conciliar el sueño. Me quedé tumbada al borde de la cama, reclinada sobre la almohada para leer a la luz tenue de una única vela. Recorrí la rigurosa caligrafía de Jesop con los ojos cansados. Todo eran monótonos árboles genealógicos e historias sobre los primeros años de los grandes dioses. Tras páginas y páginas de matrimonios, defunciones y nacimientos, acabé deseando que Jesop hubiera sido el maestro de la palabra escrita en vez del de la maldita memoria.

Al otro lado de la ventana, el sol trepaba ya poco a poco por el cielo y lo bañaba todo de un color gris como el acero al iluminarlo. Me habría gustado que el tiempo se detuviera. Me habría gustado leer todos aquellos libros de un plumazo para encontrar la información que necesitaba al instante. Sin embargo, con cada página que pasaba, mi esperanza iba menguando. Aunque averiguara qué clase de criatura era Eusia, aunque el hechizo perfecto apareciera escrito en aquellos textos, nada me iba a ayudar a conseguir lo que de verdad ansiaba.

Cerré el libro y miré a Theodore, que dormía boca arriba, con los labios entreabiertos y la frente relajada. Lo teníamos todo en contra, pero eso a mi cuerpo y a mi corazón no parecía importarles. Había pasado toda la vida preguntándome qué se sentiría al encontrar tu lugar en el mundo. Y estaba empezando a experimentarlo.

Cogí otro libro. Era un tomo encuadernado en cuero azul con el lomo destrozado y las hojas oscurecidas por el paso del tiempo. Pasé las páginas quebradizas una tras otra con una renovada urgencia hasta que el título de una sección me llamó la atención:

LA PRIMERA MAGA

Al incorporarme y sentarme con las rodillas pegadas al pecho, se me cayó la manta con la que había estado tapada hasta ese momento, pero me dio igual. Me agarré con fuerza al libro y me dispuse a leer con los ojos bien abiertos.

> La hechicería es un arte nacido de la maldad y la envidia, pero no negaré que tiene sus ventajas. Muchos son sus méritos: permite curar, vaticinar el futuro y localizar la sangre de una persona por tierra, mar y aire. En algunos casos, puede incluso suplir las carencias del poder de los dioses. Hay constancia de barcos hundidos que han salido a la superficie gracias a la ayuda de un hechizo, así como de fallecidos que regresan a la vida. No obstante, también he de dejar una clara advertencia:
>
> El precio a pagar por el uso de un hechizo siempre es más del doble que el beneficio asociado a la magia que otorga.

La temperatura de la estancia pareció descender. El grotesco recuerdo de las bolsas de piel moteada y flácida que colgaban de los ojos ciegos de Rohana asaltó mi mente. Pensé en sus dientes azulados y en su cuerpo inservible. Había sido la magia la que la había convertido en un monstruo.

> Cuando la primera maga comenzó a recurrir a la hechicería, se rumoreaba que lo hacía para eclipsar a su hermana, la gran diosa Ligea, quien había nacido con un inconmensurable poder divino. La maga, pese a que disponía de una ínfima parte de ese poder, era una criatura de lo más astuta. Al derramar su sangre de sirena, preparar brebajes, hacer sacrificios y recitar

plegarias minuciosamente formuladas, consiguió crear un nuevo poder. Un poder que su hermana no dominaba.

Mi corazón repicaba como la incesante campana que anuncia el mediodía. El sol ya empezaba a clarear. Theodore se despertó, pero se limitó a acurrucarse conmigo. Pegó su cuerpo cálido y adormilado al mío, dejó escapar un suave murmullo y me pasó un brazo por la cintura. Cambié la posición del libro para no molestarlo y seguí leyendo.

La primera vez que lanzó un hechizo fue con buenas intenciones. La primera maga le había proporcionado una profecía a una mujer encinta. Utilizó una sola gota de su sangre, un pedacito de carne de la mujer y una mezcla de agua de mar y hierbas para fumar. La madre quería conocer el futuro y el destino de su bebé, pues llevaba varias noches teniendo unos sueños de lo más siniestros. La maga vaticinó que la pequeña nacería con un extraordinario don para la adivinación, que se llamaría Rohana y que le ofrecería su consejo y protección al archipiélago leucosiano durante muchos años.

Mas, por aquel entonces, la maga no sabía que su nuevo poder poco tenía que ver con el de los grandes dioses. La magia de la hechicería es limitada y tiene un precio. Con el tiempo, la maga se fue debilitando y comprendió demasiado tarde que, para seguir utilizando la magia, debía encontrar una manera de reabastecerse de ella. Su cuerpo se fue consumiendo y quien antaño fue una mujer fuerte y llena de vida se convirtió en una criatura frágil y débil.

Para entonces la magia le había hecho ganar cierto renombre. El reino hablaba de ella casi tanto como de los grandes dioses. Algunos la temían, otros la veneraban y otros tantos la detestaban, pues se negaban a confiar en una magia extraña que no alcanzaban a entender, pero, a medida que su salud se fue deteriorando, también lo hizo su habilidad para lanzar hechizos. Cuando su fama terminó del mismo modo por desaparecer, se sumió en una espiral de locura. Empezó a reclamar antiguos favores y, aunque algunos accedieron a darle lo que quería por miedo, muchos otros se resistieron, pues el precio que exigía era demasiado alto.

Con respecto a esto, circula un relato muy extraño sobre la madre que había acudido a la maga en busca de una profecía. De acuerdo con lo que la joven Rohana contaba, esto es lo que sé:

Cuando la mujer se vio obligada a saldar aquella deuda pasada, su hija ya era una niña y el cuerpo de la maga estaba tan consumido que había tenido que contratar los servicios de unos acompañantes para que la ayudaran a viajar por el archipiélago. Su primera parada fue la costa norte de Varya,

donde Rohana y su madre vivían. La maga entró en su humilde morada sin invitación y se marchó dos días más tarde con un renovado vigor, el cuerpo recuperado, la mirada despejada y la piel tersa. Nadie volvió a ver a la madre de Rohana.

Desde entonces, la maga consagró los Islotes Sagrados como el lugar designado para llevar a cabo los rituales mágicos en Varya. Se vinculó a la tierra y el mar en una de aquellas islas y consiguió encontrar la manera de sustentarse guiando hasta allí a quienes acudían en busca de su magia y conservando así sus escasas energías. Igual que ella, las magas sibilas de cada isla han escogido un espacio sagrado para llevar a cabo sus rituales, alimentar su poder y ejercer su oficio.

—Dioses benditos —mascullé.

Pasé la página apresuradamente, ávida por seguir leyendo, pero Jesop había pasado a detallar las normas y leyes por las que las magas sibilas y su magia se regían. En la siguiente hoja, había recogido una larga lista de linajes divinos. Me acordé entonces de la choza de Rohana, de los huesos humanos y de animales tirados por el suelo. Pensé en la historia que Theodore me había contado sobre el ritual de transferencia. La maga no le había permitido sacar el cadáver de su padre de aquel asqueroso agujero. Ahora entendía que se lo había quedado como pago a cambio de haberlos ayudado.

—Pues el precio que exigía era demasiado alto —susurré, atrapada en el oscuro torbellino de mis pensamientos.

Theodore se estiró a mi lado con un sonidito encantador que le recorrió todo el cuerpo. Dejé que se pegara más a mí, desesperada por sentir su contacto. El miedo me había paralizado.

Volví a centrarme en el libro. La página de los linajes recordaba a una red de delicado encaje negro. La caligrafía de Jesop era pequeña y precisa, y los nombres estaban conectados con finísimos hilos de tinta. El primer nombre que me llamó la atención fue el del gran dios Panos. Él era el primogénito, seguido de dos hermanos y una hermana, y había nacido en el seno de la anterior generación de dioses que habían pisado la tierra. La línea genealógica de Panos llegaba hasta Athan, el padre de Theodore, y, aunque el libro era demasiado antiguo como para incluirlo a él también, sí que se mencionaba a sus tres hermanos mayores, que habían fallecido antes de cumplir los diez años.

El siguiente nombre que encontré fue el de Ligea. No había más después del suyo, pero un delicado trazo la vinculaba con alguien a su derecha, una hermana menor.

Me dio un vuelco el corazón al leer su nombre.

Eusia.

Eusia. La hermana de mi madre. La primera maga. La criatura monstruosa que se alimentaba de mi poder y les daba caza a las de mi especie había sido la primera maga de Leucosia.

—Theo. —Le di un empujoncito en el hombro—. Theodore, despierta.

Se aferró a mi costado y profirió un quejido con la voz pastosa todavía por el sueño.

—¿Qué pasa?

—He encontrado algo. ¿Puedes repetirme lo de la ejecución de la primera maga? ¿No me dijiste que la habían matado?

Parpadeó y se frotó los ojos.

—Eso creo. Si no recuerdo mal, la destriparon y la tiraron al mar cerca de la costa de Antemusa.

—¿En Antemusa? —Negué con la cabeza. La isla natal de las sirenas estaba demasiado al oeste y hacía tiempo que era inhabitable por culpa de la plaga—. Asentó su centro ritual en la isla de Rohana, en los Islotes Sagrados. Es imposible que consiguiera llegar a Antemusa.

Theodore meneó la cabeza despacio.

—Lo siento, Immy, pero no sé nada más. A lo mejor Agatha te puede dar más detalles.

Trazó un lánguido camino de besos desde mi hombro, bajando por mi brazo, pero, por mucho que sus caricias desataran un calorcillo indulgente en mi interior, no podía permitirme rendirme ante él.

—Eusia es la primera maga —susurré—. Era… *Es* la hermana de Ligea.

Theodore se detuvo en seco y me puso una mano en la mejilla para obligarme a mirarlo.

—Eso es imposible. Está muerta.

—Lo pone aquí —dije sosteniendo el libro en alto y negando con la cabeza.

—Pero ¿cómo? —Sus ojos volaron de un lado a otro a medida que se sumía en una vorágine de pensamientos—. ¿Cómo se supone que vas a matar a una criatura que ya está muerta?

—Con magia. —Theodore frunció el ceño, confundido—. Con magia —repetí, aunque la idea me revolviera el estómago—. De todas maneras, ya iba a tener que recurrir a ella para romper el vínculo que comparto con ella. Utilizaré un hechizo para encontrarla, otro para desligarla de mí y otro para acabar con su vida.

La tensión le agarrotó el cuerpo y lo llevó a sujetarme por el pelo con frustración.

—No. Un hechizo no tiene nada que ver con tres, Imogen. Ya sabes cuáles son las consecuencias de utilizar la magia. Tú misma has visto a Rohana.

—Pero ella lleva años usándola. Tres hechizos no me…

—He dicho que no.

—Cuanto más tiempo pase Eusia vinculada a mi poder, más sirenas morirán —dije, y él presionó su frente contra la mía—. Si continúo vinculada a ella, entonces tú y yo… —Me tragué el resto de la frase.

Theodore me estudió con atención.

—Entonces tú y yo… ¿qué?

En su cálida mirada brillaba una chispa de pánico. Yo sentía lo mismo. El mundo exterior iba armado con un cincel y un martillo. Venía a por nosotros, preparado para separarnos, para resquebrajar nuestra relación hasta que de ella no quedara más que polvo. Sin apenas pensárnoslo, nos enredamos en un beso frenético, desesperados por el miedo. Me tiró del pelo para dejarme el cuello al descubierto.

—¿Qué ibas a decir?

—Nada.

Metió la mano libre entre nuestros cuerpos y me separó las piernas para acariciarme hasta dejarme húmeda y jadeante.

—Dímelo.

—Es imposible.

El vínculo que compartía con Eusia no era el único obstáculo entre Theodore y yo. Sin embargo, el contrato matrimonial, la boda y la profecía se esfumaron de mi mente en cuanto acomodó sus caderas con las mías. Me miraba como si fuera una piedra preciosa bella y compuesta por múltiples aristas.

—¿Crees que lo nuestro es imposible?

Le clavé los dedos en un hombro cuando se introdujo en mi interior con una embestida frenética y posesiva. Yo gemí y él me besó para intentar desterrar el miedo que nos causaba la situación a la que nos enfrentábamos. Sus labios eran abrasadores, purificadores, pero la oscuridad se negaba a abandonar los rincones de mi mente, presionaba mi piel enardecida. Era una amenaza tan gélida como la muerte.

—Ya eres mía, Imogen —dijo contra mi mejilla—. Mía y solo mía.

El sol naciente bañaba suavemente las líneas de su cuerpo musculoso y le iluminaba la mirada. Traté de perderme en él. Traté de hacer que sus palabras calaran en mí como si fueran una profecía de nuestra propia cosecha, como si fueran una bendición.

Entre jadeos, oímos un chasquido y nos quedamos inmóviles. Alguien estaba abriendo la puerta que yo había cerrado con llave la noche anterior. Theodore se apartó de mí y nos cubrió con una sábana justo cuando Lachlan entraba en la estancia.

El comandante clavó la mirada en nosotros un instante antes de bajarla al suelo maldiciendo entre dientes. En el pasillo, Agatha se había quedado de piedra con las manos en las mejillas, muerta de vergüenza.

—¡Fuera! —aulló Theodore.

—Lo siento. De verdad. —Lachlan se dejó caer sobre una rodilla, incómodo, con la mirada fija en la recargada alfombra. Habló sin demostrar ninguna emoción, pero le fue imposible disimular la expresión malhumorada y la dureza de sus palabras—. La emperatriz ya se ha levantado y está de un humor de perros porque no volviste a la fiesta de compromiso. Insiste en que dispongas la ceremonia de la princesa en la playa. Quieren que su santa las bendiga hoy mismo, antes de celebrar la boda y volcarse en la guerra.

La cólera hacía que la mirada de Theodore ardiera como las ascuas. Los nudillos se le habían puesto blancos de apretar las sábanas. Le puse una mano en el pecho, justo por encima de donde su corazón latía desbocado, para apaciguarlo.

—Lachlan, vete, por favor. —Estaba tan abochornada que me temblaba la voz—. Saldremos en un momento.

Él bajó la barbilla y se incorporó, sombrío y en silencio.

—Lady Imogen —dijo con una inquietante formalidad—, habéis pasado la noche haciendo justo lo contrario a lo que habíais prometido.

—¡Lárgate! —le ordenó Theodore, cuyos ojos soltaban chispas.

Agatha le soltó un improperio a Lachlan desde la puerta, pero él la ignoró y le plantó cara a su rey.

—Como tu comandante y tu mano derecha, es mi deber darte este consejo. Tras la ceremonia obelina, lo mejor será que Imogen y tú llevéis a cabo la escisión.

—Soy tu rey…

—Si te niegas, me veré obligado a someter la escisión a una votación ante el Consejo.

—El Consejo no tiene ni voz ni voto en lo que respecta a mi vida privada.

—No, pero el vínculo de sangre ha sido, a todos los efectos, el desencadenante de esta guerra. Por si fuera poco, también podría crear más problemas con la emperatriz. —Levantó el mentón en actitud desafiante—. Cuando tu vida privada pone en riesgo al reino, deja de depender solo de ti.

—Lachlan. —Al oír la voz insondable de Agatha, se volvió para mirarla con expresión incrédula. Ella negó con la cabeza; sus ojos marrones brillaban dolidos—. No puedes obligarlos a romperlo. No puedes hacerles lo mismo que nos hicieron a nosotros.

Lachlan se quedó boquiabierto.

—Agatha. —Su voz se tornó en una súplica—. Agatha, no es lo mismo. —Ella erigió una coraza a su alrededor tan concienzuda y efectiva que Lachlan dio un paso atrás—. Agatha…

Salió corriendo tras ella y cerró la puerta a su espalda.

Todo empezaba a desmoronarse. Nos quedamos enredados en las sábanas en un silencio estupefacto hasta que Theodore cerró los ojos y se arrastró hasta el borde de la cama. Al ver que sus fuertes hombros caían derrotados, el remordimiento me subió por la garganta como la bilis. Ahora entendía muy bien por qué no había sido capaz de tolerar mi nulo sentido del deber, mi egoísmo y mi cobardía. Mi actitud era un pozo que lo devoraba todo. Y él había caído de cabeza en sus profundidades.

El vínculo de sangre me revolvió el estómago como si lo hubiera desobedecido. Había hecho daño a Theodore. Mi mirada voló hasta el frasquito de la poción, que estaba junto a mi anillo sobre la mesita de noche.

—Theo —susurré—, la profecía incluía una frase más que no llegué…, que no me vi capaz de contarte. «Lo que han engendrado alterará el orden de todas las cosas». Eso es lo que decía. —Theodore seguía inmóvil—. Lo que Ligea y Nemea engendraron fue… a mí. Yo seré quien lo arruine todo… Ya lo he hecho…

—Ya basta —me pidió con un hilo de voz.

Un silencio estremecedor cayó sobre nosotros cuando se puso de pie, recogió sus ropas y se vistió con el rostro serio y el cuerpo tenso. Yo también me levanté de la cama, envuelta en una sábana, y me dirigí al cuarto de baño con la cabeza gacha. Al pasar junto a la mesita de noche, cogí la pócima de la escisión.

—Para. —La palabra me golpeó de lleno, como un puñetazo. Me volví para enfrentarme a Theodore y su mirada abrasadora—. Te empeñas en considerarte una especie de mal presagio, un monstruo. No me creo… No. Me niego a creer que haberte conocido, que haberme vinculado contigo… —tragó saliva—, que sentir algo por ti vaya a ser mi perdición. Pero si tu destino es llevarme a la ruina, pues que así sea. Acaba conmigo y con todo lo que es mío. No quiero vivir una vida sin ti.

Sostuve su apasionada mirada mientras el corazón me daba un vuelco y se me encogía al mismo tiempo. Las palabras se me atragantaron.

—Piensa en lo que me estás pidiendo, Theodore —conseguí decir por fin con la voz desgarrada—. Piensa en todas las personas que

sufrirían si seguimos vinculados. El reino pagaría el precio de nuestra decisión. Es inconcebible.

—Encontraré una solución. No sé… —Negó con la cabeza y me lanzó una mirada que me enterró bajo el asfixiante peso de su desesperación—. Antes de conocernos, tú vivías paralizada por el miedo, y yo, movido por un sentido del deber que me cegaba y me hacía desdichado. ¿Crees que ese era nuestro verdadero destino? Ambos nos estábamos apagando poco a poco. —Se acercó a mí—. Le has devuelto la luz a mi vida, Imogen. Me has hecho sentir rabia, miedo, alegría y deseo. ¿Cómo esperas que regrese a la oscuridad después de haber experimentado lo que realmente supone estar vivo?

Las lágrimas me formaron un nudo en la garganta. Algo gélido y duro comenzó a extenderse por mi pecho. Tal vez fuera un muro protector erigiéndose a mi alrededor o tal vez fuera mi propio corazón marchitándose y calcificándose, consciente de lo que tendría que hacer a continuación. Consciente de lo horrible que sería.

Estudié su apariencia desaliñada y su cabello alborotado, que eran una prueba indiscutible de que yo había pasado toda la noche con los dedos metidos entre sus mechones. No se parecía en nada al rey intocable que era cuando nos conocimos. No, había echado abajo todas sus defensas y él no había opuesto apenas resistencia.

—Deberíamos darnos prisa —conseguí decir—. Asegúrate de ponerte la corona.



25

Gracias a todos los dioses, Lachlan y Agatha no estaban en el pasillo cuando salimos. La revuelta melena me caía por la espalda y el vestido color vino que me había puesto la noche anterior estaba arrugado por haberlo dejado tirado en el suelo. Mientras recorría el palacio apresuradamente junto a Theodore, el frasquito que me había guardado en el bolsillo me golpeaba el muslo.

Llegamos a la escalera que comunicaba con el vestíbulo principal.

—Debería ir detrás de ti. —Theodore frenó en seco, indignado—. Bastante me preocupa ya que la emperatriz se haya dado cuenta de que te sigo a todos lados como para aparecer también ahora a tu lado. Tengo la sensación de que… sabe quién soy.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó arqueando una ceja.

—Ya hablaremos después del ritual. —Señalé la escalera—. Tú primero.

Con las estatuas de los grandes dioses cerniéndose sobre nosotros, Theodore me dedicó una mirada de desaprobación y

retomó la marcha. Yo me mantuve diez pasos por detrás de él. Los sonidos del castillo se fueron haciendo más audibles a medida que descendíamos. Había miembros del servicio atareados, soldados desfilando e invitados engalanados con joyas y ropas caras que los hacían parecer ramos de flores al moverse por el vestíbulo en encantadores grupitos. Theodore llegó al final de la escalera y me esperó con un brillo en la mirada.

—Así no hacemos nada —le reproché.

—No quiero que vayas detrás de mí —replicó en un susurro demasiado dulce para las circunstancias—. Quiero que camines a mi lado.

Estiró la espalda con una rebeldía regia dejando claro que no iba a doblegarse ante ninguna norma que no fuera de su agrado, que no pensaba renunciar a mí porque un consejo que él mismo había compuesto se lo ordenara.

Cuando dejé escapar un resoplido de resignación, posó la mirada anhelante en mis labios.

—Eres preciosa —dijo en un quedo ronroneo.

—Y tú eres un bobo. —Eché un vistazo a nuestro alrededor al recordar que Lachlan nos había recomendado ser discretos e intenté alisar las profundas arrugas de la falda del vestido—. Parece que me acaban de encontrar después de pasar días vagando perdida en mitad de la nada.

Coincidió con un asentimiento.

—Aun así. —Me cogió la mano para que me agarrara de su brazo —. Creo que nos conviene que tengas un aspecto desaliñado. —Me guio hasta la puerta del jardín mientras su mirada ardiente vagaba por mi cabello, mi boca y mi escote—. Si verte así ya me impide pensar con claridad, tenerte a mi lado ataviada como es debido sería mi perdición.

Me resultó imposible reprimir una sonrisa.

—¿A qué te refieres con eso de «como es debido»?

—Llevando una corona. —Me sujetó la puerta sin quitarme el ojo de encima—. Una corona de piedras preciosas del color de la miel para que hagan juego con tus ojos.

Aunque se me aceleró el corazón, su comentario me hizo caer en la cuenta de que no quería ser reina. No quería cargar con el peso demoledor de una corona ni por la parte de mi padre ni por la de mi madre. Quería huir de los consejos, las guerras y las frivolidades palaciegas y llevar una vida tranquila, discreta y segura.

Si las circunstancias fueran otras, tal vez habría podido soportar todo aquello teniendo a Theodore a mi lado.

Una brisa fresca corría por el jardín y depositaba gotitas de rocío sobre las flores de intensos colores. También hacía que el pavimento se volviera resbaladizo. Tras recorrer un camino corto, llegamos a una escalera de madera que conducía directamente a una cala. Lachlan y Agatha ya estaban allí, manteniendo una conversación privada con Eftan lejos del agua. El canciller, que tenía los puños apretados con firmeza a la espalda, parecía más adusto de lo normal aquella mañana. Cuando me vio agarrada del brazo de Theodore, su mal humor empeoró aún más, aunque a Agatha se le iluminó la mirada y corrió hasta mí para cogerme de la mano y acercarme al agua.

Había un reducido grupo de obelinas vestidas con túnicas preparando la ceremonia en un extremo de la cala.

—Lo siento muchísimo. —Mi amiga me estrechó la mano—. Casi mato a Lachlan por haber irrumpido en los aposentos de Theodore sin avisar. Jamás le perdonaré que sugiriera meter al Consejo en vuestra escisión. —Contempló las olas con expresión seria y sombría —. No permitáis que Lachlan tome esa decisión por vosotros. Eso solo os corresponde a Theodore y a ti.

Yo también desvié la mirada hacia el agua. La sentía respirar y latir, como un espejo de los ritmos de mi propio cuerpo. Supuse que también lo era de los de la carcasa rota y decrépita de Eusia.

—Comprendo su frustración —dije—. Sé que nuestra decisión lo ha obligado a cargar con un gran peso sobre los hombros. Por favor, no dejes que esto eche a perder la relación que tratáis de reconstruir.

Agatha me soltó la mano dando un resoplido.

—Ya se había echado a perder. —Lo miró con expresión vacía—. No. Al decirlo así parece que había algo que reconstruir. Creo que lo

único que queda entre nosotros es un montoncito de cenizas. —Una ráfaga de viento le revolvió la melena y ella se la apartó de la cara con una sonrisa triste en los labios—. Hemos pasado tanto tiempo separados que, allí donde antes solíamos complementarnos, ahora ya no terminamos de encajar.

Una tristeza indescriptible se adueñó de mí.

—Pero ¿todavía lo quieres?

—Sí, sí que lo quiero. —Se secó rápidamente la lágrima que había conseguido esquivar sus defensas antes de entrelazar un brazo con el mío y darme un suave apretón—. Eso es lo peor de todo.

—Entonces, seguid intentándolo. —No estaba segura de que aquello fuera un consejo razonable, pero quería que ella disfrutara de la relación que yo no podría tener—. A lo mejor el problema es que estás intentando hacer que todo sea como antaño sin tener en cuenta lo mucho que habéis cambiado. Tenéis que daros tiempo para volver a conectar, para conocer a la persona en quien el otro se ha convertido.

Agatha me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Está bien. —Me ofreció una media sonrisa agradecida, y en su expresión vi un atisbo de esperanza—. Dejemos el tema por ahora.

Eché un vistazo por encima del hombro para comprobar cómo iban las preparaciones, pero las obelinas seguían rebuscando en una serie de cajas de madera.

Se me entrecortó la respiración cuando me di cuenta de que entre ellas se encontraba la princesa Halla. Sus dos damas de compañía y ella iban vestidas igual, con una túnica de color rosa claro. La brisa le mecía el cabello pálido, que le caía suelto y sin adornos sobre los hombros. Tampoco se había puesto colorete en las mejillas angulosas y sus labios no presentaban su típico color rosado. Cuando se dio la vuelta, reprimí un escalofrío. Desde el cuello hasta el bajo de su túnica colgaba una banda de color rojo sangre.

El contraste de la tela era tan llamativo e inquietante que tuve que esforzarme por no demostrar nada en mi expresión. En lo único que podía pensar era en la historia que la emperatriz me había contado, en la noche en que la familia Nel había sido masacrada. Estaba segura de que quienes los habían abierto desde el cuello

hasta la entrepierna para que sus entrañas se derramaran sobre la alfombra habían sido los hombres de Nemea. Y todo para que él se hiciera con unas cuantas joyas. Aquel crimen llevaba su firma por lo despreciable y cobarde del plan.

—¿Dónde está la emperatriz? —le pregunté a Agatha acercándome a ella para que nadie más me oyera.

—Le ha dicho a Lachlan que se niega a hablar con el rey o estar en su presencia hasta que no se disculpe por haber puesto en evidencia a su hija anoche —me explicó con expresión angustiada.

—Malditos sean los dioses.

Una de las damas de compañía de la princesa sacó una estaca de cristal de una de las cajas. Su superficie era perfecta, transparente y sin una sola imperfección y estaba tan afilada que resultaba terrorífica. Una vez que la hubo inspeccionado, la princesa Halla se volvió para mirar a quienes nos habíamos reunido en la playa. Cuando reparó en mi presencia, pareció sorprendida.

—¡Lady Imogen, qué sorpresa encontraros aquí!

Hice una reverencia mientras ella estudiaba mi vestido arrugado y mi melena suelta y alborotada. No llevaba ningún accesorio, salvo la espinela en el dedo, y no me había puesto color alguno en el rostro, por lo que tenía el aspecto de quien acababa de despertarse tras un sueño intranquilo.

—Me gustaría hablar con vos un segundo —dijo en voz baja y seria tras recorrer la playa con la mirada una última vez.

Me puse tan nerviosa que apreté la mano de Agatha sin darme cuenta.

—Por supuesto, alteza.

La princesa se alejó a paso tranquilo, con las manos entrelazadas ante ella y la cabeza gacha. La arena, el agua y el cielo compartían una misma tonalidad plomiza. Me detuve justo cuando el vínculo empezaba a retorcerme el estómago, incapaz de alejarme mucho más de Theodore.

—¿De qué queríais hablar, alteza?

Ella se detuvo y se volvió para mirarme.

—¿Sabéis en qué consiste el ritual que estoy a punto de llevar a cabo?

—Según me han dicho, vais a recibir una bendición —mantuve un tono neutro y una expresión inescrutable— para vuestra inminente boda y para la guerra.

—Exacto, eso es —apuntó con ese acento cantarín tan característico—. Imagino que entenderéis por qué pedí llevarlo a cabo.

—Por supuesto —dije confundida.

Halla se acercó a mí. La brisa le apartó el pelo del rostro crispado y pálido como el de un cadáver.

—Entonces os pido que no interfiráis en la ceremonia. Se me ha encargado una tarea muy concreta y, a juzgar por todo el… tiempo que pasáis con el rey, sospecho que vuestra presencia me impedirá llevarla a cabo.

Sostuve su mirada, incapaz de decidir si su tarea consistía en engendrar un heredero o si tenía que ver con algo más siniestro. En cualquier caso, ambas opciones hacían que me hirviera la sangre.

—¿Y cuál es vuestra tarea?

La princesa frunció el ceño y respondió con tono cortante.

—Eso a vos no os incumb…

—Sé que tu madre no tiene una buena opinión de ti, Halla —la interrumpí sin miramientos—. Hiciste algo que la llevó a apartarte de la línea sucesoria e imagino que ahora estás desesperada por volver a ganarte su confianza, pero yo no me fío de ella y, en consecuencia, tampoco me fío de ti. Necesito saber si tienes intención de hacer algo que perjudique a Theodore o a su reino con tal de reconciliarte con ella.

Pensaba que entraría en cólera, que se indignaría ante mis calumnias, pero se limitó a mirarme con los ojos anegados en lágrimas. Permaneció en silencio durante un rato.

—Sé sincera, por favor —le pedí tratando de hacerme oír por encima de los atronadores latidos de mi corazón.

—No tengo ninguna intención de hacerle daño. —Parpadeó para deshacerse de las lágrimas y desvió la mirada hacia las olas grises—. Solo necesito darle un heredero a mi madre.

No me reconfortaba en absoluto saber que tendría que dejar que Theodore y Halla cumplieran con su deber de engendrar un

heredero. De hecho, yo debería asegurarme de hacer lo mismo. Debería perpetuar mi linaje, asegurar la supervivencia de mi reino, pero para mí no tenía ningún atractivo. No me iba a hacer sentir realizada ni me iba a dar satisfacción alguna. Tampoco me veía capaz de cumplir con semejante cometido en un mundo en el que no tenía un hogar donde sentirme a salvo. Ni de perpetuar el linaje de Nemea. Aquella perspectiva escocía tanto como los azotes de una fusta.

—Muy bien, pues.

Asentí secamente y emprendí el camino de vuelta por la arena mojada hasta Agatha y Theodore, quienes me observaban en sincronía. Hice todo cuanto estuvo en mi mano por ignorarlos.

La princesa Halla se quedó atrás un instante para recomponerse, pero no tardó en regresar junto a Theodore, con su túnica diáfana ondeando tras ella. Se agachó ante él haciendo una reverencia exagerada.

—Agradezco mucho que estéis aquí, majestad —dijo con voz cantarina—. Asegurarme de que nuestra unión cuenta con esta bendición es muy importante para mí.

Theodore apretó y relajó la mandíbula mientras la estudiaba con una expresión inescrutable.

—Es un placer.

La princesa dio un paso en su dirección y echó la cabeza hacia atrás con coquetería para mirarlo a los ojos.

—La ceremonia suele dejarme algo mareada. —Adoptó un tono acaramelado—. ¿Me haríais el honor de quedaros a mi lado como mi futuro esposo y mi rey para sostenerme si me desmayo?

Theodore se puso tenso.

—¿No sería mejor que simplemente permanecierais de rodillas?

—En absoluto, majestad. He de quedarme de pie ante el mar, con el agua hasta los tobillos —bajó la voz— y os confieso que me aterra.

Él apretó los labios y, en cuanto le ofreció un levísimo asentimiento, la joven entrelazó los dedos con los suyos y lo llevó a la orilla. Una vez allí, se adentró con lentitud en el agua, dejando que las olas lamieran el bajo de la túnica y empaparan la tela.

Theodore se mantuvo a su lado y permitió que le guiara las manos hasta las caderas para que la sostuviera.

—Así mejor —le dijo mirándolo por encima del hombro con una sonrisa.

Los celos me retorcieron las entrañas. Aunque no habría hecho falta, el vínculo protestó prendiendo una dolorosa chispa en mi estómago. Agatha se colocó a mi lado y me obligó a retroceder, pues, sin haberme dado cuenta, había avanzado hacia el mar, como atraída por él.

—Respira hondo —susurró para que nadie más pudiera oírla—. Si algo hemos aprendido, es que pierdes el control cuando tus emociones se intensifican.

Tomé una profunda bocanada de aire salado, pero no sirvió de mucho.

La princesa Halla se dio la vuelta entre los brazos de Theodore para ofrecernos una sonrisa apacible y hacerse oír por encima del rugir de las olas:

—Sé que no puedo pediros que le recéis a mi santa, igual que vosotros no me obligáis a venerar a vuestros dioses, pero os pido que os arrodilléis durante la ceremonia como muestra de respeto.

Nos dejamos caer sobre la arena. Hice un repaso de todo lo que Agatha me había enseñado cuando era pequeña para intentar recordar las lecciones sobre los santos obelinos. Lo único que tenía claro era que cada familia escogía a su propio santo. Las otras dos mujeres ataviadas con túnicas entraron en el agua, se detuvieron delante de la princesa y se arrodillaron ante ella. La banda que llevaban sobre el pecho flotó sobre la espuma blanca como una densa corriente roja.

La voz de Halla surcó el aire húmedo como una canción que se elevaba para volver a sumergirse en las profundidades de su pecho.

—Acudo a ti para presentarte mi gratitud, mis alabanzas y mi infinita adoración —dijo empapando sus palabras de todo su cariño y fervor—. Acudo a ti para mantener vivo el equilibrio. Para darte una parte de mí y recibir algo a cambio en la misma medida.

Una de las dos damas arrodilladas ante las olas le ofreció la estaca de cristal y ella la acunó en las manos.

—Te pido un matrimonio feliz. Una unión que traiga consigo muchos hijos.

El estómago se me retorcía lleno de bilis viscosa. Bajé la vista a mi regazo, donde había entrelazado los dedos; los tenía blancos de tanto apretarlos.

—Te pido que fortalezcas las aguas con tu poder —continuó en voz más baja—. Te pido que ayudes a la flota del rey Theodore. Haz que las corrientes se muevan en su favor y envía a tus acólitas en su auxilio para que sus enemigos se pierdan en tu hambrienta oscuridad.

Mi atención se clavó en Halla, disparada como una flecha. Un gélido escalofrío me recorrió el cuerpo al ver que cambiaba la estaca de posición para sostenerla con una mano y extender la otra con la palma hacia arriba.

—Te ofrezco mi sangre a cambio de tu bendición. —Cerró los ojos y bajó la voz hasta convertirla en un susurro que apenas se oía por encima de la brisa—. En recuerdo de tu cuerpo abierto en canal y tu sangre derramada. —Se clavó la punta de la siniestra estaca en el dedo índice y se rajó la yema de punta a punta. Tiñó las olas de rojo —. Esta ofrenda le entrego a la arena. Esta ofrenda le brindo al mar. Óyeme, escúchame. Purifica las aguas por mí.

Una oleada de pánico me golpeó el pecho.

—¡No! —aullé poniéndome en pie y desatando un coro de exclamaciones ahogadas antes de encaminarme hacia la orilla, donde el agua salpicaba el aire.

—Pero ¿qué coño…? —dijo Lachlan, que desenvainó su espada con un sonido metálico y corrió tras de mí.

—¡Detente, Lachlan! —le ordenó Theodore a voz en grito.

—Theo, pero ¿tú has perdido el juic…?

—¡Que te detengas!

Cuando llegué hasta Halla, le arranqué la estaca de la mano y nuestras miradas se encontraron. De pronto tenía los ojos enrojecidos, surcados de venas sinuosas y brillantes, lo cual hacía que recordara todavía más a un cadáver con los labios blancos y las mejillas hundidas y grisáceas. Le cedieron las rodillas, pero Theodore la mantuvo en pie.

—¿Quién es tu santa? —le pregunté sosteniendo la estaca entre nosotras—. Dime cuál es su nombre.

—Me diste tu palabra… de que no interferirías. —En su voz ya no había ni rastro del tono dulce y melódico que había utilizado hasta ese momento. Ahora hablaba con la voz rota de una anciana.

Theodore abrió los ojos de par en par al oírla.

—Respóndeme. —La agarré del pecho de la túnica y le di una sacudida.

Halla ya casi no podía moverse; Theodore soportaba casi todo el peso de su cuerpo.

—Haced algo, majestad —le suplicó la chica en un estruendoso aullido de frustración y dolor.

—Imogen. —Theodore sonaba alarmantemente inexpresivo. Encontré su mirada por encima del hombro de Halla y vi algo que me hizo pararme en seco. Estaba confundido. El noble e inalterable rey no sabía qué hacer—. Suéltala, Im.

No fui capaz de obedecer.

—Es una sierva de Eusia —repliqué con pesadez, en tono suplicante.

—¡Conoces su nombre! —La princesa me miró estupefacta, con los ojos rojos muy abiertos—. ¿Cómo es que sabes de Eusia?

—La conozco muy bien. —El corazón se me iba a salir del pecho —. ¿Por qué le rezas a ella? ¿Qué favor te hizo con su magia?

Halla ahogó un grito de indignación.

—Obró un milagro para mi familia.

—Lo que hizo fue lanzar un hechizo —señalé apretando los dientes—. ¿Qué pidió a cambio?

Al oír mi pregunta, se puso blanca y apretó los labios como muestra de rechazo, como si de pronto hubiera comprendido algo que hasta entonces se le había escapado. Las garras me crecieron sin previo aviso y le desgarré la parte delantera de la túnica.

—¡Imogen! —exclamó Theodore—. Ya está bien.

Negué con la cabeza y lo obligué a soltarla de un tirón que lo pilló por sorpresa. El cuerpo de la princesa cayó al agua, pero yo la mantuve a flote mientras me adentraba en las gélidas profundidades del mar.

—¿Qué le ofreció tu familia a cambio del hechizo? —le volví a preguntar.

Cuando el agua me llegaba por los muslos, le pedí que se enroscara en torno al cuerpo de la princesa como una serpiente y ella profirió un jadeo entrecortado.

—Vuelve a llevarme a la orilla —aulló aterrorizada—. ¡Te lo suplico!

—Haces bien en temer al mar, Halla. —Tiré de ella para acercarla a mí y nos miramos—. Porque yo soy su dueña y señora.

Hice que otra corriente de agua la envolviera, que reptara por sus extremidades, y la chica profirió un alarido tembloroso que perturbó la bruma de la mañana.

—Un cadáver —confesó por fin—. El precio por el milagro fue un cadáver.

—¿El de quién? —Mi propia voz me sonaba extraña, tan inmensa y poderosa como el embravecido mar. Me dejé llevar por ella hasta perderme.

Halla luchó contra mi agarre como un pez atrapado en un anzuelo, con los ojos enrojecidos anegados en lágrimas.

—El de mi padre. Eusia se aseguró de que mi madre por fin tuviera un hijo. En cuanto se quedó embarazada de mí, le entregó a mi padre como recompensa por su ayuda.

Retorcí el rostro en una mueca de rechazo y desvié mi atención hacia Theodore, que se había quedado petrificado. Intercambiamos una larga y terrible mirada.

—Sabes que Eusia es un monstruo y ¿aun así sigues venerándola? —le pregunté a Halla.

Pese a lo mucho que se me había revuelto el estómago ante aquel descubrimiento, no pude evitar pensar en lo que la misma emperatriz me había contado de Nemea. Me había dicho que había sido de lo más atento con ella mientras lloraba la muerte de su marido. Pensé en la familia a la que habían destripado y en mi anillo, arrancado, sin duda, del dedo sin vida de alguno de sus miembros. Pensé en la banda roja que decoraba la túnica de Halla. En la ejecución de Eusia, cuando la habían destripado y tirado al mar. Pensé en la oración que Halla había pronunciado en el agua, la

misma que Nemea me había hecho memorizar de pequeña mientras botaba alegremente sobre su rodilla.

Si dejaba a un lado la vibración que notaba en el pecho, la viscosa oscuridad del vínculo que compartía con Eusia y la brillante calidez que me ligaba a Theodore, en el fondo había llegado a una conclusión. A una repentina y terrible certeza.

—Imogen. —La voz de Theodore me ancló a la realidad. Volvía a sentirme de carne y hueso, a notar la diferencia entre el agua y mi piel. Clavé la vista en él, que se había puesto delante de mí para mostrarme el camino como un faro de luz cegadora—. Llévala de vuelta a la playa, Immy.

No me vi capaz de moverme, pues ahora sabía dónde acababa el camino desgarrador que tendría que recorrer, y cada paso que diera en adelante me acercaría cada vez más a mi destino.

Theodore se adentró en el agua bajo mi atenta mirada. Admiré la forma de su nariz, los ángulos de su mandíbula y el pelo negro que le enmarcaba el ceño fruncido. Recordé lo que había sentido al notar su aliento en el oído y su boca en la piel, al oír mi nombre escapar de entre sus labios, susurrado en el punto álgido de la oscuridad de la noche.

—Obedéceme, Imogen. Te recuerdo que soy tu rey —dijo con la firmeza de quien aprieta el puño en torno a la empuñadura de su fiel espada. Un arma que nunca le había fallado.

Di un paso hacia la costa arrastrando a Halla tras de mí.

—¿Y yo qué soy? —La pregunta destilaba una mayor emoción de la que me habría gustado mostrar. Theodore relajó el gesto al oírme —. ¿Soy tu súbdita? ¿Tu amante? ¿Tu reina? ¿La heredera de Seraf y la soberana de las sirenas? No soy nada de eso, pero lo soy todo al mismo tiempo. No hay un lugar para mí en el mundo, aunque encaje allí donde vaya.

Una expresión dolida le surcó el rostro como una nube de tormenta.

—Sabes de sobra cuál es tu lugar.

—No, no lo sé. —Se me formó un nudo en la garganta—. La única parte de mi ser que ha encontrado su verdadero hogar es mi corazón. —Una exhalación temblorosa escapó de mí—. Pero con eso

no basta, ¿no? Tú quieres que esto sea fácil e indoloro. Quieres que las cosas sigan tal y como están, pero me temo que todo debe cambiar antes de que podamos siquiera aspirar a conseguir lo que ambos queremos.

En su interior se estaba librando una guerra; lo veía en su mirada. Halla volvió a intentar zafarse de mí, así que la levanté para que su rostro quedara a escasos centímetros del mío.

—Ten por seguro que acabaré con tu santa.

La solté sin miramientos y la princesa se hundió con un alarido bajo el agua, pero enseguida le ordené a una ola que la enviara de vuelta a la orilla. Theodore la ayudó a salir de la maraña en que la túnica de seda empapada se había convertido. Los efectos del hechizo que había llevado a cabo habían ido desapareciendo poco a poco. Había recuperado algo de color y ya no tenía los ojos enrojecidos. Como le temblaban las piernas, se apoyó en el pecho de Theodore.

—Ha dicho que es vuestra reina —gimoteó con voz lastimera y consternada.

Él me miró antes de prestarle atención a Halla. Había sido una insensata al haber hablado sin tapujos. Le había demostrado que yo era una amenaza tanto para su relación como para su futuro título, así que mi única esperanza era que Theodore encontrara una forma de neutralizar mis palabras.

—Es que lo es —dijo tras respirar hondo.

Lo contemplé muda de asombro.

En su voz se había oído una promesa, como si haberle confirmado a Halla lo que había entre nosotros fuera a permitirle mantenerme a su lado.

—Imogen es la heredera al trono de las sirenas y compartimos un vínculo de sangre, así que, en consecuencia, tiene acceso a mi poder. Nuestra unión la mantendrá a salvo cuando salga en busca… en busca de Eusia.

Halla continuó apoyada en él un momento, demasiado estupefacta como para moverse, hasta que levantó poco a poco una mano temblorosa para tocarle la mejilla. Cuando habló, su voz volvía a ser acaramelada y sedosa.

—Mi madre nos aplastará a todos por esto. —La expresión de Theodore se tornó gélida, y ella siguió hablando—. Pero vos me disteis vuestra palabra, ¿no es así? Me prometisteis que yo sería vuestra reina. —Trazó la curva de su pómulo con el pulgar—. ¿Y no es la palabra de un rey tan vinculante como si hubiera dibujado un garabato con tinta sobre el papel? —Adoptó un tono cortante, amenazador—. Encargaos de romper el vínculo, majestad. Nuestra boda se celebrará dentro de una semana.

Sentí su amenaza como un aguijonazo que despertó mi instinto protector. Apreté los dientes para reprimir ese primer impulso y metí la mano en el bolsillo para coger la pócima de la escisión, pero me detuve cuando noté algo en el agua. La vibración de mi pecho se aceleró. Unos dedos fríos me rozaron el tobillo y unas garras rotas me arañaron la pantorrilla.

—Ahora no, joder.

Envié una orden a través de las olas y las nekgya obedecieron saliendo a la superficie con la mirada perdida. Halla gritó y salió corriendo del agua, mientras que Lachlan, Eftan y Agatha retrocedían asustados. Ante mí había tres sirenas muertas cuya piel de color gris azulado estaba surcada de algas y podredumbre.

Hablaron moviendo la boca negra al unísono al tiempo que la voz de Eusia retumbaba en el interior de mi cráneo.

Vuelve. Vuelve. Vuelve.

Eusia las había enviado para reírse de mí. Para repetirme lo que había estado tratando de decirme desde el principio. Para obligarme a afrontar lo que con tanto ahínco había tratado de ignorar.

—Lo sé.

Me recogí la falda mojada y me di la vuelta para regresar a la orilla con el agua enroscándoseme en las pantorrillas con cada paso que daba. Las nekgya siguieron canturreando sus mofas incluso cuando mis zapatos mojados alcanzaron la arena seca. Todos me miraron boquiabiertos, incluido Theodore, pero no me detuve hasta llegar a la altura de Lachlan.

—Necesitaré un barco para regresar a Seraf cuando me despierte.

—¿Cuando te despiertes?

—Eso es. —Metí la mano en el bolsillo y saqué la poción de tal manera que solo él pudiera verla; Lachlan asintió solemne.

—Yo mismo me encargaré de ello.

Pasé junto a Eftan y Agatha con la cabeza gacha y la falda mojada entre las manos. El canciller protestó cuando Theodore me siguió y dejó atrás a la temblorosa y empapada princesa.

—Dejadla ir, majestad.

—Tenemos que hablar. —Extendió una mano y, aunque me partió el corazón, retrocedí para que no me tocara—. ¿Te importaría acompañarme, Immy? Por favor.

—Ve con tu prometida.

—Eftan cuidará de ella.

—Pero eres tú quien debe encargarse de ella —repliqué—. Cumple con tu deber, Theo. Yo me encargaré de cumplir con el mío.

Se encogió de dolor como si lo hubiera abofeteado.

—Imogen…, me niego a perderte…

—Desde el principio sabías que me perderías —dije con un hilo de voz rota—. Te di mi palabra en la fortaleza de Nemea, así que, por favor, déjame cumplir con mi promesa.

Apreté el puño alrededor de la pócima y me di la vuelta para poner más distancia entre nosotros.

Lo nuestro no acaba aquí, me mentí a mí misma mientras luchaba por quitarle el tapón de corcho al frasquito. Tendríamos más tiempo. Volveríamos a sacarnos de quicio y a pelear cada dos por tres. Volvería a sentir el profundo timbre de su voz reverberando en mi cuerpo cuando mi pecho tocara el suyo. Me dije que todavía era mío incluso cuando me llevé la botellita a los labios y eché la cabeza hacia atrás.

—¿Qué haces? —Theodore sonaba angustiado—. ¡No!

Aceleré el paso. El brebaje pastoso se me quedó atascado en la garganta, pero me obligué a tragarlo mientras subía la escalera que comunicaba la playa con el jardín del palacio. El líquido tenía un sabor pútrido y era negro y espeso como el alquitrán. El dolor llegó un segundo después de tragar, como si una daga candente me estuviera abriendo en canal. Me flaquearon las rodillas al llegar al

primer escalón. La vista se me desdibujó. La cabeza me daba vueltas como si me hubieran dado un garrotazo.

Entonces unas manos fuertes me sostuvieron. El pitido que me perforaba los tímpanos amortiguaba el resto de los sonidos. Lo único en lo que podía pensar era en el dolor que me inundaba el pecho, en el líquido que me anegaba los pulmones.

Al intentar tomar aire, me escapó un borboteo de la garganta.

—No puedo… no puedo respirar.

—¡Imogen!

Reconocía aquella voz que se había abierto camino entre el dolor y la desesperanza.

El pecho me ardía, lo notaba hinchado. *No puedes ahogarte,* me recordé para intentar tranquilizarme, pero de verdad sentía que me estaba ahogando. Alguien me cogió en brazos mientras jadeaba en busca de aire. Vi un borrón de color por el rabillo del ojo y supuse que serían flores. Un gorgoteo. Un sabor metálico en la lengua. Un líquido caliente y espeso brotó de mis labios y me cayó por la barbilla. Me llenó las fosas nasales. Parpadeé y lo noté pegajoso en las comisuras de los ojos.

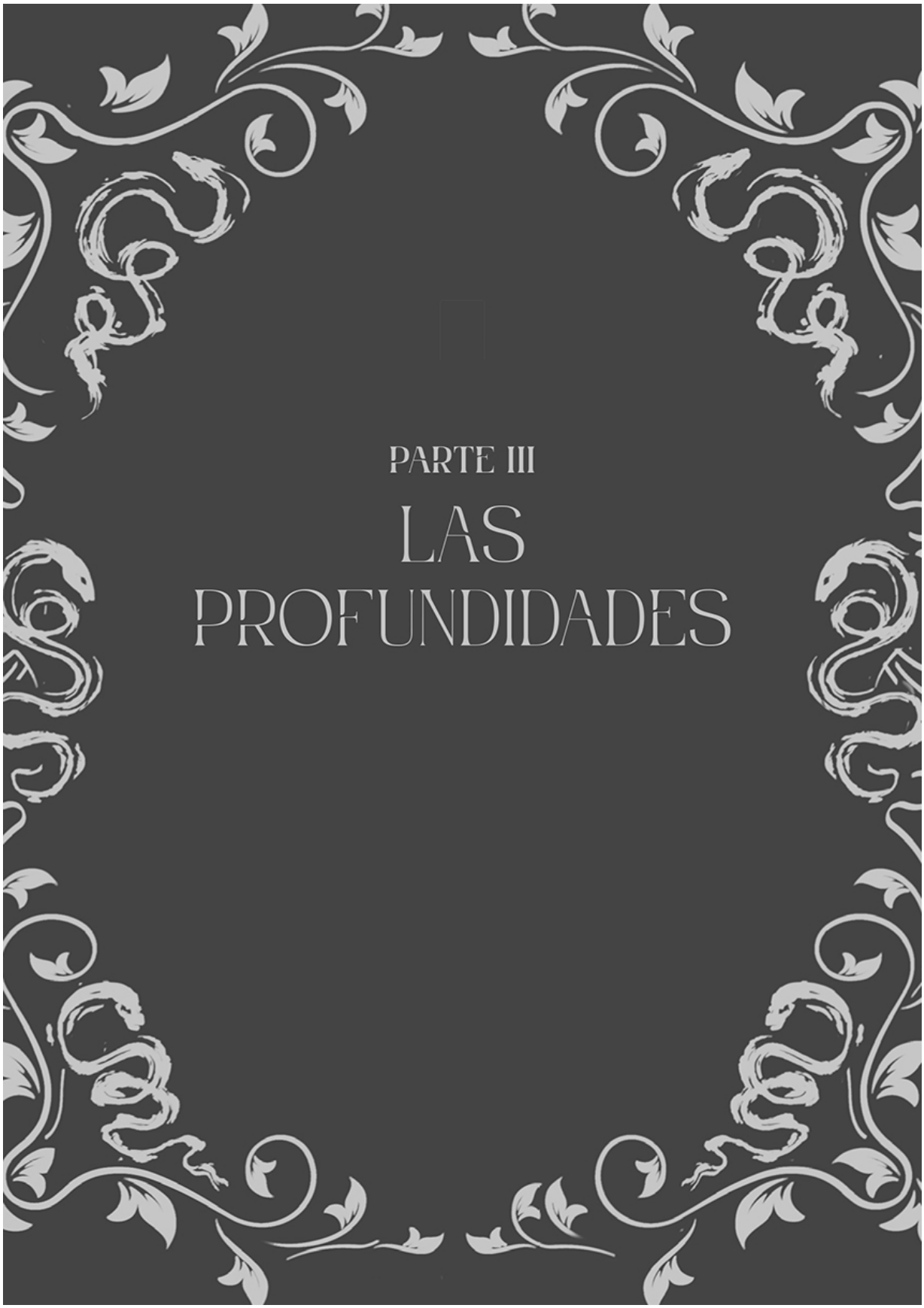
Acunada entre aquellos brazos fuertes, sufrí una sacudida. Tosí y el líquido me salpicó las mejillas. Cuando la vista me falló por completo y los pulmones me empezaron a arder ante la agónica falta de oxígeno, sentí el calor del sol.

Theodore.

Su poder.

Lo vertió como un abrasador e ininterrumpido torrente de oro líquido sobre mí. Trataba de hacerle frente a la oscuridad con una desesperada determinación.

Pero la oscuridad terminó por alzarse victoriosa.



PARTE III

LAS PROFUNDIDADES



26

En las partes más oscuras y profundas del mar no hay nada, salvo la presión que convierte a los seres vivos en una versión grotesca y distorsionada de sí mismos.

Allí era precisamente donde yacía mi cuerpo, atrapado bajo el peso del agua. Descomponiéndose. Cambiando.

Un calor implacable me había abierto un agujero en el estómago. La sensación, abrasadora como el fuego del infierno, nada tenía que ver con el poder de Theodore, que era agradable como la luz del sol. Esta me hervía la sangre, me escaldaba las venas. No veía nada, los sonidos me llegaban amortiguados. Me sentía como si estuviera vaciándome por dentro. Gota a gota, resplandeciente, el hechizo purgaba a Theodore de mi cuerpo junto a su sangre divina.

Nunca había estado en contacto con el agua sin que su poder me corriera por las venas, solo con el vínculo de Eusia retorciéndome las entrañas.

La ausencia de Theodore no solo me rompería el corazón; los espacios que se quedan vacíos suelen acabar convirtiéndose en el

refugio de cosas terribles. Y en las partes más oscuras y profundas del mar es donde nacen los monstruos.



27

Tomé una profunda bocanada de aire como si acabara de salir a la superficie. Tenía el cuerpo sobrecalentado, cubierto de una pegajosa película de sudor. Abrí los ojos y vi un techo desconocido y carente de adornos, sin molduras doradas ni detalles de enredaderas. A diferencia de los aposentos de Theodore, la estancia no olía a jabón de vetiver o a verano, sino a una mezcla de menta y flores de lavanda con el intenso toque del nepente.

Por un momento, sentí que mi pecho colapsaba sobre sí; ni siquiera sabía si seguía todavía en palacio. La estrecha cama sobre la que estaba postrada crujió cuando me senté y bajé los pies al suelo. Tenía el cuerpo dolorido, como si estuviera cubierta de moratones hinchados, y notaba la piel tan sensible que el contacto del fino camisón gris que llevaba me incomodaba.

Recorrí la estancia con la mirada pese a tener la cabeza todavía embotada por una espesa neblina. Junto a la cama había una estantería con un vaso de agua y unos cuantos frasquitos de

medicina. Había una jofaina bajo la ventana por cuyos cristales se colaba el sol de la tarde y formaba un charquito de luz en el suelo.

Me escocían los ojos. Esos malditos rayos de sol me recordaban a Theodore. Aunque no había quedado ni rastro del punto cálido en el que nuestro vínculo había residido, seguía notando su presencia en mi interior. En la piel, en el cuerpo. En todas partes. Todavía oía el eco de su voz.

Mi amarga determinación fue lo único que me hizo ponerme en pie. Lo único que me hizo tragarme las lágrimas y ponerme manos a la obra. Como me quedara allí sola en camisón, llorando ante la luz del sol, me acabaría derrumbando por completo. Tenía que volver a Seraf. Nemea disponía de toda la información que necesitaba.

Me acerqué a la jofaina y me detuve al notar algo que me pesaba alrededor del cuello. Resultó que llevaba una larga cadena de oro oculta bajo la ropa. Era delicadísima y tenía un diminuto diamante engastado en el cierre. De ella pendía mi anillo de compromiso. Apreté los dientes. Solté el collar para que la espinela de un gris tormentoso cayera de nuevo sobre mi esternón y me dispuse a asearme con el agua gélida que me habían dejado.

Encontré una pila de ropa sobre un banco colocado a los pies de la cama. Me quedé ensimismada mirando los pantalones y la túnica oscuros. Los habían dispuesto en pequeños rectángulos de tela sujetos con un cordel, justo igual que Theodore había hecho con las mudas que nos habíamos llevado para el viaje. También había un hermoso par de botas negras y una segunda pila de ropa en la que no me había fijado al principio y que me hizo detenerme en seco.

Era un vestido de una tela tan negra como la noche, pero que brillaba con una suave iridiscencia. Era del mismo color que las alas de una sirena. Pasé los dedos por el pronunciado escote en uve. Unas diminutas y pulcras puntadas con hilo negro dibujaban una sinuosa enredadera que trepaba hasta los hombros del vestido. Los detalles de las hojas y las flores en forma de estrella eran exquisitos. Entonces se me quitó el aliento. Escondidas entre las enredaderas, de manera que no había forma de saber dónde acababan unas y dónde empezaban las otras, también había plumas.

Inspiré hondo, aunque tenía un enorme nudo en la garganta. Theodore había mandado confeccionar ese vestido pensando en una ceremonia de vinculación. El color negro representaba el vínculo de sangre eterno, que desdibujaba los límites de las dos almas ligadas hasta convertirlas en una sola. Hice todo lo posible por sofocar la chispa de esperanza que había prendido en mi interior. Al levantar el vestido para sacudir la falda, algo pequeño salió de entre sus pliegues, cayó al suelo de madera e hizo un sonido metálico. Me agaché a recogerlo pese a las protestas de mis articulaciones.

Era otro anillo. En la banda de filigrana dorada había engastada una piedra preciosa grande del mismo color miel que mis ojos. Me obligué a cerrarlos con fuerza.

—Dioses santos, Theo.

La puerta se abrió sin producir el menor ruido y una joven de ojos brillantes y una perfecta tez marrón entró en la estancia.

—¡Vaya! Estáis despierta.

Me ofreció una pequeña sonrisa mientras me estudiaba concienzudamente con la mirada para asegurarse de que estaba bien. Llevaba el cabello negro en un tirante recogido, escondido bajo una cofia de gasa blanca. Además, iba ataviada con un sencillo vestido del color verde oscuro característico de Varya y un delantal blanco.

—¿Os encontráis bien? Cualquiera diría que habéis visto un fantasma.

Noté el contorno del anillo de Theodore en la mano al apretarlo con el puño.

—No, nada de fantasmas —exhalé, aunque sí que me sentía como si una presencia me estuviera atormentando.

—Bueno, pues demos gracias a Panos, entonces. —Cerró la puerta a su espalda—. Permitidme que os ayude a vestiros, majestad.

La miré sorprendida.

—¿Cómo?

La mujer abrió los ojos de par en par e hizo una rápida reverencia.

—Disculpadme, pero el rey nos ha ordenado que nos refiramos a vos como tal, majestad.

—¿El rey? Pero ¿por qué?

El corazón me tronaba en los oídos. En un momento de enajenación, me pregunté si Theodore habría encontrado la manera de librarse de Halla y su madre.

—Imagino que es porque sois una reina, majestad —explicó negando nerviosamente con la cabeza—. Según tengo entendido, sois la heredera de Ligea.

—Ah —parpadeé sintiéndome idiota—, claro. —Miré la cama y fruncí el ceño—. ¿Cuánto tiempo llevo…?

—Tres días —respondió ella con la mirada gacha en una incómoda muestra de respeto mientras sacudía la camisa, el corsé y demás ropa interior que habían dejado bajo el vestido.

—Prefiero ponerme la túnica y los pantalones.

La mujer me miró extrañada.

—Pero está preparado para vuestro viaje. No sabéis el cuidado con el que su majestad dobló la muda para vos. Creo que le gustaría veros con este vestido. ¿No os parece precioso?

Perdí el hilo de mis pensamientos.

—¿Dónde está el rey? —pregunté distraída mientras dejaba que me bajara el camisón por los hombros y me pasara la camisa interior por la cabeza.

—Os trajo aquí ayer por la mañana. —Me colocó el corsé y se dispuso a atarlo—. Durante el primer día y medio, os estuvo cuidando él mismo. Hasta que no dejasteis de sangrar no permitió que las sanadoras os atendiéramos.

—Ya veo.

Una violenta descarga de tristeza me abrumó. Me había dejado sola. Pese a que yo misma se lo había pedido, a que le había dicho que cumpliera con su deber, no fui capaz de aplacar mi dolor. Cuando toda la ropa interior estuvo en su sitio, la mujer me subió el vestido hasta las caderas y me lo ajustó con unos suaves tirones.

—Disculpad mi atrevimiento, majestad —empezó diciendo con cuidado—, pero, si os sirve de consuelo, el rey no tuvo más remedio que marcharse. —Cuando terminó de atar las cintas, escondió los

extremos bajo el cuerpo del vestido—. El canciller Eftan lo sacó a rastras de aquí. —Asentí sin saber muy bien si sus palabras habían abierto todavía más la herida o si habían sido un bálsamo reparador —. Vuestra amiga, la joven de los rizos, ha estado muy muy preocupada por vos también. Incluso la emperatriz de Obelia vino anoche a veros. Se la veía de lo más afectada por vuestra situación. Ah, y han dejado esta nota para vos.

Me dio un vuelco el corazón al ver que sacaba un sobre sellado del bolsillo. Rompí el lacre y, al ver que no era un mensaje de Theodore, sujeté el papel con tanta fuerza que terminé arrugándolo.

Imogen:

Ya te he conseguido el barco que pediste. Te pido por favor que no lo hagas naufragar. El Hercule es rápido y compacto y está pensado para dar cabida a una nutrida tripulación. Los marineros que he seleccionado están todos vinculados y serán inmunes a tu canto, aunque no me sorprendería que encontraras la manera de sortear su divina protección. Como bien sabemos, tienes un don para dejar a los hombres sin aliento. Un carruaje te llevará al puerto en cuanto te despiertes. Ve a buscar a Eftan para que te lo prepare.

Te deseo buena suerte en tu empresa.

Cte. Lachlan Mela

Tuve la sensación de que con aquella carta me estaban echando sin miramientos. La volví a doblar y dejé el anillo sobre el banco mientras me ponía las botas en silencio. Cuando estuve lista para marcharme, cogí el paquetito de ropa doblada que Theodore me había preparado.

—Gracias por vuestra ayuda.

—¡No os olvidéis el anillo!

La joven sanadora me ofreció la joya, que reflejó la luz del sol que se colaba por la ventana. Al estudiar la cálida y resplandeciente piedra preciosa, la rabia prendió un fuego en mi interior como si alguien hubiera golpeado un pedernal. Ni en sueños habría sido tan tonta como para creer que la escisión sería limpia e indolora, pero tampoco había esperado que Theodore fuera tan ingenuo.

Debería haberse desentendido de mí por completo. Sin dejarme un anillo o un vestido ceremonial. Había ciertas promesas que no iba a poder cumplir.

Al ver que me quedaba mirando el anillo, la sanadora enarcó las cejas, expectante.

—¿Cómo os encontráis? ¿Necesitáis algo más? Puedo daros un poco de nepente si todavía sentís dolor.

—No será necesario —dije poniéndome el anillo rápidamente y saliendo de la habitación.

Ya me cambiaría de ropa en el barco.



El servicio estaba decorando el vestíbulo principal para la boda. Habían colgado las banderas azul oscuro de Obelia junto a las de Varya de las barandillas de mármol negro y de los dinteles. Por si fuera poco, era como si hubieran plantado un condenado jardín al pie de los dos tramos opuestos de la escalera. Las enredaderas trepaban por los balaustres y se enroscaban en los tobillos de las estatuas de los grandes dioses. Los sirvientes pasaban corriendo de acá para allá bajo su atenta mirada, cargando con cestas llenas de velas y ramilletes de flores.

Igual que las desenfrenadas enredaderas parecían haber empezado a crecer por todo el palacio, también lo hacía la cólera cegadora que se había desatado en mi interior.

Estuve a punto de cruzar las puertas principales por mi cuenta, sabiéndome perfectamente capaz de solicitar mi propio carruaje, pero entonces vi a Eftan junto a una mujer que llevaba el uniforme del servicio al pie de la escalera del fondo. Estaban revisando unos papeles y evaluando el aspecto del vestíbulo.

Cuando reparó en mi presencia, el canciller esbozó una mueca de desagrado y se acercó a mí dando pasos cortos y apresurados. Su mirada desencajada voló por mi rostro y el vestido que llevaba para

acabar aterrizando en el anillo que Theodore me había regalado. Retorció los labios finos, asqueado.

—El rey es un necio.

Inspiré hondo ante su tediosa actitud.

—Buenos días, canciller.

—Lo habéis seducido. Lo habéis mancillado. —Me agarró del brazo y me arrastró en dirección a las puertas de palacio. Para ser tan bajito, tenía una fuerza sorprendente—. Habéis llevado este reino a la más absoluta ruina y a él solo se le ocurre jugar a las casitas vistiéndoos de novia. Fuera. Marchaos de aquí antes de que os vea. —Me zafé de su agarre y el hombrecillo estuvo a punto de perder el equilibrio—. Se casará con la princesa dentro de cuatro días —escupió—, así que no volváis jamás. Ni como su amante ni como…

Se interrumpió con un violento jadeo; su rostro enrojecido había empezado a ponerse morado. Ladeé la cabeza y lo observé maravillada ante la facilidad con la que había recurrido a mi canto, ante lo rápido que este había obedecido a un deseo pasajero. Sin el vínculo de Theodore asentado en el vientre, utilizar mi poder era distinto.

—Mi querido Eftan —ronroneé mientras él se arañaba el cuello—, he venido a buscaros para que me procuréis un carruaje y así poder marcharme para no regresar jamás. ¿Me ayudaréis? —Al verlo asentir desesperado, una lenta sonrisa se extendió por mis labios—. Muy amable por vuestra parte.

Giré sobre los talones para dirigirme a la salida e interrumpí mi canto, ávida por oír el eco de su angustiada respiración rebotando contra el mármol cuando por fin tomara aire.

Hacía buen tiempo y el cielo de la tarde estaba despejado. El aire húmedo y con aroma a flores se colaba por las rendijas de la puerta del carruaje tambaleante. Me había acostumbrado tanto a captar el

olor de la vegetación y su mezcla con la sal del mar que ya apenas lo notaba, pero inspiré hondo para disfrutar de él ahora que recorría el camino de adoquines azules que conducía al puerto de Panos.

Tenía la mente tan agitada como la superficie del mar, plagada de pensamientos lúgubres y tormentosos. No podía parar de pensar en Nemea, en sus vacíos ojos grises y en su implacable crueldad. Tampoco en la montaña fría, seca y a kilómetros del mar. Jamás habría esperado tener que regresar. Había hecho todo lo posible por evitarlo. Sin embargo, si alguien en el archipiélago conocía el paradero exacto de Eusia, ese era él.

Antes de que el carruaje se detuviera con una sacudida, me quité el anillo de Theodore del dedo y me lo colgué dando un resoplido de la cadena que llevaba al cuello pensando en el futuro que podría costearme con mi colección de joyas de compromiso. Mientras me trenzaba el pelo a la espalda, caí en la cuenta de que alguien me lo había debido de lavar estando inconsciente, porque olía a flores y a naranja. Cuando terminé, habían dejado de temblarme las manos.

Al cambiar de postura, noté que algo se me clavaba en el muslo; palpé el asiento junto a mí y me pasé las manos por el vestido. Me detuve en seco cuando encontré un pedazo de papel doblado en el bolsillo. Era una carta, cerrada con un sello de lacre verde con la insignia de Theodore, una mano envuelta en enredaderas.

La abrí con los dedos temblorosos de nuevo, así que tuve que apretar el papel contra el regazo para poder leer el mensaje.

Immy:

No sé muy bien qué escribir, pero empezaré diciéndote que el vacío que has dejado en mí me resulta insoportable. Espero que sepas que nunca he tenido intención de darte la espalda. Han sido los miembros del Consejo quienes me han obligado a hacerlo. Dicen que he perdido de vista mi deber, que mi falta de autocontrol ha desatado la guerra. Eftan no me ha permitido entregarte el vestido ceremonial y el anillo hasta que no he amenazado con echarlo de palacio para siempre.

Lo que intento explicar con esto es que me siento a la deriva.

Pero, aun estando desamparado, creo que cada vez tengo más claro mi objetivo. Mi deber y mi deseo ahora son una sola entidad, pues ambos están innegablemente ligados a ti. Tu ausencia me ha demostrado que no dudaría en abrirme el pecho en canal con tal de volver a verter tu esencia en mi interior si tú me lo pidieras. Todavía no sé cómo podremos estar juntos. He de encontrar una manera. A pesar de todo, quiero que sepas que soy tuyo, sin importar que estés dispuesta o no a aceptarme de nuevo en tu vida una vez que todo esto haya acabado.

Por el momento, tendré que tomar algunas decisiones terriblemente duras para asegurarme de que tanto tú como mi pueblo permaneceís a salvo. Espero que me perdones y que pronto regreses a mi lado.

Siempre tuyo,
Theo

Pasé una mano por el papel arrugado con un pesado y doloroso nudo en el pecho.

—Dioses santos, Theo.

Si alguna vez volvía con él, estaba claro que se desentendería de su deber con su reino por completo. Me dejaría destrozarle la vida con gusto. Y, por muy horrible que sonara, la verdad era que aquello era precisamente lo que yo quería. Volví a doblar la carta con los ojos anegados en lágrimas y me la escondí en el corsé, justo encima de un pecho.

«Decisiones terriblemente duras».

El cochero se detuvo junto a otro carruaje de palacio mucho más grande y cubierto de enredaderas doradas talladas en madera. Me atraganté con mi propia respiración. La puerta se abrió de par en par y el lacayo me ofreció una mano para ayudarme a bajar.

Negué con la cabeza.

—¿El carruaje junto al que os habéis detenido es el del rey?

Si Theodore me veía llevando el anillo y el vestido que me había regalado, su endeble determinación —como la mía— se desmoronaría de un plumazo.

—Eh. —Se retiró para comprobarlo—. Así es, majestad. Es el suyo.

—¿Y qué demonios hace en los malditos muelles?

El hombre frunció los labios y me miró con un brillo sorprendido en los ojos marrones.

—No sabría deciros. ¿Queréis que vaya a investigar?

—No, no, no. Trataré de pasar desapercibida. ¿Veis al rey por algún lado? —Miró a izquierda y derecha y meneó la cabeza, así que agarré al paquetito de ropa de viaje que Theodore me había preparado y salí del carruaje sin aceptar su ayuda—. Muchas gracias.

Los vastos muelles estaban abarrotados. El suelo de madera húmeda se extendía hasta donde me alcanzaba la mirada y un bosque entero de mástiles me rodeaba en todas direcciones. Me vi arrastrada por una marea de marineros y comerciantes que subían y bajaban mercancías por las pasarelas de abordaje y que me perforaban los tímpanos con sus silbidos y gritos. Fui leyendo los letreros que decoraban la proa de cada barco con los ojos entrecerrados ante la luz cegadora del sol y, cuando llegué al final del primer muelle, me detuve. Junto al puerto, el agua era tan azul y cristalina y se mecía con tal tranquilidad que casi estuve a punto de olvidarme de los monstruos que habitaban en ella.

Un barco me llamó la atención en la lejanía. Me cubrí con una mano para protegerme del brillo de la luz sobre la superficie. En lo alto de sus cuatro mástiles ondeaban banderas obelinas. El cúmulo de runas azul hielo dispuestas sobre el fondo color zafiro siempre me había recordado a los copos de nieve.

Sin duda, ese era el barco de la emperatriz.

La boda estaba en plena preparación; el palacio entero estaba volcado en asegurar que todo estuviera listo para el gran día. No comprendía por qué la emperatriz se marchaba a escasos días de que su querida hija contrajera matrimonio, y menos cuando había planteado una infinidad de exigencias en aquel detallado contrato para asegurar que Theodore cuidara en cuerpo y alma de Halla. Después de haber pasado horas y horas hablando de herederos, asignaciones y jardines donde venerar a su monstruosa santa, resultaba que iba a regresar a su reino sin tan siquiera ver a la princesa vestida de novia.

Cuando el navío dejó atrás los rompeolas, todo cobró sentido: que la emperatriz se marchara significaba que había conseguido lo que de verdad había venido a buscar.

El contrato matrimonial.

Había asegurado las rutas comerciales y garantizado los tratados con Varya. Me dio un vuelco el estómago. Theodore debía de haber accedido a firmar. ¿Por qué, si no, habría viajado una mujer como la emperatriz tan lejos de su hogar? Podría haberse limitado a meter a Halla en un barco para que se encargara ella sola de la boda, como hacían los demás monarcas con sus hijos. Por mucho que hubiera sacrificado a su marido para quedarse embarazada de ella, la emperatriz no se habría embarcado en una travesía tan peligrosa solo por el amor que le profesaba a su hija. Todo lo que esa mujer hacía, cada decisión, cada orden y cada petición, buscaba una sola cosa: blindar su propio poder.

Se me puso la piel de gallina pese al calor de la tarde. Apreté los dientes al notar una creciente presión en el pecho, pero entonces unos vítores me llamaron la atención; la multitud había empezado a moverse y dejar paso a mi espalda. Me puse de puntillas al oír el estruendo metálico característico de las armaduras y vi un destello dorado.

Era el séquito de Theodore. Debían de haber acudido al puerto para despedir a la emperatriz. Lo primero que identifiqué fue la melena blanca de la princesa Halla, reluciente como una perla sacada de las profundidades del mar. Solo la vi un segundo, pues los soldados no tardaron en ponerse delante de ella. En un inconsciente arrebato de temeridad, me abrí camino hasta quedar al frente de la muchedumbre. Fue como si mi cuerpo se hubiera visto atraído por un imán; mi mirada hambrienta buscaba verlo una última vez antes de partir.

Recibí un pisotón en los dedos del pie y un codazo en el esternón que me obligaron a resguardarme tras un estibador alto y de espaldas anchas, pero entonces vi a Theodore y perdí la noción del espacio y el dolor. Quedé reducida al más puro anhelo. Parecía un héroe arrancado de un mito, tan serio y hermoso como el dios del que descendía. La casaca y los pantalones del color del hollín

acentuaban las imponentes líneas de su cuerpo. El viento le había alborotado un par de mechones oscuros, que se mecían sobre su frente. Estaba lo bastante cerca como para poder apreciar el verde de sus ojos y la curva de sus carnosos labios. Se le veía apesadumbrado; caminaba por el muelle con la cabeza gacha.

El peso que me aprisionaba el pecho creció aún más. Quería gritarle y pedirle que me mirara, pero mantuve la boca cerrada con fuerza. Clavé la vista en su espalda una última vez y tomé una tensa bocanada de aire antes de obligarme a salir de entre la multitud.

—¿Imogen?

Me detuve en seco y me volví para encontrar a Lachlan, vestido con su armadura dorada, decorada con grabados de enredaderas. Se había separado de sus compañeros y me miraba sorprendido. Se acercó dando unas cuantas zancadas.

—Ya me voy. Solo estoy buscando el…

Me estrechó en un abrazo y me pellizcó la piel con las piezas de la armadura. La coraza me arañó la barbilla.

—¿Qué narices haces? —gruñí.

Se alejó y me sujetó por los hombros.

—Me alegro de que estés viva.

—¿Por qué no iba a estarlo? —pregunté pasmada.

—Theodore desde luego se temía lo peor —admitió con tono sombrío tras quedarse con la boca entreabierta, como si se le hubiera venido un recuerdo a la mente—. Agatha también. Durante el primer día, ambos te lloraron como si ya te hubieras ido.

Deshice el abrazo; odiaba lo mucho que me escocían los ojos.

—Pero para ti no fue el caso, ¿verdad, comandante? Al fin y al cabo, te habrías quitado un peso de encima sin ningún esfuerzo si hubiera muerto.

—¿De verdad crees que quiero verte muerta? —Retorció la boca en una mueca burlona.

—Lo digo por lo de «la amante de tu rey es tu enemiga» y todo eso. —Arqueé las cejas—. Además, no te olvides de que también he estado a punto de matarte a ti.

—No lo había olvidado. —Negó con la cabeza—. No quiero que mueras ni que Theo esté destrozado, aunque ahora lo está. Pero

necesito que el reino siga a salvo y de una pieza. —Ahora Lachlan cargaba también con una nueva responsabilidad. Era evidente por la severidad de su ceño y la sombría línea de sus labios—. ¿Se te ocurre cómo hacer que esas tres variables se cumplan a la vez? —Cuando meneé la cabeza, resignada, él me dedicó una mirada condescendiente—. Venga ya. Eres la viva imagen de una de las grandes diosas. El icor corre por tus venas y tu terquedad y codicia no tienen límite cuando consideras que algo te pertenece. Sé que encontrarás una solución. —Señaló el barco que había detrás de mí —. Ese es el Hercule. —Esbozó una media sonrisa que no se reflejó en sus ojos tristes y sin brillo—. Adiós, Imogen.

Pese a sus palabras, la despedida me supo amarga, así que solo pude asentir.

—Lachlan —lo llamé para mi sorpresa cuando ya empezaba a alejarse. Se dio la vuelta con expresión curiosa—. Me… me vendría bien un consejo. Tú has pasado años lejos de Agatha… ¿Cómo? ¿Cómo lo soportaste?

Se rascó la barbilla con la mano enfundada en un guantelete.

—No te conviene hacerme caso en ese aspecto.

—Me temo que no tengo muchas más opciones, comandante.

Resopló y profirió una carcajada incómoda.

—Está bien. Si insistes… Al principio me dediqué a beber y a acostarme con quien se me pusiera por delante. Unos años más tarde, empecé a tener relaciones más serias. Fui encadenando una pareja tras otra porque me era imposible estar solo. Muchos años después, comencé una relación con un amigo y él… me ayudó mucho. Me cuidó y me ayudó a salir del agujero en el que me había quedado tras tocar fondo.

—¿Fuiste feliz durante el tiempo que pasaste con él pese a no tener a Agatha?

Negó con la cabeza.

—Siento decirte esto, Imogen, pero no. Me limité a conformarme. Estuve encaprichado de él, me hacía sentir satisfecho, pero nunca llegué a experimentar la felicidad que ella me transmitía. —Se encogió de hombros en un gesto de disculpa—. Pero a ti no tiene

por qué pasarte lo mismo. Muchos necios como nosotros consiguen encontrar un amor mejor. A lo mejor todavía hay esperanza para ti.

Solté una larga exhalación.

—Ahora me siento peor.

—Suelo tener ese efecto en los demás.

Me reí y eché un vistazo a mi espalda. El navío más próximo tenía la palabra «HERCULE» tallada en el letrero de popa con mayúsculas rojas. Me dirigí hacia la pasarela de abordaje.

—Dile a Agatha que la quiero.

—Lo haré en cuanto la encuentre.

Me detuve en seco.

—¿Qué?

Aunque él no parecía preocupado, a mí me recorrió todo el cuerpo un alarmante hormigueo.

—Llevo sin verla desde anoche, aunque lo más seguro es que se esté tomando un tiempo para descansar después de todo lo que ha pasado. Ya sabes cómo es.

Era muy extraño. Agatha nunca se habría apartado de mi lado. Mi cabeza me decía que jamás habría dejado que me despertara sola en una habitación desconocida, pero era absurdo. Ya no era mi institutriz y prefería que siguiera siendo así. Además, Agatha tenía unas garras bien afiladas, un aplomo implacable y unas agallas de hierro. El mal presentimiento que me había asaltado no tenía ningún fundamento. Le lancé a Lachlan una mirada cargada de significado.

—Encuéntrala. Ve a buscarla en cuanto llegues a palacio y dile que he prometido regresar sana y salva.

Frunció el ceño como si hubiera dicho algo absurdo.

—De acuerdo. —Mostró una total despreocupación hasta que se fijó en mi expresión seria y asintió—. Sí, está bien. Lo haré.

—Bien. Gracias. —Me dirigí hacia el Hercule sintiendo que el corazón estaba a punto de rompérseme en pedazos—. Cuida de Theodore y de Agatha por mí —le pedí por encima del hombro. Él apretó los labios, asintió y desapareció entre la multitud.

La pasarela se hundió un poco bajo mi peso. Al recogerme la falda para subir con más comodidad, me fijé en cómo la luz hacía que la tela cambiara de color; todo un abanico de tonos morados,

azules y verdes bailaba sobre la superficie negra. Una vez a bordo, fui directa al camarote que me indicó el capitán, cerré la puerta con llave y me solté las cintas del vestido para quitármelo de un tirón, como si estuviera mudando las enredaderas y las plumas. Lo doblé con un nudo en la garganta y lo dejé con cuidado a los pies del catre.

Arranqué el cordel que sujetaba los pantalones y la túnica con tanto ímpetu que el material me quemó los dedos. Las dos prendas estaban hechas a mi medida. Cuando encontré unos botoncillos dorados en la espalda de la túnica, me di cuenta de que incluso habían contado con dejar una abertura en caso de que desplegara las alas.

Justo cuando me obligaba a ponérmela, un repiqueteo proveniente de uno de los laterales del barco llegó a mis oídos. Era una campana, seguida del sonido grave y espeluznante de un cuerno. Todos mis sentidos se pusieron alerta. Salí corriendo del camarote y me encontré a la tripulación moviéndose frenética por la cubierta, atando los cabos que habían desatado hacía un momento. Volvieron a amarrar el barco al muelle, donde incluso la multitud se había empezado a dispersar. La gente corría hacia las calles adoquinadas de la isla, alejándose del puerto.

La tripulación también había empezado a abandonar el barco.

—¿Qué está ocurriendo? —le pregunté a una tripulante a la que agarré del brazo para que se detuviera. Tenía las mejillas cuarteadas por el sol y salpicadas de pecas y arruguitas.

—Naves enemigas —dijo señalando el horizonte con la cabeza.

Tuve que forzar la vista para ver a lo que se refería, pero me quedé helada.

Aquellos borrones me resultaban familiares.

Tenían las velas rojas.

Eran buques de guerra serafíes.



28

Seis naves serafíes surcaban la línea del horizonte. La flota avanzaba en dirección al puerto a toda velocidad, con las amenazantes velas rojas hinchadas por el viento del nordeste. Más allá de los rompeolas, los buques de guerra varianos levaron anclas y zarparon para salir a su encuentro en mar abierto. Por su parte, los cientos de tripulantes de los buques que estaban todavía en puerto trabajaban afanosamente para salir a ayudar a sus compatriotas.

En ese momento, sentí un insondable remordimiento por todo lo que estaba pasando.

Aquellas personas estaban a punto de ponerse en peligro solo porque Theodore y yo habíamos tomado la decisión de vincularnos en aquella gélida habitación de la ruinosa fortaleza de Nemea.

El cabo al que me agarré para subirme a la barandilla del Hercule me quemó la mano. Recorrí el puerto con la mirada. Había otro buque de guerra variano amarrado a dos barcos de distancia. La tripulación que se estaba preparando para zarpar trepaba por las

jarcias con la misma facilidad con la que las arañas se mueven por sus redes.

—Majestad. —El capitán del Hercule me miró desde la cubierta. Llevaba el cabello pelirrojo muy corto y el sol le había cubierto la piel con una densa capa de pecas. Entornó los ojos color marrón claro y levantó una mano para pedirme en silencio que bajara de la barandilla—. El protocolo indica que hay que evacuar los muelles hasta que la armada neutralice al enemigo.

Señalé el buque de guerra que seguía detrás de mí.

—Me voy con ellos.

—¿A dónde? —preguntó volviéndose para mirar el navío.

—A enfrentarme a la flota serafí. Voy a hundir todos sus barcos.

El hombre sonrió con cierto paternalismo en la mirada.

—El rey y el comandante han sido muy claros. Mi deber es protegeros hasta que vuestra misión haya concluido. Al subir a mi nave, habéis pasado a ser mi responsabilidad.

Su responsabilidad. Un estallido de rabia se desató en el espacio vacío que hasta hacía poco había ocupado el vínculo que compartía con Theodore en mi vientre. No tenía tiempo para ponerme a discutir con él. Me negaba a pedirle permiso, así que lancé un canto silencioso casi sin pensar. Sin embargo, el capitán meneó la cabeza y me miró con los ojos vidriosos.

—¿Qué narices ha sido eso?

Fruncí el ceño. El canto no había arraigado. Recordé lo que Lachlan me había dicho en su nota: todos los miembros de la tripulación estaban vinculados a una sirena; eran inmunes a mi poder. Me bajé de la barandilla de un salto y resoplé frustrada.

—Espero que estéis preparado para suplicar clemencia ante vuestro rey, capitán, porque no tengo la más mínima intención de quedarme aquí para que me vigiléis.

Lo rodeé para bajar del barco, pero, antes de llegar a la pasarela, el hombre me agarró por la cinturilla de los pantalones y tiró de mí hacia atrás como si fuera un perrillo con correa portándose mal.

Me di la vuelta para zafarme de él y le asesté un puñetazo en la mandíbula. Fue bastante lamentable e hizo que una descarga de

dolor me trepara por la mano, pero conseguí que retrocediera dando un gruñido y se llevara una mano a la barbilla.

Bajé corriendo por la pasarela con el corazón latiendo tan estruendosamente como la campana de alarma del puerto y, cuando el capitán salió corriendo detrás de mí, extendí los brazos a ambos lados para mantener el equilibrio. El hombre era delgado y de la misma estatura que yo, pero yo era un poco más rápida que él. Cambié de dirección y salté por encima de la esquina del muelle donde el agua salpicaba la madera. Oí cada vez más cerca el sonido de sus botas al impactar contra los tablones. El puerto estaba casi desierto; los únicos que quedaban eran los miembros de la tripulación de los buques de guerra y los soldados, que comprobaban las amarras para zarpar hacia la batalla.

Lancé mi canto y le di las gracias a todos los malditos dioses cuando noté que se introducía en el pecho de los cuatro marineros que se encontraban ante mí. Casi no me dio tiempo a formular una orden en la cabeza antes de que los hombres obedecieran. En cuanto pasé por delante de ellos, le cortaron el paso al capitán y lo sujetaron como si fuera un animal que acabara de caer en una trampa. Aceleré el ritmo y, de pronto, sentí una explosión de poder más intenso que nunca propagándose por mi pecho como una masa viscosa burbujeante y caliente.

—¡Esperad! —les grité a dos tripulantes uniformados que habían empezado a soltar las amarras y se disponían a retirar la plataforma de abordaje.

Un grito gutural me hizo vacilar y darme la vuelta para comprobar qué ocurría a mi espalda. Aunque el viento me metió un par de mechones de pelo en los ojos, vi que uno de los hombres a los que había manipulado con mi canto se había sacado una daga del cinturón. Otro había conseguido derribar al capitán del Hercule y lo inmovilizaba pisándole el hombro mientras que un tercero le sujetaba las piernas.

—¡Deteneos! —exclamé al percibir que el miedo me fulminaba como un rayo.

Había sido clara, había puesto toda mi intención en aquella orden, pero mi canto no los liberó. Apreté los dientes y traté de controlar

esa sustancia cálida y viscosa que seguía fluyendo por mi cuerpo. Pese a que mi poder seguía siendo el mismo, era consciente de que el vínculo que compartía con Eusia había cambiado tras el ritual de escisión. Ahora era más fuerte.

Theodore y su poder debían de haber estado impidiendo que me dominara.

El hombre de la daga se preparó para asestarle una puñalada al capitán justo cuando la tripulación del buque de guerra comenzaba a retirar la pasarela de abordaje.

—¡Mierda! —Estaba a solo unos metros del barco—. ¡Volved a colocarla! ¡Dejadme subir a bordo!

Pero la tripulación se limitó a mirarme con desconcierto mientras continuaban subiendo el tablón.

Estaba demasiado alterada; el pánico me zumbaba en los oídos. El poder que se había adueñado de mi cuerpo me estaba consumiendo. Me había poseído. Expandí mi canto de mala gana para controlar también a los marineros del buque y obligarlos a colocar la pasarela de nuevo en su sitio. Se les relajó el rostro. La mirada se les tornó vidriosa. En cuanto vi que obedecían, corrí junto al capitán del Hercule, que no había dejado de gritar y luchar contra sus atacantes.

Dos marineros lo sujetaban por los hombros y un tercero se había sentado sobre sus piernas. El cuarto lo atacó con la daga. Grité y les envié un nuevo canto mientras forcejeaba con el que ya les había lanzado antes, enganchado aún a sus costillas, pero nada consiguió impedir que siguieran adelante con su tarea. La daga perforó el vientre del capitán con un sonido acuoso que me revolvió el estómago. Su alarido desgarró el aire justo cuando alcancé al hombre que sostenía el arma. Extendí las garras y se las enterré en el brazo, pero el tripulante que se había sentado sobre las rodillas del capitán se lanzó a por mí y me rodeó el cuello para derribarme con todo el peso de su cuerpo. Le dejé la piel hecha jirones y su sangre me salpicó la túnica, aunque él no emitió sonido alguno ni cedió ante el dolor.

Tuve que ver cómo le abrían un corte vertical en el vientre al capitán del Hercule, desde debajo del esternón hasta la entrepierna.

Sus entrañas brotaron de la herida y se derramaron sobre los tablones del muelle. La sangre espesa y oscura se coló entre las grietas y empapó la madera húmeda mientras él gritaba, gritaba y gritaba hasta que su voz se apagaba tras boquear aterrado en busca de aire.

Fue entonces cuando los cuatro atacantes comenzaron a recitar una plegaria.

—Esta ofrenda le entrego a la arena. Esta ofrenda le brindo al mar. Óyeme, escúchame. Purifica las aguas por mí.

Se pusieron de pie y empujaron el cuerpo sin vida del capitán con la punta de las botas para arrojarlo a las profundidades.

Se me escapó una temblorosa exhalación cuando el poder abrasador empezó a enfriarse. El marinero que me tenía inmovilizada por fin me soltó y se acercó al borde del muelle. Todavía le manaba sangre de su brazo herido, pero continuó con el mismo rostro inexpresivo que sus tres compañeros mientras contemplaba las aguas. Me puse de rodillas para asomarme también y vi unas sombras surcando el fondo marino.

Las nekgya habían venido a buscar el cadáver. Habían venido a cobrarse su ofrenda. El agua se llenó de espuma y se tornó rosa y los cuatro tripulantes repitieron la oración de Eusia al unísono, como si alguien se lo hubiera ordenado. Contuve la respiración al ver que los cuatro saltaban del muelle y se perdían en las sangrientas profundidades del mar.

Subí al buque de guerra helada y temblando. Tenía la túnica pegada al vientre, empapada de la sangre del marinero que me había inmovilizado. El vínculo que compartía con Eusia me estaba manipulando desde dentro. Yo era una marioneta, y ella, la mano que movía mis hilos.

Estudié a los dos tripulantes que había al otro lado de la plataforma, los mismos que seguían presos de mi canto. Tenían los ojos vidriosos y el cuerpo flojo. *Tú también estás moviendo a esos hombres como si fueran marionetas. No eres mejor que Eusia,* pensé de pronto.

En cuanto puse un pie en cubierta, los liberé de mi canto con el alma en vilo. Pensaba que también se pondrían a rezar y que

buscarían una daga que empuñar, pero sacudieron la cabeza como si acabaran de despertarse de un sueño febril.

Uno de ellos se llevó la mano a la sien como si le doliera la cabeza, pero ambos retomaron su tarea sin mayor problema. Al poco de que terminaran de subir la plataforma de abordaje, el barco se alejó del puerto con un suave vaivén hasta que el viento hinchó las velas y aceleró su marcha.

—¿Y vos quién sois? —preguntó una mujer a mi espalda con voz ronca y brusca.

Solo tuve que darme la vuelta para saber con quién estaba hablando. Su uniforme impecable, su mirada severa y el gran número de medallas que llevaba prendidas al pecho no dejaban un ápice de duda: era la capitana del buque de guerra. Era una mujer delgada y curtida que les doblaba la edad a los soldados y tripulantes que se movían a nuestro alrededor. Su mirada voló hasta la mancha de sangre de la parte delantera de mi túnica y se volvió suspicaz.

Me quedé boquiabierta, con la mente en blanco. El asesinato que acababa de presenciar todavía me tenía conmocionada.

—S-soy… —Ni siquiera sabía cómo presentarme—. Capitana, soy…

—Una polizona, supongo. —Sus cejas rubias dibujaron un peligroso ceño.

—No. —Aunque todavía temblaba, traté de mantenerme firme. Traté de transmitir la misma seguridad serena que envolvía a Theodore como una ingrávida armadura.

—Soy Imogen Vathia. —Hasta entonces había sido incapaz de recordar el nombre de familia de Ligea, pero, en aquel momento, salió de mis labios con tan poco esfuerzo como una exhalación. «Vathia» era el nombre del espíritu de las profundidades que había ayudado a darle vida a la diosa—. Soy la hija de la gran diosa Ligea y, como heredera suya, he venido a ayudaros a hundir esos barcos.

La capitana abrió los ojos de par en par mientras me estudiaba con atención.

—Yo conocí a Ligea. Acudió en mi auxilio hace décadas, cuando comenzaba mi andadura como capitana. —Frunció los labios—. Os parecéis mucho a ella. —Contempló a los miembros de su tripulación

mientras trabajaban en cubierta y añadió—: En nuestros navíos tenemos una serie de reglas respecto a las sirenas, majestad.

—¿Y en qué consisten?

Un estruendo atronador desgarró el aire e interrumpió nuestra conversación. Los buques serafíes y varianos estaban ya lo bastante cerca como para disparar sus cañones y, en el primer ataque, uno de los proyectiles parecía haber partido el mástil de uno de los navíos varianos como si fuera una ramita en mitad de una tormenta.

La capitana respiró hondo, intranquila. Echó un último vistazo a la mancha oscura de mi túnica.

—Con una sirena a bordo, toda la tripulación está obligada a taponarse las orejas con cera para protegerse de su poder. No obstante, dado que sois la hija de la diosa, imagino que la cera resultará inútil ante vuestro canto silencioso.

Se me secó la boca con tan solo pensar en mi poder, en lo retorcido y peligroso que se había vuelto.

—No —conseguí decir—, no servirá.

—Entonces, necesitaré que me deis vuestra palabra —me pidió sosteniéndome la mirada.

—¿Mi palabra?

El viento sopló entre nosotras. Me metió la bruma marina en la nariz e hizo que mi poder vibrara.

—Dejaros en el barco con nosotros supone un riesgo, majestad. La seguridad de toda mi tripulación, así como la de los soldados, estará en vuestras manos. Vuestra madre podía llegar a ser aterradora, pero siempre era certera a la hora de recurrir a su poder. ¿Es ese vuestro caso también?

La vergüenza y la preocupación arremetieron contra mí al unísono por la responsabilidad que la mujer estaba depositando sobre mis hombros. Una mancha de sangre oscura y pegajosa me tiñó la vista. Los gritos del capitán del Hercule resonaron en mis oídos. No sabía nada de mi madre. Mi poder era de todo menos certero. Además, estaba segura de que Eusia se pondría las botas con una ofrenda tan jugosa como la de un buque de guerra variano al completo.

—Lo es —respondí pese a todo.

—Pues bienvenida a bordo —concluyó la capitana con un gesto de aprobación.

El estruendo de los cañones se fue incrementando a medida que el navío avanzaba cabeceando por el mar estriado. Me dirigí corriendo a la proa para ver mejor cómo se desarrollaba la batalla. Los barcos serafíes y varianos habían formado dos filas en las que los laterales de las embarcaciones enfrentaban al enemigo. Una nube de humo blanco estalló entre ellos. Los silbidos y crujidos de las balas de cañón eran aterradores; mi poder no podía parar los proyectiles y los barcos estaban demasiado cerca los unos de los otros, así que no sabía cómo iba a arreglármelas para hundir a los serafíes sin arrastrar también a los varianos a las profundidades.

El viento inclemente me soltó un par de mechones de la trenza. A pesar de que la cabeza me daba vueltas, planté bien los pies en el suelo.

—¡Corregid el rumbo y preparad los cañones! —bramó la capitana a mi espalda. Cuando el navío se situó junto al sexto barco serafí, me dedicó un autoritario asentimiento—. Cuando gustéis, majestad.

Estudié a los soldados del buque enemigo, vestidos con aquellas armaduras de cuero negro que tan bien conocía. El miedo se había enroscado en mi cuello como una mano que me impedía respirar. Al otro lado de la estrecha franja de agua que nos separaba, divisé al capitán serafí, que tenía un aspecto amenazador con su casco oscuro. Por un instante, lo confundí con Evander.

Pensé en su rostro retorcido en una mueca de asco. Pensé en el salón del trono de Nemea y en el ala de mi madre colgada de la pared. Pensé en las palabras grabadas con orgullo en el mármol:

NO HAY PIEDAD PARA LOS MONSTRUOS

Una descarga de poder sombrío y abrasador se adueñó de mi pecho ante los recuerdos. Deseé dejar a la tripulación serafí congelada en el sitio, así que mi canto emergió como una oleada y cruzó el espacio que separaba ambas embarcaciones. Empecé a notar un ardor en la garganta mientras la temperatura de mi cuerpo descendía, como si me hubieran rebanado el cuello y me estuviera

desangrando allí mismo. Aun así, todos y cada uno de los marineros, todos y cada uno de los miembros de la tripulación, se detuvieron.

—¡Fuego! —aulló la capitana variana.

El estallido de la pólvora estuvo a punto de reventarme los tímpanos, pero me mantuve firme para ver cómo el buque serafí sufría los estragos del ataque. Las balas de cañón impactaron contra el lateral, desataron una lluvia de astillas y crearon una nube de polvo que se mezcló con el aire salado, pero lo que más me llamó la atención fue la forma en que los serafíes comenzaron a moverse lentamente. Paso a paso, con movimientos antinaturales, se acercaron a la barandilla del barco para trepar por ella y lanzarse por la borda uno a uno, pese a que yo no se lo había ordenado. Mi única intención había sido que se quedaran quietos. Mientras la embarcación se derrumbaba, las velas se desgarraban y el mástil se partía en dos, vi que los hombres movían los labios al unísono.

Gracias a que hablaban todos a una, alcancé a oír lo que decían:

«Esta ofrenda le entrego a la arena. Esta ofrenda le brindo al mar. Óyeme, escúchame. Purifica las aguas por mí».

—¡No!

Eusia estaba desatada. La ausencia de poder, de reconocimiento al vivir a la sombra de su hermana, la había acompañado desde su nacimiento. Había pasado años y años buscando una manera de alimentar su magia insaciable y por fin había conseguido encontrar una forma de saciarla.

Usándome a mí.

Al llegar a la altura del siguiente navío serafí, la neblina de la congoja se había adueñado de mi mente. El barco había quedado bastante maltrecho y tenía un agujero descomunal en la parte superior del casco, pero permanecía a flote.

La capitana me dio una palmadita en el hombro. La nostalgia y el orgullo acentuaban las arruguitas que tenía alrededor de los ojos.

—¿Lo repetimos? —preguntó señalando a los serafíes con el mentón.

—Claro —respondí distraídamente.

Me agarré a la barandilla, resignada ante la terrible situación que me estaba viendo obligada a vivir. Para mantener Varya a salvo, iba

a tener que permitir que Eusia consiguiera los sacrificios que tanto ansiaba. Me volví a concentrar en el poder repugnante y viscoso que residía en mi vientre, pero entonces reparé en el barco que tenía delante.

Era el buque insignia de Seraf. Reconocía la proa cuadrada, los cuatro altísimos mástiles y la anguila que mostraba los colmillos en la vela mayor. Aquella era la embarcación que Evander había capitaneado cuando estaba vivo, igual que Nemea décadas atrás. Como rey, había navegado hasta los confines del mundo, había visitado cada isla del archipiélago e incluso había estado en el continente norteño. Se decía que tenía una espeluznante colección de huesos pudriéndose en el casco, pertenecientes a las sirenas que habían muerto atadas a los mástiles tras pasar días bajo el sol abrasador.

Aquel legendario navío merecía acabar en el fondo del mar. El humo blanco y espeso de los cañones hacía que me ardieran los ojos, así que me subí a la barandilla y me agarré a las amarras para evaluar la situación. Con el corazón en un puño, dejé que mi canto floreciera en mi interior, concentrada en la tripulación serafí, pero me interrumpí cuando atisbé un destello dorado entre la humareda.

Me quedé helada al distinguir la forma de su vieja corona almenada. Era Nemea. Estaba allí. Llevaba casi treinta años sin poner un pie en un barco, negándose a abandonar la seguridad que le proporcionaba la aislada fortaleza de la montaña.

Su mirada cruel pareció percibir mi presencia a pesar de lo difícil que era distinguir algo entre el humo de los cañones. Estaba en el centro de la cubierta, como un malvado espectro, ataviado con una armadura negra desgastada y poco favorecedora. Sus ojos grises y penetrantes se encontraron con los míos.

Era incapaz de asimilar su presencia allí. En un barco. En aguas varianas. Atendiendo a lo que Rohana me había dicho, la idea era que yo fuera a buscarlo, no al revés. Eusia me había estado azuzando con la idea de volver, volver, volver al hogar.

Un remolino de poder creció en mi interior, tan violento como una tormenta, pero lo mantuve a raya. Tiré de los botones de la espalda de la túnica y los abrí uno a uno. La capitana dio la orden de

disparar y las balas salieron volando desde ambas embarcaciones. Uno de los proyectiles serafíes impactó justo a mi lado y, aunque me hice un ovillo para protegerme de las astillas, la madera afilada me perforó la piel de la mejilla, el cuello y el brazo.

Luchando por mantener la mente despejada, desvié la atención hacia el agua para ordenarle a una corriente de las profundidades que fluyera entre el buque de Nemea y el nuestro. Los serafíes no tardaron en escorarse, de manera que la trayectoria de sus cañones quedó desviada.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —me gritó la capitana mientras yo seguía abriéndome la espalda de la túnica—. ¡Inmovilizadlos! ¡Obligadlos a saltar por la borda!

Mis alas se desplegaron de par en par en cuanto me atravesaron la piel, así que tuve que concentrarme en mantener el equilibrio por el peso que tiraba de mí hacia atrás.

Nuestro maltrecho navío seguía astillándose ante los ataques de los serafíes, pero el buque insignia de Nemea no había sido capaz de hacerle frente al empuje de mi corriente, por lo que siguió desviándose de su trayectoria hasta que el viento dejó de hinchar sus velas.

—Voy a subirme a ese barco —le dije a la capitana, que tenía la cara roja de rabia y saliva acumulada en los labios.

—Por el amor de los dioses, haced que se tiren al agua primero.

Le dije que no con la cabeza; no podía arriesgarme a hacer que Nemea se lanzara por la borda sin querer. La capitana desenvainó su espada, pero otra bala de cañón pasó volando por cubierta y tuvo que agacharse para avanzar hacia mí esquivando a los tripulantes que trabajaban a su alrededor.

—¡Me habéis dado vuestra puta palabra! —gritó cuando me apuntó con la espada al cuello.

—Yo que vos me andaría con cuidado. —Me había puesto tensa; notaba el poder vibrando en mi interior—. Otros capitanes no han tenido muy buenas experiencias conmigo.

Las líneas de su rostro se tensaron ante mi amenaza. Retorció la boca en una mueca y arrugó la nariz, asqueada.

—Fuera de mi barco.

La punzada de dolor que sentí ante su rechazo me resultaba tan familiar que ya apenas me escocía. Mantuve la cabeza alta y la postura erguida. El buque de Nemea estaba lo bastante cerca como para llegar planeando hasta él. Cuando el viento sopló bajo mis alas a mi orden, salté del barco con las alas abiertas de par en par. El vértigo de moverme por el aire hizo que me diera un vuelco el estómago, pero pude agarrarme enseguida con torpeza a uno de los obenques del barco serafí. Los cabos que conformaban el entramado de rejilla me quemaron las palmas, las rodillas y las espinillas.

Mi llegada hizo que la tripulación de Nemea se pusiera en guardia. Todos observaron mis alas oscuras como una jauría de perros de caza olfateando a su presa. Cargaron los arcos que empuñaban y prepararon sogas mientras esquivaban las balas que todavía volaban a su alrededor. Apreté los dientes y me concentré al máximo para atrapar con mi canto a solo tres hombres. Evitar que Eusia me arrebatara el control supuso todo un esfuerzo, pero conseguí que mi poder atravesara el pecho de los soldados más próximos a Nemea. Una vez que su postura se relajó, rodearon a su rey y, cuando lo arrastraron hasta el mástil más cercano, el ardor volvió a adueñarse de mi garganta.

Nemea no se resistió; no peleó ni gritó. Esquivé las flechas de los soldados e intenté mantener el control de mi poder sin quitarle el ojo de encima entre los cabos del obenque. Pensaba que se pondría rojo, que se le saldrían los ojos de las órbitas como siempre que se encolerizaba, pero se limitó a recostarse y a apoyar la cabeza en el mástil al que lo habían atado mirándome directamente a los ojos. Sostuvo mi mirada mientras el cabello canoso le zurcía el rostro. Ni siquiera se inmutó cuando sus hombres le quitaron la espada, le inmovilizaron las manos y le limpiaron la cera con la que se había tapado los oídos. Justo cuando el calor empezaba a abandonarme, le retiraron la corona dorada de la cabeza.

Tanto esta como la espada cayeron al suelo con estrépito cuando los tres hombres se volvieron hacia babor. Yo no les había dado ninguna orden. No había reparado en que mi canto se había corrompido, en que Eusia había tomado las riendas de mi poder. Los

tres tripulantes farfullaron su plegaria, se subieron a la barandilla entre movimientos espasmódicos y se tiraron al mar.

Las flechas silbaban a mi alrededor mientras me esforzaba por trepar por el obenque sin perder el equilibrio.

—Te estás entreteniendo demasiado, chiquilla —me dijo Nemea desde el mástil haciéndose oír por encima del fragor de la batalla. Me tensé de pies a cabeza ante el sonido de su voz; me sentía como una niña pequeña e impotente a la que había que disciplinar—. Y yo que creía que te había educado mejor. Cuando uno se entretiene acaba muerto, Imogen. Haz lo que tengas que hacer antes de que ambos encontremos nuestro final.

Por mucho que me doliera admitirlo, tenía razón. Estaba intentando ganar tiempo porque lo que tendría que hacer a continuación me partía el alma. Cerré los ojos y liberé mi poder. No me paré a contar el número exacto de personas a las que tendría que influenciar con mi canto, pero mi poder —o, mejor dicho, Eusia — sabía bien lo que tenía que hacer. Toda la tripulación exhaló al unísono cuando afiancé mi control sobre ellos con un quejido provocado por el dolor abrasador que se adueñó de mi garganta y la ola de escalofríos que me recorrió el cuerpo. En cuanto mis víctimas quedaron sometidas, soltaron las armas, comenzaron a trepar por los laterales del barco y, como si de una ola de alquitrán se tratara, saltaron desde las barandillas al agua salada.

Miré a Nemea. Había hecho todo cuanto había estado en mi mano para evitar que mi canto lo atrapara a él también. El viento soplaba por la cubierta y arrastraba hasta mí el incesante chapoteo de los cuerpos al atravesar la superficie del agua, así como el murmullo de la tripulación, que repetía sin descanso una misma plegaria.

El rey serafí encontró mi mirada y, cuando comprendió que sus hombres estaban entonando el hechizo de Eusia —el mismo que él me había enseñado hacía tanto tiempo—, una sonrisa fue dibujándose lentamente en sus labios.



29

Bajé de un salto a cubierta y, al caer, una punzada de dolor me trepó por las espinillas. Enseguida me fijé en lo flojos que los marineros habían dejado los nudos con los que habían atado a Nemea. Las sogas colgaban sueltas alrededor de su pecho prominente. Pese a que no le habría supuesto ningún esfuerzo liberarse, había decidido no oponer resistencia. Permanecía tranquilo, con la vista fija en mí.

Estaba tan quieto, tan sereno, que una punzada de nerviosismo me atravesó el pecho como una lanza.

La espada de Nemea estaba en el suelo, a unos pasos de mí. Desprendía un brillo dorado bajo la luz del atardecer. La levanté con un chirrido metálico. Los cañonazos seguían estremeciendo el aire cálido, pero la embarcación en la que había llegado había dejado de disparar. Se estaba desviando para avanzar por la línea de ataque y apoyar a sus compatriotas, así que Nemea y yo nos habíamos quedado solos.

Invoqué una corriente de agua y una ráfaga de viento para alejar aún más el buque de guerra del apretado grupo de navíos enfrascados en la batalla. Dejé que el mar nos arrastrara a la deriva, nos alejara de la costa variana oscilando al ritmo caótico de las aguas. El sol iluminaba el cabello canoso de Nemea y dibujaba una sombra sobre su rostro enjuto. A pesar de la adrenalina que me recorría las venas, me obligué a detenerme para observarlo con atención, buscando algún rasgo en común.

Una buena parte de mí misma era herencia de mi madre: sus facciones, al igual que su silueta, eran casi idénticas a las mías. Sin embargo, temía que mi personalidad fuera más parecida a la de mi padre.

Ninguna de las muertes que había causado me había afectado como debería. Seguía en pie, todavía respiraba sin asfixiarme bajo el peso del rechazo que me causaban mis propias decisiones. Habría dado lo que fuera por lamentar aquellos actos tan terribles, por encontrar algo que me absolviera, como bien había dicho Theodore, pero no sentía nada en absoluto.

Eso también debía de ser cortesía de Nemea.

Sin nadie que las vigilara, las velas ondeaban sobre nuestra cabeza con la brisa. Jamás había tenido una imagen tan nítida de Nemea. Podía imaginar el aspecto que había debido tener cuando la emperatriz y él se habían conocido, antes de que el paso de los años se cebara con él. Con el cabello oscuro, la piel olivácea y los ojos grises rasgados que te atravesaban como una espada bien afilada. Me acerqué a él, pero me detuve ante su corona caída. Me agaché para recogerla bajo su atenta mirada con el corazón a punto de salírseme del pecho. La corona pesaba y el oro se había calentado bajo el sol.

—Hola, Imogen —dijo por fin, aunque apenas se le oía con el azote de las velas—. ¿Te ha sorprendido encontrarme aquí?

Esa voz profunda y nasal hizo que todo un torbellino de emociones desagradables me retorciera el estómago.

—Pues sí.

—No tuve más remedio que venir a buscarte después de tu partida. —Se recostó sobre el mástil y estudió mis alas—. He de

admitir que tú también me has sorprendido.

Apreté el puño en torno a su corona y los bordes se me clavaron en la palma.

—No te hagas el tonto. Siempre has sabido quién era —escupí—. Y no soy de tu propiedad, así que no tenías por qué venir a por mí.

Soltó una risa entre dientes, pero sonó seca y vacía, carente de diversión.

—La cuestión es que sí me perteneces. En muchos sentidos, de hecho.

—¿Y cuál es el principal, Nemea? —pregunté cerrando la otra mano en torno al pomo de la espada—. ¿Lo dices porque eres mi rey? ¿Mi custodio? ¿O es porque has estado alimentando a un monstruo con mi sangre desde que era un bebé?

Me puse la corona con parsimonia y él me miró con una expresión molesta que no tardó en descomponerse al comprender cuál era el lazo más fuerte que me ligaba a él.

—Quítatela ahora mismo —exigió con una voz gélida y cortante.

—Pero está en el lugar que pronto le corresponderá, ¿no es así? —Odiaba la presión que ejercía sobre mi cabeza, odiaba cómo se me clavaba en el cuero cabelludo—. ¿Acaso no soy tu heredera? —La virulenta mirada que me dedicó se extendió por mi interior como el veneno—. Te doy asco, ¿verdad?

—Asco. —Nemea permanecía inmóvil—. Las sirenas me dan asco, sí. —Meneó la cabeza—. Pero tú nunca me has causado rechazo. Ni ella.

Ella. Mi madre.

Nemea debió de ver la pregunta que me surcó la mente, el anhelo que me ensombreció el rostro, porque entonces preguntó:

—¿Quieres que te hable de ella?

Noté un hormigueo en la piel. Había conseguido despertar mi temor con la misma facilidad con la que me había hecho sangrar para Eusia. Se movió como si su postura empezara a resultarle incómoda y, al ver que el cabo mal atado se le escurría por el torso, percibí un destello plateado en su cadera. Era una daga. Apreté los dientes y le di la vuelta a la espada para agarrarla bien por la

empuñadura, pero Nemea esperó mi respuesta sin moverse, con una calma que me puso los pelos de punta.

Por mucho que me tentara la idea, no necesitaba que me hablara de mi madre, sino de Eusia, de la emperatriz y la princesa y de la maraña de intrigas en la que estaba atrapada. No obstante, tomé una temblorosa bocanada de aire y asentí.

Él hizo un ruidito y pareció perderse en sus recuerdos con la mirada clavada en la distancia.

—¿Te acuerdas de lo que se cuenta de los años que pasé perdido en el mar? —Su voz sonaba extraña. Había hablado con un delgado hilo de voz que flotó entre nosotros como la fantasmal neblina de la mañana—. Bueno, pues pasé la mayor parte del tiempo con Ligea. Los rumores dicen que salí a conquistar nuevos territorios, pero nunca fui tan ingenuo como para creer que yo, un rey mortal leucosiano, podría hacer mucho por mi cuenta en el reino de los dioses. Si quería ganar poder, iba a tener que crearlo yo mismo. —Nada más decir aquello, su mirada atormentada se encontró con la mía—. ¿No es así, Imogen? ¿No es lo que siempre te he dicho?

Al ver que no respondía, frunció los labios y continuó:

—Reuní una pequeña flota para salir a buscar a las magas sibilas. Si ellas habían conseguido amasar su propio poder, ¿por qué no iba yo a poder hacer lo mismo? Pensé que la magia me daría lo que buscaba, pero era un necio en mi juventud. No tenía ni idea del coste que suponía. Después de hablar con unas cuantas magas sibilas y ver lo que la magia había hecho con ellas… —negó con la cabeza y retorció el rostro en una mueca de desagrado— decidí que no estaba dispuesto a pagar aquel precio.

»Recuerdo que una maga me dijo que fuera al norte. Apenas podía hablar y yacía hecha un ovillo en el suelo de su torre como un insecto moribundo. Fue ella quien me contó que había una manera de obtener poder sin tener que lidiar con las consecuencias. Me explicó cómo servir a Eusia.

Un estallido de furia prendió en mi pecho. La empuñadura de la espada se me clavaba en las cicatrices de la palma, las mismas que demostraban que sus actos sí habían tenido consecuencias. Levanté el arma y me acerqué a él para apuntarle con ella.

—Fui yo quien pagó por ti, Nemea.

Perdió el control que había conseguido mantener hasta ese momento. Se puso colorado y se le abrieron los ojos de par en par en una mueca colérica.

—Déjame hablar —siseó entre dientes—. Yo también tuve que pagar un precio por mis acciones. Y con creces. Esa puta maga me mintió.

Retrocedí un par de pasos, sorprendida ante su intensa reacción, y la espada que sostenía cayó al suelo y dio un golpe sordo. Parecía afligido. Atormentado.

Cuando retomó su historia, lo hizo como si se estuviera confesando. Habló a toda prisa, deseoso por liberarse de las palabras que tanto tiempo había estado guardando.

—Eusia era una de las santas obelinas. El mar la había arrastrado hasta sus costas hacía siglos. Era una criatura tan antigua como los dioses. No había ni rastro de sus entrañas cuando la encontraron, pues apareció abierta en canal, pero no estaba muerta. Podía hablar y moverse, así que la veneraron por ello. Por cada ofrenda que sus seguidores le hacían, Eusia les concedía un milagro. Por eso fui en su busca. La emperatriz, Nivala, era… era una mujer de armas tomar. Estaba tan sedienta de poder como yo. Me acogió con los brazos abiertos, entusiasmada por descubrir de qué clase de poder disponía un joven rey leucosiano como yo. Jamás le dije que era mortal. La emperatriz me agasajó con comida y vino, me convirtió en su amante y me acogió en Obelia durante los meses que estuve preparando mi primer sacrificio para recibir la bendición de Eusia.

»Recuerdo que la emperatriz se rio de mí cuando consiguió hacerme admitir que tenía tan poco poder como ella. A pesar de ello, me llevó al templo para que hiciera mi ofrenda en el pequeño estanque que había en su interior. Tras derramar mi sangre en el agua y pronunciar la oración, le pedí a Eusia… le pedí que acabara con las sirenas que habían diezmado mi flota. Me habían costado muchos hombres y mucho dinero. Me habían costado mi orgullo. Esas criaturas solo traían desgracias, así que estaba decidido a vengarme de ellas.

Se me pusieron los pelos de punta. Nemea me tenía tan atrapada con su historia que el estruendo de los cañonazos a lo lejos y los crujidos del navío quedaban amortiguados.

—Cuando Eusia emergió de las profundidades de aquel estanque, no pude evitar gritar. Era diminuta. Del tamaño de un niño pequeño. No tenía pelo y, aunque le había crecido una capa de piel sobre los ojos y las mejillas, podía verme perfectamente. En ningún momento dudé de que pudiera hacerlo. Su voz sonaba estrangulada, pero se mostró deseosa de hablar de su hermana conmigo. De Ligea, quiero decir. Me contó que a Ligea le habían dado todo y que nunca había tenido rival, que no había perdido ni un ápice de su belleza a lo largo de los siglos. Sin embargo, Eusia había acabado convirtiéndose en un monstruo al intentar superarla. Nuestros intereses convergían, así que accedí a ayudarla.

—¿Eusia está en Obelia? —me apresuré a preguntar.

Nemea negó con la cabeza.

—Me pidió que la llevara a casa para poder lanzar el hechizo que acabaría con Ligea.

—Repite eso. —Una horrible sensación de frío me recorrió todo el cuerpo. Tenía un presentimiento tan malo que incluso dolía—. ¿Te pidió que la llevaras a casa?

Se le iluminó la mirada como si yo acabara de confesar una de mis debilidades.

—La estás buscando.

—¡Dioses benditos, estoy vinculada a ella! —grité—. ¡Por supuesto que la estoy buscando!

—Te pareces mucho a ella. A Ligea —comentó con una sonrisilla pese a su irritación—. Fui un idiota al pensar que el capitán Ianto bastaría para retenerte en mi fortaleza indefinidamente. —Meneó la cabeza—. Sois las dos tan cabezotas, tan arrogantes, que preferiríais morir antes que acatar órdenes.

Su comentario me sorprendió, pues Theodore me había dicho algo muy parecido. Me revolvía el estómago saber que Nemea me conocía de verdad, que había identificado tanto mis puntos fuertes como los débiles.

—Termina la historia —le pedí con un nudo en la garganta.

Él me fulminó con la mirada y me hizo esperar.

—Saqué a Eusia de Obelia, y eso que asegurar todo cuanto necesitaba para el viaje fue toda una hazaña. Además, antes de partir, la emperatriz le pidió un último milagro. Uno bien gordo. El sacrificio que hizo…

—Su marido —dije sin aliento. Al atar cabos, me sentí como si me hubiera partido en dos—. Y la familia Nel. No los mataste solo por sus joyas. Los mataste para alimentar a Eusia durante la travesía, ¿no es así?

Nemea dio un respingo y en su mirada asomó un destello desconcertado.

—¿Cómo lo sabes?

—He estado ocupada —respondí apuntándolo de nuevo con la espada.

Nemea se crujió la articulación de la mandíbula; había empezado a emanar una energía peligrosa.

—Eusia quería que engendrara un hijo con Ligea. —Lo dijo con total ligereza, como si estuviera hablando del tiempo—. Si tu madre nunca había querido tener hijos era por un buen motivo. Tenía miedo de lo que su hermana pudiera hacerles. Eusia quería alimentarse de sus descendientes. Los cadáveres mortales la habían mantenido con vida, pero jamás le darían el poder de una diosa. Si conseguía capturar a su hermana y a los hijos de esta, podría engullir su poder y, por si fuera poco, aprovecharse de su propia magia. Así viviría para siempre.

—Y tú obedeciste. —No me esforcé en ocultar el rechazo que me causaban sus actos—. ¿Cómo? Ligea jamás te habría dejado…

—Se vinculó conmigo. —Nunca lo había oído hablar con tanta dulzura. Ni siquiera cuando era una niña pequeña y él me ofrecía un dulce con una fugaz sonrisa en los labios—. Tu madre era muy lista, pero aquella fue la peor decisión de su vida. Fue el principio del fin.

Di un paso atrás. Necesitaba poner distancia con él, necesitaba recordar que era un hombre cruel y despiadado, pues la emoción que en ese momento inundaba su mirada puso mi mundo patas arriba. Tenía el corazón roto.

El viento sopló por cubierta y el barco se bamboleó ante el azote de las olas, lo cual me hizo perder el equilibrio por un instante. El sol se escondió tras una pantalla de nubes oscuras y bulbosas y la temperatura descendió mientras que, a lo lejos, un profundo estruendo surcó las aguas.

Escudriñé el mar con la mirada. Lo que había oído había sido un trueno; los cañonazos habían cesado, ya que los dos buques serafíes que quedaban se habían retirado y la mitad de la flota variana había regresado ya al puerto. La corriente nos había alejado mucho de la batalla.

—Parece que has perdido.

—No tenía intención de ganar esta batalla, Imogen. —En su mirada insondable resplandecía un hambre aterradora—. Como te decía, he venido a por ti.

Metió una mano entre los cabos y su cuerpo y, en cuanto tiró de ellos, cayeron como las hojas secas. El brazo me temblaba por el peso de la espada, pero la sostuve con firmeza entre nosotros al tiempo que retrocedía. Nemea ni siquiera se había fijado en mi reacción. Irguió la espalda, estiró los largos brazos y las piernas sin prisa y se colocó la armadura con actitud despreocupada.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó con tono burlón, sin despegar la mirada de las nubes de tormenta que salpicaban el horizonte—. En mi opinión, solo Ligea habría podido dirigir un barco sin tripulación en mitad de una tormenta nocturna. Admito que te pareces mucho a ella, sí…, pero no le llegas ni a la suela de los zapatos.

Me quedé sin aliento. Lo contemplé en silencio, a la espera de que sacara la daga que llevaba colgada de la cadera. Sin embargo, en vez de desenvainarla, se sentó sobre una caja que había cerca.

—¿La amabas? —La pregunta se me escapó antes de que pudiera morderme la lengua.

Nemea resopló y cuadró los hombros antes de responder.

—Me gustaba saber que era mía, pero ese condenado vínculo era de lo más retorcido. Yo quería odiarla. Me recordé una y otra vez que era la causante de todas mis desgracias, de la caída de mi reino,

pero jamás conseguí metérmelo en la cabeza. El vínculo me convenció de que yo la quería.

Me estremecí ante sus palabras como si me hubiera llevado un golpe en una zona delicada.

—No es así como funciona.

Se quedó de piedra. Hasta ese momento había estado relajado, pero entonces empezó a ponerse tenso.

—Lo dices como si lo supieras de primera mano —comentó ladeando la cabeza.

—El vínculo te obliga a proteger a la otra persona.

Esbozó una sonrisa incrédula y ligeramente divertida.

—Válganme los dioses, fue así como conseguiste que el niño rey te ayudara, ¿no es así? Lo secuestraste. —Resopló—. Igualita que tu madre.

—Él accedió a ayudarme.

—¡Vaya, pero qué gesto más benévolo! ¡Menudo sacrificio! ¿Te ha proclamado ya su amor? ¿Te ha jurado fidelidad eterna? —Se dio un golpe en la rodilla con el puño—. No me quiero ni imaginar lo insoportable que será ahora. ¡El nieto de Panos vinculado con la hija de Ligea! ¿Cómo iba a conformarse el muy bastardo con el tremendo poder que ya tenía?

Aquella insinuación hizo que lo que había permanecido imperturbable en mi interior hasta ese momento se tambaleara. Al principio, Theodore había accedido a vincularse conmigo por mi poder, por quien creía que era. Ya no pude volver a quitarme ese pensamiento de la cabeza: ¿habría dejado Theodore que me pudriera en la fortaleza de Seraf de no haber tenido la sangre de una diosa corriéndome por las venas?

Nemea se puso de pie sin previo aviso, movido por una rabia que conocía bien, y se sacó la daga del cinturón.

—Ese vínculo… —dijo mientras le daba vueltas entre las manos al arma y caminaba de un lado a otro. Sus ojos brillaban turbados cuando me miró—. Tu madre acabó enterándose de lo que había hecho, de que había ayudado a trasladar a Eusia. En mi viaje de vuelta a Seraf, me encontré con Ligea sentada en un estrecho farallón. —Señaló la distancia con la daga, como si la estuviera

viendo ante él—. Con las alas extendidas y salpicada de agua salada sobre las rocas, parecía un ave de presa gloriosa y feroz. En cuanto aterrizó en la cubierta de mi navío, dejó a toda la tripulación petrificada sin emitir el menor sonido. Pese a que exudaba poder por los cuatro costados, recuerdo que me miró como si fuera yo la amenaza, como si fuera yo el poseedor de un canto despiadado. Me dijo: «Sé que quieres hacernos daño tanto a mí como a mi pueblo, así que voy a asegurarme de impedírtelo para siempre». Entonces me hizo un corte y nos vinculó allí mismo.

Me habían empezado a temblar los brazos. El viento seguía soplando con fuerza e hizo que la bruma y los mechones que se me habían escapado de la trenza se me metieran en los ojos. Sabía que se nos estaba agotando el tiempo y todavía no me había dicho dónde encontrar a Eusia.

—¿Cómo la mataste?

—No la maté.

—No me mientas. Decoraste tu salón del trono con una de sus alas, Nemea. ¿Cómo burlaste el poder del vínculo para arrancársela?

Dio un paso hacia mí en actitud amenazadora.

—Jamás le hice daño. Nunca quise hacérselo. Lo que sentía por Ligea me hizo pasar años lidiando con el remordimiento de haber servido a Eusia, así que hice todo lo posible por mantenerla a salvo. Hice que permaneciera alejada del mar para que su hermana no la localizara. Cuando ella… Cuando los dos… Ligea estaba decidida a dar a luz en el mar pese a que yo le rogué, le exigí que se quedara en tierra. —Se puso lívido—. Se escapó en mitad de la noche. Estábamos en Seraf, en la vieja posada de la costa oeste. La fortaleza de la montaña todavía no estaba terminada. En el momento en que me di cuenta de que no estaba ya era demasiado tarde. Debería haber cumplido mi amenaza de atarla a una de las patas de la cama, pero ni siquiera me veía capaz de inmovilizarle las muñecas por si la maldita cuerda le quemaba la piel. —Se frotó los ojos con agresividad—. Cuando llegué a la playa, el sol estaba empezando a salir. Su sangre todavía teñía la espuma del mar. Tú llorabas, tendida sobre la arena seca, como si Ligea te hubiera dejado allí tirada para mantenerte a salvo. Y su ala flotaba entre las

olas que rompían contra la orilla, con pedazos de piel colgando todavía de la base. Eusia se la había llevado sin matarla.

—¿Cómo lo sabes? —susurré.

—Porque el vínculo no se rompió tras su desaparición. Lo seguí sintiendo durante años. —Cuando me miró, alcancé a ver el atisbo de una retorcida mueca divertida bajo la luz del crepúsculo antes de que dejara escapar una risotada rabiosa—. Creo que es la primera vez que me miras como si fuera una persona con corazón. —Negó con la cabeza—. No te engañes.

—¿Y por qué no me destripaste y me tiraste al mar? —Luché por mantener el equilibrio frente al vaivén del barco—. ¿Por qué no permitiste que Eusia se convirtiera en una criatura todopoderosa? Te habrías librado de las sirenas de una vez por todas.

—Eusia no te quiere muerta —gruñó—. Mantuvo a Ligea con vida tanto tiempo como pudo y hará lo mismo contigo. Consumirá tu poder lentamente.

Lo miré con la expresión desencajada por la incredulidad.

—Entonces, ¿me encerraste en aquella fortaleza por compasión? ¿Me hiciste ofrecer mi sangre en aquel ritual para que no tuviera la misma muerte agónica que mi madre?

Un alarmante arrebato de rabia le devolvió el color a las mejillas.

—Lo hice por Ligea, no por ti. He cumplido con lo que le prometí a Eusia. Nunca he dejado de alimentarla, pero juré que no permitiría que la hija de Ligea sufriera el mismo destino que ella mientras nuestro vínculo siguiera vivo.

—¿Y lo sigues sintiendo?

Hizo una pausa, como si mi pregunta lo hubiera dejado sin palabras. Como si nunca se hubiera parado a considerarlo. Buscó en su interior mientras sus ojos volaban en todas direcciones. Se llevó una mano al vientre y una expresión increíblemente triste se adueñó de su mirada, como si se le acabara de partir el corazón en mil pedazos.

—No, ya no lo siento —admitió en un hilo de voz.

El cambio en él fue instantáneo. Se acercó a mí, movido por una creciente determinación.

—¿Dónde está Eusia? —exigí saber afianzando mi postura.

—¿Todavía no lo has adivinado después de todo lo que has descubierto desde que abandonaste la fortaleza? —Levantó los hombros y apretó el puño de la mano libre—. Mantenerte alejada del mar durante tantos años fue un gesto de misericordia porque siempre fuiste una criatura enclenque y enfermiza. Cuando naciste eras diminuta. El mar te habría devorado de haber dejado que te acercaras al agua. Eusia te habría arrastrado a las profundidades sin apenas despeinarse. Incluso ahora demuestras tu debilidad quedándote ahí parada con la espada en la mano mientras me dejas hablar y me haces preguntas que deberías saber responder solita. —Negó con la cabeza como si se avergonzara de mí—. Deja de ser una blandengue y lucha.

—¡La culpa de que sea débil y miedosa es toda tuya! Eres tú quien me ha hecho así.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —Sostuvo la daga entre nosotros—. ¿Volverás a la seguridad del hogar conmigo para continuar pagando a Eusia por sus milagros sin correr el riesgo de que te alcance o me obligarás a destriparte y dejar que sus monstruos te lleven hasta ella? Conozco el hechizo que te mantendrá con vida el tiempo que sea necesario. Es el mismo que Eusia utilizó para salvarse de la muerte.

El mar estaba cada vez más picado; las olas eran más intensas y hacían que el buque se tambaleara peligrosamente. Encontré la mirada de Nemea en el crepúsculo.

—No pienso hacer nada de eso —concluí con la voz fría como el acero.



30

Entre el peso de la espada y el vaivén de la embarcación, me estaba costando un gran esfuerzo mantenerme erguida.

Haciendo acopio de todas mis fuerzas, levanté el arma por encima de la cabeza y ataqué a Nemea dibujando un amplio arco con la hoja, pero él consiguió esquivar el ataque. Vi por el rabillo del ojo que su mano se convertía en un borrón e, inmediatamente después, sentí un intenso dolor en la mejilla. Mi cabeza voló hacia un lado y la corona cayó rodando al suelo. Un estallido de puntitos de luz inundó mi vista mientras esperaba a que volviera a golpearme, a que me clavara la daga en las entrañas, pero aquel segundo ataque nunca llegó.

Tras encontrar el equilibrio con la cara ardiendo y los ojos llorosos, vi que Nemea daba vueltas por el lugar más alejado de la cubierta. Estaba encorvado y se pasaba una y otra vez la mano por el pelo revuelto, como si estuviera angustiado.

—¿¡Qué pasa, Nemea!? ¡No pensaba que fueras capaz de tener cargo de conciencia! —grité para hacerme oír por encima del aullido

del viento—. ¿Te molesta haberme pegado?

—No —contestó lanzándome una mirada fulminante.

Me acerqué al aparejo y me agarré con fuerza a uno de los mástiles. La tormenta zarandeaba la embarcación como si no fuera más que el pétalo de una flor flotando en el mar.

—Si tanto me parezco a ella, ¿cómo es que no te imaginas su rostro cuando me golpeas a mí?

Empezó a llover. Nemea tenía el pelo pegado en la frente por el agua que caía en diagonal.

—Utiliza tu poder y ponle fin a esto —dijo justo cuando una ola rompía contra el casco.

—¿Quieres que te mate?

—No te haces una idea de lo mucho que estoy sufriendo. —Se le quebró la voz—. Llevo años viviendo con un vínculo de sangre intacto, consumido por la preocupación y la necesidad de poner a Ligea a salvo a pesar de estar atado de pies y manos.

—¿Cómo te atreves a decir que no podías hacer nada? —Algo se rompió en mi interior y me empujó a avanzar hacia él con el arma en ristre—. ¿Cómo te atreves a justificar tu crueldad? —Me abalancé contra él y descargué un espadazo sobre uno de sus hombros, pero él volvió a esquivarme y me amenazó con la daga—. Después de tratarme mal tantas veces. Me educaste para ser exactamente como tú querías, me diste forma para acomodarme a tus necesidades. Me convertiste en una criatura apocada que se sentía pequeña todo el tiempo. Me convertiste en la versión contraria a mi madre para poder aprovecharte de mí.

Una chispa prendió en su mirada. El cielo cada vez estaba más oscuro, así que empezaba a resultarme difícil distinguir sus movimientos. Se lanzó a por mí y, cuando intenté esquivarlo, el barco cabeceó e hizo que me tambaleara justo en su dirección. Él estaba mucho mejor entrenado que yo, así que me agarró del pelo, tiró de mí a un lado y me arrancó un alarido de dolor.

Estaba que echaba espuma por la boca.

—Lo único que he hecho ha sido tratar de mantenerte a salvo a cambio de que me obedecieras —escupió respirando entre dientes con dificultad—. ¿No es así como los dioses tratan a sus fieles? ¿No

es ese el acuerdo que alcanza un rey con sus súbditos? ¿No consiste en eso la relación de un padre con sus hijos?

Entonces me soltó de un empujón y me hizo caer de bruces al suelo, dejándome sin aliento. Con la boca retorcida en una mueca que le dejaba los dientes al descubierto, Nemea volvió a sacarse la daga del cinturón y se enfrentó a los bandazos que daba el barco para venir a por mí.

Mientras tanto, el poder había ido creciendo en mi interior como una marea nocturna impaciente por liberarse de sus confines. Pero el dolor me impedía inspirar hondo y concentrarme en que mi canto solo le afectara a él. Me puse de rodillas despacio y visualicé el corazón consumido de Nemea. Cuando por fin liberé mi poder, lo tenía justo delante de mí, con el puño firmemente apretado en torno a la empuñadura de la daga.

Él retrocedió y la hoja emitió un destello plateado. Esperaba que se quedara inmóvil bajo mi control, que el arma cayera al suelo…, pero mi canto no arraigó en su interior.

Se lanzó a por mí una vez más, sin apartar su mirada de la mía, y me enterró la daga en el vientre. Tomé una bocanada de aire entrecortada mientras una llamarada me abrasaba los músculos y los órganos por igual, justo donde residía el vínculo que compartía con Eusia.

Un grito me trepó por la garganta y Nemea se detuvo en seco, con los ojos abiertos de par en par. La lluvia caía por su rostro desencajado como si fueran lágrimas.

—No —susurró. Soltó la daga como si de pronto estuviera al rojo vivo, meneando la cabeza con la boca abierta—. Has intentado… ¿No es así? Has intentado manipularme con tu canto.

Asentí débilmente. Me llevé las manos al punto donde la daga sobresalía de mi cuerpo.

—No ha arraigado.

Una ola rompió por encima de la cubierta. Nemea estuvo a punto de perder el equilibrio, pero yo me vi arrastrada por la fuerza del agua y, al caer sobre un costado, la daga se me clavó todavía más. En vez de gritar o dejar escapar una exhalación de dolor, mi cuerpo

se bloqueó, se quedó rígido ante la arrolladora presión que el metal ejercía sobre la ternura de mi carne.

Nemea me cogió del brazo y me levantó tan bruscamente que el hombro se me salió de su sitio con un sonoro chasquido. Entonces sí que grité. Me debatí contra él y le arañé la mejilla con las garras. De la herida brotó un torrente de sangre oscura.

Aunque siseó de dolor, me apretó el brazo con más fuerza si cabía.

—¡Para de una vez! —Me arrastró hasta la escalera que conducía a la toldilla del barco y me obligó a tirarme al suelo. Mi espalda chocó con los escalones. Lo único que veía mientras me gritaba era su silueta oscura y el destello de sus dientes—. Sigue viva. Si tu canto no ha funcionado, significa que sigue viva. El vínculo permanece intacto.

Estaba fuera de sí. La tormentosa luz del crepúsculo iluminó su rostro horrorizado. Rodeó la empuñadura de la daga que sobresalía de mi vientre con una mano, como si fuera a sacarla.

—El hechizo —farfulló.

—No me toques —gimoteé apretando los dientes.

—El hechizo te mantendrá viva.

—¿Para que pueda seguir alimentando a Eusia en tu nombre?

Negó con la cabeza y me miró con el rostro compungido mientras la lluvia inclemente seguía corriendo por sus mejillas.

—Ligea. Estaba muerta. Te juro que pensaba… Juré protegerte mientras ella siguiera viva.

No alcanzaba a comprender cómo el vínculo de sangre que compartía con mi madre había desembocado en aquella moral tan retorcida. Era un hombre despreciable y deshonesto, pero nunca lo había visto así. Tan roto y desolado. Dispuesto a dejarme vivir después de que yo hubiera pasado años convencida de que quería matarme…, después de que él mismo me hubiera herido de muerte.

Aunque no lograba entender su forma de actuar, una cosa estaba clara: yo quería vivir.

Un rayo surcó el cielo e iluminó el rostro decidido de Nemea. No se molestó en pedirme permiso. Rodeó la empuñadura de la daga con los dedos temblorosos y me la arrancó del vientre.

Un aullido de dolor me desgarró la garganta.

Nemea se mantuvo firme, agachado sobre una rodilla, mientras el barco se tambaleaba y el agua salpicaba la cubierta a diestro y siniestro. Se abrió la yema de un dedo con la punta de la daga, recogió un poco del agua de mar que empapaba los tablones del suelo y vertió la mezcla de sangre sobre mi vientre. La sal hizo que la herida me ardiera.

—¿Me hará enfermar? —pregunté con voz rota.

—No lo sé. —Se había puesto pálido, tenso.

Bajo la menguante luz del día, la sangre que brotaba de mi interior parecía negra. Mi temperatura empezó a decaer y mi cuerpo, a temblar.

—Estate quieta —dijo mientras me cubría la herida con una mano.

Me retorcí al notar sus dedos fríos, delicados y húmedos en la piel. Entonces cerró los ojos y una espeluznante calma se adueñó de él. Era la antítesis del caos que sacudía el buque, de la lluvia que nos empapaba y del viento que aullaba.

—En la estela de los naufragios, cuando el alma se desgarra, ata, cauteriza y trama. En el canto de los ahogados, cuando la sangre inunda la garganta, purifica, limpia y sana.

No noté nada. El calor todavía se me escapaba de entre los dedos. Sin embargo, en cuanto Nemea apartó la mano con una ronca inspiración, una terrible punzada de dolor me obligó a arquear la espalda. Fue como si hubiera vuelto a enterrarme la daga en el vientre. Al bajar la vista, reparé en que la hemorragia se había reducido hasta convertirse en un lento goteo, aunque no llegó a detenerse del todo. La herida, que era una abertura sanguinolenta del tamaño de mi palma, tampoco se cerró.

Nemea se derrumbó sobre la cubierta dando un alarido cuando el hechizo reclamó el pago correspondiente. Se llevó los dedos a los ojos como si le ardieran. El agua lo arrolló y arrastró su contundente figura hasta que uno de los mástiles lo frenó. Emitió un gorgoteo, pero me fue imposible saber si era la ola o el hechizo lo que lo ahogaba.

No me moví de donde estaba. Me limité a verlo sacudirse y rodar por cubierta a merced del viento y el mar. Cuando el buque sufrió

otra sacudida, se las arregló para agarrarse al mástil y rodearlo con los brazos y las piernas. Pensaba que su atragantada respiración volvería a la normalidad, igual que le había pasado a Halla tras pronunciar su hechizo. Pensaba que dejaría de frotarse los ojos, pero siguió revolviéndose y luchando contra la tormenta que trataba de lanzarlo por la borda.

Bajé la mirada a la herida sanguinolenta de mi vientre y se me revolvió el estómago. Había estado a punto de sufrir la misma muerte que Eusia. Entonces caí en la cuenta de algo que Theodore me había dicho sobre su ejecución.

«La destriparon y la tiraron al mar cerca de la costa de Antemusa».

La isla de las sirenas. El corazón del reino de Ligea. El lugar donde tanto ella como su hermana fueron engendradas.

«El hogar».

—Está en Antemusa, ¿no? —Nemea ya empezaba a respirar con normalidad—. ¡Responde! ¿Cómo llegaste allí? Se supone que esas aguas son intransitables.

Además, un hechizo había convertido el territorio en una tierra yerma y desolada. Un hechizo que, a todas luces, había sido obra de Eusia. El terreno se había vuelto tóxico, igual que sus aguas. No había forma de sortear el arrecife rocoso que rodeaba la isla ni de poner un pie en sus costas sin que la misma enfermedad que asolaba la tierra se filtrara por la suela de las botas. Como resultado, Ligea perdió su reino. A partir de aquello, su título de reina quedó reducido a eso, un título. Las sirenas se dispersaron por el resto de las islas que conformaban el archipiélago leucosiano gracias a que, en un primer momento, sus habitantes las acogieron con los brazos abiertos.

Me arrastré hasta Nemea y tiré de él para obligarlo a mirarme. Le sangraban los ojos, que habían quedado reducidos a una terrible masa hecha jirones.

—¿Cómo llegaste a Antemusa?

Movió la cabeza como si se negara a contestar. Ya casi era tan de noche que apenas veía nada, pero, con el vaivén del barco, oía el sonido de algo metálico deslizándose por la cubierta. Era la espada.

Gateé en dirección a ella. El dolor me sacudía como una intensa palpitación, pero me las arreglé para alcanzar la empuñadura de cuero mojada.

La tormenta seguía desgarrando el cielo. Me puse en pie y la punta de la espada arañó los tablones de madera del suelo en mi tambaleante camino de regreso junto a Nemea, que no se movió. Lo único que hizo fue proferir un quedo gruñido. Me detuve junto a él y le puse la punta de la espada en el delicado hueco de la garganta.

—¿Cómo llegaste a Antemusa, Nemea?

Me miró desde el suelo sin inmutarse y tuvo el descaro de echarse a reír, como si no me viera como una amenaza. Como si estuviera tan seguro de haberme convertido en una criaturita inofensiva que no le haría más que cosquillas.

Rugió como un animal salvaje cuando le clavé la punta de la hoja con la fuerza justa para hacerle un corte en la piel.

—Eusia nos dio paso.

—¿A ti y a toda tu tripulación? ¿Dejó que cruzarais el arrecife?

Nemea dijo que no con la cabeza. No sabía si llegaba a ver algo entre la creciente oscuridad y toda la sangre que se le acumulaba en los ojos.

—Dejó que el barco sorteara el arrecife, pero solo permitió que Nivala y yo accediéramos a la isla.

Por todos los dioses. Un mal presentimiento me dejó sin aliento. Apreté el puño en la empuñadura de la espada.

—¿Dejó pasar a la emperatriz?

—Continúa alimentándola —explicó asintiendo. Apretó los dientes y trató de incorporarse, pero yo no aparté la espada de su cuello.

—¿La emperatriz sigue matando a gente para ella? —pregunté con la voz temblorosa.

—Mata a *sirenas* para ella.

El pavor me dejó vacía por dentro cuando la información que había ido reuniendo los días anteriores empezó a encajar. La emperatriz no era una seguidora cualquiera de Eusia, sino prácticamente la sacerdotisa que la velaba con devoción para mantenerla con vida. Siempre había sabido quién era yo. De lo contrario, jamás me habría contado la historia de los Nel. Había ido

a visitarme a las dependencias de los sanadores aquella noche y, según había dicho la sanadora que me atendía, mi situación la había dejado consternada. Su intención había sido llevarme con ella, pero mi estado de salud le había impedido salirse con la suya. Lachlan no había sido capaz de encontrar a Agatha.

Agatha.

Había desaparecido la noche antes de que la emperatriz se marchara.

Agatha.

—No —jadeé. Se había llevado a Agatha. Se la había llevado a ella, pero solo porque no había podido cazarme a mí—. ¡No, no, no!

El viento y la lluvia me azotaron el rostro y rugieron con tanta virulencia como la sangre que me tronaba en los oídos. Apenas alcancé a oír la risita estrangulada que estremeció el cuerpo desmadejado y empapado de Nemea.

—No vas a ganar, ¿verdad? —preguntó con un estremecimiento—. ¿Te das cuenta ahora?

Empujé la punta de la espada contra su cuello y me mantuve firme. Cuando cayó en la cuenta de que con la siguiente ola la embarcación volvería a tambalearse y la hoja lo atravesaría, Nemea se puso serio y levantó las manos en señal de rendición.

Pero yo no esperé a la siguiente sacudida. No permitiría que la tormenta y los zarandeos del barco decidieran su destino.

De eso me encargaría yo.

Descargué la espada contra su cuello y noté que su tráquea crujía contra el metal. Noté que los huesos de su columna se astillaban y que la hoja se clavaba en la madera sobre la que había apoyado la cabeza.

Me sentía agradecida por contar con el velo de la noche.

Solté la espada, me tambaleé hacia atrás, caí de rodillas y vomité.



31

Los gritos de las aves marinas me despertaron.

Giré la cabeza hacia un lado, pero el dolor me obligó a sujetármela. Entreabrí los ojos bajo la suave luz… de la mañana. Las últimas nubes grises que atestiguaban la tormenta de la noche anterior pendían bajas en el cielo después de haber descargado toda el agua que llevaban.

Contemplé las velas caídas y los cabos que se mecían con la brisa húmeda cuando fui capaz de enfocar la vista, pero, en cuanto los últimos vestigios del sueño me abandonaron, el pánico se adueñó de mi mente despejada.

Agatha. Tenía que ir a por Agatha.

Había dormido hecha un ovillo bajo la escalera que conducía a lo alto de la toldilla, así que me agarré a ella y me incorporé hasta quedar sentada. Mi nerviosismo no hizo sino empeorar al comprobar en qué estado me encontraba. Aunque hacía buen tiempo, no dejaba de temblar. Tenía la piel de gallina, grisácea, cubierta por una película de sudor frío. El dolor palpitante que me atenazaba el

vientre era cegador. Tras respirar despacio tres veces seguidas para intentar aminorar el ritmo de mis latidos, me levanté la túnica mojada.

—Mierda.

El agujero que tenía en el estómago rezumaba un hilillo ininterrumpido de sangre, y la piel alrededor de la herida estaba roja y sensible al tacto. Se me escapó un sollozo entrecortado cuando, en un acto de crueldad, mi mente rescató un recuerdo de Theodore. Pensé en su intensa y sanadora calidez, en el contacto de sus dedos callosos y en la forma en que su presencia y poder habían conseguido mantener a raya la oscuridad que me pisaba siempre los talones.

—Nemea lo ha hecho mal.

Ahogué un grito y me volví hacia la voz rota que había hablado desde el otro extremo de la cubierta. Se me pusieron los pelos de punta al comprender que también había oído esas palabras dentro de mi propia cabeza.

Era Eusia.

Una de sus nekgya estaba sentada justo donde había estado el cadáver de Nemea. Tenía la melena sedosa y oscura pegada a los hombros; la piel macilenta y salpicada de heridas ennegrecidas, y los labios, los dedos, el pecho y los brazos carcomidos por la descomposición. El mar la mantenía de una pieza con pedacitos de algas y un delicado entramado de percebes de color pálido.

Entre los dedos torcidos sostenía la corona de Nemea. Junto a la espada, que yacía a su lado, había un montoncito de arena mojada y un alga larga y viscosa.

—¿A dónde os lo habéis llevado? —grazné.

Los ojos de la criatura estaban rodeados de piel amoratada y sus iris eran del color de las aguas de la costa variana.

—¿De verdad te importa? —preguntó Eusia a través de los labios putrefactos de la nekgya.

Odiaba a Nemea. Me aliviaba saber que ya no estaba. Pero su muerte había roto esa conexión que me mantenía ligada al mundo. Las partes de mi vida que solo Nemea conocía, como mi niñez o el

recuerdo de mi madre, habían muerto con él y eso me hacía sentir sola y acongojada.

—Dime dónde está.

—En las profundidades, ¿dónde iba a estar si no? —Dejó la corona sobre la cubierta con esos perturbadores movimientos espasmódicos tan característicos de las nekgya—. Ven. Hay que cerrar esa herida. Se te acaba el tiempo.

—¿Por qué? —gimoteé—. ¿Por qué me ayudas?

—Si tú te apagas, en breve también lo hará mi poder.

Un impulso de dejarme morir allí mismo, a la deriva en el buque insignia de Nemea, se apoderó de mí. Debería dejar que mi muerte fuera la escisión que pusiera fin de una vez por todas a Eusia. Sin embargo, mi egoísmo era una llama que brillaba terca e imposible de extinguir. Mi deseo de vivir era cegador. Pensé en Agatha y en el peligro que corría. En Theodore, que estaba a punto de casarse con una enemiga.

Me puse de rodillas haciendo caso omiso del dolor y me arrastré hacia la nekgya. El mar estaba tranquilo y mecía el buque con suavidad. Me detuve frente a ella, dejando la espada, la arena y el alga entre nosotras, y la miré a los ojos carentes de vida.

—Estoy dispuesta a morir si eso garantiza que tú morirás conmigo —aseguré con voz temblorosa. Ella guardó silencio sin parpadear—. Dime dónde encontrarte y accederé a que lleves a cabo el hechizo.

Permaneció callada durante unos instantes, con la mirada vacía clavada en mí.

—No es perfecto.

—¿El qué? —pregunté desconcertada.

—Nuestro vínculo —se limitó a decir—. Lo ideal sería consumirte como he estado haciendo con Ligea. De tenerte a mi lado igual que la tengo a ella, yo sería más fuerte. El vínculo me permite acceder a tu poder y alimentarme de ti. Pero me impide hacerte daño por mucho que quiera. —La nekgya me miró y fue como si unas esquirlas de hielo se me clavaran en la piel—. Tú lo sientes también, ¿verdad? —preguntó en un ronco susurro—. El deseo de acabar con mi vida, quiero decir. De vencerme. La cuestión es que, aunque te

dejara llegar a mí, aunque estuvieras ante lo que queda de mi cuerpo, no serías capaz de llevar a cabo la escisión.

—¿Por eso intentó secuestrarme la emperatriz? ¿Para llevarme contigo? Ella es tu sierva. Podría hacerme daño y ayudarte a lanzar el hechizo que romperá nuestro vínculo. Así podrías ligarte a mí de nuevo, pero como lo hiciste con mi madre.

La nekgya ladeó la cabeza pálida en un gesto espeluznante, casi humano.

—Sí. Su miedo y su devoción me han sido muy útiles.

Un reguero de sangre caliente seguía manando de la herida de mi vientre. La cabeza me daba vueltas y los temblores que me sacudían todo el cuerpo se habían vuelto demasiado violentos como para controlarlos. A medida que la desesperanza iba ganando terreno en mí, pensé en rendirme ante ella y tumbarme sobre el costado hecha un ovillo. Habíamos acabado en un callejón sin salida y yo ya no tenía forma de vencerla.

—Te estás desvaneciendo —dijo Eusia con la voz tan hueca como siempre, pese a que prácticamente podía sentir su pánico vibrando en mi interior como un zumbido preocupado que agitaba mi torrente sanguíneo.

Tras apretar los dientes para que dejaran de castañetearme y tomar una dolorosa bocanada de aire, una chispa me iluminó la mente.

Yo también era una criatura temible, digna de ser venerada. Si no encontraba a nadie que se desviviera por mí tanto como la emperatriz por Eusia…, tendría que tomar cartas en el asunto.

De hecho, sabía exactamente a quién recurrir para que me ayudara, a quién tomar bajo mi ala para romper el vínculo con Eusia y acabar con ella.

—Déjame llegar hasta Antemusa y te prometo que llevaré a cabo tu hechizo. Te mantendré con vida —dije apresuradamente, con el corazón a punto de salírseme del pecho. Cuando no respondió, añadí con voz rasposa—: Decídete pronto, Eusia. Tengo una novia que raptar.

La nekgya me miró durante un momento y supe que Eusia estaba considerando mis condiciones. Iría a buscarla a Antemusa y solo una

de las dos saldría victoriosa. Asintió con un movimiento rápido y cortante. Luego parpadeó. Al verla moverse como una araña a cuatro patas hacia mí, recordé la advertencia que Theodore me había hecho acerca de la magia. Se había negado en redondo a dejarme considerar siquiera la posibilidad de llevar a cabo un único hechizo para matar a Eusia. Pero ahora era mi último recurso.

—¿Seguiré siendo la misma después del hechizo? —Me apoyé contra el mástil.

—Lo que la magia te quita nunca vuelve a ti.

Las velas y las jarcias se tornaron borrosas sobre mi cabeza. El dolor se empezó a amortiguar.

—¿Qué tengo que hacer? —Sonaba como una niña aterrorizada.

Los ojos vacíos de la nekgya se negaron a encontrar mi mirada cuando se arrodilló a mi lado. Tomó la arena entre las manos ahuecadas.

—La arena se mezcla con la sangre. La carne llena la boca. El alga cierra la herida.

Estudié su cuerpo putrefacto, salpicado de algas, percebes y parches de piel gelatinosa. Se me revolvió el estómago al imaginarme convertida en una criatura como ella, pero hice de tripas corazón y me saqué la túnica por la cabeza.

—¿Tengo que derramar mi sangre sobre la arena?

Respondió asintiendo, así que me hice otro corte más en la palma llena de cicatrices con una de mis garras y dejé que la sangre cayera sobre sus manos. Ella se acercó más a mí y buscó la herida para presionar la arena ensangrentada contra ella. Me estremecí y siseé al notar el escozor. Seguidamente, me ofreció el alga. Corté un pedazo con los dientes, me lo puse sobre el vientre y la miré en busca de aprobación.

—La carne.

Me dio un vuelco el estómago.

—Pero… no…

—La magia no nace de la nada.

«El precio es demasiado alto».

Una vez más, me clavé una garra en la delicada extensión de piel bajo el ombligo y me arranqué un pedacito de carne mientras

pensaba en Rohana, que se había metido el pago que le había ofrecido en su choza en el hueco de la mejilla. Me lo llevé a la boca y luché contra las arcadas para tragármelo.

—Las palabras —dijo la nekgya como si esperara que me las supiera de memoria.

—No me acuerdo… —Tenía los sentidos embotados.

—Repite. Visualiza las palabras en la cabeza. —Apenas era capaz de concentrarme en los labios ennegrecidos de la criatura—. En la estela de los naufragios, cuando el alma se desgarra, ata, cauteriza y trama. En el canto de los ahogados, cuando la sangre inunda la garganta, purifica, limpia y sana.

Repetí la plegaria a pesar de que pronunciar cada palabra suponía una tortura. Después de esperar un momento y ver que no ocurría nada, busqué sus ojos huecos.

—Sentirás dolor —dijo, impasible—. Y tu rey podrá aliviar ese sufrimiento.

—¿Mi rey? —Retorcí el rostro en una expresión desconcertada mientras trataba de entender qué quería decir—. Pero un sanador debería ser también capaz de curarme, ¿no?

—El poder de los dioses no tiene rival, querida. Solo el rey podrá ayudarte.

Me quedé helada. El mensaje de Eusia había cambiado. Sentía su anhelo casi como si fuera mío a través del vínculo. Me puse de inmediato a la defensiva.

—Lo quieres a él. Quieres su sangre además de la mía, ¿no es así? Lo… lo del hechizo ha sido un truco. Tu intención es que vuelva con él.

Un dolor flemático inundó mi vientre y, al estremecerme de dolor, la nekgya sonrió.

—No ha sido ningún truco, Imogen. El hechizo te mantendrá con vida. Sé que acabarás volviendo junto a él por tu propio pie. —La nekgya permanecía inmóvil, terriblemente inerte—. Pero si resulta que me equivoco… En fin, acabaré haciéndome con su sangre de un modo u otro.

Abrí la boca para responder, para gritarle, pero el hechizo me consumió por completo. Una sensación de ardor estalló en mis ojos

como si acabaran de verterme aceite hirviendo sobre ellos. El cuero cabelludo, la piel, los pulmones, todo me dolía como si me estuvieran clavando un millar de agujas al rojo vivo. Perdí la consciencia. Mi mente escapó a otra realidad donde solo existían un hambre insaciable y un deseo inagotable. Me trasladó a un lugar donde ansiaba consumir la sangre de los dioses como si fuera oro líquido. Como si fuera lo único capaz de saciar mi sed.

Bajo la influencia del hechizo, me vi embargada por una ola de terror. La magia era mucho más embriagadora de lo que había esperado. Era como el néctar, como la ambrosía. Y, pese al terrible dolor que estaba sintiendo, solo quería más, y más, y más. Quería amasar poder en todas sus formas. Seguridad, control, influencia. Venganza. Quería a Theodore y la sangre potente y resplandeciente que corría por sus venas.

Estaría dispuesta a hacer cosas terribles por asegurarme de que fuera mía…, por asegurarme de mantenerme saciada.

Me era imposible saber cuánto tiempo había pasado, pero regresé a mi cuerpo con un alarido. La nekgya se había ido. Estaba sola. A mi lado solo quedaban la corona y la espada de Nemea. Me sentía como si me hubiera tragado el mar entero. Bajé la vista rápidamente. El pedacito de alga había detenido la hemorragia al fusionarse con mi piel y cerrar la herida. Me froté los ojos, que todavía me ardían, y cuando me pasé las manos por el pelo se me cayó un mechón entero, enredado entre los dedos.

Los gritos que profería parecían provenir de fuera de mí y se mezclaban con el azote de las olas contra el casco del buque, así como con el martilleo de mi corazón en los oídos. Me puse de pie ayudándome del mástil que tenía a la espalda, pero el esfuerzo hizo que se me nublara la vista. Como Eusia había prometido, había dejado de sangrar. El hechizo había funcionado y me había causado unos dolores terribles.

Me quedé allí quieta un rato, esforzándome por recordar cuál había sido mi deseo antes de que el de Eusia lo mancillara. *Mata a Eusia, encuentra a Agatha, protege a Theo,* lo repetí para mis adentros como si fuera una plegaria. Me aferré a esas palabras como si fueran un salvavidas.

Recorrí la cubierta con la mirada mientras el sol me calentaba la piel helada. La embarcación había quedado bastante maltrecha. El casco estaba salpicado de enormes agujeros dentados y las velas desgarradas colgaban sueltas. La mayor, decorada con la característica anguila de Nemea, pendía laxa sobre mi cabeza. Me sentí avergonzada. Quizá Ligea habría sido capaz de mover un barco en semejantes condiciones ella sola, pero yo no era mi madre.

Yo era una criatura mucho más retorcida y atormentada; algo peor.

Agacharme me supuso una tortura, pero recogí la túnica, la corona y la espada del suelo y renqueé hasta uno de los extremos del barco.

Mata a Eusia, encuentra a Agatha, protege a Theo.

Protege a Theo.

Me volví a cubrir el torso y dejé que mi mirada perdida volara por la espumosa superficie del agua.

Protégelo. Protégelo de… ti misma. Había acabado convirtiéndome en su mayor amenaza.

Mientras la bruma marina caía a mi alrededor, elaboré un plan. Iría a buscar a Halla y me la llevaría a conocer a su querida santa antes de que me ayudara a acabar con ella. Pondría a Agatha a salvo. Le di al mar una orden tan cristalina como sus aguas: «Llévame hasta Varya una última vez».

Salté del barco y el agua me engulló por completo antes de devolverme a la superficie y mecerme como un cadáver.

En el frío de las aguas, en su sal, el sueño que había tenido días antes regresó a mí.

Una mujer sin rostro flotaba entre las olas. Sin ojos. Sin cabello. A la deriva. Y una presencia maligna permanecía al acecho, barriendo las profundidades.

Hambrienta.

Atenta.

Por fin me había encontrado.

AGRADECIMIENTOS

La escritura es una tarea muy solitaria y, aunque quien ha plasmado todas esas palabras en el papel he sido yo, no podría haberlo hecho sin la ayuda de las siguientes personas.

A Doug. Tú eres la razón por la que escribo historias de amor. Gracias por ser el pilar de nuestra pequeña familia. Gracias por apoyarme y creer en mí. Eres mi estrella polar. Compartir la vida contigo es mi mayor alegría.

A mi madre, Lynn Quinones. Gracias por estar ahí incondicionalmente y por haber estado siempre dispuesta a cuidar de los niños para que yo pudiera sacar un ratito y escribir. Nunca has dejado de animarme a luchar por mis sueños, por muy locos que parecieran en un principio. Si he conseguido cumplirlos, desde luego, ha sido en gran parte gracias a ti.

A mi agente, Sheyla Knigge. Eres una compañera inigualable y no pasa un solo día sin que dé las gracias por contar con ese ojo tan agudo que tienes para identificar las buenas historias, igual que con tu pasión y tus mensajes para recordarme que no debería meterme tanto en Goodreads. No sabes lo agradecida que estoy por que vieras potencial en mi libro y en mí. Hemos pasado un año y medio de aúpa y me alegro muchísimo de haberlo compartido contigo.

A mi editora, Julia DeVarti. Entendiste mi historia desde el principio y no creo que haya una sensación más bonita en el mundo que tener una compañera que ama tu trabajo por los mismos motivos que tú. Gracias por ser tan generosa conmigo y tan certera con tus observaciones.

Al resto del equipo de Little, Brown and Company. El apoyo, la ilusión y los conocimientos que le habéis dedicado a mi libro han sido abrumadores. Sally Kim, Gabby Leporati, Danielle Finnegan, Kirin Diemont, Linda Arends y Amy J. Schneider, mil millones de gracias. Y lo mismo para el equipo de Gollancz y para mi editora, Millie Prestidge.

A mi esposa *escritoril,* Rachel Gillig. Estoy convencida de que no habría sobrevivido a este proyecto sin ti. Tampoco habría querido hacerlo sola. Gracias por tu cariño, ingenio, comprensión y compasión. Eres la Greg de mi Wirt.Tu amistad ha sido lo más valioso que me ha dado esta aventura porque sé que me ha convertido en mejor persona en todos los sentidos.

A Caitlin Poole y Ginger Swan Lindsey. Habéis pasado años ensuciándoos las manos por mí. Me habéis ayudado a capear todas las ideas y los agujeros de trama a los que he tenido que enfrentarme. Habéis celebrado mis éxitos y sufrido mis decepciones a mi lado. Me siento eternamente agradecida por haberos encontrado.

A Nirmaliz Colon Acosta, April Chandler, Marissa Young, Ellie Burke y a todas las compañeras y amigas de profesión que me han leído, dejado sus comentarios, animado y guiado en este viaje. Todas vosotras habéis influido tanto en esta historia como en mi vida y os lo agradezco de corazón.

A Allison Saft. Gracias por compartir conmigo tus reflexiones después de leer este libro con tantísima generosidad. Al ayudarme y confiar en mí, has conseguido que tanto mi historia como yo hayamos crecido en más de un sentido. Es un honor poder considerarte mi amiga.

A Hannah Teachout. Gracias por apoyarme y compartir conmigo tus conocimientos. A Skyler Wry, gracias por creer en mí y por animarme a lanzarme a escribir sin miedo cuando te dije hace ya tantos años que quería ser escritora.

A mi familia y amigos, vuestro amor, entusiasmo y apoyo lo han sido todo para mí. A mis lectores y lectoras, gracias de corazón por elegir mi libro.

Título original: *In the Veins of the Drowning*

Edición en formato digital: junio de 2025

Copyright del texto © 2025 by Kalie Cassidy
© De la traducción: Ankara Cabeza Lázaro, 2025
© Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2025
Valentín Beato, 21
28037, Madrid

ISBN ebook: 978-84-19988-78-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Descubre aquí el reino de Faeris:

Índice

nota de la autora

Parte I. La montaña

1

2

3

4

5

6

7

8

PARTE II. LA SUPERFICIE

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

PARTE III. LAS PROFUNDIDADES

26

27

28

29

30

31

Agradecimientos

Créditos